

Agradecimientos

Esta obra no hubiera podido realizarse sin la ayuda entusiasta de las más de cuatro mil personas que recibieron nuestro cuestionario y nos regalaron unos minutos de su tiempo para recordar las leyendas urbanas que aparecen en sus páginas. Este libro está dedicado a todas ellas.

También queremos agradecer su colaboración a los profesores que desde el principio confiaron en nuestro proyecto, brindándonos sus aulas y coordinando la recogida de cuestionarios.

En este apartado figuran por derecho propio Amparo Moreno, catedrática de Historia General de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona; María Jesús Casals Carro, profesora del Departamento de Periodismo de la Universidad Complutense de Madrid; Natividad Abril, profesora de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad del País Vasco (Bilbao); Manuel Antonio Martínez Nicolás, profesor de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Santiago de Compostela; Inmaculada Sánchez y Juan Antonio García Galindo, profesores de Periodismo de la Universidad de Málaga; Pilar Rodríguez López, profesora del Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales en la Facultad de Educación de la Universidad de Extremadura, así como las profesoras valencianas Milá Belinchón y Lola Ortí.

Asimismo, es de justicia agradecer la gentileza de una serie de especialistas de diferentes ámbitos, caso del antropólogo Manuel Delgado, que nos animó a investigar la suerte que corrían los ciudadanos chinos una vez muertos; Victoria Cirlet y Alain Verjat, que nos inculcaron su pasión por la mitología clásica; Joan Perucho, que nos deleitó con su bagaje folklórico; Màrius Serra, al que debemos la explicación de algunos enigmas de este libro; Joan Prat, que nos ilustró sobre las raíces del miedo; a los escritores Bienve Moya y Juan García Atienza; al cineasta Pere Portabella; al historiador Josep Maria Perceval; a Edgar Vega, que nos adelantó su tesis doctoral sobre el imaginario urbano; a José Vázquez, portavoz del Cuerpo Superior de Policía de Barcelona; a Josep Maria Pujol, que nos hizo sentirnos menos solos en un campo inexplorado; a Josep Caries Rius, que nos permitió publicar en el *Magazine* de *La Vanguardia* el reportaje que dio pie a este libro; a Silvia Ventosa, cuya tesis sobre las corseteras nos fue de enorme utilidad; al profesor Jan Harold Brunvand, sumo sacerdote del folklore universal, por su constante apoyo en este trabajo, por remitirnos amablemente su última obra y por el prólogo con que nos obsequió. A Matías Morey, Luis R. González Manso y Ricardo Campo, quienes nos cedieron varios expedientes de los archivos de la *Fundación Anomalía* y contribuyeron a la causa con valiosas aportaciones. A Jordi Ardanuy, que nos dio a conocer su brillante estudio sobre las avionetas antinubes; a Joan Fitó, por los numerosos servicios prestados; a Ricard Fusté y Miquel Segura, que hicieron lo que pudieron. A Joel Soriano, por el famoso pleito del MacDonald's y a Teresa Mas, por estar siempre ojo avizor. A Epi Cid, por lo que él ya sabe. A Alberto Luque, que se acordó de cierta compañía de seguros. A Lidia Ramos, que escuchó impasible algunos desvaríos fisiológicos. A Magda Sampere, por leerse enteros los periódicos, y a Oriol Puig, por su versión enciclopédica de la leyenda del submarinista calcinado. A Joana Martí y Joan Sampere, por fijarse en ciertas botellas misteriosas. A Joaquim Font, jefe del departamento de química de la Escuela Industrial de Igualada, por sus valiosas apreciaciones en materia de aditivos, y a Paco Barquino, por presentarnos a la mujer pálida. Sin olvidar a Zenaida Osorio y a tantos otros a los que pedimos disculpas anticipadas si no los citamos aquí.

Y muy especialmente a Núria Rossell, espejo de bibliotecarias, por encontrar agujas en un pajar y bordar con ellas las costuras invisibles de este tapiz de caprichos goyescos. Y no menos especialmente a Birgit Cortada. Gracias a las dos por «aguantarnos» durante la larga gestación de este trabajo.

Nuestra eterna gratitud a todos y a todas.

Prólogo

Doy mi mas calurosa bienvenida a esta obra, la primera antología de leyendas urbanas procedentes de España. Desde la aparición en 1981 de mt primer libro dedicado a las leyendas urbanas estadounidenses, The Vanishing Hitchhiker, un buen número de publicaciones ha venido confirmando la existencia, en Europa y otros continentes, de dichas leyendas contemporáneas. Hasta ahora, sin embargo, nadie había demostrado al resto del mundo la presencia -que algunos intuían- de leyendas similares en España. Esta obra de Antonio Ortí y Josep Sempere aporta pruebas convincentes de que en España no sólo existen leyendas urbanas, sino que muchas de ellas poseen un estilo o un contenido marcadamente hispano, y que éstas -como las que circulan por otros países- se hallan profundamente arraigadas en la cultura popular, la prensa, la literatura, el cine, la radio, los textos transmitidos en fotocopia e Internet.

Ortí y Sempere han realizado un trabajo notable, no sólo al recoger múltiples ejemplos de leyendas urbanas difundidas en España, sino al relacionarlas con la tradición internacional del género. Este libro, pues, constituye una excelente introducción a las leyendas urbanas de su país así como un óptimo estudio de los antecedentes internacionales de los relatos autóctonos, tanto en los medios de difusión populares como en las obras de los especialistas en la materia. Los autores citan otras colecciones de leyendas urbanas y aportan numerosos paralelismos con la tradición medieval o clásica, extraídos de la narrativa folklórica extranjera y de los catálogos de «motivos» elaborados por estudiosos de todo el mundo.

Muchas de las leyendas recogidas en esta obra resultarán familiares a los folkloristas y, sin duda, a un gran número de lectores de otras tierras profanos en la materia. Aparecidos itinerantes, Muertos quitados de encima, Animales resucitados, Tarántulas en el tronco del Brasil, El submarinista calcinado y otras muchas son indudablemente internacionales. Ahora bien, algunas de estas historias contadas por doquier contienen rasgos netamente españoles, como la que trata de la «celebridad servicial», que resulta ser el mismísimo rey Juan Carlos I, o del «animal fantasmagórico» que no es una pantera u otro felino, como en la mayoría de los casos, sino un buitre gigante.

Ciertas leyendas de esta antología se conocen más en Europa -o solamente allí- que en Estados Unidos. Tal cosa ocurre, por ejemplo, con las que tratan de «víboras caídas del cielo», «hipnorateros» italianos o secuestros en probadores.

A mi entender, los elementos más fascinantes que emanan de esta antología de Ortí y Sempere son determinadas historias que han empezado a surgir recientemente y que pudieran tener un carácter internacional. Aunque tengo constancia de otras leyendas que describen percances ocurridos en bodas, nunca me había tropezado con La corbata del novio y la sierra mecánica. Tampoco estaba al corriente de las historias tituladas Las lascivas del Viagra o La mujer pálida y el ladrón hasta que esta obra señaló su reciente aparición como posibles leyendas internacionales que nadie había recopilado anteriormente. Es interesante comprobar que la primera ha absorbido un motivo de los relatos sobre la mujer que contagia voluntariamente el sida mientras que la última tiene parientes próximos en la narrativa tradicional. Con todo, aún está por ver si dichas historias son leyendas urbanas genuinas que alcanzarán con el tiempo difusión internacional, más allá del ámbito de la prensa o los cotilleos de Internet. Sea como sea, no cabe duda de que esta primera -y excelente- antología del género en España animará a otras personas, tanto en el propio país como en el extranjero, a recopilar y estudiar leyendas urbanas, y que tales preguntas, probablemente, se verán contestadas en futuros estudios o antologías.

Así lo espero.

PROFESSOR EMERITUS JAN HAROLD BRUNVAND
Department of English University of Utah (Salt Lake City)

Introducción

En noviembre de 1998, los autores de estas líneas emprendíamos una investigación que ya se había llevado a cabo en numerosos países pero que, inexplicablemente, estaba aún por hacer en el nuestro. El objetivo que perseguíamos no era otro que demostrar que en la sociedad española contemporánea seguía existiendo algo así como un «folklore moderno», es decir, un repertorio de tradiciones y creencias populares, formado a imagen y semejanza de las de antaño, pero adaptado sutilmente a las exigencias de nuestra época.

Los especímenes que más nos interesaba recoger durante esta dificultosa travesía por las aguas inestables del folklore, se inscribían en una familia de relatos denominados a veces «migratorios», por la rapidez con que cambiaban de residencia, o en ocasiones «rumores», debido a su origen inescrutable, contenido chocante y ardua verificación. Nos referimos a las así llamadas «leyendas urbanas». Estos relatos, como los chistes o algunos cuentos de terror, y a diferencia de los rumores, simples noticias «improvisadas» e informes, se apoyan en una trama urdida meticulosamente en función del desenlace, que se condensa en una viñeta violentamente gráfica, a veces redondeada por un pequeño epílogo. En circunstancias ideales, suelen contarse como si fueran «sucesos verdaderos», o en su defecto, como *noticias ambiguas* que muy bien podrían haber ocurrido alguna vez. He aquí su diferencia esencial respecto a los cuentos literarios y la razón de su éxito perdurable. Ello exige que los personajes sean meros arquetipos anónimos («un hombre», «una mujer», «una pareja») aunque situados siempre en escenarios bien concretos (ciudad tal, calle cual), para reforzar el realismo de un argumento que depende íntegramente del grado de verosimilitud de los detalles. La acción se sitúa en un pasado impreciso pero inmediato, y el narrador suele aludir a fuentes de información «fiables» para conferir una aparente solidez a los puntos débiles de su historia. La más socorrida de dichas fuentes es el quimérico «amigo de un amigo», inevitable protagonista de la historia y último eslabón de una cadena sin fin.

Los contornos de estas historias son imprecisos, como los de los mitos, y su lógica, vinculada a la del inconsciente y sus equivalencias, próxima a la del sueño -reflexionan Véronique Champion-Vincent y Jean-Bruno Renard en el epílogo de su obra *Légendes urbaines: rumeurs d'aujourd'hui*-. Lo que cuentan estos relatos combina nuestros miedos y deseos. Estos últimos se suelen ver satisfechos gracias a los resultados imprevisibles de la justicia inmanente, que ajusta las cuentas a los malhechores mutilándolos. En ellas abundan los miedos, múltiples y contradictorios: miedo a la técnica y al salvajismo, a la violencia urbana, a las drogas, a los poderes ocultos y a los complots, las ideas angustiosas relacionadas con la salud y los niños. Las leyendas contemporáneas dan nombre a estos miedos difusos y los encierran en un caparazón literario. Nombrar y designar son prácticas saludables, pues permiten definir el peligro además de exorcizarlo mediante actos simbólicos.

Las leyendas urbanas se hallan tan arraigadas entre nosotros que sus motivos básicos, como los de un cuento tradicional («el lobo devora a la abuela», «Cenicienta pierde el zapato», «los cuarenta ladrones se esconden en las tinajas»), permiten identificarlas en el acto. Hagamos la prueba: una autoestopista desaparece; a un joven le roban un riñón; una mujer blanca da a luz a un bebé negro; una chica es sorprendida en cierta situación embarazosa; el rey viaja de incógnito y ayuda a los conductores que han sufrido avería o es recogido mientras hace autoestop; un buzo aparece en un bosque quemado; una pareja queda «enganchada» haciendo el amor; un maniaco golpea la ventanilla de un coche con una cabeza cortada; alguien encuentra un diente de ratón en una hamburguesa... Estamos seguros de que esta rápida enumeración habrá suscitado recuerdos -entrañables o no- a más de un lector. Nos hallamos, pues, ante un fenómeno que goza de una existencia múltiple y universal, lo mismo que otros géneros del folklore como las fábulas, los cuentos de hadas y los mitos.

Puede que alguien haya fruncido el ceño al toparse por tercera vez con el término «folklore», anglicismo de apariencia vetusta, cargado de connotaciones populacheras y utilizado muchas veces con cierto retintín, cuando no en un sentido abiertamente burlón. Antes de seguir, por tanto,

convendría abrir un paréntesis momentáneo para despejar un pertinaz interrogante: ¿De qué hablamos cuando hablamos de folklore?

El estudio del «saber del pueblo», que así suele traducirse el vocablo, nació oficialmente a mediados del siglo XIX, con el objetivo de preservar los «tesoros populares» del pasado -composiciones poéticas, cantos, refranes, mitos, leyendas, tradiciones literarias- ante el avance de la industria y la técnica, dos fuerzas corrosivas que amenazaban con disolver el medio rural y sus habitantes. A los hombres y mujeres que vivían en el campo se les veía como privilegiados depositarios de este idealizado patrimonio, gracias a su alejamiento del mundanal ruido y de la contaminante sociedad urbana, por lo que era preciso extraerles hasta la última gota de su sabiduría silvestre antes de que el progreso la desecara para siempre. Partiendo de tales premisas, el filólogo y anticuario inglés W. J. Thoms acuñó el término «folklore» -corría el mes de agosto de 1846- en una carta a la prestigiosa revista *The Athenaeum*. La denominación vigente hasta entonces era la de «antigüedades populares», preciados vestigios del pasado (ruinas, costumbres insólitas, creencias extravagantes) a cuya denodada búsqueda se venían librando generaciones de anticuarios desde los albores del siglo XVII. Al subrayar en su carta la importancia de «conservar las escasas huellas existentes» de una cultura rural moribunda, W. J. Thoms obraba movido por una mezcla de nostalgia romántica y nacionalismo, sentimiento parecido al que animara a otros ilustres precursores de los estudios folklóricos. Entre ellos figuraban Johann Gottfried Herder, quien publicó en 1773, junto con Goethe, una colección pionera de «canciones populares», así como Jacob y Wilhelm Grimm, compiladores de un gran número de versiones de narrativa oral impresas bajo el título de *Cuentos infantiles y del hogar* (1812-1822).

Como apunta Gillian Bennet en su obra *Traditions of Belief*, la idea popular sobre la naturaleza del folklore se vio decisivamente moldeada por cuatro teorías surgidas en las últimas décadas del siglo XIX y que condensaban el pensamiento de otras tantas escuelas: la primera, herencia de los anticuarios, reducía el folklore a lo «pintoresco» «arcaico» y «curioso»; la segunda, inspirada en las hipótesis del mitólogo alemán Max Müller, sostenía que las costumbres, creencias y cuentos de los pueblos eran vestigios de mitos inmemoriales; la tercera, debida al estudioso británico Andrew Lang y los «evolucionistas culturales», afirmaba que eran supervivencias del pasado más primitivo de un país; y la última, nacida de las elucubraciones de James Frazer, atribuía su origen a los cultos paganos de fertilidad.

A pesar de su imponente fachada, estas teorías monumentales se apoyaban en una base muy endeble, puesto que sus artífices jamás recopilaron personalmente los textos cuyo origen remoto pretendían explicar con ellas. Sus más acérrimos detractores, los «difusionistas», contribuyeron a desacreditarlas definitivamente en las primeras décadas del siglo XX, empleando para ello un método austeramente científico: la recogida, comparación y clasificación de ingentes cantidades de variantes para estudiar la historia y difusión geográfica de un poema o una leyenda concretos. Sus laboriosos procedimientos dieron lugar a la llamada «escuela finesa», de enorme influencia en la posterior evolución del folklore e impulsora de los utilísimos «índices tipológicos y de motivos», a los que los autores del presente trabajo han recurrido en más de una ocasión. Estas imprescindibles obras de referencia, deudoras todas ellas de los trabajos precursores de Antti Aarne y Stith Thompson, son un intento de reducir los relatos tradicionales de todo el mundo a sus temas o «motivos» esenciales. Con ello se pretende ahorrar al estudioso del folklore o la literatura el esfuerzo sobrehumano de leerse los miles de volúmenes de narrativa tradicional publicados en todos los rincones del planeta, para lo cual necesitaría una vida entera e incluso más.

Algunos especialistas, como el antropólogo norteamericano William Bascom, opinaban que el método «histórico-geográfico» pecaba de aridez y omitía algunas de las cuestiones más fascinantes del folklore. Así pues, los folkloristas se fueron alejando de la puntillosa inspección de la historia de miles de variantes de un mismo texto y optaron por analizar su función y psicología. Se trataba, en suma, de responder a dos preguntas fundamentales: ¿Para qué servía el folklore? ¿Qué clase de mecanismo psicológico encerraban un cuento o una creencia determinados para que reaparecieran periódicamente en la tradición popular?

Este cambio de rumbo en el estudio del folklore se veía fortalecido por un método que ha resultado ser el más experimental y solvente hasta la fecha: el análisis del «contexto». Ello vendría a significar, como lo señalaba Alan Dundes por primera vez en un ensayo de 1964, que al recoger

textos folkóricos era indispensable describir detalladamente la situación particular en que se utilizaban a fin de poder interpretarlos como es debido.

Examinado bajo esta nueva luz, el concepto de «folklore» se alteraba radicalmente. Estudios posteriores fueron poniendo de manifiesto la importancia del contexto, así como del «estilo» y la «presentación» en toda muestra de la cultura tradicional, por lo que se llegó a la conclusión de que el contenido y el significado de ésta variaban continuamente, de tal modo que su origen jamás podría llegar a dilucidarse.

Así pues, los folkloristas de nuestros días ya no creen, como los de antaño, que exista un «saber» popular inmutable, petrificado y al borde siempre de la extinción, sino más bien una serie de procesos de carácter comunicativo, como los que intervienen en cualquier relación humana, y por tanto sujetos a las mismas leyes evolutivas. A su entender, el folklore podría definirse como una sucesión de creencias, actividades y modos de hacer o decir las cosas que se adquieren «por contagio» mediante el trato informal con los demás. Algo así como una especie de «cultura» espontánea que no se aprende en la escuela. El mismo Alan Dundes lo expresaba elocuentemente en el título de un ensayo publicado en 1977: *Who Are the Folk?* Es decir, ¿quiénes son el pueblo? Según Dundes, el término «pueblo» puede referirse a cualquier grupo de personas que tengan al menos un rasgo cultural en común: sea la profesión, la religión o la lengua. Lo importante del caso es que un grupo formado por cualquier motivo habrá de tener algunas tradiciones que pueda llamar propias. Así pues, la respuesta más lógica parecía condensarse en una frase sencilla pero profunda: «el pueblo somos nosotros».

De todo ello se desprende que no es preciso irse en busca de campesinos nonagenarios para sonsacarles alguna conseja inmemorial sobre las andanzas de «La descarnada». No hay más que acudir a un moderno dispensario y hablar con alguna ATS, como lo demuestra el testimonio de Ernestina García:

En distintos hospitales de Málaga se cuenta la historia de una mujer vieja vestida de negro que se aparece a los enfermos que van a morir. Estos, cuando la ven, suelen chillar de miedo. También ha sido vista por algunas enfermeras, a veces, en el ascensor. Me lo contó mi hermana, que es ATS.

Los alumnos y profesores de las autoescuelas también han hecho circular una leyenda que refleja la perniciosa desidia que atribuyen las malas lenguas a ciertos examinadores. Nos la cuenta Jordi Barrera:

Un examinador, sentado en el asiento trasero, se pasó todo el examen de conducir leyendo el periódico, de tal manera que tapaba la visión al examinado. Finalmente, haciendo oídos sordos a sus quejas, le suspendió sin piedad.

En el mundo castrense, la proverbial agresividad de ciertos militares ha cuajado en un relato particularmente siniestro. Nos lo remite Felix René Juberías:

Existe un teniente que en su uniforme está obligado a lucir tres cruces negras. Se cuenta que había sido comandante pero lo degradaron «por matar de una patada en los testículos a un soldado». Se cuenta que cada cruz negra que lleva en el uniforme significa que se ha matado a un soldado y está obligado a llevarla en todo momento para que todos lo sepan.

Fuera de los ámbitos gremiales, la legendaria astucia del pueblo gitano ha inspirado una estratagema picaresca (y apócrifa) que, curiosamente, parecen haber hecho suya algunos futbolistas. Teresa Mas nos la detalla con las siguientes palabras:

Los gitanos, ante un accidente de tráfico provocado por ellos o ante un control policial, intentan evitar toda responsabilidad mediante la siguiente artimaña: el conductor del vehículo se coloca precipitadamente en el asiento del copiloto o en el de atrás. Cuando la policía se acerca y pregunta por el conductor, todos los gitanos afirman que éste ha salido corriendo. Algunos futbolistas famosos, ebrios a la salida de una discoteca, también se han valido de este método.

Una simple inscripción en un vaso de plástico de ciertas cadenas de restaurantes es capaz de inspirar toda una «etimología» fabulosa entre sus clientes, siempre que se trate, naturalmente, de establecimientos con una larga tradición legendaria en su haber. Joel Soriano nos lo demuestra con un ejemplo que le contó un amigo canadiense:

Un cliente de un restaurante MacDonald's sufrió quemaduras al caérsele encima el café. Atribuyendo el percance a la mala fabricación de los vasos, no dudó en demandarles y recibió una indemnización de varios miles de dólares. A partir de aquel incidente, todos los vasos para bebidas calientes de los MacDonald's llevan una inscripción advirtiendo de las altas temperaturas del líquido que contienen.

Los ejemplos anteriores constituyen una pequeña muestra de los casi mil relatos que habíamos logrado recoger al término de nuestra investigación.

Desde el primer momento tuvimos claro que un estudio fundado en un concepto tan inaprensible como las «leyendas urbanas» debía basarse en un trabajo sobre el terreno de cierta envergadura. Nos parecía éste el modo más objetivo de documentar un fenómeno que sólo conocíamos «de oídas» (nunca mejor dicho), puesto que no existía ningún estudio publicado que describiera sus manifestaciones en nuestro país.

A tal efecto redactamos un cuestionario abierto en el que solicitábamos, ni más ni menos, cualquier relato que tuviera el menor asomo de «leyenda urbana». Para no influir demasiado en las respuestas de nuestros futuros corresponsales, y confiando en su perspicacia, nos limitamos a incluir en él una breve declaración de intenciones y tres ejemplos paradigmáticos del género: el fantasma que hace autoestop; el joven a quien extirpan un riñón sin su consentimiento y la desconocida que deja escrito en un espejo que ha contagiado el sida al hombre con quien acaba de acostarse. Acto seguido remitimos unas cuatro mil copias de dicho cuestionario a varias universidades españolas y, simultáneamente, distribuimos algunos centenares más entre personas próximas a nosotros, rogándoles que a su vez hicieran lo propio con quien les pareciera oportuno. Lo primero obedecía a razones estratégicas: algunos profesores y profesoras amigos nuestros se prestaron a colaborar en el proyecto y nos pusieron en contacto con colegas suyos de diversas facultades del territorio español, quienes a su vez nos ofrecieron de buena gana su inestimable ayuda. Gracias a todos ellos fue posible coordinar sin sobresaltos la distribución de los cuestionarios entre un gran número de estudiantes y su posterior recogida una vez cumplimentados.

La razón principal que nos indujo a pensar en los estudiantes como informadores idóneos fue su condición de grupo homogéneo, comunicativo, bien relacionado e inquieto intelectualmente, y por ello proclive al intercambio de toda clase de información (y desinformación). Por encima de todo, sin embargo, confiábamos en la competencia de sus profesores y profesoras. A todos sin excepción les debemos los buenos resultados obtenidos, ya que fueron ellos quienes lograron la entusiástica participación de los alumnos en nuestro proyecto, e incluso nos ofrecieron sus aulas para dar alguna que otra charla. Sus nombres ocupan un lugar preferente en la lista de agradecimientos.

Creemos que el predominio de informadores del mundo universitario no imprime ningún sesgo especial en el contenido de las versiones recogidas. La ubicuidad de las leyendas urbanas nos lleva a pensar que de haber optado por otros grupos sociales, habríamos obtenido relatos semejantes. Asimismo, tampoco creemos que nuestro interés por realizar un sondeo a escala nacional haya redundado en una mayor diversidad temática ni en la posibilidad de llegar a conclusiones sociológicas respecto a la distribución territorial de las tradiciones legendarias. Si nos decidimos por este planteamiento fue más que nada para comprobar personalmente un rasgo apasionante del folklore: la capacidad de adaptación de las leyendas universales. Un ejemplo emblemático, entre otros muchos que analizamos en las páginas de este libro, sería la historia del fantasma que hace autoestop: a pesar de tratarse de una leyenda internacional, cada municipio dispone de una autoestopista autóctona, cuyas apariciones se vinculan siempre a una «curva de la muerte» de las cercanías.

A fin de complementar el material recopilado mediante los cuestionarios, creímos conveniente entrevistar a una serie de personas versadas en diferentes materias: antropólogos, historiadores, filósofos, medievalistas, cirujanos, químicos, policías, etc. Con ello pretendíamos confirmar la circulación de ciertas leyendas por España, obtener algún dato respecto a su verosimilitud o,

simplemente, conocer su opinión particular acerca del significado o la persistencia de algunas de ellas. El lector también encontrará sus nombres en la lista de agradecimientos, y sus impresiones reproducidas en los lugares pertinentes.

Al cabo de diez meses de intenso trabajo sobre el terreno, abundantes lecturas y encendidos debates, dimos por terminada la recopilación de textos.

Se imponía entonces realizar una selección de las casi mil versiones que teníamos entre manos. El criterio que adoptamos fue el siguiente: dar preponderancia a las leyendas que hubieran identificado previamente otros investigadores y que, por tanto, figurasen ya en recopilaciones extranjeras publicadas en los últimos veinte años. Nos proponíamos demostrar así que la mayoría de leyendas aparentemente «españolas» no eran sino variantes de otras que llevaban largo tiempo circulando por todo el mundo; nos interesaba también analizar sus similitudes o diferencias, tratar de seguir su trayectoria en nuestro país y compararlas con relatos formalmente distintos pero que contuvieran motivos parecidos. Una vez clasificadas las leyendas «internacionales», nos quedaron dos relatos que, como señala Jan Brunvand en su prólogo, ningún investigador extranjero había recopilado anteriormente. En vista de su estructura modélica, que analizamos en los capítulos correspondientes, se trataba de verdaderas leyendas urbanas con quince años largos de rodaje por nuestro país, de donde acaso fueran oriundas y reacias a emigrar. Ello -hemos de decirlo- nos produjo una modesta satisfacción. Así pues, arrogándonos el derecho de todo descubridor, procedimos a bautizarlas como *La mujer pálida y el ladrón* y *La corbata del novio y la sierra mecánica*.

Concluida la selección, no tuvimos más remedio que dejar de lado un surtido relativamente amplio de leyendas que no encajaban exactamente en nuestra clasificación. Entre ellas (algo más de un veinte por ciento), figuraban numerosas historias relativas a fenómenos paranormales, a lo sobrenatural o bien a la casuística ovni. En suma, otra serie de relatos de indudable valor para el estudioso del folklore, cuyo gran interés habría requerido darles el tratamiento que merecían, pero que por la consabida falta de espacio-tiempo, y en beneficio de la uniformidad temática, tuvimos que omitir. El lector encontrará, eso sí, tres capítulos que se ocupan de leyendas propiamente «fantásticas». Dos de ellas son de obligada inclusión por su larga y afamada trayectoria: *Aparecidos itinerantes* y *Teletransportados adonde Vidal*. La tercera es una pequeña rareza -la guinda de esta antología- titulada *El rey de los gatos*.

El último dilema que se nos presentó concernía al modo de reproducir los textos. Teníamos dos opciones: «embellecerlos» literariamente para que sonaran «mejor», o publicarlos tal cual, respetando el estilo de nuestros informadores. La primera posibilidad no nos interesaba en absoluto, puesto que habría implicado uniformizar, con pretensiones dudosamente artísticas, unos relatos cuya vitalidad (como la de todo «folklore» que se precie) reside precisamente en el uso personal e intransferible que le da cada uno. Así pues, decidimos ejercer el papel de «médiums» y transcribir literalmente las versiones que nos habían llegado, limitándonos a pulir la sintaxis cuando fuera necesario, al objeto de facilitar la lectura, y a corregir, eso sí, las faltas de ortografía.

A estas alturas tal vez convendría embarcarse en algunas digresiones teóricas en torno a la naturaleza de las «leyendas urbanas», concepto de origen anglosajón que hemos venido manejando alegremente a riesgo de provocar extrañeza a más de un lector «castizo». En efecto, si nos atenemos a la definición de «leyenda» que da María Moliner, o sea, la «narración de sucesos fabulosos que se transmite por tradición como si fuesen históricos», casi todos los relatos compilados en este libro palidecerán de golpe, reducidos a meras anécdotas fútiles. Esta tendencia reduccionista, dicho sea de paso, parece ser la norma por la que se rigen los medios de comunicación nacionales cuando sacan a relucir el asunto. En tales ocasiones, más bien escasas y circunstanciales, siempre hemos oído tildar las leyendas urbanas, con ostentosa indiferencia o notable sarcasmo, de «bulos», «patrañas», «monsergas» o «rumores», a menos que se difundieran como sucesos verídicos, con lo que entonces pasaban a ser «noticias chocantes» o «insólitas». Esta desgana intelectual sólo puede atribuirse, como apunta el antropólogo L. Díaz Viana, a la inexplicable «mala fortuna» que parece perseguir al estudio del folklore en España, cosa que no ocurre en Estados Unidos, por ejemplo, donde es asignatura en varias universidades desde los años sesenta. Ello ha redundado en su falta de reconocimiento académico y en un alarmante vacío en cuanto a bibliografía se refiere. Mientras que en casi todo el mundo existen abundantes obras que analizan el fenómeno de las leyendas urbanas, así como especialistas de distintos campos y asociaciones dedicados a su estudio permanente (véase

bibliografía), en España tan sólo hemos localizado, tras remover cielo y tierra, al profesor Josep María Pujol, autor de un índice tipológico de narrativa tradicional catalana, quien junto con algunos colaboradores, está realizando una investigación similar a la nuestra, y dos míseras referencias que despachan el tema en pocas líneas. (Agradeceremos cualquier rectificación que puedan hacernos los lectores.)

La primera se encuentra en un estudio clásico de Julio Caro Baroja: *Ensayos sobre la cultura popular española*. El eminente antropólogo roza de pasada el tema en tres párrafos titulados *Bulo y arquetipo*. El capítulo se inicia con una breve definición que bien podría aplicarse a las leyendas urbanas: *Esta clase de relatos cortos, que a veces no se expresan más que con un «se dice»*. Acto seguido, tras indicar que «bulo» significa *noticia falsa propagada con algún fin*, añade: *Pero fácil es demostrar que la circulación del «bulo» se hace a base de utilizar «arquetipos» o «temas» que, de modo periódico, se ajustan a circunstancias varias, con signo o fin incluso contrario*. El ejemplo que sigue lo encontrará también el lector en el capítulo *Calcomanías con LSD: Aún recordamos muchos cómo en tiempos de la República corrió por varias capitales de España la noticia de que gente de Religión había dado unos caramelos envenenados a unos niños, no recuerdo bien con qué malévolos fines. El caso es que el «bulo» del veneno es igual a sí mismo desde antiguo, aunque cambien los acusados o el designio del mismo*.

Nada que objetar. El lector encontrará dos ejemplos concretos de este lúcido dictamen en los capítulos titulados *Secuestradas en el probador* y *Sobre el riñón que nos falta*, donde se analizan una serie de relatos que parecen haber absorbido algunos motivos de antiguas «leyendas negras». Lamentablemente, Caro Baroja se detiene en este punto, por lo que sus valoraciones sólo afectarían a un número muy limitado de leyendas urbanas.

Una descripción algo más extensa, en la que ya se alude sin circunloquios a las «leyendas contemporáneas o urbanas», aparece en fecha tan tardía como 1997 en la compilación *La casa encantada: Estudios sobre cuentos, mitos y leyendas de España y Portugal*, editada con motivo del seminario interuniversitario de estudios sobre la tradición y coordinada por los doctores Eloy Martos Núñez y Vitor Manuel de Sousa Trinidad. Sin embargo, la visión que se da del asunto resulta un tanto esquemática y atropellada:

La ciudad genera otro cúmulo de leyendas y consejas, que van a tener un nuevo cauce de expresión: la prensa local, las hojas volantes, los romances de ciego... Es decir, los rumores orales pasan al papel mediante la prensa local, sucesos, crímenes, misterios... Se producen así nuevos temas: despersonalización, carácter anónimo, el hombre que acecha (delincuente, avatar del siniestro «hombre del saco»), el mal en forma de azar (leyenda urbana difundida en Madrid: la chica que hace el amor con un chico al que encuentra en una discoteca, van al hotel, y al día siguiente desaparece dejando este mensaje en el espejo: «Bienvenido al club del sida») (...). Los accidentes son un nuevo foco de generación de leyendas (el fantasma de la autopista [sic], la mujer que cambió el billete del avión que luego se estrella...). La ciudad es un laberinto, un espacio mítico, donde se superponen planos y actividades (...). Es, a veces, un símbolo del mal, del caos. Lo contrario a leyendas hospitalarias, y más cerca de visiones apocalípticas (catástrofes).

Este tono deshilvanado e impreciso genera cierta confusión, por lo que es de agradecer que los autores incluyan algunos ejemplos, pues de lo contrario sería más bien difícil saber de lo que están hablando. Por otra parte, resulta imperdonable que lo den todo por sentado y no se molesten en citar la procedencia de ninguna de sus afirmaciones.

Para zanjar el tema, al cabo de media página, enumeran lo que ellos entienden por «leyendas urbanas modernas», con resultados más esclarecedores pero igualmente expeditivos. En su opinión, podrían considerarse como tales las que

están vinculadas a una ciudad y/o al modo de vida urbano (...). Damos cabida a las que tienen que ver con la delincuencia organizada, actividades crípticas (burdeles, sectas...), los accidentes, incidencias de viajes, fenómenos paranormales... Incluimos las que puedan referirse a pueblos (Niñas de Alcàsser), pero revelan problemas y formas de vida urbanas. Excluimos las advocaciones tradicionales (Virgen de la Paloma), pero sí se podrían incluir sus prolongaciones y adaptaciones al

nuevo marco (milagros, exvotos...). En especial, las relacionadas con ovnis, sucesos paranormales, visiones, etc.

Hemos de señalar que aún no existe una definición universalmente admitida de lo que se entiende por «leyenda urbana». Describir satisfactoriamente las características de un género tan ambiguo y resbaladizo ha sido uno de los principales empeños de la Sociedad Internacional para el Estudio de la Leyenda Contemporánea (ISCLR). Con su fundación, en 1987, culminaban una serie de conferencias destinadas a analizar el asunto que se venían celebrando anualmente, desde 1982, en la facultad de filología y tradición cultural inglesa de la Universidad de Sheffield (Gran Bretaña). Aunque no se llegara a una conciliación definitiva de las diferentes maneras de abordar el fenómeno, estos cinco años de debates cuajaron en un buen número de valiosos trabajos que lo examinaban desde múltiples perspectivas: psicológica, lingüística, histórica, periodística, etcétera.

Así pues, guiándonos por algunas de las intuiciones de los miembros de la ISCLR y tomando lo más aprovechable de los apuntes reproducidos más arriba, intentaremos analizar las «constantes» de las leyendas urbanas.

Antes que nada, ¿podemos llamarles «leyendas» sin forzar el sentido que tiene esta palabra en castellano? Revisemos la definición de María Moliner: «narración de sucesos fabulosos que se transmite por tradición como si fuesen históricos [o sea, “sucedidos realmente”]».

A simple vista, el adjetivo «fabulosos» sería apto para algunos «sucesos» que desafían claramente la razón (el fantasma de la autoestopista, el viaje inexplicable del matrimonio Vidal); en cambio, no resultaría muy adecuado para calificar otros que entran en el ámbito de las experiencias «factibles», por muy singulares o grotescas que parezcan (una pareja queda enganchada haciendo el amor, alguien encuentra un diente de ratón en una hamburguesa). Sin embargo, a poco que examinemos desapasionadamente estos relatos en teoría «posibles», empezaremos a percibir en ellos inconsistencias que terminarán revelando su carácter igualmente «fabuloso». Veremos que contienen, en palabras de la folklorista Linda Dégh, «ilusiones que generalmente se dan por ciertas». Ilusiones tales como que un buzo sea absorbido por un avión apagafuegos o que un animal estalle en el interior de un horno microondas; coincidencias increíbles, accidentes absurdos, confusiones inimaginables, delitos rocambolescos y ejemplos asombrosos de «justicia poética». Ilusiones tanto más creíbles cuanto mayor sea la confianza que nos merezca el narrador o la fuente de donde procedan (medios de comunicación, etc.), y cuanto más apasionado sea el debate público que generen (robo de órganos, drogas ocultas en objetos «inocentes», conspiraciones estatales...).

Admitiendo como legítimo llamar «leyendas» a estos relatos, ¿hasta qué punto les conviene el remoquete de «urbanas»? Si bien es verdad que muchas de ellas «están vinculadas a una ciudad y/o al modo de vida urbano» (grandes almacenes, cadenas de restaurantes, «despersonalización», sectas y delincuencia organizada), tomar este adjetivo en un sentido absoluto y excluyente sería lo mismo que «amurallar» la ciudad y negar la existencia de los medios de comunicación -o de la comunicación en toda su amplitud- en un mundo rural cada vez más supeditado al urbano: donde puedan llegar noticias «verdaderas», fácil será que penetren otras «falsas». Podríamos decir que estas leyendas se hallan en un estado migratorio permanente. Ahora bien, ¿cuál es el punto de partida y el de llegada de este flujo ininterrumpido? En la práctica, como se desprende de los relatos de nuestros informadores, vemos que un gran número de variantes se sitúan en pueblos, zonas residenciales, urbanizaciones, etc., por lo que su grado de «urbanidad» resulta discutible.

Popularizado por las obras de Jan Brunvand, el término «leyendas urbanas» tiene sus partidarios y sus detractores. La ISCLR lo utiliza en combinación con el de «leyendas contemporáneas», quizá más altisonante pero más ajustado a la realidad. Nosotros preferimos alternarlos.

Hechas estas precisiones, pasemos a otros razonamientos más sustanciosos. Como argumentaba Bruno Bettelheim en *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, la función de la narrativa «maravillosa» ha sido tradicionalmente la de «entretener y educar». Otro tanto podría decirse de las leyendas urbanas. Si nos atenemos a este principio, advertiremos que la postura del escéptico, interesado solamente en remachar la falsedad de las mismas, resulta cuando menos reduccionista. Aplicar a las leyendas contemporáneas adjetivos tan rotundos como «bulos» o «patrañas» implica no ver más allá de su envoltura, de su carácter de puro entretenimiento, y por tanto cerrarse en banda a toda especulación relativa a su significado psicológico y social. El folklorista, en cambio, procura evitar las

actitudes extremas representadas por el escepticismo militante y la credulidad incondicional. Para ello debe rehuir a toda costa cualquier idea preconcebida y registrar con la máxima objetividad posible las diversas manifestaciones del folklore, llámense leyendas urbanas, fenómenos paranormales o experiencias de «abducciones» extraterrestres. Su método se fundamenta en la hipótesis de que estos relatos sirven a su narrador para comunicar preocupaciones psicosociales latentes, difícilmente expresables por otros medios, y que los «temas» y «motivos» empleados para ello no han surgido de la nada, sino que han sido tomados «inconscientemente» de la tradición y re combinados para conferirles un nuevo significado.

Sin embargo, antes de arriesgarse a explorar los múltiples significados de una leyenda urbana, los folkloristas deben acometer una empresa quijotesca que Bill Ellis define como la «búsqueda imposible del texto literal». Ello significa que para poder estudiar *a fondo* una leyenda urbana, es preciso oírla de boca de una persona que *ignore* que lo es, y por tanto actúe espontáneamente convencida de que está narrando un suceso verídico. Sólo así, estudiada «en su contexto», observando atentamente la involuntaria «puesta en escena» del narrador, conociendo detalles de su vida, podrán obtenerse los datos imprescindibles para llegar a conclusiones fiables acerca de su significado. En pocas palabras: mientras cuenta la leyenda, el narrador estará *explicándola*.

Desgraciadamente, este momento privilegiado se da raras veces y los folkloristas no tienen más remedio que dedicarse a reconstruir ese texto «ideal» pidiendo a sucesivos narradores que lo «reciten». Así pues, en palabras de Bill Ellis, casi siempre deben conformarse con escuchar a «personas que se interpretan interpretando una leyenda».

Cuando una leyenda urbana ha perdido su capacidad de sorprender, por agotamiento del público entre el cual ha circulado (como un cuento fantástico del que ya conocemos el final), sobreviene un periodo de atonía hasta que aparece otra para sustituirla. Durante este intervalo, sin embargo, la leyenda antigua no muere en el acto, sino que suele transformarse en una serie de variantes a causa de la persistente recreación colectiva que ha sufrido poco antes, y luego entra en una fase de declive durante la cual adopta formas «menores». En el capítulo titulado *Sorpresa, sorpresa* describimos un proceso de este tipo, relacionado con un pequeño escándalo que conmocionó brevemente el país y que sin duda recordará el lector. Nos referimos a la supuesta secuencia zoofílica, protagonizada por una adolescente y un perro ficticios, emitida por cierta cadena de televisión. Antes de llegar a su clímax social (ese momento privilegiado en que una leyenda se convierte en la «noticia del día» e innumerables «textos literales» corren de boca en boca), el relato de «la muchacha sorprendida en directo» llevaba algún tiempo circulando de manera «subterránea» hasta que diversos medios de comunicación se hicieron eco de él y lo convirtieron en un pseudoacontecimiento, en un suceso virtual. Acto seguido, agotada su novedad, la leyenda entró en declive y reapareció en forma de chiste, de «metonimia» (un simple comentario evocaba el episodio entero) o de parodia, como la publicada en el número 1.137 (10 a 16 de marzo de 1999) de la revista de humor *El jueves*, donde, dicho sea de paso, también se parodiaban otras leyendas.

El proceso descrito puede aplicarse a casi todas las leyendas urbanas, y en él desempeñan un papel decisivo los medios de información, no sólo los difusores de noticias, sino también los nuevos dispositivos de envío de datos -fax y correo electrónico-, así como el cine, la literatura y otros canales de transmisión de «productos culturales», grandes fagocitadores de material legendario. Disponemos, pues, de una red de medios de comunicación conectados inextricablemente unos con otros y por ello interdependientes. Asimismo, vivimos en una sociedad dividida y subdividida en grupos «unidos por cualquier rasgo cultural en común», entre los cuales, según la teoría de Linda Dégh, circula toda clase de información a través de un cúmulo de «conductos» cuyo «cuerpo» nunca permanece estable, sino que va ramificándose cada vez que un individuo comunica algo a otro, alcanzando de este modo a más personas del mismo grupo (por ejemplo, alumnos) y a las de fuera de él (por ejemplo, padres). Si la información comunicada tiene algún valor -claramente perceptible o sólo intuido-, ésta no dejará nunca de circular, avanzando en progresión geométrica de un conducto a otro hasta distancias insospechadas. Entretanto, irá sufriendo por el camino toda clase de añadidos, pérdidas, desgastes, retoques y mutaciones debidos al «estilo personal» de cada «comunicador», a las inevitables jugarretas de su memoria y a las exigencias de cada momento histórico. El mismo símil de los conductos cabría aplicarlo a los medios de comunicación: los periodistas, cineastas y escritores disponen de conductos aún más poderosos para encauzar una información que, ordenadores y

teletipos aparte, siempre se origina en un cerebro humano, hostigado por preocupaciones semejantes y expuesto a creer lo que Bill Ellis denomina «mentiras nobles». Eso serían, en cierto modo, las leyendas urbanas: cuentos ejemplares de nuestro tiempo, relatos que narran la «historia secreta» de la humanidad, vinculada estrechamente a una tradición que jamás morirá, porque, como el río de Heráclito, siempre es y no es la misma.

Cabría sugerir entonces que las leyendas urbanas, más que relatos perfectamente «acabados», son procesos ininterrumpidos nacidos de la fusión perpetua y el movimiento continuo de este abrumador laberinto de conductos y subconductos, por el que corren las voces del mundo y se propagan sus ecos. Son las chispas que saltan a causa del roce de esta maquinaria gigantesca y mal ajustada, pero sumamente eficaz en su propósito de unir a la humanidad en un fin común e inconsciente: perpetuar la tradición y expresar a través de ella sus temores y anhelos más urgentes.

Lo que encontrará el lector en este trabajo no será el súbito fogueo que provocan las leyendas contemporáneas al venir al mundo, sino la tenue estela que han dejado antes de extinguirse: una compilación de sinopsis o bosquejos de relatos que en algún momento provocaron emociones intensas en sus oyentes -risas, asombro, repulsión, angustia, miedo, congoja, lástima, incredulidad-, pero que han terminado sus días atrapadas en un bucle temporal -las páginas de este libro- del que ya no podrán emigrar para crecer y multiplicarse. Encontrará una colección de fotogramas cortados que insinúan su relación con el resto de una escena que nunca sabremos cómo empezaba ni concluía. Encontrará, en suma, el primer inventario de leyendas urbanas que se realiza en este país para dar testimonio de su existencia.

No por ello, sin embargo, nos hemos limitado a clasificar estos relatos por un mero afán de coleccionismo, como los insectos de una vitrina de entomólogo, sino que intentamos reconstruir algunos de sus posibles significados y funciones examinando sus motivos «estables», sus antecedentes históricos, sus huellas en la literatura y el cine, y las teorías de otros investigadores.

Esta labor «arqueológica», nos ha llevado a intuir que algunas leyendas urbanas, como la que titulamos *La mujer pálida y el ladrón* ilustran las maneras insólitas en que un malhechor es castigado sin que la víctima tenga que ensuciarse las manos (aunque sí la cara). Hemos recogido algunos ejemplos, más próximos al rumor que a la leyenda, que ejemplifican lo que Sandy Hobbs denomina «estar en el ajo»: la acupuntura crea hábito y el INSERSO organiza accidentes de autocar para que no se desborde el número de pensionistas. Hemos detectado una admiración inconfesa hacia los rateros habilidosos y traducido el código secreto de los maleantes. Hemos imaginado que en el mundo legendario los deseos más íntimos pueden dejar estigmas permanentes, y que la enfermedad o la angustia son capaces de adoptar la forma de un animal que vive en las entrañas. Hemos supuesto que ciertos relatos sobre percances sexuales constituían humillantes castigos de rancia raigambre puritana y que la carne humana comida involuntariamente prevenía contra la infracción del último tabú. Hemos visto la manzana de Blancanieves convertida en la cabeza de Bart Simpson. Hemos barruntado que las hadas y los fantasmas siguen viviendo en los espacios entre sombras que conectan las ciudades y que los asesinos cortan cabezas con fines instructivos. Hemos teorizado sobre el precio que deben pagar quienes no se fijan en lo que comen, y quienes pulsan los botones que no deben del teléfono. Hemos creído que todos merecíamos cinco minutos de rey en la vida y que algunos aparatos modernos encarnaban el miedo a lo desconocido. Hemos seguido los pasos evanescentes del matrimonio Vidal, y hemos llegado a pensar que su viaje transdimensional era una fabulosa metáfora del poder arrebatador de la pasión.

Y mientras nos dedicábamos a la edificante tarea de recopilar estas «mentiras nobles», teníamos muy presentes las palabras que leyó el reverendo Watson el día 8 de febrero de 1877 ante los respetables miembros de la Sociedad Gaélica de Inverness:

(...) puesto que el estudio de las leyendas ocupa un lugar entre las disciplinas científicas, no cabe duda de que una empresa semejante no puede sino resultar enriquecedora, siempre que se emprenda con prudencia y buen tino. La energía intelectual invertida en ella contribuye a robustecer el entendimiento del estudiante, mientras que las nuevas e interesantes verdades que va descubriendo engrandecen su caudal de conocimientos.

Nada deseáramos con más ahínco que esta obra robusteciera el entendimiento -y el espíritu crítico- de nuestros lectores, o, como mínimo, despertara su interés por el estudio de las leyendas urbanas. De ser así, tal como hicieron en su día nuestros amables corresponsales, genuinos coautores de este trabajo, les invitamos a remitirnos cualquier relato que tenga el menor asomo de leyenda urbana, o tantas variantes como quieran de las que podrán leer a continuación y todas las sugerencias que deseen. Al final de esta introducción incluimos la dirección correspondiente.

Que los lectores no rompan la cadena y nos permitan seguir cultivando, merced a su generosa cooperación y en los años venideros, el enriquecedor estudio de las leyendas de nuestro tiempo.

ANTONIO ORTÍ y JOSEP SAMPERE
Apto. 12112
08006 BARCELONA
E-mail: leyurban@ciberia.es

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Sobre el riñón que nos falta

-He oído decir que hay tíos del Caribe que de vez en cuando roban cadáveres y los utilizan en rituales religiosos.

-Seiscientos noventa y cinco dólares y cincuenta centavos. He aquí el precio de venta actual de un homo sapiens difunto en el mercado negro de trasplante de órganos. Y eso sin contar con la riqueza mineral. Pulverizas un fémur y te salen un par de kilos de fertilizante de fosfato de calcio de primera calidad.

-¿De verdad cree que podrían venderlo en pedazos?

-Pero si solamente las córneas ya se venden a más de sesenta dólares el gramo, agentes.

-¡Venga, si tenía el cuerpo infestado de cáncer!

-Hombre, siempre queda el mercado del Tercer Mundo.

Hill Street Blues

Episodio titulado:

Los ladrones de cadáveres mutantes del Tercer Mundo

Esta leyenda trata de las glándulas secretarias de la orina, voluminosas en los mamíferos, de color rojo oscuro y situadas a uno y otro lado de la columna vertebral. A los que sean aprensivos les recomendamos no seguir adelante: van a asistir a un desfile de riñones, hígados, ojos y vísceras capaz de hacer palidecer al más experto matarife. Con semejante despliegue de casquería pretendemos aclarar si los baños de sangre de Elisabeth Báthory en el siglo XVI han germinado en una poderosa «organomafia», explotada en régimen industrial y con franquicias en todo el mundo.

A modo preliminar les aconsejamos que un galeno certifique si sus dos riñones están allí donde deberían. En caso de verse sorprendidos con que sólo tienen uno, esta historia les interesará a buen seguro:

Un chico visita con sus padres Nueva York. Mientras viajan en el autobús, el hijo entabla conversación con una joven. Como tienen que bajar, ella le invita a mantener un encuentro más pausado esa misma noche. Él accede de buen grado y quedan en verse a las ocho. Un tiempo después, aparece aturdido en una bañera llena de hielo de un hotel. No recuerda nada. Tanto es así que con mucha dificultad alcanza el teléfono y llama a sus padres. No sabe dónde está. Al otro lado del hilo, sus padres le dicen: «¿Qué ves por la ventana?». Y él comienza a dar pistas: «Hay un edificio con un cartel luminoso, una parada de taxis, etc.». Al final, lo encuentran y descubren que le han robado un riñón.

Esta es la versión más contada en España del robo del riñón. Por no extendernos en una prolífica toponimia, diremos que innumerables colaboradores nos han hecho llegar la referida historia, aportándonos detalles muy precisos que refuerzan su verosimilitud.

Teresa Mas, desde Igualada (Barcelona), por ejemplo, nos indica que le sucedió al hijo de los propietarios de cierta pastelería de la ciudad. Martina Fernández Bañobre se refiere a una «noche loca» de un amigo de León en un país desconocido, cuyo despertar debió de coincidir, imaginamos, con una sentida añoranza por la antigua Legio y su paisaje típicamente meseteño:

La historia contaba que un chico había viajado a un país desconocido y se había adentrado en un bar sin compañía alguna. Allí una mujer hermosa le invitó a una copa. Eso es lo último que recordaba; al día siguiente amaneció en una bañera llena de hielo y en el suelo habían escrito con su propia sangre que llamara a un número de teléfono. Así lo hizo y descubrió que le habían extirpado un riñón.

Nos hallamos, de nuevo, frente a hermosas mujeres que, como en el capítulo titulado *Bienvenidos al mundo del sida*, recurren a su opulenta lozanía para seducir a leoneses montaraces, sólo que aquí,

en lugar de contentarse con el fluido vital que destilan sus venas, su botín es más sólido. Las vampiresas modernas, podría decirse, ya no se contentan con la bebida, sino que ahora reclaman un «menú» completo.

De ello da fe Purificación Feria (Barcelona), que narra la odisea iniciática que acompaña a veces a los viajes de fin de curso:

Un grupo de estudiantes se fue de viaje a Nueva York. Llegaron muy tarde y no habían cenado. Uno de ellos decidió salir del hotel a tomar un bocadillo. Sus compañeros le recomendaron que no lo hiciera, dado el elevado índice de peligrosidad de ese barrio. Pero él no hizo caso de las advertencias y salió solo en busca de un bar donde poder cenar. Una vez conseguido, se sentó en un banco a comerse el entrepan (*sic*). Allí fue asaltado por unos desconocidos que lo durmieron con alguna sustancia narcotizante.

Se despertó en el mismo lugar de donde se lo habían llevado, sintiendo un fuerte dolor en la espalda. Al palpar ese punto, descubrió un inesperado esparadrapo. Tras acudir al hospital descubrió que había sido objeto de una operación quirúrgica, antes de que una radiografía revelara que le habían extirpado el riñón.

Si emuláramos la lógica desarrollada por Ernesto Sábato en *Informe sobre ciegos* tendríamos elementos suficientes -la sangre, el bocadillo, etc.- para concluir que la Cruz Roja debería ser objeto de una minuciosa investigación. Pero, a falta de sus habilidades, nos contentamos con sugerir que las leyendas sobre robos de riñones y demás órganos vitales nos acercan a los recelos que despierta la medicina moderna y su énfasis por encontrar piezas de repuesto que nos acerquen a la inmortalidad.

Antes de proseguir, bueno será que oigamos cómo se narra la leyenda del robo de riñones en la ciudad de los rascacielos, cuna de este tipo de avatares y cuyos 10.300 km de aceras cobijan un buen número de cicatrices. Nos lo cuenta Juan Fernando Cobo, traduciendo un texto anónimo que circulaba por Internet:

La siguiente historia apareció en un diario del estado de Texas. Un joven decidió un sábado por la noche asistir a una fiesta. Se estaba divirtiendo bastante, se tomó unas cervezas y una muchacha que conoció allí y a la que parecía gustarle, le invitó a ir a otra fiesta. Rápidamente aceptó y marchó con ella. Fueron a un apartamento, donde continuaron tomando cerveza y aparentemente le dieron droga (no sabe cual).

Lo siguiente que recuerda es que despertó totalmente desnudo en una bañera llena de cubitos de hielo. Todavía sentía los efectos de la droga y de la cerveza. Miró a su alrededor y estaba solo. Luego se miró el pecho y descubrió que tenía escrito con pintura roja este mensaje: «llame al 911 o usted morirá». Vio un teléfono cercano a la bañera, así que llamó inmediatamente. Le explicó a la operadora la situación en la que se encontraba. La operadora le aconsejó que saliera de la bañera y que se mirara en el espejo. Se observó aparentemente normal, así que la operadora le dijo que revisara la espalda. Al hacerlo, se apercibió que tenía dos ranuras de nueve pulgadas en la parte baja del abdomen. La operadora le dijo que se metiera nuevamente en la bañera y que mandaría un equipo de emergencia.

Desgraciadamente, después de que lo examinaron a fondo en el hospital, reparó en lo que le había pasado: le habían robado los riñones. Cada riñón tiene un valor en el mercado de 10.000 dólares -él no sabía esto- (...) Actualmente, esta persona se halla en el hospital conectada a un sistema que lo mantiene vivo. La Universidad de Texas y el Centro Médico de la Universidad de Baylor realizan gestiones para encontrar donantes.

No nos detendremos aquí en el refrán «dos mejor que uno», por considerarlo muy genérico. En cambio, sí criticaremos a los educadores norteamericanos por no adiestrar a sus vástagos en un refrán muy conocido en España: «Cuesta un riñón» o, lo que es lo mismo -como luego se verá-, «un ojo de la cara».

Tampoco obviaremos otro hecho insoslayable: nuestra víctima tejana en lugar de llamar a sus congéneres, como hacen los españoles en tan infaustas circunstancias, telefona a la operadora que, como se ha visto, conoce mejor que nadie la casuística de estos casos.

Pero en uno y otro lado del Atlántico se coincide en un aspecto de vital importancia: existe un complot, una mafia ramificada en los cinco continentes (esta leyenda, junto con la de la autoestopista, es de las más universales), que trafica con los órganos y de cuyas andanzas van a tener ustedes cumplida cuenta en este capítulo.

La fábula sobre el trasiego de órganos surge en 1987 cuando Leonardo Villeda, ex secretario general del Comité Hondureño de Bienestar Social, alerta que hay un contrabando criminal de niños del Tercer Mundo para que ciertas piezas de su cuerpo sean traspasadas a ciudadanos pudientes. A pesar de que Villeda no tarda en rectificar, el revuelo internacional es notorio. Por no cansarles con la infinidad de libros, documentales televisivos y artículos que alentarán este caso, intentaremos resumirles lo que concluye Véronique Campion-Vincent en *La légende des vols d'organes* («La leyenda de los robos de órganos»):

Las leyendas negras desempeñan un papel relevante a la hora de movilizar a la gente frente a nuevos problemas sociales. Su función es expresar sentimientos intensos en conflictos ideológicos.

Por «conflicto» se entiende en este caso que los niños del Tercer Mundo son objeto de vejaciones de todo tipo. A su vez, la medicina moderna ha evolucionado de tal modo que algunos expertos pronostican que con la nanotecnología se reparará el cuerpo desde el interior, sin necesidad de abrir las entrañas.

Pero antes de que esto suceda, nos encontramos con que, por un lado, multitud de «pacientes ricos» deben aguardar largas listas de espera para conseguir el riñón, la córnea o el corazón que les mejorará la vida, mientras que, de otra parte, miles, millones de personas, pasean su pobreza por África, América Latina y Asia, sin más equipaje que lo puesto.

Sólo nos falta ya un trovador. Como muy acertadamente observa Véronique Campion-Vincent, los medios de comunicación son muy sensibles al interés espontáneo que las leyendas negras despiertan en el público y las explotan con un objetivo muy preciso: vender más ejemplares. Posteriormente, la gente las escucha y las enriquece con elementos simbólicos.

De otro modo no se entiende que la barahúnda de horrores que narra esta leyenda -niños de Latinoamérica, Rusia, África, India o Extremo Oriente, descuartizados y enviados troceados al Primer Mundo- goce de una salud en estos momentos que ya quisiéramos para nosotros.

Rafael Matesanz, presidente de la Comisión de Trasplantes del Consejo de Europa, se pronunciaba en 1996 en estos términos:

Jamás un gobierno, organismo internacional, organización no gubernamental o medio de comunicación ha logrado presentar una sola prueba creíble que confirme alguna de las denuncias y testimonios referentes a la existencia de tráfico de órganos.

Por su parte, la doctora Blanca Miranda, coordinadora nacional de trasplantes, argumentaba así la imposibilidad de orquestar una práctica de tal calibre en la revista *Muy Interesante* (núm. 186, noviembre de 1996):

Desde el punto de vista técnico, resulta inviable, ya que la cirugía de trasplante únicamente se puede llevar a cabo en un gran centro hospitalario, con un quirófano dotado de una tecnología muy moderna y costosa. Además, el período de isquemia -es decir, el tiempo durante el cual un órgano puede permanecer fuera del cuerpo- es extremadamente breve, lo que dificulta su manejo: el corazón y el hígado han de ser implantados antes de cuatro horas: el hígado antes de 12, y el riñón, entre 24 y 48.

Por si fuera poco, los inmaduros órganos de los infantes sólo resultan viables entre los niños y son incapaces de hacer la función de las vísceras de una persona adulta.

En resumidas cuentas, desde que en 1986 surge esta leyenda en Europa, para emigrar cinco años después a Norteamérica, lo único que se ha podido constatar es que en China, a los condenados a muerte se les extirpan ciertos órganos vitales, con los que pagan una doble condena: ser eliminados

por la vía rápida y encabezar la vanguardia en materia de reciclaje. También que ha surgido un nuevo «turismo de órganos» hacia países donde la donación recompensada es práctica habitual.

Por un lado -señala el periodista Enrique Coperías-, para la mayoría de los países del Tercer Mundo, la posibilidad de mantener un elevado número de enfermos renales sometidos a costosas diálisis es simple y llanamente impensable. La consecuencia es que a los pacientes sólo les quedan dos opciones: la muerte o recibir un riñón sano. Este puede proceder de un familiar o de un desconocido que cede su víscera a cambio de una fuerte suma de dinero. De este modo, se salvan dos vidas: la de el receptor y la del donante, que siempre es una persona que sobrevive en una situación de extrema pobreza.

Está confirmado que los enfermos renales italianos acuden a la India a trasplantarse un riñón y que los centroeuropeos, principalmente los alemanes, prefieren viajar a Rusia, Filipinas y Latinoamérica. Tampoco es un secreto que los japoneses burlan las religiones sintoísta y budista, que prohíben el trasplante de vísceras, para visitar quirófanos en China. Por su parte, los pacientes estadounidenses se desplazan a las clínicas urológicas emplazadas en la frontera de Texas con México, para recibir un riñón chicano por un puñado de dólares. A su vez, en Bombay (India) un riñón de un donante vivo se puede adquirir por 400.000 ptas, y por algo más de un millón en Bangalore y Madrás. En algunos pueblos cercanos a estas ciudades, más de la mitad de la población sólo posee un riñón.

Esto es lo que se sabe. Pero, de ahí a afirmar que los niños sudamericanos adoptados en Estados Unidos y Europa terminan siendo desmenuzados por sus mentores en aras a una aplicación errónea del derecho paterno, media un abismo.

A pesar de ser una apreciación muy vaga, suecos, alemanes, holandeses y franceses reaccionan frente a esta leyenda de forma distinta a españoles e italianos. Si en los nórdicos prevalece el componente «humanitario», llámese niños huérfanos de países lejanos martirizados por capricho de millonarios y de mafias ominosas, en los países latinos no hace falta irse tan lejos. Justo a la vuelta de la esquina puede haber una cicatriz sospechosa, como la que nos envía desde Barcelona Francisco Bostrom:

Aproximadamente en 1993, en una discoteca de Madrid cercana a la Puerta del Sol, un chico de pelo corto fue raptado en la madrugada, lo metieron en una «Combi», y horas después fue devuelto al mismo sitio, medio muerto, con la particularidad de que le habían extraído un riñón.

Desde un punto de vista estrictamente policial, hay un cabo mal resuelto por los narradores: ¿Por qué criminales sin escrúpulos vuelven a coser a las víctimas y tienen el detalle de transportarlas hasta su lugar de origen?

Cuando se habla de folklore, preguntas de este tipo son bizantinas, si bien apuntaremos que los damnificados acostumbra a sufrir un *missing time*, un espacio en blanco, nefasto para sus riñones.

Ahora, de lo que no hay duda, es que en España tenemos mano fina para este tipo de manejos, tanto es así que, por más que se lea, nadie encontrará métodos tan sofisticados en ninguna parte. Oigan, si no, a Andrea (Barcelona) en el siguiente relato:

En Sant Pol de Mar un chico se fue de marcha con sus amigos a Mataró. Allí conoció a una chica muy guapa y se fue con ella. Al día siguiente su madre, al salir a comprar, se lo encontró tirado en la calle. Le habían quitado un riñón, pero no tenía cicatriz alguna.

Belén Luque, una informadora de Santa Margarida de Montbui (Barcelona), nos hace llegar otro buen ejemplo de refinamiento, aunque nos hace dudar si el verdugo es un hombre celoso de las apariencias o un simple chapucero:

Un hombre ingresa en un hospital para someterse a una intervención quirúrgica de apendicitis. La operación se realiza con normalidad, no hay ninguna complicación y días más tarde es dado de alta. Al cabo de unos meses, al someterse a una revisión rutinaria, descubre que le han robado un riñón.

Aunque no lo hemos dicho, España es uno de los lugares que más protege a los niños. Prueba de ello, es la rica tradición de personajes creados para ahuyentar a los críos -coco, hombre del saco, sacamantecas, etc.- y que acostumbran a citar estudiosos de todo el mundo.

Si el nombre de «ogro» nos viene de los húngaros -«Ogur»- que aterrorizaron Europa en la Alta Edad Media, la génesis del hombre del saco nos la explica el gran folklorista catalán Joan Amades en su artículo *Los ogros infantiles*:

En términos generales, el pueblo siente recelo hacia los adelantos y mejoras de carácter mecánico, rodeándolos de leyendas y de creencias que tienden más bien a desacreditarlos y a hacerlos odiosos. Más de una vez hemos oído que los ejes de las ruedas de los carros y demás vehículos, que los pernos de las muelas de toda suerte de molinos y que incluso las jarcias del velamen de las naves debían engrasarse muy a menudo para ayudar a sus movimientos, empleando para ello saín obligadamente humano, pues que no servía para el caso el de animal. La grasa debía ser fresca y tierna.

La industria, para procurarse el saín necesario, debía acudir al deguello de infelices criaturas, de las que debían sacrificarse en buen número y a diario para satisfacer las necesidades industriales. A fin de procurarse víctimas, rondaban por las calles unos hombres con un saco al hombro, que sonaban una tonadilla que atraía a cuantos niños la oían, los cuales se sentían como hechizados a su son y, sin darse cuenta, iban tras el músico, quien los conducía hasta un paraje despoblado, donde aprovechaba un momento para retorcerles el pescuezo, metiéndolos en un saco y llevándolos luego al desollador, quien le pagaba a buen precio su carga. Éste descuartizaba al infeliz para obtener el máximo producto industrial de su cuerpo. No todos los embaucadores de niños se servían de la música para atraerles; los había que mostraban un teatrillo o unas vistas de colores y otra suerte de espejuelos.

La introducción del ferrocarril y de la tracción urbana eléctrica, al igual que la gran expansión industrial, robustecieron sensiblemente este personaje, el cual era actualísimo en Barcelona cuando nosotros éramos niños y del que nos habían hablado insistentemente en los términos referidos, pintados en tonos terroríficos y espeluznantes.

Un episodio al que se referiría después Bernardo Atxaga en *Obabakoak*:

El ferrocarril llegó aquí a mediados del siglo XIX y supuso un cambio enorme, un cambio que ahora no podemos ni imaginar. Daros cuenta que lo único que se conocía entonces era el caballo, todos los viajes y todos los transportes se hacían a caballo. Pues bien, están todos con su cuadrúpedo en casa cuando, de pronto, va y hace su aparición un artefacto que alcanza los cien kilómetros por hora. (...) Este era el ambiente que reinaba cuando alguien tuvo la feliz ocurrencia de plantearse esta pregunta: ¿Por qué anda tan rápido? Respuesta: Porque engrasan sus ruedas con un aceite especial. ¿Sí? ¿Y cómo consiguen ese aceite tan especial? ¿Cómo? Pues muy sencillo, derritiendo niños pequeños. Atrapan a los niños que andan sueltos por aquí y se los llevan a Inglaterra. Allí los derriten en unas calderas enormes.

Cualquier lector atento observará semejanzas entre la leyenda del hombre del saco y la del robo del riñón. En ambos casos una innovación técnica provoca una escalada vampírica, tanto más poderosa a medida que uno se aleja de las vías del progreso. Allí, en los arrabales de la ciencia, las clases más desfavorecidas se preguntan si muy pronto no servirán de carne de cañón.

Otro tanto podría decirse del sacamantecas -nombre por el que se conoce en Galicia al hombre que despanzurra a sus víctimas-, también llamado «sacaúntos» -en Asturias y Cantabria-, «saginer» -en Valencia- o simplemente «Pimienta» en ambas orillas del río Nansa, apodo que le viene de cebar previamente a los niños a los que saca el «untu».

Gerald Brenan en *Al Sur de Granada* nos informa de su modo de proceder:

Un mantequero es un monstruo feroz, formado externamente como un hombre normal, que vive en deshabitados parajes salvajes y se alimenta de grasa humana o manteca. Al ser capturado lanza un alarido gimoteante y agudo y, salvo cuando acaba de darse un banquete, está delgado y macilento.

Pese a que los sacamantecas alcanzaron su cenit en la posguerra española, no deja de sorprender que en el 2000 muchos jóvenes sigan haciéndole un hueco en sus corazones. Natalia Aparisi, una valenciana de 26 años, nos da cuenta de una de sus últimas correrías:

Hace poco me contaron que una chica que estaba sirviendo en una casa se encontraba cada vez más débil, y es que por las noches antes de dormir se tomaba un vaso de leche, en el que sus patrones le introducían un somnífero, y cuando estaba dormida le sacaban grandes cantidades de sangre para sus hijos.

Desde la otra punta de España, Miguel Ángel Gallardo García, de 21 años y natural de Badajoz, nos informa que ahora utiliza una furgoneta roja, si bien en otras versiones -como la que nos envía desde Monóvar (Alicante) María Pilar Arnás- emplea una limusina negra:

De pequeña oí hablar a las niñas muy nerviosas sobre el tema. Trataba del rapto y posterior mutilación de órganos de las niñas de corta edad. El hombre que las raptaba era totalmente desconocido y la única pista que se tenía era que las esperaba con una furgoneta de color rojo en los sitios que las niñas de entre ocho y trece años solían frecuentar.

A nuestro entender, el que los sacamantecas gocen de muy buena salud en la imaginación popular y su reciente reconversión en ladrones de riñones, es consecuencia lógica del progreso científico y de la aparición de nuevas enfermedades. Tal vez por ello y por ese mínimo tamaño imprescindible que requieren las empresas de hoy en día para ser rentables, ha dejado de actuar solo y comienza a internacionalizar sus actividades.

Alfonso Sastre, autor de obras teatrales como *El doctor Frankenstein en Hortaleza* y *Delirium*, nos ofrece en *Necrópolis* algunas pistas sobre el destino final de las «exportaciones»:

Era una pequeña sociedad de cirujanos sin escrúpulos, como luego se demostró que se habían avenido -mediante un contrato con una gran corporación norteamericana que actuaba públicamente como una organización no gubernamental y benéfica- a hacer aquel trabajo de extirpación de órganos destinados a futuras operaciones. Eran portadores, claro está, de equipos sofisticados para que la operación fuera un éxito; y lo fue, porque se llevaron un total de veintitantas vísceras para futuros trasplantes. Al pie de la Morgue los esperaba una furgoneta frigorífica y nunca más se supo.

El hecho de que, por norma general, los desriñonados y descorazonados miren con el rabillo del ojo -siempre y cuando no les falte también- a Estados Unidos no es fortuito. Aunque la referencia geográfica es muy precisa, se trata de una metáfora para designar el lugar donde más avanza la medicina y donde más ricos se supone que hay. Decir Estados Unidos es nombrar también a Francia, Suecia y Gran Bretaña, países en los que el sector público cede terreno ante la medicina privada y donde los pobres, cada vez más abandonados a su suerte, son utilizados como cobayas.

Al respecto, mientras los sacamantecas perpetran sus desmanes en zonas rurales, el pueblo interpreta que trabajan por cuenta propia. Sólo al llegar a la ciudad pasan a trabajar al servicio de los ricos, a los que procuran sangre fresca para combatir la tuberculosis o, antes todavía, para un reverdecer tardío. Ramón Gómez de la Serna se refiere a los «ladrones de glándulas», discípulos aventajados de los salteadores de riñones, en su libro *Cinelandia*:

Los ladrones de glándulas, voraces, impasibles, sin idea ninguna del deber como hijos de su medio y de su siglo, repetían en su hambre de glándulas la exaltación que de las glándulas ha hecho nuestra época, sobre todo de las glándulas de más dolorosa extirpación.

Para los ladrones de glándulas todo hombre es rico y poderoso y lleva sobre sí el secreto de su fortuna. Hasta el más pobre, si tiene cierta juventud, posee el capital fabuloso de sus glándulas, ni metálicas ni diamantinas, blancas, crudas, con carnal morbidez apretadísima. (...)

En secretos rincones y gracias a una rápida gestión de los ladrones de glándulas, otros seres vetustos eran repuestos en su juventud y pagaban a precio de oro el trastrueque.

Pero aunque trabaje solo, al servicio de los ricos o de poderosas mafias, la esencia de esta leyenda no difiere: desde tiempos ancestrales la medicina se ha valido de los pobres para practicar la tiranía social. Huelga recordar que los raptos de niños en el siglo XVIII se atribuían a nobles enfermos que recurrían a su secuestro por razones médicas: el rey leproso precisaba baños de sangre o un príncipe mutilado requería un brazo nuevo que incompetentes cirujanos trataban de injertarle cada día de un joven recién secuestrado.

Nada desde entonces ha cambiado. Si acaso, que hoy los despotas parecen fijarse más en nuestras glándulas que en la sangre, pero tal vez ello obedezca a que después de siglos chupándonosla ya debemos de estar secos. Por lo demás el tema es el mismo: la masacre de inocentes a manos de tiranos, de siervos esclavizados por nobles, del pueblo llano sometido a unas organizaciones médico-técnicas que conciben a los seres humildes como meras piezas de recambio para los mandamases.

No es descabellado afirmar que esa máxima bien intencionada que argumenta que «la ciencia es neutra» no ha calado en la periferia del poder. Por eso nos aventuramos a vaticinar que no tardará en llegar el día en que los todopoderosos, tras arrebatarnos la sangre, los riñones y los ojos, pretendan también nuestros cerebros, la única pieza que les falta para completar ese rompecabezas sin alma que encumbra la medicina actual y donde cualquier tipo de inmortalidad pasa, hoy como ayer, por el sacrificio de los pobres.

ANTONIO ORTÍ

El poder oculto de la Coca-Cola

¿Por qué nadie conoce la fórmula de la Coca-Cola? ¿Por qué, cuando hoy en día se conocen todos los ingredientes de cualquier producto y todo está analizado por las direcciones sanitarias, la Coca-Cola nos oculta su composición? ¿Por qué dicha fórmula está guardada en la caja fuerte del banco más seguro de Estados Unidos? La respuesta a todos estos interrogantes es que la fórmula de dicha bebida contiene sustancias corrosivas muy perjudiciales para el organismo humano. ¿Cómo si no se explica que un trozo de carne metido en un vaso lleno de Coca-Cola se deshaga a su contacto en menos de tres horas? Eso por no hablar de los poderes desatascadores de dicho líquido. Otras de sus importantes cualidades es que, combinada con el antiguo optalidón (o aspirina), puede provocarte euforia y alucinaciones.

LOLA ORTÍ

Valencia

En 1886, una empresa de Atlanta (Georgia) patentó un medicamento que contenía extracto de coca. El producto, anunciado a bombo y platillo, recibió el nombre de Coca-Cola. Sus fabricantes aseguraban que tenía la propiedad de «curar el dolor de cabeza y aliviar la fatiga». Hacia 1903, cuando el tónico ya llevaba diecisiete años levantando ánimos, una legión de médicos empezó a proclamar que la cocaína suponía un riesgo para la salud de los norteamericanos. Muy pronto se sumaron al debate los políticos racistas del sur, dispuestos a impedir por todos los medios que la cocaína estuviera al alcance de los negros. En vista de semejante presión, la compañía Coca-Cola no tuvo más remedio que eliminar el fármaco de la receta. A partir de entonces la bebida se aromatizó con extracto de coca desprovisto del alcaloide estimulante y se le añadió cafeína para darle un toque vigorizador. En 1914, tras muchos años de figurar en los botiquines de los estadounidenses, la cocaína ingresaba en el mundo tentador y superpoblado de las sustancias prohibidas.

Paradójicamente, al ser despojada de su verdadera chispa y domesticada para siempre, la Coca-Cola fue adoptando una serie de características fabulosas nacidas de la fantasía popular. Diríase que la imaginación colectiva se negaba a olvidar el mítico ingrediente que contenía la bebida *in illo tempore* y, a falta de pociones mágicas, se permitía soñar con la única que tuvo el honor de serlo durante algún tiempo.

Una de las creencias más tempranas relacionadas con los poderes ocultos del refresco, parece inspirarse claramente en su fórmula original. Como saben todos los adolescentes bien informados, se rumorea que la mezcla de aspirina y Coca-Cola produce efectos alucinógenos o simplemente mareantes.

Esta creencia ya circulaba allá por los años treinta entre los jóvenes norteamericanos, como lo atestigua un artículo «preventivo» que escribió cierto médico de Illinois en el *Journal of the American Medical Association*. Según el galeno, la combinación de ambas sustancias generaba un brebaje «tóxico» con propiedades adictivas que podían ser tan perniciosas como «la habituación a los narcóticos».

Muchos de nuestros lectores podrían aportar sus propias experiencias, sin duda menos devastadoras, al respecto. Por otro lado, las supuestas virtudes psicodélicas de la Coca-Cola se inscriben en una larga tradición donde figuran las más variadas drogas folklóricas. Lola Ortí, de Valencia, menciona los «hilos» que se separan de los plátanos al comerlos. «De hecho -añade nuestra informadora levantina, concluyendo así su cursillo de toxicología doméstica-, se pueden fumar tras secarlos al sol, al igual que otros productos como el poleo, la tila o la manzanilla. También se pueden utilizar hojas de amapola.»

Para zanjar la polémica de una vez por todas, nada mejor que reproducir las conclusiones de alguien tan autorizado como Richard Feynman, premio Nobel de Física en 1965, quien experimentó en su persona el célebre combinado:

Yo tenía con frecuencia que demostrar (a los compañeros de la fraternidad universitaria) cosas que no estaban dispuestos a creer -se queja el eminente científico-. Por ejemplo (...), decían que la orina

salía del cuerpo por gravedad, y para hacerles ver que no era así tuve que mear cabeza abajo, haciendo el pino. O la vez en que otro soltó que al tomar aspirina y Coca-Cola uno se desmayaba inmediatamente. (...) Así que tuve que tomarme seis aspirinas y tres «cocas», una detrás de otra. (...) En cada ocasión, los necios que se tragaron el cuento me rodeaban, atentos a sujetarme en cuanto me desmayase. Pero nada ocurrió. Recuerdo, en cambio, que aquella noche no pude dormir muy bien (...).

La obra de donde procede la cita se titula justamente *¿Está usted de broma, Sr Feynman?*

Es también creencia que la Coca-Cola tiene un gran poder corrosivo y disolvente. Cualquier objeto metálico sumergido en ella se cubre de óxido en una noche (tal vez por un efecto imaginario de electrólisis, sugerido por las burbujas que envuelven dicho objeto, aunque en este caso el agua de Vichy también serviría). Contradicciones aparte, hay quien la considera como un eficaz antioxidante.

Un testimonio italiano recogido por Danilo Arona afirma que es el producto utilizado en las cadenas de montaje de la casa Fiat para dejar más limpios que una patena los bancos de trabajo. Asimismo, se ha dicho repetidamente que es capaz de disolver pedazos de carne, huesecillos, dientes..., y hasta cálculos renales, con tal de que se ingiera en dosis convenientes.

Como sugiere Frederick Allen en su libro *Secret Formula*, ambos rumores podrían haberse gestado a partir de un ejemplo que se inventó en 1950 un profesor de la Universidad de Cornell, Clive M. McCay, para ilustrar su teoría de que el azúcar y el ácido fosfórico, dos ingredientes del refresco, producían caries. Según McCay, bastaba introducir un diente en un vaso de Coca-Cola para que se fuera reblandeciendo y empezara a disolverse al cabo de un par de días. El director del departamento químico de la empresa, Orville May, se apresuró a desmentirlo ante el cuerpo de directivos en pleno, asegurando que cualquier bebida que contuviera ambas sustancias, como el zumo de naranja, también terminaría por disolver los dientes, sólo que para ello habría que retenerla en la boca durante días y días... A pesar de todo, el rumor ya había entrado en el torrente de la tradición y navegaba por todos los ríos del folklore universal.

La creencia en las propiedades corrosivas del refresco se fue refinando hasta generar una variante que rebate sin piedad aquello de «la chispa de la vida». Sostiene este nuevo rumor que la Coca-Cola es un espermicida infalible e instantáneo (conviene aclarar que debe aplicarse a modo de baño vaginal).

Nos adentramos aquí en un terreno incierto, puesto que a lo largo de la historia se ha creído en la calidad espermicida de sustancias tan naturales como la miel y el aceite, con lo que parecería bastante comprensible que los pobres espermatozoides sucumbieran sin remedio a una viscosa marea negra de Coca-Cola.

La exageración paranoica de este rumor nos remite al mundo de las teorías conspiratorias, de las que nos ocupamos en otro lugar de nuestro estudio. Sostiene Luis Noriega que un amigo suyo del equipo ciclista Postdam le aseguró que su patrocinador (la compañía Pepsi-Cola), incitaba a los corredores a propagar el infundio de que la Coca-Cola era una especie de arma química con la que se pretendía esterilizar al Tercer Mundo.

Sea como sea, si nos atenemos a las investigaciones de algunos estudiosos de la psicología social, como Gary Alan Fine y Jean-Noël Kapferer, esta clase de rumores dañinos casi nunca se fabrican en despachos empresariales con el fin de perjudicar a la competencia. Normalmente suelen ir fermentando en las capas populares de la sociedad y reflejan la inquietud de los consumidores por las tendencias ultraderechistas -ficticias o reales- de ciertos empresarios.

En *I Heard it Through the Grapevine*, su clásico análisis de los rumores que definen las obsesiones de la cultura «afroamericana», la profesora Patricia Turner recoge una lista de productos «contaminantes» en la que no aparece la Coca-Cola, pero sí la cerveza Coors y el refresco Tropical Fantasy, junto con los cigarrillos Kool y Marlboro. Todos estos productos, sostiene el rumor, serían propiedad del Ku Klux Klan, que los emplearía con el mismo propósito: esterilizar a los negros.

Como diría un marxista de toda la vida, la Coca-Cola representa la bebida «imperialista» por antonomasia. Junto con las hamburguesas, es el primer producto que traspasa cualquier frontera inexpugnable apenas se insinúa la más leve apertura. Esta capacidad «colonizadora» despierta odios y adhesiones a partes iguales. Las víctimas de los rigores comunistas engullen con ella los primeros sorbos del anhelado capitalismo, mientras que los más reacios a toda clase de transiciones la ven como el paso previo al consumismo embrutecedor.

De ahí a imaginar que la Coca-Cola es capaz de hundir los denodados esfuerzos de todo un pueblo, esterilizando metafóricamente a sus habitantes, apenas hay un paso.

JOSEP SAMPERE

Actos filantrópicos

Las tabacaleras extendieron el siguiente bulo: si conseguías acumular un kilo de los plásticos que envuelven los paquetes de cigarrillos, un minusválido lograba una silla de ruedas de regalo. Esta leyenda hacía que gente de buena voluntad continuara enganchada pues, si bien fumar es malo, por lo menos se contribuía a una buena causa. El problema venía cuando conseguías acumular el kilo de envoltorios e ibas al estanco.

ISABEL MIRANDA
Valencia

Andrés Ibáñez Fortea, un barcelonés de 38 años, coleccionó en 1984 hasta un millón de puntos que salían en las cajetillas de Winston americano, reconocible por su etiqueta azul. Estos se encontraban fuera del alcance de la vista, en la patilla inferior del paquete. Allí se apreciaban una o dos cifras que, multiplicadas entre sí -por ejemplo 20 por 50 igual a mil puntos-, daban el botín logrado. Aunque Andrés no recuerda quién le comunicó la pseudopromoción, la cosa funcionaba más o menos así: al llegar a 200.000 puntos se obtenía una silla de ruedas, mientras que con un millón la casa R. J. Reynolds te regalaba un reloj de oro.

En aquella época, era hasta cierto punto habitual ver en las Ramblas de Barcelona -donde se vendía esta marca de contrabando- a jóvenes con la mirada perdida en el suelo. Buscaban el Winston «pata negra» y, a la vez, contribuían a hacer más limpia la ciudad.

Por los testimonios que logramos recoger en toda España, la leyenda estaba muy extendida y lo único que difería era la cantidad exacta de puntos que daban derecho al regalo y las características del premio, que oscilaba entre un encendedor Dupont de oro, una silla de ruedas, un reloj o el sorteo de un coche.

En los principales estancos de Madrid, Valencia y Barcelona habían oído hablar de la supuesta promoción, que algunos relacionaban con un programa de radio y otros con un infundio interesado. Pero lo bien cierto es que muchos se conjuraron para sacar oro de aquello que con tanto desdén despreciaban los zapatos.

El recurso de conferir valor a algo objetivamente inútil, llámese arandelas de bebidas refrescantes, chapas, celofanes de tabaco y etiquetas de productos muy diversos, era empleado desde el siglo XIX por empresas «pecaminosas» -tabaco, bebidas, dulces, etc.- para expiar las culpas de sus clientes. Al hacer algo bueno con los envoltorios, los consumidores redimían su mala conciencia, ya que el daño que se infligían a sí mismos quedaba contrarrestado por el bien que hacían a otros.

Según cuenta Gary Alan Fine en el capítulo *Redemption Rumors* de su obra *Manufacturing Tales*, aguda recopilación de artículos sobre el «sexo» y el «dinero» en las leyendas contemporáneas, los orígenes de esta técnica de marketing se remontan a 1850 cuando Benjamin Talbot Babbitt, un fabricante de jabón, decide vender pastillas individuales con su propio envoltorio, cuando antaño se expedían en largas barras que el comerciante troceaba según las necesidades del cliente.

La campaña fracasa estrepitosamente -«el envoltorio no sirve para lavar», aducen los mujeres. Pero el éxito llega de forma abrumadora cuando se incluye un incentivo: una litografía de vivos colores a cambio de 25 paquetes vacíos.

En décadas posteriores, otros fabricantes recurren a campañas semejantes. Los cupones de café Arbuckec se canjean por tirantes o café; los cereales Grape Nuts regalan un vale descuento por valor de un centavo para la próxima compra; la compañía General Mills obsequia con una cucharilla a cambio de equis bonos y así hasta un largo etcétera. También la firma R.J. Reynolds entrega vistosos mecheros por paquetes de Camel vacíos, mientras que American Brands obsequia con cinco cartones de cigarrillos Pall Mall por cada 500 cajetillas vacías recibidas.

Tras la Guerra Civil, también en España se popularizaría esta técnica comercial. Con «el cupón del hogar» y en función del volumen de compras realizado, un sinfín de establecimientos ofrecían unos vales que había que pegar en una cartilla. Cuando se tenían los puntos necesarios, el usuario se hacía

merecedor de ciertos regalos proporcionales a la cantidad recogida -ollas, vajillas, cuberterías, etc.- que, generalmente, se retiraban en los economatos.

Por lo demás, prosigue Gary Alan Fine, el punto de encuentro entre el mundo de los negocios y los aparatos médicos se remonta a 1936 cuando la empresa Liggett & Meyers impulsa una campaña que permite canjear las etiquetas de Vets Dog Food -una marca de comida para perros- por uno o dos centavos, que van a parar a la cuenta bancaria de una fundación de perros guías de Chicago.

Desde 1950 hasta 1985 la noticia de que algunas empresas subvencionan aparatos médicos para los necesitados cobra un inusitado ímpetu. En Syracuse (Estados Unidos), un centro comercial recibe dos millones de cajetillas de tabaco vacías, circunstancia que se repite en otros lugares y que, en principio, permite a los hospitales comprar litros de sangre -financiados por las empresas-, sillas de ruedas, perros guías, pulmones de acero y máquinas de diálisis. Tanto es así, que Gary Alan Fine remite una carta a 133 fabricantes preguntándoles si han oído los rumores que afectan a su marca. De las 101 empresas que contestan, 17 reconocen estar al corriente, entre ellas Pepsi Cola, Kellogg's, R. J. Reynolds y Philip Morris.

La potencia de la leyenda urbana es tal que en Estados Unidos, personas que han reunido la cantidad necesaria de enseres -etiquetas, celofanes, cajetillas, etc.- y no saben qué hacer con ellos, se resisten a tirarlos con el pretexto: «Pero ¿y si los tiro y luego encuentro a alguien que los necesite?».

Por norma general, las donaciones tienen por destinatario a un niño de corta edad, normalmente de entre dos y nueve años, que necesita perentoriamente ayuda y que en algunos casos tiene nombre y apellidos. Otras veces se trata de muchachos con enfermedades terminales que quieren cumplir un último deseo. Este es el caso de Drall Sheford.

La Biblioteca de Andalucía en Granada remitió una carta fechada el 13 de marzo de 1977 en la que podía leerse:

Por la presente solicitamos su colaboración continuando la cadena de solidaridad realizada por las entidades que incluimos en el anexo con el objeto humanitario de ayudar a que se cumpla el deseo de un niño de siete años que sufre cáncer terminal y cuya ilusión es figurar en el libro Guinness de los récords como propietario de la mayor colección de tarjetas de diferentes empresas o entidades de todo el mundo. Rogamos su colaboración no rompiendo la cadena. Para ello deberá remitir un dossier como éste a otras diez entidades a su elección y, al mismo tiempo, enviar una tarjeta de su entidad al niño Drall Sheford, 38 Shelby Road, Carchalton, London, England.

La lista de instituciones que habían participado en la cadena solidaria era impresionante -ocupaba unas cincuenta páginas- y en ella figuraban, entre otras, la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, la Escuela de Estudios Árabes de Granada, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas -CSIC-, el Instituto de Investigaciones Agrobiológicas de Galicia, la Fundación Jiménez Díaz de Madrid, el Centro de Biología Molecular Severo Ochoa, la Asociación Valenciana de Empresarios de Cerámica, la Universidad de Santiago de Compostela, la Fundación Cultural de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, el ayuntamiento de Haria (Las Palmas), la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Barcelona y así hasta un larguísimo etcétera. Cada una de estas entidades había mandado el mensaje a diez empresas distintas -listas que se incluían fotocopiadas.

A pesar del buen corazón de los remitentes, nos tememos que fueron engañados. En nuestros archivos se apilan decenas de peticiones parecidas cuya falsedad está comprobada. Es el caso de Brian Miranda, «que se encuentra internado en el Hospital Niños Pedro Garrahan (*sic.*)» y que necesita que le mandes un centavo para su curación; de Jessica Mydek, una «niñita norteamericana que sufre un caso muy agudo y muy raro de carcinoma cerebral» que implora tres centavos para su tratamiento; de Craig Furr, un chaval británico de seis años que sufre un tumor cerebral y que quiere visitar Disney World antes de morir; de Anthony Parkin, martirizado por la leucemia y que desea recibir postales «para poder vivir entre nosotros para siempre», etc.

Pero si hay un caso emblemático y verídico de filantropía éste es el de Craig Shergold. Su historia comienza cuando el 28 de septiembre de 1989 el periódico sensacionalista inglés *The Sun* publica que Craig Shergold, nativo de Carshalton, pequeña localidad al sudeste de Londres, es víctima de un maligno tumor cerebral. A pesar de haber sido tratado con quimioterapia, su estado es muy grave, por

lo que intenta batir el récord mundial de recogida de postales para figurar, a título póstumo, en el libro Guinness de los récords. Con tan loable propósito, *The Sun* decide incluir en su edición un cupón-respuesta para superar la plusmarca de otro inglés de doce años, Mario Mosby que cuenta en su haber con 1.000.265 cartas postales.

Tras reiterados llamamientos de *The Sun*, Craig consigue el 18 de noviembre de 1989 hacerse con el récord -1.000.266 postales- y a finales de ese mes ya dispone de 1.256.266 cartas. Posteriormente otros lugares se suman a la campaña, caso del periódico de Hong Kong *South China Sunday Morning Post*. La respuesta es extraordinaria y, en marzo de 1990, Craig dispone de 7.500.000 postales, inscribiendo finalmente su nombre en el Libro Guinness en 1991 con 16.250.692 cartas recibidas. En diciembre de ese año, Craig inaugura una exposición en Londres, consagrada al récord, donde se exponen algunas de las 33 millones de cartas recibidas por entonces.

En noviembre de 1990 Craig encuentra a un millonario altruista, John Kugle -según la revista *Fortune* el hombre más rico de Estados Unidos-, que ansía conocerlo. Kluge contacta con el neurocirujano Neal Kasell, especialista en tumores cerebrales en la Universidad de Virginia, y le opera en Charlottesville el primero de marzo de 1991. La intervención, sufragada por Kugle y la compañía aérea American Airlines, es un éxito y Kasell erradica el 90 % del tumor, que además no es cancerígeno. Poco después es recibido en Gran Bretaña con los honores de un rey.

En la actualidad Craig Shergold tiene veinte años y una salud envidiable. Sin embargo, sigue recibiendo postales y figura como precursor de una saga de niños enfermos que recurren a la solidaridad de sus semejantes para lograr sanar sus males. Decenas de casos similares se han registrado desde entonces en España. Por otra parte, la empresa que apadrina el libro Guinness ha retirado la categoría «más tarjetas», ante el temor de que se repita lo sucedido. Por último, algunos desaprensivos han hecho circular por Internet el nombre de niños supuestamente enfermos, sirviéndose de nombres de indudable mal gusto: Jessica Mydek -apellido que recuerda al falo masculino-, Craig Furr -«fur» podría traducirse por saburra, esto es, la pasta blancuzna que se forma en la lengua- o Anthony Parkin -patronímico equiparable a vomitar.

Por lo que se refiere a las compañías tabaqueras con que se iniciaba este relato, han institucionalizado los regalos que antes sólo eran leyendas. Así, en marzo de 1999, la casa R. J. Reynolds, fabricante de Winston, tenía una promoción consistente en reunir el papel de aluminio que se encuentra al desprecintar el paquete. Cada papelito contenía un número de «cities» con las que se podía visitar Nueva York, San Francisco, Los Ángeles y Nueva Orleans tras tomar parte en un sorteo. Además se podía ganar un reloj de pulsera -200 «cities»-, un *discman* -700 «cities»- o un chubasquero -75 «cities»-, entre otros accesorios y complementos.

Otro tanto hacía Philip Morris, productora de Marlboro, sólo que en este caso las «cities» eran «miles» (millas). Con 625 millas se lograba un termo de 700 cl de acero inoxidable, con 225 una linterna, con 185 un cenicero y con 550 una mochila, entre otros regalos.

También Pall Mall, otra de las firmas legendarias, se sumaba a la fiebre y ofrecía por quince códigos de barras de tabaco light un *compact disc* que se abría con el *Free* de Ultra Nate y que cerraba Gloria Gaynor con *I am what I am*.

Las sillas de ruedas, los litros de sangre y los pulmones de acero habían pasado a mejor vida, para desazón de tantos muchachos que rastreaban el suelo de las Ramblas de Barcelona con la esperanza de ser tempranamente ricos con su reloj de oro o de facilitar una silla de ruedas a alguien más necesitado que ellos.

ANTONIO ORTÍ

Aviones que roban la lluvia¹

Yo he visto al ir al campo las nubes a punto de romper y ver enseguida la avioneta por en medio de ellas, y llegar al final de las nubes, volver otra vez atrás, y así le daba varias pasadas a las nubes, despacio, y a los veinte minutos estar todo el tiempo totalmente despejado.

RITA LÓPEZ ROMERO
Murcia

El 1 de noviembre de 1953 la revista *Diez Minutos* regalaba a sus lectores el siguiente reportaje: *Los «rompenubes» norteamericanos se hacen ricos prestando servicios a los labradores*. Según se deducía del artículo, había surgido una nueva cuadrilla de pilotos capaces, ya no sólo de producir lluvia, sino de evitar el granizo que dañaba los frutales, a cambio de 30.000 dólares al año. De este exterminio ilícito de las nubes se tenía constancia desde 1949, cuando dos químicos norteamericanos, Irving Langmuir y V. Vonnegut, habían descubierto que sembrando las nubes con agua y yoduro de plata se dificultaba la creación de grandes cristales y así el consiguiente granizo.

Por tal motivo, las autoridades españolas llevaron a cabo varios ensayos aéreos entre 1975 y 1985 en la cuenca del Duero y, más tarde, en Canarias y Aragón -según informaba Servimedia en 1995-. Pero, curiosamente, es desde que deja de utilizarse esta técnica -en 1985- cuando se multiplican los testimonios de agricultores de diferentes lugares de España que afirman haber avistado temibles aeronaves que perturban el tiempo con sus manejos.

Ese mismo año, Luis Alonso, presidente de la Cámara Agraria de Ágreda, señala vehemente: «No sé a quién puede beneficiar todo esto, pero hemos llegado a creer que es cosa de la Comunidad Europea, pues las avionetas se hicieron frecuentes en esta comarca después de nuestro ingreso en ella y justo después de que se decidiera recortar la producción de cereales en nuestro país».

Otro soriano, esta vez Toribio Isla, presidente de la Cámara Agraria de Ólvega, dispara en otra dirección: «Hace algunos años -afirmaba- vinieron gentes de La Rioja con generadores de tierra o “estufas”, una especie de bombonas, que lanzaban yoduro de plata a la atmósfera, diciendo que se instalaban para disolver el granizo antes que cayese, ya que a ellos les estropeaba las huertas. Fue entonces cuando comenzaron los problemas de lluvia». Una diatriba que merecería días después la contundente respuesta de Javier Ruiz, responsable del servicio de lucha antigranizo de La Rioja: «Este embrollo -apuntaba- obedece a la psicosis de los campesinos sorianos, que creen que les estamos robando las nubes. De hecho, en 1985 retiramos de esa provincia el último de nuestros generadores de yoduro de plata, porque se creía que éramos nosotros los responsables de la falta de lluvia, ¡cuando buscábamos todo lo contrario!».

Sin embargo, el debate continuó en años posteriores y llegó al Congreso de los Diputados -en mayo de 1992- de la mano de Efrén Martínez, diputado del Partido Popular por Soria. La respuesta del Ministerio de Agricultura fue tajante: desde 1985 no se lanzaba yoduro de plata desde avionetas y, cuando se hizo, fue para evitar el granizo y aumentar las precipitaciones líquidas.

No contentos con estas explicaciones, ochenta pueblos del norte de Soria deciden crear en 1993 la Asociación de Avionetas del Moncayo -AVIMON- para denunciar la existencia de artefactos voladores. Tanto es así que el entonces ministro de Obras Públicas, José Borrell, se ve forzado a intervenir en el caso, tras ser interpelado por un senador de su propio partido. «Desde el punto de vista científico -señala Borrell-, la preocupación ciudadana no tiene otra explicación que la coincidencia de fenómenos naturales, como la desaparición de una masa nubosa o su disipación al aumentar la temperatura o levantarse el viento».

Por aquel entonces, los aviones que roban lluvia ya han sido detectados, no sólo en Soria, sino también en Zaragoza -en las proximidades del Moncayo-, circunstancia que no pasa desapercibida a las autoridades. En otoño de 1995, Alberto López, responsable del departamento de prensa del

¹ Gran parte de las citas y referencias de este capítulo proceden del artículo «De nuevo con las avionetas antinubes», de Jordi Ardanuy. Manifestamos nuestro agradecimiento al autor por su amabilidad al remitírnoslo.

Gobierno Civil de Soria, manifiesta que «la tercera parte de la provincia está alarmada, e incluso hemos sabido que se han organizado batidas para cazar aviones, poniendo en riesgo la seguridad de vuelos que, quizá, no tengan nada que ver con el problema». Tanto es así, que la Dirección General de Aviación Civil dispone los días 15, 16 y 17 de mayo de 1995 una avioneta estacionada en el aeródromo de Garay para perseguir a las aeronaves piratas.

Pero ya esos días las avionetas fantasmas vuelan por otros lares. Vecinos de Lorca -en Murcia- presentan una denuncia ante el juzgado de Instrucción número 2 de la capital e incluso entregan muestras de tierra que, presumiblemente, contienen «productos antilluvia». Tres años después, tras archivar el caso al no hallarse indicios sólidos de delito, se convocan dos manifestaciones en Lorca -también en Murcia- para exigir el desmantelamiento de la Confederación Hidrográfica del Segura, a la que se acusa de transmitir a las aeronaves información sobre la situación atmosférica.

A falta de lluvia, se desata una auténtico aguacero de acusaciones que moja a las compañías de seguros -si se pierde el género por culpa de la lluvia, han de responder con su capital- y a los grandes empresarios que cultivan la lechuga, «ya que no dejan que llueva, porque la lechuga quiere agua del suelo y con la lluvia se pudre», según señala Rita López Romero, una testigo que dice haber divisado a las misteriosas avionetas.

La leyenda española, que ya se conoce desde Almería hasta Tarragona, donde el diputado de Iniciativa por Cataluña-Los Verdes, Víctor Gimeno, eleva una propuesta no de ley al Parlamento para que la Generalitat «explique si sabe de la realización de estos tratamientos aéreos», pasa, primero a la vecina Francia y luego a Estados Unidos, con lo que se completa un curioso trayecto de ida y vuelta.

A Francia pudo llegar, según especula Jean-Bruno Renard, de la mano de los temporeros españoles que acudían a la recolección de la patata, primero a la región de la Dordoña y antes a Quercy; donde en el verano de 1986 las trufas no salieron a causa de la falta de precipitaciones y se acusó a los aricultores de Tant-et-Garonne de contratar aviones antinubes para preservar sus frutales.

En Estados Unidos, tras arreciar la sequía en Maryland, los lugareños achacaron la falta de lluvia a individuos que «intentaban alterar el clima vertiendo productos químicos sobre las nubes», razón que llevó en 1983 al gobernador del estado a promulgar una ley que castigaba las actividades de los ladrones de nubes -si bien ninguno de ellos pudo ser apresado.

Tanto en España, Francia y Estados Unidos los misteriosos aviones sobrevolaron los cielos en época de sequía. Antes que ellos, sacerdotes y brujos habían intentado controlar en vano la meteorología. En el siglo V, por ejemplo, la liturgia romana conocida por *ad pretendam pluviam* intentó sustituir a las «robigalias», fiestas paganas en las que se hacían procesiones y súplicas especiales a los dioses.

Sólo siglos después, estos conjuros, mitad brujeriles, mitad eclesiásticos -valga recordar la lluvia torrencial que se atribuye a Santo Domingo y que sacó a Segovia de una persistente sequía-, recibían la inestimable ayuda de la ciencia. Así, durante el siglo XIX se puso de moda atizar cañonazos a las nubes, mientras las campanas de las iglesias tañían al aire en busca de comprensión divina.

Sin embargo, donde antes habían seres mágicos ahora nos encontramos con tecnología, con avionetas que reencarnan a gráciles brujas montadas en ecológicas escobas. Lo demás, sería aceptar un fenómeno natural: la sequía. Al fin y al cabo, los afectados se niegan a admitir que la naturaleza se comporte de un modo tan caprichoso, al socaire de ciclos más o menos periódicos. Decir que la sequía no tiene un origen natural, es aceptar la influencia de fuerzas externas, de oscuros intereses políticos que el Gobierno no tiene intención de investigar y que, en última instancia, explicarían por qué a lo largo de este siglo los antiguos seres sobrenaturales que nos visitaban se han vuelto «sobretecnológicos», aportando ese toque de racionalidad científica exigible a cualquier superstición popular que pretenda una larga vida.

ANTONIO ORTÍ

Fraudes telefónicos

Cuando en 1872 Graham Bell inventó un aparato para transmitir sonidos a través de la corriente eléctrica y ayudar a los sordomudos, poco podía imaginar los sinsabores que iba a causar en 1998 a un buen número de ciudadanos. Argelinos sin escrúpulos, marroquíes con tíos en Marrakesh, hermanos en Rabat y primos en Tánger, además de gambianos recolectores de manzanas, por citar sólo a algunos, formaban parte de una organización que muy bien podría denominarse «África al habla».

Todos ellos habían dado con un método clandestino y eficaz que significaba un antes y un después en la historia de las telecomunicaciones: raptar los teléfonos del Primer Mundo, para llamar a su país a bajo coste. Igual que sucediera con la colonización del Oeste americano, cuando ciertos desalmados vendían rifles a los indios, ahora otros hombres blancos habían brindado a los africanos los medios necesarios para llevar a cabo sus desmanes.

El ingenioso sistema se resumía en cinco puntos y tuvo tal acogida en instituciones y ayuntamientos que muy pronto fue de dominio público. El texto que se intercambiaron a través del correo electrónico los consistorios de Barcelona, Santa Margarida de Montbui y Arenys de Mar, entre otros, se titulaba *Se ha detectado un nuevo timo telefónico* y decía textualmente lo que se lee a continuación:

1. Lllaman por teléfono diciendo que son del servicio técnico de Telefónica o de una empresa que trabaja para ellos -ATT- y preguntan si dispones de marcación por tonos.
2. Con la excusa de que necesitan realizar comprobaciones en la línea, piden que marques el 90# (nueve-cero-tecla#).
3. Una vez que lo has hecho, te dicen que no hay ningún problema y te dan las gracias.
4. Resultado: han convertido tu línea en receptora de todas las llamadas del teléfono desde el cual te han llamado, con lo que todas las llamadas que hagan ellos te las cobrarán a ti.
5. Telefónica no sabe cómo pararlo, ni cómo evitar este fraude.

Por los testimonios que recogimos y, al parecer, según había publicado el periódico *Regió 7* -extremo que no pudimos confirmar-, la argucia aquí reseñada era explotada en régimen industrial por bandas interesadas en lanzar un cable a ciudadanos de otros continentes a cambio de una buena tajada.

En este libro uno de los aspectos al que hemos prestado mayor atención ha sido desentrañar por qué algunas historias tienen tanto éxito en las ciudades y por qué otras -narrativamente igual de perfectas- mueren por el camino. En el caso de esta leyenda no hay duda: la ciencia hace tiempo que dejó de percibirse como una bendición del cielo y ahora se observa como una amenaza ante la que nadie puede sentirse seguro.

Una somera lectura del manual de instrucciones de nuestro teléfono -«Inserción de pausas», «Borrado de memorias» «Resistencia mínima de aislamiento», etc.- podría llevarnos a pensar que los escribas de la compañía pública se adiestraron en el antiguo Egipto, antes que en el alfabeto latino. Lean, si no, el siguiente párrafo que aparece en la página siete del «Manual de Usuario» de esta compañía:

Las teclas que facilitan el acceso a los Servicios Suplementarios Digitales de la Red Telefónica, están programadas estrictamente para su uso con el equipo conectado directamente a la central telefónica. Para el uso de los servicios de centralitas se deberán seguir las instrucciones específicas de los mismos.

Paradójicamente la compañía que vela por la comunicación se dirige a sus súbditos con una jerga incomprensible y sectaria. ¿Por qué no atribuir, pues, sórdidas intenciones a este aprendiz de «Gran Hermano»? O, aún más, ¿por qué no rebelarse contra este ente anónimo y lejano?

Ambas tendencias parecen estar muy presentes en las leyendas telefónicas. Entre los amotinados figuran todos aquellos que durante el último tercio del siglo XX no han cejado de idear sistemas -por ejemplo, atar un hilo a una moneda previamente agujereada y tirar de él cuando la cabina se la traga- con tal de librarse del yugo de la tarifa plana.

Otros, en cambio, como en el caso que nos ocupa, han preferido llevar a la práctica su propia noción del monopolio, si bien conviene aclarar pronto que el timo antes descrito jamás pudo producirse. «Es inviable técnicamente», nos dijeron en Telefónica, con voz fatigada. No en vano, decenas de personas -reconocieron- habían llamado antes que nosotros para cercionarse si también los paquistaníes que reparten el butano y las filipinas que trabajan en el servicio doméstico habían dado con una nueva modalidad de cobro revertido.

Una nueva informadora, Birgit Cortada, nos hacía llegar otro novedoso timo telefónico, más ingenioso que el anterior y por tanto más plausible. La idea central del mismo podría resumirse en que delante de la todopoderosa y no siempre precisa ciencia, podemos llegar a cometer idioteces tales que, a la postre, comprometan nuestro pecunio:

Unos presuntos delincuentes están enviando decenas de miles de correos que dicen textualmente: ¡Gracias por su pedido! ¡En menos de 48 horas su tarjeta de crédito será cargada con la cantidad de: Ptas 78.0000 (520 \$ US), IVA incluido. Para cualquier aclaración de este pedido, llame a nuestro centro de pedidos: 005 691 4019 (servicio GRATUITO para nuestros clientes).

Se trata de una presunta estafa que consiste, simplemente, en que el que recibe este mensaje marque este teléfono, localizado en Chile, que no es gratuito, sino todo lo contrario, y, al que sólo por el hecho de llamar, cargan en nuestra cuenta bancaria cantidades astronómicas por una simple llamada, unas 500 ptas el minuto (tres euros por minuto, aproximadamente.)

El mensaje incluía el suplicatorio «mándalo a cuatro personas», una cifra modesta para lo habitual en la red de redes -normalmente diez. Respecto a la sintaxis del texto y la conocida afición de los internautas de dramatizar los mensajes con exclamaciones, mayúsculas y números, nos hemos mantenido fieles al texto original.

Pero el tercer grupo y el más numeroso está integrado por los que sólo pagan sus facturas y se defienden, mal que pueden, de la tecnología de unos y otros. Entre ellos se encuentra Alex Font, un lector de *La Vanguardia* que publicaba el 21 de enero la siguiente carta:

Telefónica ha puesto en funcionamiento uno de los sistemas más chabacanos de los imaginables para usurparnos el dinero en pequeñas raciones pero que, sumadas, son una fortuna. El caso es el siguiente: el otro día un conocido me llamó a casa. Después de charlar un rato me despedí y colgué el auricular. Una porción de segundo más tarde el teléfono volvió a sonar. ¡Qué casualidad! pensé. Pero la coincidencia no era tal: al descolgar descubrí que al otro lado del hilo se encontraba el mismo amigo con el que había departido hacia escasos momentos. «¿Por qué vuelves a llamarme?» le pregunté, a lo que él me contestó muy extrañado: «¡Pero si yo aún no había colgado el auricular!».

El asombro era máximo. Fue un proceso tan rápido que mi amigo no podía haber tenido tiempo de apretar el botón de «rellamada». Pero la sorpresa fue mayúscula cuando días más tarde este mismo hecho me volvió a suceder con un conocido. La conclusión estaba clara: estas segundas llamadas -casi instantáneas- están previstas por Telefónica para que, con sólo descolgar el teléfono, tengan derecho a cobrar tantas pesetas de establecimiento de llamada.

Sinceramente, cualquiera podría dar fe, apelando a su propia experiencia, de este «fenómeno paranormal». Y otro tanto puede decirse de la repentina generosidad de Telefónica al regalar a diestro y siniestro el servicio de contestador automático.

Para muchos particulares, ya no sólo es posible que bandas foráneas estén pagando a Telefónica con su misma moneda, sino que es más que probable que ésta nos engatuse con alevosía y premeditación.

Tal vez esta desconfianza hacia la compañía pública y, por extensión, a su oscurantista técnica, ha llevado a algunos ciudadanos a participar en cadenas solidarias que advierten de los excesos.

Antiguamente, el boca a boca y las cartas de los lectores eran el medio de trasmisión habitual. Más tarde, los folkloristas comenzaron a referirse a términos tan curiosos como el «faxlore» -algo así como el folklore transmitido por el fax- para acabar en el «netlore» con la irrupción de Internet.

Los falsos virus informáticos entrarían dentro del último capítulo y abarcarían desde el famoso *Good times*, una bomba que se activa al abrir un mensaje de correo -algo completamente imposible-,

hasta el «virus del sida» que -según nos ha llegado por Internet- se presenta en nuestro correo con «Abre. Superguay. Es increíble» y a continuación devora nada menos que cinco megas de disco duro y borra todos los programas, por no hablar del «Viernes 13», el primero de esta prolífica saga.

Incluso el periódico sensacionalista norteamericano *The Weekly World News* -de venta en supermercados- se ha atrevido a publicar una entrevista con una persona de 38 años, «cuyos datos se desconocen», que responde por «paciente cero» y, que al parecer, ha sido infectado por un virus informático:

Del mismo modo que el virus del sida pasó en cierto momento de los monos a las personas un virus del tipo «caballo de Troya» se ha transmitido finalmente del disco duro de un ordenador al sistema nervioso central de un hombre.

Como sucedía con el teléfono, la existencia de virus auténticos -caso de «Melissa»-, inspira a ciertos «tecnogamberros» a lanzar mensajes tremendistas, sobre todo a través de Internet, a fin de instaurar el caos en instrumentos concebidos para el orden.

Ante tamaña amenaza, los ciudadanos reaccionan de forma muy clásica, sólo que en lugar de recurrir a hojas fotocopiadas o al fax, ahora mandan sus cadenas solidarias a través de Internet. Y es que, curiosamente, el mismo instrumento de cuyos peligros advierten es, en la práctica, el único que puede salvarlos.

ANTONIO ORTÍ

La acupuntura crea hábito

La acupuntura es una técnica curativa tradicional de China. Sus efectos son conocidos a escala mundial, aunque no sea aceptada por la comunidad científica. Últimamente es famosa por ser un remedio eficaz para dejar de fumar. ¿La razón? Evidentemente, las agujas que te meten van provistas de sustancias adictivas, que sustituyen a la nicotina. Dejas una adicción y te sometes a otra.

LOLA ORTÍ
Valencia

Que los ciudadanos chinos son unos malvados, que traicionan, que tienen tormentos insanos, que se comen todo lo que tiene patas -menos las sillas-, es bien conocido. En este libro encontrará ejemplos muy gráficos, por si le quedaba alguna duda. Lo que no podíamos sospechar cuando comenzamos este inventario sobre las leyendas urbanas que corren por España, es que en Valencia se iba a ampliar su larga lista de fechorías.

Al parecer, la acupuntura es una formidable tapadera para convertir en peleles ambulantes y zombies de poca monta a enfermos aquejados de dolores musculares y fumadores empedernidos. Cuando se tumban en la mesa camilla, no sospechan nada, incluso creen notar alivio. Sin embargo, esas inocentes agujitas que les clavan en la espalda, en la nuca y en el lomo están impregnadas de una sustancia adictiva que les convierte en clientes cautivos. Que les duele un pie, agujita; que la migraña no se cura, agujita; que el trabajo les provoca estrés, más agujitas.

A decir verdad, en Valencia parece existir un extraño síndrome relacionado con las agujas adictivas. De aquí procede, por ejemplo, la leyenda de que algunas cabinas telefónicas esconden en el receptáculo que devuelve las monedas agujas de jeringuillas infectadas de sida -cuando vas a recoger el cambio, te contagias. Incluso, algunos sostienen que el diario *Las Provincias* publicó alguna vez -extremo que no hemos podido confirmar- que en la playa de La Malvarrosa se encontraron jeringuillas enterradas en la arena con la punta hacia arriba.

El folklore moderno encuadra a este género dentro de las «teorías conspirativas». Al contrario que las leyendas urbanas, de estructura más neutra cuando no conservadora -no hay que hablar con desconocidos, hay que rehusar caramelos a la puerta del colegio, tener cuidado con las autoestopistas, etc.-, las «conspiraciones» suelen enfrentarse al poder, al que consideran responsable de buena parte de los males conocidos.

Hasta España han llegado algunas de ellas, como la que nos recuerda Vicente Domenech desde Alacuás (Valencia) quien sostiene que durante la etapa franquista el pan contenía pequeñas dosis de bromuro que disminuía el apetito sexual de quien lo comía.

La primera noticia que se tiene del mito del bromuro data de finales de 1939, en vísperas del ataque alemán a Francia, cuando los soldados galos empiezan a quejarse de que se mezcla el bromuro a sus espaldas con café o vino. «Esto -señala Jean Noël Kapferer- disminuía de manera notoria el ardor y la capacidad amorosa de los soldados, fenómeno del que se percataban en sus días libres». Al parecer, los militares recurrían a este componente químico por pensar que la continencia amorosa facilitaba las posibilidades de victoria y potenciaba ciertas virtudes mágicas como el ardor guerrero.

Sin embargo, la leyenda del bromuro siguió expandiéndose al finalizar la guerra y caló en los cuarteles españoles a finales de la década de los sesenta. A falta de alemanes a los que combatir, aquí la explicación podría ser otra: los soldados, al fin y al cabo unos adolescentes, justificaban con el bromuro sus angustias sobre la sexualidad confinada y culpaban a la Iglesia y a los militares de cualquier eventual fracaso amatorio que pudiera darse al llegar el anhelado permiso. Sin embargo, a diferencia de Francia y tal vez fruto del opresivo régimen franquista, la idea de que el bromuro seguía muy presente en la dieta cotidiana fue una constante hasta prácticamente nuestros días.

A su vez -continúa Domenech-, cuando se generalizó el uso de agua corriente en las casas, el líquido que salía del grifo también llevaba un componente que, sin alterar en exceso el sabor

-aprovechando el del cloro-, afectaba al deseo. Estas prácticas estaban auspiciadas por la Iglesia católica, de gran poder e influencia entonces y siempre pendiente del disfrute de sus feligreses.

Otro caso más reciente sobre manipulación gastronómica alude a los perros utilizados por la policía para encontrar droga, sobre cuya toxicomanía existe un amplio consenso en España.

Normalmente, el estado, la policía y los políticos son los principales sospechosos de estas tramas urdidas para oscuros manejos. Aunque no los únicos. En efecto, los laboratorios farmacéuticos suelen percibirse, en España y en Estados Unidos, como bunkers deshumanizados que deciden el destino de las personas en función de sus beneficios. ¿De qué modo cabe interpretar, si no, que la gripe siga postrando en cama a millones de personas cada año?

Son los propios laboratorios contesta Jaime Bengoa desde Castellón- los que mutan el virus para que las medicinas que año tras año inventan -más las que ya están en el mercado- no sirvan de nada. Simple y llanamente sirven para engordar las arcas de estas empresas. Además, estos fuertes intereses económicos implican en muchas ocasiones a los médicos, que atiborran de medicamentos a los pacientes, normalmente de forma indiscriminada y a cambio de suculentas comisiones y regalos.

La extendida tesis de que el sida lo inventaron los norteamericanos para librarse, primero de homosexuales y reclusos, y, más tarde, del Tercer Mundo, entraría dentro de este capítulo. En *Bienvenidos al mundo del sida* damos más detalles al respecto.

Sin embargo, hasta España ha llegado una maquinación más terrorífica, un plan perfecto para aniquilar a los ancianos y convertirlos en un amasijo de hierros y cristales rotos por encargo de un organismo oficial: el INSERSO.

Con las nuevas tecnologías y avances de la medicina -reflexiona Salvador Olmos desde El Perelló (Valencia)- es reconocible un aumento considerable de la calidad de vida de nuestros ancianos. Además de ventajas de todo tipo, el INSERSO facilita la labor del ocio a los mayores, programando viajes a precio de coste durante temporadas donde la escasa actividad turística permite una mejor atención. Pero, paralelamente a estas mejoras, el problema del sostenimiento de las pensiones públicas se engrandece día y a día y jubilado a jubilado. Es entonces cuando el INSERSO pone en marcha el plan B: Operación Accidentes. España es el país donde mayor número de accidentes de autobuses de jubilados se produce de media en la Unión Europea, y eso tiene que ver con el sistema público de pensiones.

En Estados Unidos hay varios libros dedicados exclusivamente a este tipo de componendas, consecuencia lógica del alejamiento de los ciudadanos de los centros de poder, pero también de corruptelas, abusos, prevaricaciones y enriquecimientos súbitos de gobernantes y allegados. Cada una de estas teorías tiene un buen número de seguidores y es refutada periódicamente con nuevos datos.

Algo similar parece estar ocurriendo en España. Y es que, si Luis Roldán, antiguo responsable de la Guardia Civil, apareció fotografiado en calzoncillos en *Interviú*, poco después de huir con una maleta repleta de dinero, por qué no creer que las quinielas futbolísticas, en realidad, no le tocan a nadie. Nos lo explicaron en Teruel y la cosa tenía su lógica. El sistema de apuestas es una fabulosa maquinaria inventada por el Gobierno para recaudar fondos. Como es imposible acertar y se impone cubrir las apariencias, el estado escoge a unos cuantos mendigos para hacerlos pasar por agraciados. A cambio de su silencio, les da algo de dinero, pero les coacciona con que, si abren la boca, les internará en un hospital psiquiátrico o los condenará por tráfico de droga. Ellos acceden a callar y el «sistema» continúa. A nosotros, al pueblo, no nos toca nada -todo lo más algún doce...- y para más inri -añadimos- consienten que los médicos chinos nos hagan adictos a la acupuntura.

ANTONIO ORTÍ

IMPREVISTOS IMPENSABLES

Elefantes abollacoches

¿Cómo sabes que hay un elefante en tu bañera? Por el leve olor a cacahuets de su aliento. ¿Cómo sabes que a una mujer la ha violado un elefante? Porque estará dos años embarazada.

He aquí un par de ejemplos, citados por Alan Dundes en su obra *Cracking Jokes*, de un género que estuvo muy de moda allá por los años sesenta: los chistes de elefantes. Fue también por esas fechas cuando empezaron a surgir las primeras leyendas modernas con paquidermo incluido. Tom Buckley, periodista del *New York Times*, recoge una de ellas en un artículo del 5 de mayo de 1975.

El «suceso» descrito se inicia cuando una mujer aparca su flamante Volkswagen «escarabajo» en el Madison Square Garden de Nueva York, con la intención de comprar unas entradas para el circo. Mientras está en la taquilla, se pasea por el aparcamiento un elefante, al cual han sacado para que se airee. De pronto, el animal confunde aquel cochecito rojo con el taburete que forma parte de su número y se sienta encima, hundiéndole completamente el techo. Los responsables del circo le proporcionan un atestado donde se cuenta lo ocurrido y se comprometen a pagarle la factura del chapista. Cuando la policía la para en el viaje de vuelta, sospechando que ha tenido un accidente y se ha dado a la fuga, podrá demostrar su inocencia gracias a dicho atestado, evitando que la sometan a la prueba de la alcoholemia.

Si hemos puesto «suceso» entre comillas, es porque las concienzudas gestiones que llevó a cabo Tom Buckley para localizar la fuente de la noticia sólo sirvieron para irle remitiendo a una cadena sin fin de «amigos de amigos» que aseguraban haberla oído de bocas cada vez más lejanas. Por último, el portavoz del circo confirmó lo que cabía prever: se trataba de una historia apócrifa que llevaba unos quince años circulando.

En efecto: como demuestran Jan Brunvand, Bengt af Klintberg y Rolf Brednich, los elefantes abollacoches también han depositado repetidamente sus demolidores traseros sobre las frágiles carrocerías de automóviles alemanes, suecos, británicos y españoles. Véronique Champion-Vincent menciona un brevíssimo suelto publicado en el periódico *France-Soir* del 8 de marzo de 1963, en el cual se describe una versión situada precisamente en nuestro territorio.

Según esta reseña (que ya quisiera para sí el dibujante Ibáñez) parece ser que un guardia de tráfico se puso a tocar el silbato cerca de un elefante; éste, quién sabe si tomando el pitido por una de las señales de su domador, se subió entonces al vehículo de nuestro paisano (que muy bien pudiera ser un «seiscientos», a juzgar por la fecha), y bailó sobre él con el mismo aplomo que debía de mostrar en su taburete de la pista circense. En esta ocasión no hubo atestados que disculparan al conductor, quien terminó en la comisaría por supuesta ebriedad.

Si calificábamos de frágiles las carrocerías de los coches siniestrados es porque éstos suelen ser utilitarios de pequeñas dimensiones: «Fiats», «escarabajos», «Minis» o «Dos Caballos». La aguda desproporción entre el gigantismo del elefante y el enanismo de tales vehículos refuerza el efecto cómico de esta clase de relatos y los sitúa en la órbita de ciertos *gags* visuales de invariable eficacia. Un circo, por ejemplo, utilizó de reclamo publicitario un cartel donde se veía un elefante sentado en un Volkswagen para anunciar su llegada a Estocolmo.

A finales de los años setenta la leyenda empieza a sufrir mutaciones y cristaliza en una variante que circula primero por Gran Bretaña, luego por el resto de Europa y con el tiempo se incorpora a la tradición norteamericana. En esta nueva versión, el circo se convierte en «safari-park» y el alcohol adquiere un fatal protagonismo. El relato que sigue presenta ya todas estas innovaciones. Nos lo cuenta Paco Barquino, escritor y profesor de literatura residente en Barcelona, tal como se lo narró un alumno suyo:

Un matrimonio acaba de estrenar un coche nuevo y decide conducir hasta un safari-park para celebrarlo. En la zona de los elefantes, la mujer, pensando que no corre peligro, baja un poco la ventanilla para refrescarse un poco del calor. Uno de los paquidermos, acostumbrado a recibir comida de los turistas, introduce la trompa por el hueco de la ventanilla abierta reclamando su ración. La mujer, espantada, la cierra tan apresuradamente que, en su torpeza, atrapa la trompa del animal. El

elefante reacciona de forma violenta intentando liberarse del cepto, y cuando finalmente lo consigue tras un breve forcejeo, se venga del matrimonio golpeando con furia el capó con su trompa hasta abollarlo.

Cuando el matrimonio consigue escapar del ataque del elefante, se presenta, muy nervioso, en la recepción del safari-park para explicar lo sucedido. El gerente que les atiende les escucha sin sorpresa y les tranquiliza contándoles que este tipo de accidentes es tan común que hasta disponen de un seguro a disposición de los clientes para casos así. Mientras el gerente rellena los papeles del seguro, sirve una copa de coñac al matrimonio para que acabe de tranquilizarse.

Una vez cumplimentados todos los trámites del seguro, el matrimonio se marcha de vuelta a casa con su coche abollado. Unos kilómetros más allá, la fatalidad quiere que tropiecen con un accidente de tráfico. Un coche medio atravesado en la carretera y un hombre inconsciente tendido en el asfalto les impiden el paso. El matrimonio baja de su automóvil para atender al herido. Ellos son los primeros en llegar al lugar del siniestro.

Al descubrir el cuerpo inmóvil del conductor, no se atreven a tocarlo y aguardan ayuda. Enseguida llegan más coches y, entre ellos, uno de policía. Los hombres de la ley, al ver el coche abollado de nuestro matrimonio, deducen que se ha visto implicado en el accidente.

Nuestro matrimonio proclama su inocencia inútilmente explicándoles que el responsable de aquel destrozo ha sido un elefante. La policía frunce el ceño al escuchar la anécdota del safari-park. Creyendo que es un bulo, hace la prueba de alcoholemia al matrimonio. Evidentemente, el coñac que había ingerido en la recepción del safari-park mientras el gerente formalizaba los papeles del seguro es una prueba inculpatória demasiado contundente. Las pruebas circunstanciales les acusan. Ellos han provocado aquel accidente por conducción temeraria en estado de ebriedad.

En esta versión se da una coincidencia única, intraducible a otros idiomas, que confiere al relato una curiosa circularidad y apunta hacia una moraleja rebosante de justicia poética. Obsérvese que la mujer «atrapa la trompa» al pobre elefante, que sólo mendigaba un puñado de cacahuets. Más tarde, esta frase literal reaparecerá en forma figurada, al sobreentenderse que el marido «pilla una trompa» (se emborracha) y por ello es acusado de la autoría del accidente: difícilmente podría encontrarse una aplicación más ingeniosa de la ley del Talió: ¡quien pille la trompa a un elefante, lo pagará pillando una trompa!

Puede que esta elucubración no se apoye más que en un juego de palabras más o menos afortunado; ahora bien, aunque el retruécano no sea posible en otras lenguas, la asociación metafórica entre los elefantes y el alcohol sí que lo es. Nos referimos a la creencia popular de que los bebedores empedernidos ven «elefantes rosas». Ignoramos en qué momento se introduciría la fatídica copa de coñac en la leyenda del elefante abollacoches, pero lo cierto es que constituye un magnífico hallazgo argumental. No sólo encaja a la perfección en la trama, sino que la reviste de un significado mucho más punzante: a los ojos de la policía, el inocente conductor será culpable de «conducción temeraria en estado de ebriedad», y cuando éste intente justificarse, no conseguirá otra cosa que redondear involuntariamente el primer malentendido con una excusa que ejemplifica, al más puro estilo del chiste o el tebeo, las alucinaciones de un alcohólico a las puertas del *delirium tremens*.

Esta leyenda constituye una magnífica ilustración de las jugarretas del destino a que está expuesta cualquier persona de conducta ejemplar y que pueden poner en entredicho su honradez.

En *The Choking Doberman* Jan Brunvand recoge una versión en que la protagonista es nada menos que una monja, a la que también acusan de haber empinado el codo. Algunos conocedores del carácter germánico nos proponen una interpretación semejante. Según su teoría, la reiterada presencia de «escarabajos» Volkswagen podría delatar el origen alemán de la leyenda. De ser cierto, opinan dichos germanólogos, el temor reverencial que inspira la «autoridad» a los alemanes se vería reflejado en una situación que para ellos encarnaría la peor de las pesadillas: ser acusados injustamente de un delito causado por una cadena de fatalidades absurdas.

En el último relato de este capítulo, del que no hemos encontrado equivalentes extranjeros, no aparece elefante alguno. Lo que sí que hay en él, como observará el lector, son algunos motivos que recuerdan la leyenda del elefante y el safari-park. Uno de ellos es el alcohol, que desempeña una función parecida: inculpar a un inocente. Tendríamos aquí otro ejemplo de la flexibilidad de los temas y motivos de las leyendas urbanas. La recreación colectiva los combina y recombina sin cesar. De este

modo se van generando tipos y subtipos autónomos y bien tramados, con grandes diferencias formales pero provistos de idénticos elementos de fondo. Nos lo cuenta Miriam, una informadora de Tarragona:

Un chico va conduciendo solo por la carretera y tiene un accidente contra otro coche conducido por una chica. Ninguno de los dos se hace daño pero los coches quedan prácticamente destrozados. La chica (muy atractiva, por cierto) le dice: «¿Estás bien? Sí, estás bien. Y yo también. No tengo ni un rasguño. Esto debe de ser cosa del destino. El destino nos ha unido. Es una señal».

El chico, encantado y desconcertado por lo extraño de la situación, le da la razón a la chica. «Sí, sí, debe de ser cosa del destino» (a ver si cae). La chica se dirige al coche y coge una botella de vino que ha quedado intacta. Se la ofrece al chico para que «le quite el nerviosismo y para hacer la situación algo más agradable y celebrar su encuentro». Él, nervioso, se bebe media botella y cuando se la pasa a la chica, ésta tira el resto del vino y rompe la botella en añicos. Le dice al chico: «Ahora esperaremos a que venga la policía...».

Y luego, por si teníamos alguna duda, nuestra informadora de Tarragona alude al quimérico «amigo de un amigo», aportando pruebas concluyentes de las raíces legendarias del relato:

Esta historia me la explicó ayer (28 de febrero de 1999) un amigo como si fuera verdad. (Un caso real, aunque luego bromeó diciendo que se la había contado no sé quién.)

JOSEP SAMPERE

Pechos explosivos

Hace quince años el periódico colombiano *El Espectador* encabezó una de sus páginas con la siguiente noticia: *Pechos de azafata explotan a 15.000 pies de altura*. Aunque los atónitos lectores lo ignoraban, no se trataba de la típica primicia de un país desmedido. Detonaciones parecidas se habían oído con antelación.

También en Colombia el estallido había sido casual y sin ningún fin preconcebido. De repente, una azafata muy bien plantada, se había marchitado *ipsofacto*, recordándonos esa escena de *Un rey en Nueva York* (1957) en la que Charles Chaplin acude a ver una película cómica después de hacerse la cirugía estética y ríe de tal manera que le saltan las costuras de la cara.

Hacia 1980 llegaban hasta España estallidos similares. Por aquella fecha sitúa Víctor García, presidente de la Sociedad Española de Medicina y Cirugía Cosmética, una serie de rumores que afectaron, muy en especial, a la actriz y presentadora Ana García Obregón.

Aunque se ignoran los detalles concretos de aquel infausto vuelo, el susto debió de ser de órdago, ya no sólo por la agraciada anatomía de la protagonista, sino por la alarma social que crean siniestros de esta ralea.

En apoyo de García Obregón hay que decir que otro tanto le había ocurrido a Brigitte Nielsen en Italia, según daba cuenta el programa televisivo *Piú sani e piú belli* y recogía en su libro *Trapianti sesso angosce* la antropóloga transalpina Laura Bonato.

La noticia circuló por toda la profesión -sugería Víctor García-, pero también en la calle. Había personas que nos preguntaban qué había de cierto en lo de Ana García Obregón.

A mi entender, pudo tratarse de la despresurización -añadía García-, esto es, de un cambio de presión brusco en la cabina que hubiera llevado a que el seno postizo -un elemento cóncavo con un líquido interior-se desparramara, del mismo modo que a veces se rompe un vaso. Pero lo más normal es que se tratara de un defecto de fabricación -que rezumara silicona por un poro, o simple casualidad, tanto le podría haber pasado allí como sentada en una silla.

Por las pesquisas que llevamos a cabo, «el caso Anita» era bien conocido en la profesión, aunque especialistas como Elvira Ródenas, doctora del centro madrileño Estudio Estético se negaran a darle crédito.

Otro tanto sucedía con particulares y público en general que, verdad o no, habían escuchado la explosión por boca de conocidos y amigos. Incluso los humoristas *Martes y Trece* reconstruyeron el zambombazo en TVE 1, para recuperar uno de ellos el *sketch* más tarde en el programa *Un Millán de cosas*.

El primero en investigar el suceso fue Jan Brunvand a quien escribió una mujer de Secaucus (Nueva Jersey) para cercionarse de si una historia que circulaba por su familia era en realidad una leyenda urbana.

La tía Edna, nombre al que recurrió Brunvand para encubrir sus apellidos reales al publicar dicha carta en *The Baby Train*, sufrió, al parecer, un percance parecido con su sujetador allá por 1960, «cuando era -decía la carta- una jovencita refinada con peinado estilo “colmena”, tacones dorados de aguja y pantalones de pata de elefante».

Tía Edna, por lo visto, se puso un sujetador hinchable durante un trayecto de avión, con tan mala fortuna, que cuando la cabina perdió presión el sostén se expandió de manera alarmante. En una versión del relato, tía Edna conseguía llegar a tiempo al lavabo y quitárselo. En otra, «explotaba» en pleno pasillo.

La remitente de la carta recordaba que el sujetador hinchable estuvo de moda en los años sesenta y que consistía en membranas de plástico huecas que podían hincharse hasta el tamaño deseado soplando por un tubito.

Para satisfacer a la persona que escribía la carta y dado que otros «big bangs» parecidos al de tía Edna habían conmocionado a Estados Unidos, Brunvand decidió investigar a fondo el asunto.

El 12 de diciembre de 1988, en la teleserie *Designing Women* («Mujeres de diseño»), un personaje femenino preguntaba sobre la conveniencia de invertir parte de una herencia en hacer crecer sus

pechos con implantes de silicona. Suzanne -papel interpretado por la actriz Delta Burke- le contestaba: «No lo hagas. Una azafata de la PAN AM que conozco se hizo la operación y los pechos le explotaron nada más despegar».

Otro informador, Dan Lester, bibliotecario de la Bruiise State University, aportaba nuevos datos. Según parece, había oído un estruendo similar entre 1981 y 1982, cuando una chica que asistía a una fiesta de graduación contempló horrorizada el desplome de su pecho, después de que su pareja de baile le pinchara el sujetador hinchable al ir a prenderle un ramillete de flores en la delantera de su vestido de gala.

Por otra parte, en el libro de Jearl Walker *The Flying circus of physics*, un manual de física divulgativa, en el capítulo dedicado a la presión atmosférica e hidráulica, se formulaba la siguiente pregunta:

«¿Qué le pasa a una azafata que lleva un sujetador hinchable cuando la cabina de su reactor pierde presión?: Inflación».

También el diario *Los Angeles Times* quiso sumarse al debate. Un periodista del mismo, Matt Weistock, afirmaba que esta serie de circunstancias potencialmente explosivas ocurrieron hacia poco en un vuelo con destino a Los Ángeles:

Cuando el sujetador se le había expandido hasta la talla 46 -añotaba Weistock- ella buscó frenéticamente una solución. Por fin, encontró entre el pasaje a alguien que llevaba un alfiler de sombrero y con él se apuñaló a sí misma en el punto estratégico. Pero no sin esfuerzo, puesto que fue mal interpretada por un pasajero que forcejeó con ella para evitar el hara kiri.

A su vez, Jan Brunvand pudo constatar que ese tipo de sujetadores existían realmente. En una página del catálogo de 1967 *Frederik's Hollywood* se incluían tres modelos de sujetadores hinchables: «Float» (flote), «Bosom Friend» (el amigo del busto) y «Knit Fit» (superceñido). También en 1989 otro catálogo de venta por correo *Old Pueblo Traders* de Tucson (Arizona) ofrecía un sujetador hinchable «hasta la plenitud que usted desee» -«tubito incluido». Pero ni en un caso ni en otro se incluía advertencia alguna sobre que su uso podía perjudicar seriamente la salud en trayectos aéreos.

La leyenda sobre los sujetadores explosivos se hizo muy popular en Estados Unidos durante la década de los setenta y creó un caldo de cultivo para una nueva generación de pechos artificiales: los implantes de silicona. De repente, aquí y allá comenzaron a explotar mujeres famosas -las primeras en experimentar la técnica- en aviones, primero en Estados Unidos, luego en Colombia, más tarde en Italia y finalmente en España.

El momento álgido se produjo cuando algunos estudios advirtieron que la silicona podía ser cancerígena y que algunas mujeres deberían desprenderse de sus pechos postizos en previsión de males mayores. Huelga decir que algunas pagaron la impostura con el escarnio.

Tanto es así que en agosto de 1999 una firma corsetera comenzaba a comercializar una nueva generación de sujetadores de gel con la marca Último. En la promoción, según pudo verse en los noticieros -también *El País* informó en la sección de «Gente»- dos hermanas gemelas lucían en ropa interior sus encantos por las calles londinenses.

Sin saberlo, gracias al inofensivo gel, muchas mujeres se habían librado de la mofa y el escándalo. Con Último los senos ya no explotaban, sino que alcanzaban notoriedad y relieve sin renunciar a esa serena compostura que, en última instancia, encumbra a las grandes mujeres.

ANTONIO ORTÍ

Animales resucitados

Esta historia ocurrió en la urbanización de las Vaguadas de Bajadón, hará unos cinco años. Uno de los vecinos era dueño de un perro que siempre estaba atacando a los demás animales. Junto a su casa vivía una mujer que tenía un loro desde hacía largo tiempo, al cual apreciaba muchísimo.

Pues bien, un día el hombre encontró a su perro con el loro completamente manchado de tierra y muerto. Al ver aquello pensó enseguida que el perro lo había matado. Entonces, para no dar un disgusto a su vecina, lo que hizo fue coger al loro, lo limpió y lo volvió a dejar en la jaula, sin decir nada a la dueña.

Esa misma tarde, mientras miraba la televisión, oyó a su vecina dando gritos: «Mi loro! ¡Mi loro!...». El hombre salió de casa y vio a la mujer con el loro en las manos y llorando. Le preguntó que qué le ocurría, y ella le dijo que su loro estaba muerto. Él le dijo que no pasaba nada, que ya se compraría otro, y las cosas que se suelen decir. Pero la mujer estaba disgustada por otro motivo, por algo muy extraño: al parecer, el loro se murió hacía dos noches, y ella lo había encontrado en la jaula, muerto, cuando debería estar bajo tierra. ¿Habría resucitado?

ALBERTO COLINO
Badajoz

Cuando Alberto Colino nos hizo llegar este relato, comprendimos una vez más que, a diferencia de los papagayos, las leyendas contemporáneas son una especie migratoria y propensa a las metamorfosis.

La variante que viene a continuación la hemos localizado en la obra de Jan Brunvand *Curses! Broiled Again!* En palabras del folklorista norteamericano se trata de una de las numerosas versiones que surgieron de su buzón hacia 1988 «como los conejos que se multiplican en el sombrero de un mago»:

Un buen día, una señora se queda horrorizada al ver que su perro lleva un conejo muerto en las fauces. Enseguida se da cuenta de que es el mismo que tenían sus vecinos en una jaula del patio. La mujer le quita el conejo al perro, lo lava a conciencia, lo seca bien con un secador y, aprovechando la ausencia de los vecinos, se mete a hurtadillas en su patio y deposita el «remozado» animalito dentro de su jaula en una postura más o menos natural, como si aun estuviera vivo. Al día siguiente ve un coche de policía aparcado frente a la casa de al lado. Llena de curiosidad, sale a la calle y pregunta qué ocurre.

-Una gamberrada -le dice un agente-. Ayer se murió el conejo de esta familia, y algún perturbado lo desenterró y lo volvió a poner en la jaula.

A lo largo de 1988, un sinfín de nuevas versiones fueron engrosando los archivos de Jan Brunvand. Procedentes de numerosos estados de Norteamérica, la mayoría eran recortes de prensa que contaban la leyenda como si de un caso verídico se tratara. Un ejemplo particularmente impecable ponía en escena a una «canguro» que lavaba al conejo con suavizante Woolite y lo colgaba de las orejas en la ducha para que se secara. En 1989 fue el mismísimo Michael Landon quien narró la historia por televisión, en el programa *Tonight Show*, presentado por el incombustible Johnny Carson. El beatífico actor puso en entredicho su angelical sinceridad al asegurar que se trataba de una experiencia propia.

Al mismo tiempo empezaban las metamorfosis: una variante británica y algunas norteamericanas recogían el mismo episodio, aunque el cadáver exhumado adoptaba en ellas la forma de un gato. Pero la mutación definitiva, como hemos visto, tuvo lugar cuando la leyenda llegó a nuestros pagos proveniente de ultramar. ¿Habría hecho tal vez escala en las islas Canarias, adoptando allí un plumaje multicolor? ¿Cuántas vueltas habría dado para sufrir tan notable reencarnación?

La equívoca muerte y falsa resurrección de un animal ha dado pie a otras leyendas que, según Jan Brunvand, podrían ser las antecesoras de las anteriores, ya que algunas se remontan a los años cincuenta. La mayoría de ellas lleva al límite el motivo del animal que regresa «de entre los muertos», la acción transcurre en un aeropuerto y *-mutatis mutandis-*, el difunto suele ser un perro. He aquí un ejemplo situado en un aeropuerto internacional de Chicago, extraído de la obra citada más arriba:

Los empleados de la sección de equipajes encuentran un perrito difunto dentro de una caja con destino a Roma. Temiendo que les acusen de haberle causado la muerte por un descuido, deciden llevar a cabo una colecta, comprar un perrito idéntico y expedirlo a Roma en la misma caja. Cuando el bulto llega a Italia, la destinataria acude a recogerlo al aeropuerto. Al abrir la caja, el animalito sale dando brincos de alegría. La italiana sufre tal impresión que se cae redonda.

Por lo visto, la buena mujer se había ido de vacaciones a los Estados Unidos con su perrito, y éste murió mientras estaban en Chicago. Lo que contenía la caja eran sus restos mortales, que ella mandó a Italia por vía aérea para enterrarlos como Dios manda.

El relato que sigue lo incluye Paul Smith en *The Book of Nasty Legends*. Aunque no haya resurrecciones fingidas de por medio, tiene éste una clara similitud temática con los anteriores: un malentendido causado por el cadáver de un animal provoca una situación muy comprometedora.

Una joven ama de casa iba a dar por primera vez una cena a la que estaban invitados varios directivos de la empresa de su marido. Como era una velada muy especial, llevaba idea de preparar, entre otros platos, una *mousse* de salmón. A tal efecto se acercó al mercado, compró el pescado que necesitaba y, después de lavarlo, lo dejó sobre la mesa de la cocina mientras iba por los demás ingredientes. Al volver de la despensa descubrió, horrorizada, que el gato estaba sentado en la mesa mordisqueando el pescado. Se apresuró a echarlo y luego se dijo: «Vaya, no creo que se den cuenta de lo que ha ocurrido». Así pues, volvió a limpiar el pescado y siguió con los preparativos.

La cena tuvo un gran éxito. Al término de la misma, entrada la noche, los invitados se fueron despidiendo sin dejar de felicitarla efusivamente, sobre todo por la *mousse* de salmón. Cuando hubo partido el último coche y cerraron las puertas del jardín, el matrimonio reparó de pronto en que su gato estaba junto al porche, tieso y muerto.

La joven ama de casa se devanó los sesos, tratando de averiguar lo que le habría ocurrido al pobre animal, hasta que se acordó del salmón. Imaginándose que debía de estar contaminado, cogió el teléfono y llamó a todos los invitados, incluidos los jefes de su marido, para ponerles al corriente de la situación y recomendarles que avisaran al médico enseguida. Aquello no les hizo la menor gracia. De hecho, algunos llegaron a tomarse francamente mal que les hubiera servido un alimento mordisqueado por un gato.

En cuanto hubo hecho la última llamada sonó el timbre. Era su vecino, con cara de estar muy avergonzado. Le explicó que aquella noche, al salir, había tenido la desgracia de atropellar a su gato. Le dijo que lo sentía mucho, pero que en aquel momento tenía muchísima prisa porque debía coger el tren. Que había llamado varias veces para comunicárselo, pero que, por desgracia, no consiguió hacerse oír a causa del ruido de la cena. Así pues, había dejado el gato junto al porche. ¿Lo habían encontrado ya?

Obsérvese que en todas estas leyendas el cuerpo sin vida de un animal desempeña una función «ejemplar», es decir, sirve para poner al descubierto una acción reprobable. En la historia precedente, la «joven ama de casa» es castigada por dar a los invitados un alimento «sucio». En los relatos que abrían el capítulo, las personas que pretenden guardar las apariencias fingiendo que un animal no ha muerto terminan pagando por ello, puesto que, aun siendo inocentes del «asesinato» que atribuyen a su perro, son culpables de haber profanado el antiquísimo tabú de «no perturbar el descanso de los muertos».

Otras leyendas urbanas sobre manipulación de cadáveres llevan al extremo esta idea, y dan a entender que la locura podría ser el castigo por no dejar en paz a los difuntos. Un ejemplo concreto de ello lo encontramos en cierta historia muy difundida en las facultades de medicina: para gastar una broma a una alumna, un grupo de estudiantes decidió meterle en la cama el brazo de uno de los

cadáveres con los que realizaban prácticas de disección. Tras esperar largo rato ante su puerta, y al ver que no daba señales de vida, los bromistas entraron por fin en el cuarto y encontraron a la alumna sentada en el suelo, con el «pelo completamente blanco», y royendo el brazo cadavérico desesperadamente. Tanto ella como los graciosos pagaron muy cara la jugarreta.

Una versión más suave del mismo relato la encontramos en la novela de Pío Baroja *El árbol de la ciencia*:

Se contaba de un estudiante de segundo año que había embromado a un amigo suyo, que sabía era un poco aprensivo, de este modo: cogió el brazo de un muerto, se embozó en la capa y se acercó a saludar a su amigo.

-¿Hola, qué tal? -le dijo sacando por debajo de la capa la mano del cadáver- Bien y tú, contestó el otro. El amigo estrechó la mano, se estremeció al notar su frialdad y quedó horrorizado al ver que por debajo de la capa salía el brazo de un cadáver.

JOSEP SAMPERE

El submarinista calcinado

Un guarda forestal advirtió tras un pavoroso incendio que un extraño cuerpo se había quedado enredado en las ramas de un árbol. Tras observarlo atentamente, descubrió que su atuendo era el propio de un hombre rana: traje de neopreno, botellas de oxígeno, mascarilla y pies de pato.

PERE PORTABELLA
Barcelona

Hace ya unos años el cineasta Pere Portabella rodó una película titulada *El pont de Varsòvia* (1989). En una de las escenas más impactantes de este film lírico y simbólico, podía verse a un submarinista calcinado en mitad de un bosque arrasado por el fuego. Su misteriosa aparición cambiaría el rumbo de las relaciones afectivas que mantenían hasta ese momento los tres personajes principales: una profesora de biología, un escritor recientemente galardonado y un director de orquesta.

La idea -nos comentó Portabella- Ta saqué de un recorte de periódico de la región de Le Midi, si no recuerdo mal, del *Nice Matin*. En un breve se afirmaba que un escafandrista había sido hallado en las inmediaciones de los Alpes, en la región de la Provenza, si bien no puedo precisar el lugar exacto, tal vez cerca de Lyon o de Aviñón, pero no más abajo.

Antes que Portabella, submarinistas de diversas nacionalidades -la leyenda se conoce, por ejemplo, en Estados Unidos, España y Francia- habían oído que los hidroaviones que extinguen los incendios abducen involuntariamente a buzos desprevenidos. Así, mientras éstos están absortos en la fauna submarina, son apresados por las fauces de un Moby Dick alado que los transporta a una especie de parrilla enorme, muy habitual en las pesadillas de meros, atunes y sargos.

Esta metáfora del «pescador pescado», hay que decirlo ya, no tiene ningún fundamento técnico. Según señala el cuerpo de bomberos -por boca de Enric Pagés-, los hidroaviones de ICONA se valen de un enjambre de tubos y de una rejilla «por donde no cabe un puño», para llenar sus depósitos, por lo que no cabe hablar de homicidio involuntario.

No obstante, esta historia era conocida en España desde la década de los ochenta, cuando empezó a oírse por clubes de submarinistas, como el GISED de Valencia, o el propio Centro Excursionista de Gracia -Barcelona-, en cuyo tablón de anuncios permaneció clavada con una chincheta durante largo tiempo una fotocopia que advertía del peligro.

Ya por aquel entonces, embarcaciones cuyos patrones tenían la vista puesta en Borneo, habían arrollado en el litoral español a submarinistas atrincherados en boyas naranjas, causándoles graves daños, cuando no la muerte.

Tal vez ello alimentara el rumor y forjara esta historia gremial surrealista, que con el tiempo acabaría por traspasar su medio natural, el mar, para probar fortuna tierra adentro. James Kirkup, por ejemplo, un norteamericano residente en Andorra, informó en octubre de 1998 a *Foafstale News*, el boletín de la Sociedad Internacional para el Estudio de la Leyenda Contemporánea, que los «canadairs» -los aviones antiincendios galos- succionaban a menudo hombres ranas al llenar sus depósitos en el Mediterráneo.

Sin embargo, una pista iba a trastocar nuestra investigación. La aportaba Luis Noriega, un colombiano licenciado en Literatura, que preparaba en aquel momento su tesis doctoral sobre las ficciones que determinan el mundo real. Noriega había escuchado en Londres la historia del submarinista y la relacionaba con una segunda, la de un marinero que se suicidó tras salir de un restaurante francés y comer una sopa de albatros -los británicos parecen tener claro a qué país se le ocurriría perpetrar semejante atentado gastronómico...

La historia contaba, más o menos, lo siguiente. Un barco había naufragado en altamar. Los supervivientes se refugiaron en una isla, pero muy pronto escasearon las provisiones. Cuando ya estaban a punto de perecer a causa del hambre, apareció un marinero con un caldero humeante. Al

parecer, la diosa fortuna se había apiadado de ellos y les había obsequiado con un albatros para preparar el succulento guiso. Al día siguiente se repitió la misma escena. Y al otro. Y al otro.

Después de marcar unas cuantas cruces en un árbol -tantas como días transcurridos-, los marineros fueron rescatados por un navío mercante. Al cabo de algunos meses, nuestro náufrago se había convertido en un próspero gentilhombre y visitaba Francia para atender sus negocios. Tal vez para rememorar su odisea, se aventuró en un restaurante galo y decidió probar el mejunje al cual debía la vida. Pero fue llevarse la cuchara a la boca y reparar en el sabor real que tenía la sopa de albatros. Ahora estaba claro: su menú había consistido en los marineros muertos que la marea devolvía a la playa. Sin esperar al segundo plato -algo, por cierto, nada inglés- nuestro héroe creyó encontrar el momento para poner fin a sus días.

No obstante, tanto la historia de la sopa de albatros como del submarinista se contaban de otra forma: «Se incendia un bosque y descubren a un buzo quemado. ¿Qué ha pasado?». Es decir, se trataba de acertijos, de pruebas de ingenio del tipo: «Un hombre de una pequeña ciudad española ha celebrado matrimonio con nueve mujeres. No ha incumplido ninguna ley ni se ha divorciado, ni se ha separado, ni tampoco ninguna de ellas ha muerto. ¿Cómo es posible?». Solución: Es un sacerdote.

Con esta certeza nos fuimos a hablar con Màrius Serra, especialista en enigmística y autor del crucigrama que cada día publica *La Vanguardia*. Tras rebuscar por sus archivos y conversar animadamente sobre Martin Gardner y *Los acertijos de Sam Lloyd*, Màrius Serra dio con lo que buscaba, una caja rectangular de la firma británica Spear comercializada bajo el nombre de *Mindtrap. El desafío a la mente*, que contenía unas mil fichas con adivinanzas de todo tipo, entre ellas la de la sopa de albatros y la del submarinista calcinado.

En España había sido puesta a la venta en 1993 -al parecer la casa juguetera Mattel también tenía un juego que reunía al submarinista y a la famosa sopa-, si bien su puesta en circulación en Gran Bretaña fue anterior. De hecho, muchos de los acertijos que allí se incluían tenían más de cien años de historia, cuando no eran refritos de mitos clásicos. Nos interesaba, sobre todo, saber si la historia del submarinista había surgido en algún despacho como un juego de lógica o si, como parecía al principio, había sido propagada por los únicos habitantes del mar trajeados.

Como si se tratara de uno de los enigmas de Canterbury fue imposible saberlo. Tanto es así, que terminamos hablando sobre qué fue antes, si el huevo o la gallina. Serra opinaba que, desde un punto de vista zoológico, los dinosaurios nacieron primero que las gallinas y que lo hicieron de huevos. Así que, mientras se consumía la mañana, creímos ver en el horizonte un pterodáctilo que, con la excusa de apagar un incendio, iba a depositar muy pronto un huevo en forma de submarinista cerca de cualquier océano importunado por el fuego.

ANTONIO ORTÍ

El váter que explotó y otros accidentes grotescos

El humor es hermano del horror

P. GRIPARI

Las fórmulas más elementales para provocar la risa -un transeúnte resbala en una piel de plátano y da con sus huesos en el suelo; un grupo de personas se enzarza en un interminable duelo a pastelazos- han sido utilizadas con un sinnúmero de variaciones sin perder jamás su primitiva eficacia.

Desde las películas de «garrotazo y tentetieso» de Mack Sennet, pasando por los catastróficos despistes del inspector Clouseau, sin olvidar las historietas del TBO ni la comicidad aparatosa de las funciones de payasos y títeres, hasta la ultraviolencia onírica de tanta serie de «dibujos animados», los humoristas no han dejado de transformar a seres humanos y animales en meros objetos zarandeables, aporreables, machacables, pisoteables, atropellables, dinamitables e incendiables.

En su célebre ensayo sobre los mecanismos del humor, el filósofo Henri Bergson extraía de ello la siguiente conclusión: «Nos reímos cada vez que una persona da la impresión de ser una cosa».

Algunas leyendas urbanas describen accidentes grotescos que podrían figurar dignamente entre los *gags* visuales de ciertas comedias enloquecidas. Su más notoria diferencia, sin embargo, es que llevan el distintivo habitual del género: siempre se cuentan como sucesos verídicos. Jan Brunvand las denomina «Mack Sennets» por su obvio parecido con los zafarranchos acelerados que distinguen las películas de aquel pionero del cine cómico. El hacer hincapié en su carácter real parece indicar que no confiamos demasiado en la estabilidad del mundo cotidiano, ni en la solidez de cuanto nos rodea.

Las situaciones que pintan estas leyendas nos dan a entender que el decorado donde vivimos puede desmoronarse en plena representación, y la obra solemne que creemos interpretar ante un público respetuoso puede transformarse súbitamente en una farsa grotesca, nosotros en simples payasos y los comentarios apreciativos de los espectadores en risotadas estentóreas.

Cuando el escenario se derrumba, el mundo «organizado» de cada día choca bruscamente con el universo caótico de las «Looney Tunes» de la Warner Bros y el humor se hermana de improviso con el horror. Entonces es muy posible que un operario que instala una moqueta «alisse» de un martillazo un supuesto «bulto», descubriendo más tarde que se trataba del canario o el hámster de la familia; o que un perro se arroje por la ventana persiguiendo la pelota que le lanza un invitado poco diestro; o que el prometido que visita a los padres de la novia cruce las piernas con tan mala fortuna que arroje al fuego de un puntapié al canario que volaba por la sala; o que alguien oiga un débil crujido al sentarse en un sofá y al comprobar lo que ha pasado encuentre al chihuahua de la casa con el cuello roto. Accidentes grotescos que tienen lugar en varias leyendas recopiladas por Jan Brunvand, y que ilustran los tragicómicos efectos que pueden derivarse de actos inocentes, sobre todo cuando uno se distrae y olvida que vive en un mundo donde la seguridad es pura apariencia.

Muchas leyendas sobre percances grotescos se apoyan en un método cómico que Henri Bergson denomina «bola de nieve», pero que también podríamos llamar «efecto dominó»: una causa mínima desencadena una sucesión irrefrenable de incidentes cada vez peores. El siguiente relato, citado también por Jan Brunvand en su obra *Too Good To Be True*, ejemplifica dicho efecto con hilarante claridad:

Una mujer debía llevar a la escuela de su hijo una culebra que tenía éste para que sirviera de tema de un ejercicio de expresión oral. Así pues la metió en una caja, imaginándose que estaba a buen recaudo, la colocó en el coche y emprendió la marcha. Al cabo de un rato, sin embargo, notó un cosquilleo en el tobillo. Cuando se agachó para investigar la causa vio que la culebra se había escapado y le estaba subiendo por el interior de la pernera. La mujer empezó a patear frenéticamente y a sacudirse los pantalones con la mano, tratando de quitarse el bicho de encima, pero no sirvió de nada; la serpiente continuaba trepándole por la pierna. Así pues se detuvo en la cuneta, salió

precipitadamente del coche y se puso a dar saltos e incluso a revolcarse por suelo para ver si conseguía librarse de ella. En esto un automovilista que pasaba por allí presenci6 la escena y se dijo: «¡Santo cielo! ¡A esa pobre mujer le ha dado un ataque!». Con que par6 el coche y se fue corriendo a prestarle ayuda. La agarr6 fuerte e intent6 inmovilizarla, pero ella no paraba de gritar y retorcerse. Otro conductor vio la escena y se dijo: «¡Santo cielo! ¡Ese tipo est6 atacando a aquella pobre mujer!». Con que tambi6n se detuvo, se acerc6 corriendo a la pareja y asest6 un puñetazo en plena cara al supuesto agresor. Finalmente, la mujer logr6 desembarazarse de la serpiente y pudo explicar lo ocurrido a aquel par de buenos samaritanos.

El s6mil de la «bola de nieve» valdr6a para otras leyendas contempor6neas que narran diversos accidentes dom6sticos en los que la v6ctima, como apunt6bamos m6s arriba, se ve reducida a un simple «objeto» que va «rebotando» de un percance a otro y resulta herida y humillada en el proceso.

H6ctor Izquierdo, de Madrid, nos cuenta con gran estilo una de las m6s difundidas: «El v6ter que explot6». El t6tulo con que encabeza su versi6n, *Las desgracias nunca vienen solas*, encierra expresivamente la misma idea:

Un hombre casado, de unos cincuenta a6os, ten6a prohibido el tabaco porque hab6a padecido un amago de infarto de miocardio. Sin embargo, no pod6a prescindir de algunos cigarrillos al d6a y se encerraba en el cuarto de ba6o de su casa para poder fumar tranquilamente sin ser recriminado por su mujer, muy atenta siempre al estado de salud de su marido. En realidad, la mujer era cumplidora con todo e incansable. La limpieza del hogar era una de sus obsesiones. Por ello se preocupaba en demas6a por los g6rmenes, y la cocina y los cuartos de ba6o eran el centro de su preocupaci6n sanitaria e higi6nica. Por ello, de vez en cuando, empleaba en la limpieza exhaustiva que practicaba un producto qu6mico abrasivo -ning6n germen, ning6n microbio, bacteria o lo que fuera podr6an sobrevivir a semejante esfuerzo. Sol6a rociar bien el retrete con ese producto, que deb6a de ser una espantosa mezcla de alcohol de quemar y amon6aco. Cuando lo vert6a y lo extend6a sobre el blanco immaculado del v6ter o del lavabo sol6a ponerse una mascarilla por los vapores, que podr6an resucitar a un viajero hacia el m6s all6. En fin, lo que de ning6n modo podria imaginarse esa virtuosa mujer de su casa es que el marido ir6a a sentarse en el trono pocos minutos despu6s para enfrascarse en la lectura del peri6dico deportivo y en el placer solitario de su furtivo cigarrillo. Y aunque se lo hubiera imaginado tampoco hubiera servido de nada porque es muy dudoso que hubiera podido prever las consecuencias.

Las consecuencias fueron bastante inmediatas, lo que tarda uno en fumarse a placer un pitillo bien aprovechado, menos de diez minutos. Los gritos terror6ficos de un hombre se escucharon por todo el bloque de viviendas nada m6s tirar el infortunado marido la colilla por el retrete, como acostumbraba. Una llamarada se encarg6 de lamerle bien los genitales y alrededores. Los pelillos desaparecieron al instante en una arruga r6pida que nada ten6a de bella ni natural. La mujer acudi6 rauda pero poco pod6a hacer ni entender. El marido se retorci6a con una toalla mojada envolvi6ndole las partes bajas. Ella no comprend6a. 6l no acertaba a explicarse, el infierno bram6 desde la grieta de un retrete superlimpio.

Cuando llegaron los de Samur quisieron naturalmente explicaciones para su rutina necesaria de rellenar partes. A duras penas empezaron a comprender y a enlazar hechos, y cuando as6 ocurri6 les di6 un ataque de risa justo en el momento en que transportaban al infortunado en una camilla. Y lo que ten6a que suceder tampoco se hizo esperar. La camilla rod6 con el abrasado escaleras abajo.

Parece ser que en el hospital dudaron un momento pero despu6s lo tuvieron claro. Primero, el paciente a unidad de quemados. Despu6s a traumatolog6a. Nada se ha contado de su curaci6n o del estado en que qued6. Aunque parece que el coraz6n no se detuvo sino que resisti6 con entereza.

(Esta narraci6n la o6 contar en la radio creo que era RNE en el programa de Carlos Herrera- a una se6ora que seg6n dijo le hab6a ocurrido a un vecino del bloque.)

Aqu6 la v6ctima no es el quim6rico «amigo de un amigo» sino el «vecino de una vecina». Da lo mismo. La nota que incluye al pie de su relato nuestro corresponsal de Madrid confirma de nuevo que los medios de comunicaci6n son el conducto por el que transitan con mas frecuencia las leyendas urbanas.

Diríase que a los periodistas (no sabemos si voluntaria o involuntariamente) les encanta compaginar la información objetiva -casi siempre monocorde- con la desinformación legendaria -mucho más apasionante.

La variante que sigue la debemos a Félix René Juberías, de Zaragoza. Aunque se echa en falta el funesto «ataque de risa» con que suelen culminar todas las versiones, hay en ella dos datos muy útiles: una referencia a la prensa -otra vía por la que pudiera haberse difundido la leyenda en nuestro país- y una fecha concreta al respecto:

Esta historia la leí en un periódico canario alrededor de 1987. Según creo recordar no ocurrió en España, debió de pasar en algún país de Latinoamérica y por lo visto la noticia, aunque en principio falsa, dio la vuelta al mundo. Trata de lo peligroso que pueden llegar a ser los productos de limpieza sanitarios.

Una mujer acababa de fregar la taza del váter de su casa, y con el fin de desinfectarlo totalmente, echó cierto producto dejándolo en contacto con las paredes interiores del sanitario. Al cabo de cierto tiempo, su marido entró en el servicio para hacer de vientre. Cuando el hombre estaba plácidamente sentado le apeteció fumar un cigarrillo, lo encendió tirando la cerilla dentro de la taza (como hace todo el mundo) con tan mala suerte que el producto desinfectante era inflamable y... «se chamuscó todo».

En la obra citada anteriormente, Jan Brunvand alude a otra versión de la leyenda que data de 1988. En aquel entonces el inodoro explotó nada menos que en Tel Aviv, y el relato dio la vuelta al mundo como una noticia verdadera hasta que el periódico israelí que la había publicado se encargó de desmentirla. Aún así, como suele ocurrir con muchas leyendas contemporáneas, la rectificación cayó en el olvido y el relato debió de proseguir su gira triunfal por varios continentes.

El «ataque de risa» de los camilleros, que también recogen las versiones que nos envían M^a Ángeles Martín desde Málaga y un informador anónimo de Barcelona, es un toque de humor negro con el que suelen concluir otras muchas leyendas de accidentes grotescos.

Una de las más conocidas suele empezar con el protagonista a cuatro patas, intentando reparar un calentador o un fregadero, sin más indumentaria que un batín corto. De pronto se le acerca por detrás su perro o su gato y con el «hocico helado» le asesta un golpe en los testículos. El hombre se lleva tal susto que se incorpora bruscamente y se pega un testarazo terrible, perdiendo el sentido. Al enterarse del suceso, los camilleros se desternillan de risa y sueltan al infeliz, que sufre lesiones aún más graves.

Reanudando el razonamiento que seguíamos más arriba, podríamos decir que la leyenda del «váter que explotó» muestra con despiadada nitidez la fragilidad de ciertas ilusiones a las que nos aferramos para no sucumbir a la desesperación. Creemos ingenuamente en la seguridad y el recogimiento del hogar, y estamos convencidos de que la «dignidad» debe conservarse a cualquier precio.

Pues bien, si analizamos la leyenda veremos cómo la «bola de nieve» bergsoniana aplasta consecutivamente estos dos conceptos ilusorios. Obsérvese que la víctima se halla siempre recluida plácidamente en el rincón más íntimo de su casa, el «retrete», la «habitación retirada» por excelencia. Recordemos cómo describe Héctor Izquierdo esos efímeros momentos de paz: *se encerraba en el cuarto de baño de su casa (...) para enfrascarse en la lectura del periódico deportivo y en el placer solitario de su furtivo cigarrillo*. La explosión se produce siempre a causa de una negligencia de la esposa, cuyo carácter de «ama de su casa» infatigable, preocupada por la higiene, contrasta abiertamente con la ociosidad del marido, «sentado en su trono», entregándose a un vicio «pernicioso» mientras ella se desvive por tener limpio el hogar. ¿Podría existir un afán de venganza inconsciente en la supuesta negligencia de la esposa? Dejaremos la pregunta en el aire, pero tanto si hubo premeditación como si no, el hombre termina pagando muy caro el peligroso descuido. Su intimidad salta en pedazos, sus malos hábitos salen a la luz, su amor propio queda seriamente abrasado y, en definitiva, toda su dignidad es pasto de las llamas. Llegado a este punto, ya no puede inspirar nada más que risa, incluso entre los que debieran mostrar compasión, aunque sólo fuera profesional.

Diversos ejemplos norteamericanos demuestran que la leyenda del «váter explosivo» deriva de algunos chistes que se remontan a la época de los retretes al aire libre. En la mayoría de ellos, señala

Jan Brunvand en la obra ya citada, la víctima es un pueblerino que vuela por los aires y aterriza en un prado cercano, donde exclama invariablemente: «¡Debe de ser algo que comí!»

Otros chistes más sangrientos, que ya se contaban allá por los años cincuenta, tienen similitudes aún mayores con la leyenda que nos ocupa, si bien ésta parece ser una versión «suavizada» de aquéllos. En la página 443 de *Rationale of the Dirty Joke*, obra que podríamos calificar con toda justicia de «Biblia del chiste verde» Gershon Legman reproduce el siguiente ejemplo, recogido en Nueva York (1951):

Una mujer vierte un detergente explosivo en la taza del váter. Su marido, mientras está orinando, arroja en el interior la colilla de un pitillo. Se produce una tremenda explosión. Su esposa llega corriendo y lo encuentra dentro de la bañera, cubierto de sangre. «¡Dios mío!» exclama. «¿Dónde está tu oreja?» «¡Que se vaya al cuerno, mi oreja! Búscame el brazo derecho. En él está mi pene.»

El desenlace del chiste revela explícitamente lo que la leyenda sólo insinúa, si bien las carcajadas de los camilleros podrían ser el equivalente «expurgado» de este final que no admite dudas: la víctima sufre un «accidente castrador» (palabras de Legman) debido a la torpeza de su mujer. Si tenemos en cuenta que el retrete se asocia inevitablemente con los órganos genitales, diríase que la castración del protagonista sería la consecuencia más lógica del accidente. Su dignidad, entonces, no sólo se vería pisoteada, sino arrancada de raíz. Y la «comicidad» del episodio justificaría con creces las risotadas convulsivas de los camilleros.

No todos los accidentes grotescos que describen las leyendas urbanas se producen por jugarretas del azar. Algunos de ellos son el resultado de llevar ciertas bromas demasiado lejos. El tema ha sido recogido puntualmente por los cronistas de la narrativa tradicional, como lo confirma la referencia N334 del *Motif-index* de Stith Thompson: *Desenlace fatal de un juego o una broma*. Ernest Baughman, otro eminente estudioso de los temas tradicionales, amplía el dato en su índice, asignándole la referencia N.384.0. 1 (a): *Iniciado de una fraternidad muere por presunta pérdida de sangre. Los miembros le vendan los ojos, le pasan un cubito de hielo por el brazo y al mismo tiempo, dejan gotear un grifo. Acto seguido se marchan. Cuando vuelven al cabo de unas horas lo encuentran muerto.*

Percibimos ecos evidentes de la referencia N334 en una leyenda urbana muy difundida en Catalunya -y tal vez en otros puntos de España- pero de la que no hemos localizado equivalentes extranjeros. La hemos titulado *La corbata del novio y la sierra mecánica*. La versión que sigue nos la cuenta Teresa Mas, una informadora de Igualada (Barcelona):

En un restaurante de la comarca de Anoia (Barcelona) se celebraba un banquete de bodas. Cuando llegó el momento de los acostumbrados rituales o bromas, se decidió cortar la corbata al novio con un método inédito hasta el momento: una sierra mecánica. Involuntariamente, la persona encargada de efectuar el corte de corbata seccionó el cuello del novio, que falleció.

Entre los días 10 y 15 de marzo de 1991, la «noticia» causó tal conmoción en Igualada, que una publicación bisemanal de la ciudad tuvo que desmentirla en un suelto titulado *Las serpientes de primavera*. El texto, que traducimos del catalán, decía así:

Parece que, a caballo de la primavera, se desaten los casos rocambolescos referidos a nuestra comarca. Aún esta semana hay quien nos ha llamado por si podíamos ampliar la noticia, que no era tal. Se propagó que había habido un novio muerto al cortarle la corbata con una sierra mecánica. Insólito.

Efectivamente. La historia contenía todos los rasgos de las leyendas urbanas: impacto colectivo; protagonistas anónimos; escenarios concretos que iban variando según las versiones y que cada vez se alejaban más del «foco» inicial del relato y deformación progresiva de los hechos: en las primeras versiones el «bromista», desesperado, huía en coche y sufría un accidente mortal, mientras que la viuda prematura se suicidaba al día siguiente (pura tragedia griega).

Variaban asimismo las causas de la muerte y la naturaleza del «arma homicida»: algunos sostenían que el novio falleció desangrado; otros, en cambio, juraban que murió estrangulado por su propia corbata al enredarse en ella la cadena de la sierra. Tampoco estaba claro si ésta era eléctrica o de gasolina. Había además numerosas personas que aseguraban codearse con «amigos de amigos» de quienes habían presenciado la tragedia o que incluso conocían personalmente a alguno de tales testigos.

Nuestros obstinados intentos de encontrar nuevas referencias en los archivos de un canal de televisión local no dieron resultado. Con el tiempo fuimos recopilando versiones orales que situaban el suceso en otras ciudades (Manresa, Vilanova i la Geltrú, Vilafranca del Penedés, Barcelona), de lo cual parecía desprenderse que la leyenda ya circulaba anteriormente. Y si se trataba de una leyenda «migratoria», cabía suponer que terminaría traspasando los lindes de las comarcas catalanas. La confirmación de esta hipótesis nos llegó en fecha muy reciente, -el 26 de enero de 1999- por vías inesperadas: una entrevista al escritor barcelonés Ignacio Vidal-Folch publicada en *El Periódico de Catalunya* y firmada por Arturo San Agustín. Vidal-Folch empieza por describir cierta costumbre que «ocurre realmente en Serbia» y de la que da fe en su novela *La cabeza de plástico*. Merece la pena reproducir sus palabras, puesto que dicha costumbre -sea o no apócrifa- evoca al escritor el recuerdo de la historia que nos ocupa:

Allí las bodas en el campo son crueles -asegura Vidal-Folch-. En un momento de las mismas, cuando ya han transcurrido dos días de fiesta, se obliga a la orquesta a que suba al tejado. Paralelamente se obliga al cantante a que suba al pajar. Entonces le prenden fuego al pajar y se cuenta por minutos el tiempo que el cantante es capaz de permanecer en el mismo. (...). Y los invitados poniendo dinero sobre la mesa para él. Cuantos más minutos es capaz de resistir las llamas, más dinero gana. (...). Si la codicia del cantante es extrema, puede terminar asfixiado o abrasado. -Poco después, el novelista asocia ideas y comenta-: Aquí algunas bodas también se las traen. -Y acto seguido entra en materia-: Me contaron que en un pueblo castellano, los amigos del novio le intentaron cortar la corbata con una sierra eléctrica con tan mala fortuna que cortaron al novio por la mitad. Una salvajada.

Así pues, gracias a Vidal-Folch pudimos confirmar, si bien algo tardíamente, que una versión corregida y aumentada de *La corbata del novio y la sierra mecánica* había alcanzado los campos de Castilla.

A primera vista, esta leyenda podría ser un cuento admonitorio acerca de los peligros de desviarse de los rituales establecidos. Teresa Costas, una informadora de Capellades (Barcelona), nos remite una versión que contiene un párrafo muy explícito al respecto. De nuevo traducimos del catalán:

(...) En el momento de cortar la corbata al novio, unos amigos, creyéndose muy listos, sacaron una pequeña sierra eléctrica, pues creían que hacerlo con unas tijeras era demasiado convencional. Aunque algunos familiares les advirtieron que era un poco peligroso, los amigos siguieron adelante (...)

La simplicidad de la trama parece apuntar hacia esta interpretación, al tiempo que refuerza su verosimilitud. «En este mundo puede ocurrir de todo» es una frase muy sensata que podría utilizar todo buen ciudadano que oyera contar esta leyenda urbana o cualquier otra.

Sin embargo, cuantas más vueltas damos a esta leyenda, más nos acordamos de los chistes sobre «accidentes castradores» que recoge Gershon Legman en la obra citada anteriormente. Bajo su trágica superficie se intuyen ciertas dosis de humor negro. Pensemos en el carácter de orgía encubierta que tienen los banquetes de bodas tradicionales, tanto más pronunciado cuanto mayor es el consumo de alcohol. Leamos entre las líneas de la leyenda que, como todos los relatos simbólicos, se dirige al inconsciente. Imaginemos que lo que se nos pretende insinuar es que la «broma» consistía en un amago de castración con sierra eléctrica, lo cual la aproximaría significativamente a la referencia J1919.5.1. del *Motif-index* de Stith Thompson: *esposa ignorante castra al novio cuando le dicen en broma que lo haga*. Supongamos que los amigos del novio llevaron a cabo lo que podríamos denominar eufemísticamente un «duelo de virilidades» (sierra mecánica «fálica» contra corbata

igualmente «fálica») con el fin de poner los pelos de punta a la novia. Figurémonos, en definitiva, cuál sería exactamente el «desenlace fatal».

El humor, sin duda, es hermano del horror.

Su majestad al volante

Me contaron que en las proximidades de Madrid a alguien se le averió el coche. Tras estacionar en la cuneta, una moto que circulaba a gran velocidad aminoró el paso, con tal de prestar auxilio al conductor. Ya parado, el motorista se quitó el casco rojo y resultó ser el rey Juan Carlos I.

FRANCIS TSANG
Madrid

Que al rey Juan Carlos I le encantan los coches, no es ninguna novedad. Lo hemos visto tripular un Fórmula 1 en el circuito de Montmeló, sabemos de su pasión por las motos de gran cilindrada y conocemos que, en alguna ocasión, ha logrado despistar a los servicios de seguridad a bordo de su yate. Lo que no se conoce tanto es que el rey Juan Carlos I tiene remedios mecánicos muy ingeniosos para esos coches que, de imprevisto, comienzan a sacar humo o se desmayan por inanición faltos de combustible. Casi cualquier mallorquín, por ejemplo, ha oído relatar a algún amigo suyo cómo una vez recogió al rey Juan Carlos I mientras hacía autoestop -su otra gran pasión, por lo que parece- y recuerda el lugar exacto en el que el monarca decidió apearse -Alcudia, Deia, Cala d'Or, Palma, etc. En virtud de las historias que nos han llegado, se puede afirmar que el rey Juan Carlos I ha participado en toscas labores de reparación en un buen número de provincias españolas -Madrid, Mallorca, Barcelona, Sevilla, etc. Incluso, a tenor de lo que se cuenta en otros países, caso de Estados Unidos, es posible que haya sentado jurisprudencia, pues de otra forma no se explica que cantantes famosos, estrellas de Hollywood y multimillonarios de pro hayan emulado su ejemplo y manifiesten un raro altruismo por los avatares de la carretera.

En Estados Unidos, por ejemplo, la mujer de Leon Spinks -el famoso boxeador-, la viuda del cantante Nat King Cole, el magnate Howard Hughes y el también rey Elvis Presley han repartido entradas para conciertos, obsequiado auténticas fortunas y regalado flamantes Cadillacs a cuantos les han auxiliado en la carretera. Al menos, eso es lo que se cuenta por allí, tal y como ha podido comprobar Jan Brunvand al enfrentarse con esta leyenda, cuyas diversas manifestaciones analiza en *The Mexican Pet*.

De todos ellos, Elvis es el más persistente y no ha dejado de sorprender a su coetáneos con episodios que parecen sacados del libro de Raymond A. Mody *Vida después de la vida*, «un informe amablemente sensato que recoge ciento cincuenta testimonios de ciudadanos corrientes que afirmaban haber regresado de lo que parecía una muerte cierta», en palabras de Harold Bloom.

El compositor de *Unchained melody* ha sido «visto» tras fallecer, ya no sólo en Memphis, sino también en innumerables supermercados y centros comerciales e incluso en la Luna. Así, según una leyenda llegada hasta España y narrada por Enrique Bueno, si uno observa atentamente con un telescopio la faz de la Luna, puede descubrir con asombrosa nitidez la cara del inventor del rock and roll.

A este raro fenómeno por el cual los reyes se mezclan con la plebe y las celebridades ejercen de soberanos en su versión magnánima, se le conoce por «sebastianismo» o «el rey durmiente en la montaña».

Así lo explica Carlos Alonso del Real en un magnífico libro titulado *Superstición y supersticiones* en el que detalla algunos nombres de figuras carismáticas, fallecidas en extrañas circunstancias, que en realidad no murieron, sino que se quedaron en algún lugar en la reserva. Según Alonso del Real hay dos facciones, la heroica y la demoníaca. La última empieza con Nerón, continúa con Federico Barbarroja y termina con Hitler, mientras que la épica incluye al inglés rey Arturo o al rey portugués Sebastián.

De un modo lateral -esgrime Carlos Alonso del Real, refiriéndose al «sebastianismo»- se ha aplicado a Napoleón, a Juana de Arco, con intereses bien claros al fallecido hijo de Luis XVI, y, dejando alguna duda sobre si habrá algún fondo de verdad, al zar ruso Alejandro I y a la gran duquesa Anastasia.

Una mediocre tentativa burocrática de crear un mito de esta especie, prontamente truncada por el peso de la realidad -apunta Alonso-, se dio en España durante la Guerra Civil en torno al teórico y líder falangista, José Antonio Primo de Rivera, con la denominación de «el ausente». Dicho sea de paso, yo mismo fui arrestado por negarme a creer esto.

Pero no, lo de Juan Carlos I pertenece a otro género. Más bien se trata de esos «cinco minutos de rey» a los que tiene derecho en vida cualquier mortal, por muy ruin que sea su existencia. Aquí nos encontramos con un auténtico Robin Hood lleno de grasa que, tal vez enviado por los dioses, repara en las dificultades que atraviesan sus súbditos en la vida doméstica. Ellos necesitan ayuda y él se la da. Después vuelve a ponerse su casco rojo y arranca a toda velocidad, dejando tras su estela un horizonte de esperanza que nos hace sentirnos menos solos en nuestra condición plebeya.

ANTONIO ORTÍ

ZOOLOGÍA MONSTRUOSA

El buitre monstruoso

No puedo más que mostrar mi extrañeza ante este inusual hecho: la noche del 28 de mayo de 1990, algunos vecinos del barrio de Les Corts nos despertamos ante los insoportables graznidos de un ave; no un ave cualquiera. Nuestro estupor fue inmenso al salir al balcón y ver una silueta negra de grandes dimensiones. Quizá debería medir entre tres y cinco metros y no exagero. Numerosos fueron los vecinos que la vieron y numerosos, también, los comentarios al día siguiente. Suponemos que en otros barrios, otras personas debieron verla. ¿Qué era? Y lo que es más extraño: ¿Por qué no ha aparecido ninguna noticia en la prensa?

PERE CARBÓ
Barcelona

Esta carta al director, publicada el diez de junio de 1990 en el diario *La Vanguardia*, daría lugar a un encendido debate que llevaría durante los meses siguientes a que los periodistas que trabajaban en *La Vanguardia* se convirtieran en auténticos fans de lo que escribían sus lectores, dando lugar a una metáfora que no investigaremos aquí. Durante el siguiente mes y medio, cuando el ave gigantesca tuvo a bien visitar la Ciudad Condal y alrededores -llegó a verse en Salou (Tarragona) y en los *aiguamolls* de Girona-, media Barcelona no hablaba de otra cosa. Un ave gigantesca «que profería fuertes graznidos en tres intensidades distintas» -según aportaban en otra carta dos nuevos testigos, Manuel Villena Pastor y Francisco Roch Estadella- había planeado por la calle Vallirana, en las proximidades de la plaza Lesseps, para alejarse en dirección al barrio de Sarrià. Eran las cuatro de la madrugada.

Cinco días después del monstruoso vuelo, un botánico sorprendía con nuevos datos:

Se trata -decía Xavier Tutusaus- del *Avis Cervus* o *Peritio*, especie que más de un eminente zoólogo reputa como desaparecida, prima hermana del *Ave Roc* y otros ilustres pájaros mitológicos.

Fue descrita -continuaba la carta- en el siglo XVI por el rabino Aaron Ben Chaim en un opúsculo consagrado a las bestias fantásticas, del que disponíamos algún fragmento depositado en la universidad de Munich hasta la Segunda Guerra Mundial, tras la cual desapareció misteriosamente.

Aaron Ben Chaim, basándose en la obra de un escritor árabe desconocido, mencionaba un tratado sobre el *Avis Cervus*, lamentablemente perdido en el incendio de la Biblioteca de Alejandría, donde se describía al curioso animal como mitad ciervo, mitad ave, concluyéndose que, dada la sombra humana que proyectaba sobre la tierra, podían ser espíritus de individuos que murieron bajo el enojo de los dioses.

Con el ánimo de tranquilizar a la población -concluía el eminente botánico- considero útil decir que tal especie es completamente inofensiva para el hombre y, en modo alguno agresiva, limitándose en su triste peregrinaje hacia Madagascar a provocar los sustos consiguientes por su terrible y pavoroso aspecto.

Ni que decir tiene que por aquel entonces el revuelo en Barcelona ya era considerable. A los pocos días de la aparición del buitre, *El Periódico de Catalunya* publicaba una noticia en la que el Cuerpo Superior de Policía reconocía haber recibido centenares de llamadas alertando sobre el misterioso bicharraco. También el teléfono de información ciudadana -el 010- se había visto colapsado por el suceso, mientras que la agencia Europa Press había dispuesto redactores para cubrir el caso.

Tanto es así que el máximo responsable del servicio de ornitología de la Facultad de Biología de Barcelona, Santiago Mayosa, tuvo que esgrimir que no existía una explicación científica que avalara la existencia del animal, si bien precisó que pudiera tratarse de un albatros, una especie capaz de medir 3,6 m con las alas extendidas, pero que habita en el hemisferio sur. Por lo demás, otros biólogos adujeron que podríamos encontrarnos ante un córvido de origen tropical -y de ahí los graznidos-, mientras que el departamento de Medio Ambiente de la Generalitat pareció apostar por una solución de compromiso: el bicho era un buitre, tal vez, incluso, un adversario político.

Así las cosas, La *Vanguardia*, cuya sección de cartas al director se había convertido en la sección estrella, publicó una encuesta a insignes personajes, caso de Josep María Costa, director técnico del Zoo de Barcelona, o Andreu Grau, presidente de la Asociación de Pilotos de Catalunya, para que dieran su parecer sobre el tema. En la encuesta también se consultó a Eugenio, el popular humorista catalán, quien afirmó:

Se trata de un pterodáctilo que ha sobrevivido a períodos glaciares. Hace quince días que no veo a un amigo mío de Les Corts. Estoy seguro que este animal lo ha capturado.

Pero que nadie piense que el grueso de cartas y denuncias se nutrían únicamente del humor. En muchos casos eran ciudadanos alarmados por la suerte de sus hijos o la suya propia que, para más inri, habían sido testigos «con sus propios ojos» -una expresión repetida- del planear de un buitre, cérvido o paloma mutante, del que comenzaban a conocerse los detalles. Por lo general era negro, medía entre tres y diez metros, su silueta se parecía a una paloma o a «un pollo radioactivo» y sus excrementos, como le sucedió a un vecino de Figueras -Girona-, eran de tal tamaño que el parabrisas de un coche quedaba empuñecido por las heces.

Una pedagoga -María Pilar Bertrán- creyó encontrar su refugio en un solar vallado situado entre las calles Eliseu y Tarragona de Barcelona, aunque sin éxito. Otros, caso de Josep María Febrer -vecino de Benicarló (Castellón)- propusieron guardar el ave -«lo que quede de ella»- en la escultura de Antoni Tapies que culmina su fundación.

El *súmmum* fue, tal vez, cuando dos expertos legalistas se ofrecieron el memorable 5 de julio de 1990 a dar asesoramiento jurídico a los afectados:

El ave -señalaban Rafael Doménech y Xavier Claver en otra carta a La *Vanguardia*- a pesar de sus grandes dimensiones es una *res nullius*. Esto significa que al no tener dueño puede ser adquirida por simple ocupación, sin necesidad de agotar los plazos de usucapión.

Pero esta adquisición por ocupación, con los beneficios que ello supondría -continuaban-, debe ser practicada antes que la *res nullius* alcance la altura suficiente para que sea considerada patrimonio de la humanidad. Es decir, si el ave supera el espacio aéreo español, ya no será posible individualizar su titularidad, pues se hallará en el espacio ultra-terrestre que, según la resolución 1962 y 222 de las Naciones Unidas es patrimonio de la humanidad.

Además -concluían, didácticos-, una vez conseguida la ocupación, será necesario obedecer las prescripciones de la ley de protección de animales y sobre todo, los deberes de higiene, vacunación, etc., previstos en este texto normativo. En cuanto a la posible responsabilidad penal del animal en cuestión por el asesinato de unos gatos, es forzoso recordar que los animales son inimputables desde el punto de vista jurídico penal. Así pues, denunciar al animal resultaría erróneo e infructuoso, ya que el juez no podría condenarlo a pena privativa de libertad.

Haciendo un repaso del vuelo del enorme pájaro entre el 10 de junio y el 31 de julio y, a tenor de los testimonios recogidos, puede decirse que en su estancia por Catalunya sobrevoló, sin orden aparente, los siguientes lugares: el barrio de Les Corts, la plaza Virrey Amat -«cerca de la ermita abandonada de Santa Eulalia»-, la calle Tarragona -dos veces-, los árboles del Turó Park, el parque del Putxet -«cerca de la calle Hurtado donde esperaba a mi hija»-, la calle Vallirana, la calle Europa, la plaza del Padró, la calle del Mar «casa número 79» -en el barrio de la Barceloneta-, la calle Rocafort, «el balcón del segundo piso del número 347 de la calle Consell de Cent» y las poblaciones de Gavá, Sant Joan Despí, Salou, Bellvei del Penedès -«camino de El Vendrell, donde trabajo»- y la comarca gerundense del Empordà -cerca de las alamedas que circundan «El Cortalet».

Durante su estancia en Catalunya su comportamiento fue ejemplar y su única tropelía fue haber descargado sus excrementos sobre el parabrisas de un coche. Por lo demás, pareció manifestar una especial predilección por plazas y lugares ajardinados, toda vez que sus incursiones por los barrios más degradados fueron muy escasas -con la excepción de la plaza Padró.

Con estos datos, y a raíz de los bestiarios medievales consultados, puede concluirse, citando el *Bestiaire sculpté* de Debidour, que «cualquier animal es para el hombre el signo vivo de todo aquello que se le escapa y de lo que conquista, de su limitación y de su dominio, testigo humillante y

exaltante de lo que puede ser el hombre». Así pues -y no profundizaremos demasiado- el buitre gigante podía ser al mismo tiempo un espacio zoológico de libertad todavía sin domesticar y una seria advertencia sobre una futura generación de polluelos radioactivos, palomas mutantes y gigantes carroñeros.

Como ocurriera en la Edad Media con las bestias del *Physiologus*, obra atribuida a los gnósticos, la absurda concepción del buitre catalán -hasta diez metros de tamaño- no pareció sorprender a sus ciudadanos, como si en él se proyectaran vicios y defectos humanos. En ese espejo nocturno, parafraseando a Ignacio Malachevarria, se reflejaría «el temor ancestral a lo desconocido, al peligro de todo tipo encarnado en la bestia multiforme, a la locura y a la muerte».

Si a todo ello añadimos que por la noche todos los buitres son pardos, el resultado es ese fantasma alado que por unos días mantuvo a Barcelona en vilo y bajo cuyo manto varios centenares de ojos creyeron encontrar un antes y un después en el que certezas y sueños compartieron un mismo nido.

ANTONIO ORTÍ

Los caimanes albinos de Nueva York

Muchos ciudadanos de Nueva York, al regresar de sus vacaciones en Florida, se traen a casa como recuerdo un pequeño caimán. Estos saurios de vivero chapotean con ternura en agua de grifo con sabor a cloro en el piso 54 de cualquier edificio. Pero sucede una cosa terrible: que el amor a los cocodrilos tampoco es eterno.

MANUEL VICENT
Fiesta en Nueva York

A cien metros bajo el nivel de las joyerías de la avenida Madison, en las herméticas alcantarillas de Manhattan, existe una colonia de cocodrilos blancos y ciegos que navegan por el detritus. Así lo atestiguan temerarios viajeros que se perdieron por las cloacas en busca del infierno. Ermano Cavazzoni cuenta en *El poema de los lunáticos* cómo una noche se sintió atraído por el agujero del lavabo y se dejó caer cañería abajo. Y descubrió que el infierno es un gran tubo de cemento con ramificaciones de plomo al que se accede por el urinario.

Ése fue el terrible sino que corrieron los pequeños caimanes de Queens, Manhattan y el Bronx. Tras ser comprados en Miami por menos de treinta dólares, fueron alimentados con carcasas de pollo enriquecidas con proteínas y calcio. Pero ocurrió que, conforme pasaban los días, aumentaba su apetito y pronto alcanzaban los treinta centímetros de tamaño. Era entonces, se dice, cuando los padres se volvían aprensivos, celosos del futuro de sus vástagos. Así que, mientras éstos estaban en la escuela, comenzó a extenderse un extraño rito: lanzarlos por el excusado para que a través del váter comunicaran con el Nilo.

Robert Daley da cuenta de ellos en *The World Beneath the City*, un curioso libro que trata sobre la construcción de la red de colectores de Manhattan. Al parecer, el inspector general de alcantarillas decidió emprender, entre 1935 y 1936, una campaña de exterminio de los temibles saurios que ya por aquel entonces medían cuatro metros y se alimentaban de ratas gigantes, poco menos que conejos.

Anteriormente, el 10 de febrero de 1935, el *New York Times* informaba del siguiente hecho. Unos muchachos de la calle 123, en las proximidades del río Harlem, habían avistado por la boca de una alcantarilla a un caimán que chapoteaba por las turbulentas aguas. El ejemplar, que medía unos dos metros, tuvo un luctuoso final: fue sacado a rastras y exterminado.

Fuera como fuese, lo bien cierto es que el inspector general no debió de tener mucho éxito porque en años posteriores magníficos ejemplares de caimán fueron vistos -o al menos, así lo manifestaron hombres de bien- en la estación de metro de Brooklin, en el río Bronx y en algún lago de las afueras.

Según narra Kenneth A. Thigpen, los nativos de Florida ya conocían esta situación desde los años cincuenta. Al parecer, los imprudentes turistas neoyorquinos cometían la estupidez de llevarse a casa a los peligrosos reptiles; los metían en la bañera y luego se veían obligados a desembarazarse de ellos, arrojándolos por el inodoro.

Tanto es así que a finales de los años sesenta, el clamor era unánime: las cloacas de Nueva York estaban infestadas de caimanes y, en algún caso, hasta de negros. «La mayoría de los negros son mutilados -cuenta Ermano Cavazzoni en *El poema de los lunáticos*-, porque todos se pelean y llevan siempre en la mano un cuchillo o un gancho terrible que corta como una navaja de afeitar y parte los huesos».

Tras la investigación llevada a cabo por los herpetólogos Sherman A. Minton Jr. y Magge Rutherford Minton -*Giant Reptiles*-, el folklorista Richard Dorson publicó una serie de textos recopilados entre los estudiantes de Berkeley -California. En ellos se introducía una variación: la oscuridad de las alcantarillas no sólo determinaba el albinismo de los caimanes, sino que además influía en su crecimiento la marihuana arrojada por el retrete durante las redadas policiales. De ahí surgiría la legendaria «hierba blanca neoyorquina», potentísima variedad enriquecida por los nutrientes de las cloacas.

Tras publicarse el libro de Thomas Pynchon *V.* y proyectarse el film *La bestia bajo el asfalto* (1980) donde se sugería que multitud de niños americanos había tirado al retrete pequeños caimanes comprados en Macy's por cincuenta centavos, la leyenda llegaba a Europa.

El francés Gilbert Lascault en su libro *Un monde miné* fue uno de los primeros en advertir de los peligros del mundo subterráneo:

Todos los poceros saben -escribía en la introducción- que les está prohibido entrar en un pasadizo que hay debajo del bulevar Saint-Marcel. De este pasadizo, protegido día y noche por tres agentes del cuerpo de seguridad armados y enmascarados, arranca un largo laberinto pestilente que tal vez pueda recorrerse con una lancha motora provista de ametralladoras. Durante el trayecto, uno se cruzará con flotillas de cocodrilos blanquecinos y famélicos.

Los cocodrilos americanos, no hay ni que decirlo, habían encontrado en el enjambre de pasadizos subterráneos una ruta de ordágo para adentrarse en Europa. Primero presentaron sus credenciales a los moradores del infierno urbano y, tras ser aceptados por unanimidad, pasaron a convivir con fantasmas de la ópera e insignes jorobados.

En España la leyenda llegó un poco más tarde, ya en la década de los ochenta, entre otras cosas porque Francisco Franco jamás hubiera aceptado que bestias tan inmundas sembraran el pánico por El Ferrol. No obstante, curiosamente, de esta localidad procede una variedad interesante de esta leyenda que una alumna de la Universidad de Santiago de Compostela -Martina Fernández Bañobre- tuvo a bien hacernos llegar. El título es bien explícito «Boas en las alcantarillas de Puente de las Cabras». Sintéticamente -y en palabras textuales dice así:

Varias personas habían viajado a un país exótico y se habían traído con ellas varias boas. Ante la imposibilidad de ofrecerles los cuidados necesarios, las habían arrojado al retrete y estaban viviendo en las alcantarillas de la zona de Puente de las Cabras -Ferrol. Llegó a afirmarse que habían atacado a un niño, extremo que no se llegó a confirmar. Más tarde empezó a comentarse que la policía había cazado a los animales y así cesó el revuelo causado.

También en Sabadell (Barcelona) surgió el rumor de que un monstruo abisal moraba en las cloacas, arrastrando su deformidad por las aguas residuales. A tal efecto, nos pusimos en contacto con Vertisub, tal vez la empresa más importante de España en la limpieza de emisarios submarinos y redes de alcantarillado. Allí hablamos con Pilar Almagro, directora comercial, y Miguel Romans, responsable técnico.

Según Romans, la fauna de las cloacas se reduce a cucarachas, ratas y bacterias, por más que algunos sitúen debajo del metro de París una colonia de cerdos gigantes.

Respecto al monstruo abisal de Sabadell -del que algunos de nuestros informadores creyeron tener noticias por el *Diari de Sabadell*- y que, presumiblemente, se trataba del cuerpo hinchado de una vaca que, misteriosamente, habría caído a la red de alcantarillado tras desplomarse por un pozo, nos dijo que le sonaba de lejos, pero sin poder aportar más datos. Tras hacer una llamada telefónica a la Empresa Metropolitana de Saneamiento -EMSSA- tampoco allí nos supieron dar pistas. Eso sí, Miguel Romans nos comentó que un empleado de su empresa creyó ver a una especie de minotauro que avanzaba a toda velocidad hacia él procedente de una tubería de seis metros de altura y doce de ancho. Sólo cuando sus afilados cuernos estaban a escasos metros de sus vísceras pudo apercibirse de que se trataba de una carretilla tripulada por desechos de todo tipo que la corriente empujaba hacia el mar.

Para él como para tantos otros, los caimanes albinos habitan en algún lugar de nuestra imaginación y allí seguirán para siempre. Según algunos tratados de criptozoología, la rama de la zoología que más se ha destacado en el estudio de la fauna subterránea, existen especies animales de las que se conoce únicamente un individuo, como el tanrec *Dasogaole fontoynanti*, cuyo único ejemplar, capturado en Madagascar, se encuentra en el Museo de Historia Natural de París o el *Monachus tropicalis*, la foca de lomo blanco de cuya existencia se sabe tan sólo por una fotografía tomada en Yucatán en 1962. De otros, en cambio, no tenemos vestigios, caso del kraken escandinavo, un pulpo gigante que apresaba a los barcos valiéndose de sus tentáculos, o de los caimanes albinos.

Por esta razón, nos permitimos recomendarles que, si alguna vez tienen ocasión de visitar las cloacas de su ciudad, se preocupen de adoptar las precauciones necesarias para que su racionalidad no sea herida y despechada.

ANTONIO ORTÍ

El animal invasor

«Un animal vive en el estómago de una persona.» Así reza la clave B784 del *Motif-Index* de Stith Thompson. Acto seguido encontramos una lista de ejemplos que describen sucintamente el modo en que se introdujo dicho animal en el cuerpo (a menudo por una imprudencia) y algunas ideas para librarse de él (casi siempre mediante cebos o cirugía radical): «Una persona se traga semen o huevos de serpiente al comer berzas»; «Una chica se traga un pulpo, que empieza a crecerle en el estómago»; «Una chica come ciruelas que contienen gusanos y éstos se multiplican en su estómago»; «Una serpiente o una rana es expulsada del cuerpo humano por medio de leche o de agua»; «Un médico desaloja un animal del cuerpo de un paciente»; «Una serpiente penetra en el recto de un hombre y le devora»...

Estas imágenes de pesadilla, muy parecidas a las que podría causar una severa indigestión de ostras, están profundamente arraigadas en el brumoso bosque de las creencias populares. En su libro titulado *La brujería y la superstición en Cataluña*, Javier Tomeo y Juan M.^a Estadella incluyen la siguiente crónica, equivalente exacto de los mencionados motivos universales:

Aparte de las fabulosas *serpents*, las vulgares *serps* inspiran también multitud de supersticiones. (...) Penetran por la boca entreabierta de los que se duermen en el campo, se alojan en sus intestinos y se expulsan haciendo aspirar a la víctima el mal olor que desprenden unos viejos zapatos quemados. (...) El pueblo creyó también en la existencia de los nitus, seres microscópicos que atacaban al hombre penetrando en su cerebro por los orificios de la nariz, de las orejas o por la boca. El desgraciado que era víctima de tan diminutos engendros se veía acometido por un pesado sueño y acababa perdiendo la memoria, porque la memoria, según el decir popular, era una especie de licor de sabor muy dulce que les entusiasmaba.

Más adelante aluden a otra clase de parasitismo al que también son dadas las serpientes, más epidérmico pero no menos nefasto, ya que suele terminar con la desnutrición de la víctima:

Aficionadas a la leche, duermen a las madres que amamantan a sus hijos, desplazan suavemente al niño, introducen en su boquita la cola y maman en su puesto.

Joan Amades y Pep Coll recogen la misma creencia en sendas recopilaciones de cuentos orales. La siniestra fascinación del relato parece haber dejado honda huella en una de nuestras informadoras. Antonia Martos, de 60 años, natural de Baza (Granada), asegura haber sufrido, en su juventud, el vampirismo lácteo de una serpiente. «No la vi nunca porque siempre me hipnotizaba», nos cuenta la señora Martos. «Pero tenía un pezón todo morado, y hasta me sangraba. Y mi niño también tenía la boquita completamente amoratada.» Por último, siguiendo las instrucciones de un curandero, puso una capa de ceniza debajo de la cortina que servía de puerta. «Con esto se vio bien claro que entraba una serpiente, por la señal que dejó en la ceniza.» Así pues, se armó de una hoz, fue a mirar en unos matorrales cercanos y allí estaba la intrusa, haciendo la digestión. «Era gruesa como un brazo -nos indica la señora Martos, señalándose el suyo-. Le corté la cabeza de un tajo y luego la abrí en canal. Dentro tenía un cuajo de leche muy blanca».

Contra toda expectativa, estas historias peregrinas se resisten a permanecer en la onírica esfera de la superstición y ocupan un lugar privilegiado en los anales de la medicina y las crónicas de sucesos del siglo XVI en adelante.

La folklorista británica Gillian Bennet logra exhumar una gran variedad de casos en que serpientes y gusanos se lanzan a invadir los órganos internos de un sinfín de desventurados. Su objetivo no es otro que demostrar que las leyendas modernas son en realidad «modernizaciones» de relatos pretéritos. Dos ejemplos bastarán para formarse una idea de la antigüedad del tema. En 1639 un folleto inglés publica la noticia «cierta y verídica de un monstruo extraño o serpiente hallado en el ventrículo izquierdo del corazón de John Pennant, gentilhombre de veintiún años de edad». En el año 1675, un zapatero se suicida de una puñalada en el vientre tras diez años de lacerantes dolores abdominales. La herida deja escapar una serpiente tan larga como el brazo de un hombre y de dos

dedos de grosor. Ya en nuestro siglo, a mediados de los años treinta, se contaba en Estados Unidos que una joven había incubado un huevo de pulpo en el útero.

Señala Jean-Bruno Renard que la penetración del cuerpo por seres visibles o invisibles, naturales o sobrenaturales, es uno de los miedos más arcaicos y difundidos universalmente. Analizando este tipo de leyendas, Renard advierte que siguen el mismo esquema que la reproducción: el huevo o el animal «fecundan» el cuerpo, luego sigue una fase de «gestación», que culmina con la salida del animal o «alumbramiento».

Podría especularse, pues, que estos relatos expresan un horror inconsciente al embarazo y al parto. Se trataría de la misma aprensión que lleva a creer a ciertas adolescentes un tanto despistadas que el tragar semen o bañarse en piscinas públicas puede dejarlas encinta. O, como se rumoreaba allá por los años setenta en ciertos institutos, que orinando en los ríos tropicales se corre el peligro de que unos pececillos microscópicos remonten el chorro de orina y se queden agarrados al interior del pene.

Otra variante de parecido género circuló a finales de los años setenta por Estados Unidos y Francia. Sostenía la leyenda que ciertas píldoras adelgazantes infalibles contenían la cabeza de una tenia. Su eficacia, lamentablemente, se veía mermada por un grave efecto secundario: que uno iba adelgazando *sin parar*. Se imponía entonces recurrir a un poderoso vermífugo casero, de aplicación oral o rectal. Las instrucciones para administrarlo por esta última vía se detallan en un «recetario de la abuela» publicado en Cataluña en 1988:

Se llena un bidé con dos litros de leche hirviendo, de modo que el paciente pueda sentarse en él para recibir el vapor sin quemarse. La tenia, al percibir el aroma de la leche, sacará enseguida la cabeza y bastará con tirar de ella para que no pueda volver a esconderse. La operación de tirar de la tenia suele hacerla otra persona.

El fantasma de la fecundación «contra natura» aparece en todo su esplendor en una leyenda procedente de los archivos de Jan Brunvand y que figura en su obra *The Choking Doberman*. La protagonista es una chiquilla de una ciudad costera californiana, que un buen día empieza a mostrar todos los síntomas del embarazo «Deshecha en llanto», la niña asegura repetidamente a su madre que nunca se ha acostado con ningún chico. Finalmente, convencidos de que la hinchazón del vientre se debe a un tumor, los cirujanos la operan y le extraen nada menos que un «pulpo pequeño y vivo» que se aferraba tenazmente a la pared de su estómago. Al parecer la muchacha, nadando en el mar, debía de haberse tragado algunos huevos de pulpo que «flotaban en la superficie» tras desprenderse de las algas del fondo oceánico donde suelen estar pegados.

Gillian Bennet demuestra en su minucioso estudio que no hay orificio del cuerpo humano que esté a salvo de la intrusión de los parásitos. Laura Jiménez, una informadora de Santa Perpétua de Mogoda (Barcelona), nos ofrece un ejemplo particularmente sangrante de uno de estos asaltos a traición:

Este caso me lo contó mi prima hace ya bastantes años, un día en que fuimos de picnic al campo. Un matrimonio pasaba un fin de semana de camping con sus dos hijos. Una noche, la madre salió de la tienda de campaña y se metió entre los árboles para hacer sus necesidades. En esos momentos la mujer tenía el período, y un lagarto, atraído por el olor de la sangre, se introdujo en el cuerpo de ella mientras estaba en cuclillas, con lo que murió desangrada a los pocos minutos. Su hijo pequeño la encontró a la mañana siguiente.

El testimonio oral de otras tres informadoras confirma la amplia difusión en España de esta leyenda. Anna Gual, de 37 años, nos cuenta una variante situada en las playas de Málaga. María Martínez, una murciana de 67 años, nos asegura que se trata de un hecho verídico ocurrido años atrás a cierta segadora mientras trabajaba en el campo. En esta ocasión el desenlace fue menos trágico: sus compañeros consiguieron matar el lagarto a golpes de hoz y la mujer sobrevivió. Antonia Martos nos relata un caso más lacerante que «vivió» una amiga de una conocida suya. Como la mujer llevaba muchos años soltera, le preguntaron un buen día por qué no quería casarse. Su explicación resultó a todas luces insospechada: una vez se encaminaba a moler trigo al molino, teniendo el periodo, cuando un lagarto enloquecido por el olor de la sangre se le echó encima y le arrancó «los labios mayores».

Habiendo perdido una parte de su feminidad, la mujer llegó a la traumática conclusión de que ya no resultaría atractiva a ningún hombre.

No hace falta acudir a Freud para darse cuenta del tremendo poder simbólico que encierra el binomio compuesto por la sangre menstrual, aún hoy cargada de tabúes y supersticiones, y la «violación» que lleva a cabo un reptil claramente «fálico». Jean-Bruno Renard aporta un dato que denota el origen arcaico de esta variante y subraya de nuevo el horror a la fecundación intempestiva: «En numerosas sociedades tradicionales, las mujeres temen que una serpiente, atraída por el olor de la sangre menstrual, penetre en su vagina o en su boca y las deje preñadas, o, peor aún, les mutile las entrañas».

Aparte de serpientes y lagartos, algunos insectos también pueden causar estragos en el cuerpo humano. Jan Brunvand lo ilustra con varias leyendas. Dos de ellas empiezan con una mujer «tomando el sol en la playa». La primera víctima sufre la picadura de una araña en la mejilla, donde se le forma un terrible forúnculo. Cuando el médico se lo abre con el bisturí, una legión de arañas minúsculas sale corriendo de la herida. Explicación oficial: la araña playera había puesto huevos debajo de su piel. La mujer sufre un ataque cardíaco o debe recibir tratamiento psiquiátrico.

A la segunda desventurada se le introduce una tijereta en el oído. Tras acudir al médico quejándose de terribles dolores, éste le asegura que dentro de pocos días el bicho saldrá por la otra oreja. Cuando esto ocurre, el doctor dictamina con alarmante frialdad que se trataba de una hembra, por lo que es muy posible que haya desovado en el interior de su cráneo. De ser así, concluye diciendo, «las crías terminarán por devorarle el cerebro».

Heridas infectadas, insectos hormigueantes, impotencia médica, desenlace trágico... Estos elementos parecen apuntar hacia otro posible significado de la leyenda: el de la muerte en acción. Tras señalar que solemos imaginarnos a los microbios como unas «bestezuelas que se introducen en el organismo», Gillian Bennet concluye su estudio argumentando que «tener una bestia en el cuerpo es la obsesión del hipocondríaco, una representación simbólica de los gusanos que devorarán nuestros cadáveres, una creencia en el origen animal de las enfermedades».

Los escritores y cineastas proclives al género fantástico no podían permanecer indiferentes al mórbido encanto de este tipo de relatos. Ninguna novedad, por otra parte, ya que el cine y la literatura se han nutrido con frecuencia del patrimonio folklórico universal.

En un cuento titulado «Egoísmo, o la serpiente en el pecho», Nathaniel Hawthorne narra la historia de un joven torturado por la certeza de que una serpiente fantasmal le roe las entrañas. El escritor, aun indicando que «tales hechos han ocurrido en más de una ocasión», utiliza el tema en clave alegórica para formular un alambicado discurso en torno al egoísmo, el pecado y el remordimiento.

Menos simbólico y más lúbrico se muestra el escritor norteamericano Philip J. Farmer en *La imagen de la bestia*, su novela pornofantástica publicada en 1975. En cierto pasaje, una mujer de turbadora belleza se entrega a alucinantes juegos eróticos con una especie de serpiente barbuda de rostro humano «y expresión de indecible maldad» que emerge de su vagina y se le introduce en la boca procurándole goces inusitados. En vez de parasitismo, lo que se describe aquí parece más bien un caso de voluptuosa y ultraterrena simbiosis.

Ya en el ámbito cinematográfico, el celeberrimo film *Alien* (1980) recupera el tema con estética futurista, ciñéndose fielmente al modelo tradicional. Un parásito se aferra al rostro de un tripulante de la nave espacial *Nostromo* y deposita un huevo en el interior de su cuerpo. De él nacerá, reventándole el pecho atraído por el olor de la comida, un retoño monstruoso. Más criaturas vermiformes se introducen en cuerpos humanos por vía oral y se adueñan de voluntades en otras dos películas fantásticas de culto: *Vinieron de dentro de...* (1974) y *Hidden* (1987).

Los insectos invasores también pululan profusamente por el panorama audiovisual. El episodio «The Caterpillar», de la serie de televisión *Galería nocturna*, emitida en los años setenta, escenifica paso a paso el relato de la tijereta en el oído. En el film *Los creyentes* (1986) se recurre a leyenda de las arañas en la herida para ilustrar el resultado de una maldición santera. Y en uno de los episodios de la película *Creepshow* (1982), un cínico industrial obsesionado por la limpieza terminará relleno hasta las cejas de cucarachas, que saldrán a borbotones de su cadáver: aparatosa metáfora gráfica del pánico a la enfermedad y de la podredumbre interior.

El rey de los gatos

Es bien sabido que los gatos madrileños están perfectamente organizados y que se reúnen en algún lugar mágico desde el que se diseminan por la ciudad siguiendo las órdenes de una especie de gobierno interno.

JUAN GARCÍA ATIENZA

La misteriosa conducta, la aparente indiferencia y la premeditada indolencia de los gatos, no es más que la fachada cosmética de la que se sirven para ocultar su propósito de controlar a la humanidad. Así al menos lo sugiere Jacques Strenberg en el relato *Les chats*, incluido en su recopilación titulada *188 contes à régler* y así lo entendieron también muchos madrileños en la posguerra española al observar la perfección geométrica con la que los mininos tomaban calles y plazas, cuarteles y ayuntamientos. Solos o acompañados, en manada o en formación de a dos, lo cierto es que los felinos se las procuraban para obtener alimentos y allanar casas valiéndose de maullidos desconsolados que encubrían órdenes militares y planes muy concretos. Hoy, cuando ya dominan el mundo, sólo los más ancianos relacionan su presencia en los sillones de los principales jefes de estado con el rumbo de la historia universal.

La idea de que los gatos y sus principales enemigos, las ratas, disponen de una organización jerárquica está perfectamente glosada en el folklore popular. La única disparidad es si se decantan por monarquías o repúblicas. Michel Dansel en *Nuestras hermanas las ratas* sostiene que las ratas son demócratas de derechas que se permiten el lujo de mantener reyes. «Algunos -señala- piensan que estos reyes permanecen en alcantarillas secretas, que a veces alcanzan el tamaño de un jabalí y que ejercen sus poderes sobre la ratocracia francesa. Pero no ignoran que las ratas, al igual que la poesía, la idiotez o la fraternidad no tienen fronteras».

A falta de datos que avalen la existencia de sufragios universales entre felinos y roedores o de representantes elegidos por sus congéneres en aras de una pretendida superioridad física, sanguínea o intelectual, lo más que puede decirse sobre la leyenda que encabeza esta historia y que conocen -que sepamos nosotros- en Madrid, Toledo y Ciudad Real, es que tras la Guerra Civil española muchos ciudadanos tomaron conciencia del excesivo número de animales -sobre todo gatos- que deambulaban por las calles, circunstancia que motivó encendidas reseñas en los periódicos de la capital e incluso que el maestro Serrano les dedicara una ópera bufa.

Respecto a la cuestión principal, esto es, si dominan el mundo, no hay unanimidad, si bien no sería descartable que algunos de los presidentes que deciden nuestros designios no fueran más que pérfidos gatos y aviesas ratas valiéndose de un hábil disfraz.

ANTONIO ORTÍ

FANTASÍAS SEXUALES

Las lascivas del viagra

Dos mujeres violan a un hombre en Londres después de atarle a una cama y darle vodKa con una pastilla de la erección.

El Periódico de Catalunya
16 de diciembre de 1998

En Londres dos mujeres sedujeron a un atractivo joven, que no opuso resistencia para acompañarlas a una habitación del hotel, y, una vez dentro de ella, le ataron, le suministraron una dosis de la famosa pastilla mezclada con alcohol y le utilizaron sexualmente toda la noche, hasta que el servicio de limpieza le descubrió agotado y gimiendo.

Así comenzaba la crónica titulada *Viagrazo criminal* que *El Periódico de Catalunya* tuvo a bien obsequiar a sus lectores un anónimo miércoles de diciembre, cuando ya iniciaban sus preparativos los Reyes Magos de Oriente.

La noticia, fechada en Londres, pero sin firmar, contaba que en un concurrido restaurante del West End donde se celebraba una cena de empresa para «jóvenes dinámicas» -Entrecomillado que respetamos- dos mujeres se fijaron en un «atractivo joven de 25 años y cara de efebo».

Tras el intercambio de sonrisas y coqueteos -continuaba la noticia-, el chico aceptó las descaradas propuestas de las dos mujeres y las acompañó a una habitación de un hotel de la zona de Earls Court. Dispuesto a pasar la gran noche de su vida, no dudó en aceptar la tentadora propuesta de sus recién conocidas compañeras de juerga y se dejó atar a los barrotes de la cama, «por juego», según señaló posteriormente.

A partir de ahí, lo que prometía ser una divertida orgía, un *ménage a trois* químico y excitante, comenzó a transformarse en pesadilla.

Las dos mujeres suministraron entonces al muchacho -se leía en la página 25 del prestigioso rotativo catalán- una pastilla de Viagra acompañada por un gran vaso de vodka, dispuestas a sacar partido de los efectos milagrosos del cóctel. En plena lascivia, las seductoras violaron durante toda la noche a su presa sometiéndole a su ávidez de sexo al límite. Al alba, las secuestradoras se marcharon, dejando al inmovilizado muchacho con las fuerzas agotadas.

Por la mañana -acababa el relato-, las empleadas de la limpieza del hotel, escucharon unos gemidos que salían de la habitación y entraron en ella. La imagen que encontraron fue la de un hombre atado, desnudo, algo ruborizado por el resto de una erección a la vista, y con una botella y un vibrador a su lado. En la puerta, el tradicional cartel de «no molestar», tenía una frase añadida: «El escuadrón de violación al Viagra ha golpeado de nuevo (*sic*)».

Desde un punto de vista estrictamente periodístico, la noticia tenía la estructura propia de cualquier rumor: nadie firmaba el artículo, no se conocía el nombre del restaurante donde se celebró la cena de «jóvenes dinámicas», se ignoraban los apellidos del «muchacho» y tampoco se citaba en qué hotel había acabado, sonrojado, víctima de las lascivas del escuadrón.

Juzgado desde la óptica folklórica, sin embargo, el relato ofrecía sospechosas similitudes con cierta anécdota que oímos días atrás en la tertulia matinal de la COPE. El tertuliano de turno -cuyo nombre no anotamos en su momento- refirió idénticas andanzas de otro escuadrón de lascivas -Viagra, vodka y vibrador incluidos-, sólo que su teatro de operaciones no era Londres sino Marbella. En aquella ocasión la nota de despedida aparecía escrita con lapiz de labios en un punto mucho más estratégico que el cartel de «no molestar»: el fatídico espejo del lavabo. Y si decimos «fatídico» es porque en este lugar, -detalle significativo-, suelen aparecer los mensajes con que culminan otras

leyendas como las que analizamos en los capítulos *Bienvenidos al mundo del sida* y *Nos juntábamos las noches de veranos* y *contabamos historias de miedo*.

Desde que Ovidio publicara sus *Metamorfosis* -libro IV, versículo 285- y narrara la historia de Hermafrodito -una especie de divinidad bisexual- y Salmácides -una ninfa seguidora de Artemis- que «saltó al agua, persiguiéndole, y le arrolló», las noticias sobre violaciones de hombres se habían convertido en una especie en extinción.

Todo lo más, algunos cuentos de hadas -sirva de ejemplo *La hija lista del campesino*, recopilada por los hermanos Grimm- habían sugerido que las mujeres superaban en inteligencia y astucia a los hombres, dominándolos a su antojo y decidiendo su suerte. Pero nunca, hasta la década de los ochenta -en plena emancipación de la mujer-, se había tenido constancia tan explícita de que los hombres eran frágiles marionetas en manos de robustas mujeres, capaces de lo peor con tal de demostrar el ya anunciado «Adiós al macho».

En un artículo titulado *Male Fantasy or Female Revenge: A Look at Modern Rape Legends* («Fantasía masculina o venganza femenina: breve análisis de las leyendas modernas de violaciones») la filóloga y folklorista norteamericana Frances Cattermole-Tally menciona por ejemplo que el 23 de noviembre de 1982 la revista norteamericana *Us* publicó un artículo firmado por Adam W. Petricelli -casualidad o no, los artículos sobre violaciones masculinas siempre los firman hombres- titulado *Violación al revés* donde se daba cuenta de que un hombre fue atacado «por tres o cinco mujeres» -hay que anotar que no deja de ser raro que la víctima no se acordara del número exacto- que le ataron a un árbol y abusaron de él.

Según Frances Cattermole-Tally, desde 1970 han comenzado a proliferar relatos sobre mujeres que violan a hombres, penetrando sus cuerpos analmente con un consolador de madera que viene a hacer las veces del *membrum virile* latino.

En Illinois, Nueva Jersey, California -aquí desde 1972- y, sobre todo, en Chicago han aparecido en los últimos años reseñas periodísticas que informan sobre este mundo al revés. En Chicago, por ejemplo, se cuenta la historia de un periodista masculino -otra vez sin nombre- que tuvo el mal gusto de escribir un artículo titulado «¿Por qué a una mujer no pueden violarla realmente?» Días después, le atacaron cinco militantes feministas, muy guapas, para violarlo. «Magnífico, cuándo empezamos», se cuenta que exclamó él. Pero su sonrisa se esfumó al ver el gran consolador, una buena excusa para darse a la fuga. Las mujeres lo rodearon y le arrancaron la ropa. En una versión del relato, el pobre desgraciado se puso de rodillas e imploró clemencia -ellas le dejaron ir. En otras no se conmovieron con sus súplicas y cada una le introdujo el consolador, hasta que, exhausto, se fue corriendo con el rabo entre las piernas a presentar la preceptiva denuncia policial.

De hecho, como sucedía en la noticia publicada en España, la venganza parece estar muy presente en todas estas historias. Algunos violadores sin castigo, se cuenta al respecto en Nueva York y San Diego, han sido castigados por mujeres y les han cortado un testículo para incitarles a una rápida reforma.

Las variantes de Chicago son, sin duda, las más violentas, en tanto el violador es colgado por un pie o por los testículos en un rascacielos y luego metido otra vez dentro. A los pocos días este hombre anónimo decide invariablemente irse a Detroit para evitar males mayores.

Hasta Barcelona, por ejemplo, ha llegado una variante de esta leyenda que nos cuenta Purificación Ruiz Feria:

Una joven médica fue asaltada una noche en que regresaba a casa por dos desconocidos con la intención de violarla. Ella no perdió la serenidad y les propuso ir a su casa para hacer las cosas bien y con más tranquilidad y así pasar juntos un buen rato. Allí, les invitó a una copa, en la que puso un fuerte somnífero. Mientras estaban dormidos, la joven médica los operó y les cortó el pene de raíz, para abandonarlos después en mitad de la calle.

Pero la figura femenina más carismática, en cuanto a violaciones se refiere, responde por «Amazalia» y habita en Detroit. Amazalia es una experta karateca de 19 años que hace valer sus evidentes encantos para animar a los hombres a que se internen en la espesura de los parques públicos y así satisfacer sus deseos. Justo después les obsequia con un golpe que los anonada, los ata a un árbol

y les penetra con el consolador -curiosamente, algunos hombres fueron encontrados por la policía de Detroit en estas circunstancias, aunque no aclararon si fueron atacados por ladrones o por Amazalia.

En definitiva, concluye Frances Cattermole-Tally, las presuntas noticias sobre mujeres violadoras son en el 99 % de los casos, «fábulas para enseñar a los hombres que no son invulnerables y que las mujeres no piden ser violadas como muchos creen». Quien así lo piense, que sepa que Amazalia prepara un árbol para él.

ANTONIO ORTÍ

Los amantes inseparables

Una pareja estaba haciendo el amor en casa de él y cuando llegó de repente el padre se quedaron del susto enganchados y tuvieron que ir hasta el hospital con una manta encima.

ANÓNIMO
Málaga

Con esta transformación de dos amantes en hermanos siameses, inauguramos una serie de leyendas que ejemplifican, en la mejor tradición católica, las diversas calamidades que puede acarrear la lujuria.

Apresurémonos a señalar, sin embargo, que la literatura médica (y no la eclesiástica) recoge la posibilidad técnica de que dos copulantes queden atenazados en pleno abrazo amoroso. Responde este peregrino fenómeno al término de «vaginismo», síndrome que sobreviene en situaciones de máxima tensión emotiva y que provoca, durante la cópula, la contracción espasmódica de todos los músculos de la cavidad vaginal y del ano. El efecto resultante se conoce con un púdico latinismo: *penis captivus*.

La llegada imprevista del padre, como veíamos antes, puede ser una razón de peso para desencadenar el percance. En *Rationale of the Dirty Joke*, su exhaustivo análisis del «humor sexual», Gershon Legman propone otras causas:

A una chica se le contrae la vagina espasmódicamente al oír el petardeo de un tubo de escape mientras está en el coche con su novio, o cuando el reflector del capitán la ilumina de pronto mientras hace el amor en la cubierta de un transatlántico [o sea, «Dios ve todos los pecados ocultos»], aprisionando al hombre en su interior hasta que avisan a un veterinario para que les separe, generalmente inyectando un sedante en la zona lumbar del hombre o de la chica.

El malicioso erudito añade acto seguido:

La presencia del veterinario en tales historias sugiere que en la transmisión de esta fantasía puede haber influido la observación de los perros «enganchados» durante el coito. De ahí que a veces se arroje un cubo de agua fría sobre la infortunada pareja (...).

Mencionemos de paso que Véronique Champion-Vincent localiza varios ejemplos de dicho síndrome, al parecer verídicos, en algunas publicaciones médicas francesas. Ello no impide que tales episodios, por otra parte rarísimos, según nos confirma la doctora Lidia Ramos, se vean desbancados por sus innumerables equivalentes legendarios, cosa que nos permite suponer que los *penes captivi* (así se diría en plural), comparten territorio con los submarinistas caídos del cielo y otros especímenes folklóricos estudiados en esta obra.

Despojadas de su neutro interés clínico, estas historias delatan claramente su carácter «ejemplar», como se infiere de un elemento común a todas ellas: el caso de *penis captivus* siempre ocurre a consecuencia de una relación sexual ilícita o clandestina. En *Die Spinne in der Yucca-Palme*, Rolf Brednich aporta una variante alemana donde una mujer infiel, atenazada por los remordimientos (nunca mejor dicho), sufre un calambre vaginal en pleno coito que la deja férreamente unida a su amante. Tras alcanzar el teléfono a trompicones y cubrirse con una manta, una ambulancia les traslada al hospital, siendo liberados por fin gracias a la proverbial «inyección».

En una supuesta noticia sin fecha emitida por la agencia Reuters, que figura en el libro de John Train titulado *True Remarkable Occurrences*, un incidente parecido tiene lugar en el interior de un «cochecito deportivo» aparcado en el londinense Regent's Park.

Los retozos de la pareja se interrumpen aquí de golpe al quedar sepultada la mujer bajo su amante, un hombretón de unos cien kilos, cuando a éste se le disloca una vértebra. Un grupo de mirones se congrega alrededor del coche y algunas asistentas sociales sirven té para relajar el ambiente. Por

último deben intervenir los bomberos y rescatarles cortando la carrocería. Tras quitarse aquel peso de encima, la mujer se descuelga con una frase digna del desenlace de un chiste pero que revela, una vez más, que mantenía una relación ilícita: «¿Cómo explico yo a mi marido lo que le ha ocurrido a su coche?».

Según los cánones de la cultura cristiana, diríase que estos relatos ejemplares asocian estrechamente la sexualidad con la culpa, lo cual se traduce en un castigo que ya habría querido Dante para su círculo infernal de los «lujuriosos». Su mensaje encierra una advertencia para ambos sexos.

Como nos sugiere el historiador Josep M^a Perceval, a los hombres les pone en guardia contra los peligros de la «vagina dentata», tema de numerosos mitos americanos analizados por Lévi-Strauss y elocuente metáfora del temor masculino hacia la «avidez devoradora y castrante» del sexo de la mujer.

A ellas, por otro lado, las conmina a abstenerse de cualquier aventura extraconyugal (obsérvese que la infidelidad, en estas leyendas, siempre es iniciativa de las esposas); de lo contrario, se verán expuestas a una situación humillante que vendría a ser una parodia cruel del vínculo «indisoluble» que constituyen las relaciones sexuales de acuerdo con la mentalidad cristiana.

A pesar de todo, y como sospechábamos, las leyendas de «parejas trabadas» no son meras viñetas grotescas, dignas del pincel de El Bosco, con que ilustrar las irreductibles aprensiones católicas a la sexualidad. Consultando el *Motif-index* de Stith Thompson descubrimos que el tema se insinúa ya en épocas paganas y cuenta con protagonistas de lujo: los dioses del Olimpo. Junto a la referencia K1563 figura la siguiente pista: *Un marido (divino) aprisiona a su esposa y al amante de ésta con una red mágica. (Vulcano, Marte, Venus.)* Entre otros autores clásicos, el poeta latino Ovidio refiere íntegramente el suceso en sus *Metamorfosis*.

La historia arranca también con un adulterio, aunque esta vez divino (si ocultara más lo humano): el de Venus con Marte. Al sorprenderlos el Sol, «que todo lo ve», corre a delatarlos al marido, el herrero Vulcano, quien «inmediatamente apresta con la lima sutiles cadenas de bronce, redes y lazos que pudiesen engañar a los ojos (...) y los coloca convenientemente alrededor del lecho (...) Así que se unieron en el tálamo la esposa y el adúltero (...) quedaron ambos inmóviles, sorprendidos en medio de sus abrazos. Al instante Vulcano abrió de par en par las ebúrneas puertas e introdujo a los dioses. Yacían los culpables en vergonzosa postura; riéronse todos los demás y durante mucho tiempo fue este lance el cuento preferido en los espacios celestes».

Y continúa siéndolo, añadimos nosotros, en los espacios terráqueos. En algunas variantes recogidas por Jan Brunvand en *The Choking Doberman*, se perciben ecos lejanos de la «red mágica», aunque reducida a un prosaico tubo de «super glue»: el que una esposa engañada utiliza para vengarse de su marido pegándole el pene al vientre.

Las leyendas de «amantes inseparables» admiten innovaciones aún más efectistas, que refuerzan el motivo de la humillación pública combinándolo con ciertos vicios privados. Otra cita clásica, extraída esta vez de la *Historia de los animales*, del polígrafo romano Claudio Eliano (170-255), indicará por dónde van los tiros y justificará de nuevo la antigüedad del tema:

[Se cuenta que en Roma una mujer fue acusada por su marido de adulterio y se comprobó en el juicio que el adúltero era un perro.](#)

Redundando en el mismo asunto, el antropólogo Joan Prat nos trae a la memoria las cópulas fantásticas entre mujeres y monstruos, tan frecuentes en la mitología griega. Un ejemplo paradigmático serían los amores de Ariadna y el Minotauro, hijo a su vez de Pasífae y el Toro de Creta.

Las versiones modernas de esta clase de historias llevan muchos años escandalizando a los más crédulos, aunque su lógica fisiológica, válgase la redundancia, sea igual a cero. Si alguien lo duda, sólo tiene que echar un vistazo a cualquier producción pornográfica incluida en la sección de «zoofilia» de los videoclub.

De los numerosos relatos que nos han llegado, ofrecemos el más sangriento de todos, que nos cuenta una informadora de Madrid, María Elena Palos, quien se muestra lo bastante perspicaz para ponerlo en tela de juicio desde el principio:

Me contaron esta historia pero no me la creí porque me pareció excesiva. (...) Una mujer, conocida de la madre de la vecina de una amiga, mantenía relaciones sexuales con su perro, un pastor alemán. (...) Una vez el marido llegó a casa antes de lo previsto y sin avisar porque estaba enfermo. Y los pilló *in fraganti*.

La mujer, asustada, trató de separarse bruscamente del perro, pero debido a la especial configuración genital de los canes no lo consiguió. Al contrario, se quedó atrapada y ninguna fuerza lograba separarlos.

Así se los llevaron juntos al hospital y cuando los médicos consiguieron que el perro se desatancara, el efecto vacío, o cualquier otro, no sé yo, hizo que las trompas de Falopio de la mujer salieran disparadas de su vagina y se quedaran colgando. Y, claro, hubo que operar a la señora para extirpárselas o devolverlas a su sitio, tampoco lo sé con seguridad.

Aparte de la zoofilia, el folklore moderno incorpora otros vicios privados a la tradición legendaria, que también culminan con la humillante visita de rigor a «urgencias». Rosa Mayans, de Barcelona, nos cuenta un caso particularmente anticlerical:

Un cura ingresó en urgencias con dos bombillas en el ano; argumentó que se había sentado en una caja de bombillas.

Lo que pueden argumentar nuestros lectores, y con razón, es que tales incidentes están sobradamente documentados, y se explican por la irresistible tendencia del canal rectal a aprisionar tenazmente cualquier objeto e irlo impulsando cada vez más arriba, fuera del alcance de los dedos. Algunos médicos entrevistados, como la doctora Lidia Ramos, nos lo confirman con sus experiencias personales (o sea, las de sus pacientes). Gracias a ellos podríamos elaborar una lista interminable de cuerpos extraños hallados en el recto de algunas víctimas, pero nos limitaremos a cinco objetos, que suelen ser los más comunes: un frasco de desodorante, una bombilla, un pepino, una botella y un tubo de ensayo.

Casos verídicos aparte, la mayoría de relatos de esta índole delatan su origen legendario por su carácter absolutamente abstracto y su tono moralizador: protagonistas anónimos, falta de datos verificables, presencia de testimonios, humillación pública.

Aun así, algunos de ellos resultan a veces sumamente perniciosos, puesto que llenan sus espacios en blanco con apellidos concretos y se convierten en armas arrojadas con las que dañar la reputación de sus presuntos protagonistas. Lo vemos claramente en este brevísimo ejemplo que nos manda Borja Hortelano, de Sopelana (Bizkaia):

A Alejandro Sanz le habían tenido que operar de urgencia porque se le había quedado un botellín atascado en las posaderas.

Idénticos objetivos difamatorios parecía perseguir otra versión que circuló hace años en cierta ciudad de provincias, aunque su protagonista no tuviera nada que ver con el mundo del espectáculo. Nos la remite Anna Muñoz y la causa del percance es, una vez más, un inverosímil «efecto de vacío»:

Me contaron que una chica que estaba pasando la tarde en el bar de costumbre, después de estar un buen rato en el cuarto de baño, salió con una botella de Coca-Cola «colgando» entre sus piernas pidiendo ayuda a su novio y amigos, al no haber sido capaz de desprenderse de ella debido al efecto vacío. Al no poder ayudarla, la llevaron al hospital donde la recogió su madre para llevarla a casa.

Toda la ciudad se enteró del incidente y, por raro que parezca, a nadie le sorprendía al conocer el nombre de la protagonista.

A una fecha tan lejana como 1930 se remonta un relato similar, ubicado en Siloam Spring (Arkansas), que figura en la antología de Vance Randolph *Pissing in the Snow* con el expresivo título de *Cora y la botella*. Según el autor, dicho relato siempre se contaba como verdadero «con el nombre de alguna chica del pueblo». Cuando sufre el consabido percance, en su caso con una botella de

cerveza, la aterrada Cora se pone a lanzar alaridos de espanto hasta que todo el vecindario acude en su ayuda.

Las mujeres tiran de la botella con todas sus fuerzas pero no consiguen desprenderla. El médico les aconseja que practiquen un agujero en el cristal para que entre el aire en ella, pero como la familia de la chica no dispone de taladro, lo intentan con limas, papel de esmeril, la fresadora del herrero, tijeras para cristal y hasta con cordeles empapados en queroseno. Finalmente, el cristal se quiebra por un lado y el médico consigue extraer la botella «como una seda».

Una variante igualmente malévola surge a finales de los años sesenta en Estados Unidos, fundando de paso el inexistente «club Mickey Mouse». Los imaginarios socios de dicha entidad no son otros que los homosexuales «perversos» que se refocilan con una práctica que ya aconsejaba el Marqués de Sade en el apéndice de *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*, aunque con finalidades menos placenteras.

Dicha práctica consiste en hacer la manicura a un roedor bien peludo -normalmente un jerbo-, e introducirlo en el recto por medio de un tubo. Como ocurría con otros cuerpos extraños, el roedor suele atascarse y causar desgarros internos. De resultas de ello, la víctima debe efectuar el consabido peregrinaje a «urgencias» y ver su nombre publicado en los ecos de sociedad, ya que suele tratarse de alguien tan famoso como el actor Richard Gere.

Si nos atenemos al análisis de Jan Brunvand en *Too Good To Be True*, esta leyenda llegó a su apogeo en 1987 y desde entonces ha circulado por todo el mundo, aunque no consta ni un caso verídico en los archivos médicos. Su objetivo primordial parece ser el mismo que sugeríamos antes: arrojar dardos envenenados a personas concretas y, por extensión, al mundillo *gay* en bloque.

JOSEP SAMPERE

Secuestradas en el probador

En una fotografía de los años sesenta, once chicas mantienen la sonrisa a la espera del fogonazo de la cámara. Se trata de las dependientas de La Sirena, una tienda de fajas y sostenes muy popular en Barcelona. Ninguna de ellas sospecha que muy pronto serán acusadas de raptar a sus clientas y mandarlas a Oriente Próximo. La cabecilla es la dueña, en la foto con blusa blanca y un bolso colgado del brazo, una dama de mediana edad y mirada apacible que vive en el número 12 del Paseo de Gracia.

La historia que las va a condenar es la siguiente y aparece recogida en la tesis doctoral que la antropóloga Silvia Ventosa Muñoz realizó para la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona con el título *Trabajo y vida de las corseteras de Barcelona*:

Una chica iba con su novio y decidió pararse en la calle Pelayo a comprarse unos sostenes. El novio le dijo que la esperaba en la calle, porque no estaba bien visto que un hombre entrara en un negocio de estas características. El pobre chico esperó y esperó y la chica no salía. Finalmente entró y no estaba. Al parecer, la secuestraron en el probador -que comunicaba con el edificio de La *Vanguardia*- y se la llevaron para trata de blancas. No se la vio más.

Este testimonio se remonta a 1969 cuando una extraña plaga sacude a la Ciudad Condal. Misteriosamente, se cuenta, algunas chicas son secuestradas en ropa interior en el probador de La Sirena y enviadas en paños menores a Siria y el Líbano. Barcelona, primero, y luego Catalunya claman contra el abuso. Tanto es así, que treinta años después los periodistas más veteranos de *La Vanguardia*, edificio colindante con La Sirena, alertan con el rictus complacido a cuantas mujeres eligen la puerta del diario para concertar sus citas sobre el incierto destino que las aguarda.

En *La Vanguardia* trabaja Lluís Permanyer, gran cronista de la Ciudad Condal y reputado escritor. Juntos paseamos por la redacción en busca de periodistas con solera que nos precipiten en los intrincados pasadizos que albergaba La Sirena. Por lo que sus colegas recuerdan, las adolescentes eran introducidas en un montacargas oculto que comunicaba con el sótano o transportadas hasta una sala secreta donde se activaba un dispositivo que hacía que el espejo del probador girara sobre su eje.

Sin embargo, Rosa Clavet, una corsetera que trabajó desde los 14 a los 23 años en La Sirena, descarta rotundamente esta hipótesis tras ser entrevistada por Silvia Ventosa. Al parecer, el probador de la tienda era muy grande, con una cortina en medio. Cuando llovía y no entraba público, el encargado -«que no sabía ni coser un botón»- enseñaba a las dependientas a cantar ópera y zarzuela. El único orificio que había en la tienda era una ventana que sólo se abría en verano. Desde allí se accedía a un lavadero. «Allí no había ningún agujero -señalaba Rosa Clavet-. Había ratas, pero ningún agujero.»

A Herman Melville, autor de *Moby Dick*, se le atribuye la siguiente frase: «Basta que sea irracional un solo hombre para que otros lo sean y lo sea el universo». Algo así sucedió con La Sirena. De repente, un locutor de radio, según recuerda otra corsetera, Asumpta Serra, comienza a contar lo que ya es *vox populi*: que en la tienda de fajas y sostenes de la calle Pelayo las doncellas son raptadas en un cuarto oscuro antes de ser encerradas en lóbregas bodegas de siniestros navíos mercantes.

Si Chesterton, en alguno de sus cuentos, compara el universo de los ateos con un laberinto sin centro, justo lo contrario podría decirse de los crédulos. Los devotos siempre tienen algún clavo al que agarrarse. Para empezar, las corseteras eran vistas en 1969 como «chicas fáciles», de vida disoluta y poco licenciosa, tal y como explica Silvia Ventosa:

La supuesta vida alegre de las corseteras -argumenta la antropóloga- tenía que ver con que eran mujeres independientes, con su propio sueldo. A su vez vestían con una elegancia inusual en la época.

Vanessa Maher en *Sewing the Seams of Society: Dressmakers and Seamstresses in Turin Between the Wars* (1987), abunda en la misma idea: el hecho de vestir bien, de poder moverse por la ciudad entera, de conocer las reglas del juego social gracias a tratar con clientas de todas las clases, las diferenciaba de las amas de casa y de las obreras.

Pero había un segundo aspecto también de interés. La propietaria de La Sirena no era corsetera, sino que regentaba varios negocios de los que nada se sabía -sólo logramos averiguar que el hermano de su marido tenía una fábrica en San Sebastián. Pero este dato quedaba empujado por una evidencia: era francesa, de París o de Lyon, poco importa, pero del país del Marqués de Sade.

La «pista gala» nos llevó hasta Orleans, más en concreto al 6 de mayo de 1969, aunque, a decir verdad, ya contábamos con que, tarde o temprano, ambas historias se fundirían. El semanario *Noir et Blanc* acaba de publicar un artículo titulado *Las trampas de los traficantes*. Según parece, algunas céntricas tiendas de ropa femenina sirven de tapadera a una poderosa red de trata de blancas. Los propietarios de los locales son judíos, de Tel Aviv o de Haifa, pero judíos. Por lo demás, el procedimiento es arcaico pero efectivo: a las adolescentes les inyectan un somnífero, las trasladan a un sótano y las abandonan a su suerte en un burdel exótico.

Aparentemente, la policía encuentra en algunos de estos comercios a dos o tres chicas drogadas a punto de ser empaquetadas por la mafia. Una falacia, como luego se descubrirá, pero que instala el terror en la localidad. Casualmente y para su desdicha, el 10 de marzo de 1969 un magnate hebreo inaugura en la céntrica calle Royal de Orleans una tienda de confección para chicas llamada Aux Oubliettes («A las mazmorras»). Los probadores se hallan en el sótano, cuya decoración recrea el ambiente medieval.

Las colegialas de instituto comienzan a atar cabos y la leyenda se expande a otras tiendas cercanas: Dorphé -también con el probador en el sótano-, La boutique de Sheila, Alexadrino, Felix, Le petit bénéfice y DD Suno. Todas ellas se dedican a la moda juvenil, salvo Felix, que es una zapatería -aquí la droga se inyecta a través de una aguja situada en el talón del zapato-, y son propiedad de judíos.

El 20 de mayo, diez días después de la publicación del artículo, las chicas desaparecidas ya son sesenta, la mayor parte en Dorphé y Cassegrain. En el colegio Saint Charles se exhorta a las adolescentes a no salir de su domicilio hasta que no se aclare el caso, con lo que, sin ningún indicio fehaciente, la leyenda se propaga como una mancha de aceite por los 88.000 habitantes de la ciudad.

Entre el 29 y el 31 de marzo, según recogen en sendos trabajos Cesari Bermani y Véronique Champion-Vincent comienza a fabularse por la villa que los comercios de los judíos, tan sólo separados entre sí por varios centenares de metros, ocultan un sinfín de lúgubres pasadizos que confluyen en un canal que desagua en el río Loira y donde por la noche acude un barco a recoger la carga.

La gente comenzaba a preguntarse -señala Bermani-: ¿Cómo es posible que la policía no practique detenciones y que los periódicos no informen de lo que está pasando? La respuesta era bien clara: habían sido comprados por los judíos.

El 30 de mayo los tenderos sospechosos comienzan a recibir llamadas anónimas donde se les pregunta por «la carne fresca» o por «el camino que lleva a Tánger».

Finalmente, en la primera semana de junio, los comerciantes difamados lanzan una contraofensiva y denuncian una campaña antisemita, llamamiento al que se adhieren autoridades y partidos políticos, con lo que la leyenda termina relegada a unos pocos periódicos sensacionalistas.

Posteriormente, entre 1970 y 1974, la leyenda se muda a Amiens, Charlon-sur-Saône y Estrasburgo, antes de dar el salto a España e Italia.

En nuestro país, disponemos de un sinfín de relatos que pueden considerarse variantes de Orleans. Natalia Aparisi, por ejemplo, nos envía la siguiente historia:

En una tienda de ropa situada justo enfrente de El Corte Inglés de la calle Pintor Sorolla, de Valencia, dos chicas se metieron en el probador. Su madre, alarmada por la tardanza, entró a buscarlas y no las vio. Los responsables del establecimiento dijeron no saber nada. Pero la madre insistió y presentó una denuncia en la policía, que tropezó con ellas en un cuarto oscuro donde estaban maniatadas. Querían llevárselas a otro país. El alcance de esta leyenda fue tal que la tienda tuvo que hacer un desmentido oficial y posteriormente cambiar de nombre.

Veamos ahora lo que dice la policía. Nos encontramos en el quinto piso de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, sita en la Vía Layetana. Nos atiende José Vázquez, portavoz del cuerpo, que no puede evitar una sonrisa cómplice al conocer el motivo de nuestra investigación.

Desde hace años -recuerda Vázquez mientras hojea sus archivos- nos llegan noticias de que algunas chicas son raptadas y enviadas a otros países. Por norma general, se trata de llamadas telefónicas, que casi nunca terminan en denuncias. De repente, alguien se entera de segunda mano del presunto hecho y nos alienta a que investiguemos. Pero, como se suele decir, del dicho al hecho hay un buen trecho y normalmente la cosa queda en nada.

En los años sesenta -continúa Vázquez- se comentaba que las chicas eran mandadas a Oriente Próximo. Luego, cuando muchos españoles eran emigrantes, el paradero pasó a ser América Latina. Últimamente y no me pregunte la razón, se dice que las mandan a Chequia.

Por los relatos recibidos durante el tiempo que ha durado la investigación que ha dado lugar a este libro, parece existir una última moda: las chicas son secuestradas en países exóticos, normalmente en Marruecos y Turquía.

Se diría que la desconfianza hacia otras culturas parece haber relegado a un segundo orden el propósito de dañar a la competencia por la vía del racismo. En el caso de La Sirena, por ejemplo, además de descubrir que la dueña era francesa, logramos averiguar, a través de la corsetera Rosa Calvet, un turbio interés comercial:

Esta tienda estuvo en traspaso y se ve que el que se la iba a quedar en un principio la perdió, porque llegó otro que ofrecía más dinero y se la dieron bajo mano, con lo que al final se la traspasaron a la corsetería. Según dicen, el primer interesado llevó una nota a los diarios que ponía que secuestraban a las chicas.

El tema del rapto de las doncellas para gozar de sus favores, su reclusión en almenas y torres, tenía numerosos precedentes en la Edad Media. Sin embargo, no es hasta 1880 cuando surge la expresión «trata de blancas». La acuña Victor Hugo en una carta a Joséphine Butler citada por Edward Bristow en *Prostitution and Prejudice. The Jewish Fight Against White Slavery*:

La esclavitud de las mujeres negras en América ha sido abolida, pero la esclavitud de las blancas continúa en Europa.

Por su alta carga emotiva, la locución se hace muy popular y confiere un sentido más restrictivo a la prostitución que si antes era voluntaria ahora pasa a ser forzada.

Una circunstancia que aprovecharán *comme il faut* los periódicos sensacionalistas para atraer a nuevos lectores. Por citar sólo un caso, la *Pall Mall Gazette* publica en 1885 en Londres una historia en cuatro entregas, obra de WH. Stead, bautizada *The Maiden Tribute of Modern Babylon* («El tributo que pagan las vírgenes a la moderna Babilonia») donde documenta con todo lujo de detalles cómo las pobres «hijas del pueblo» son «engañadas, atrapadas y violadas, bien bajo la influencia de drogas, bien tras reducir las por la fuerza en una habitación cerrada».

La serie tiene un efecto magnético y la Ley de enmienda al Derecho Penal de 1885 no sólo eleva la edad núbil de las niñas de los trece a los dieciséis años, sino que otorga a la policía mayor potestad para perseguir a prostitutas y dueños de burdeles.

Desde entonces, con un porcentaje infinitamente superior de ficción a realidad, las muchachas han continuado siendo raptadas aquí y allá, ya no por hombres flacos de rostro hundido y ataviados con abrigos viejos y colgantes, sino por sus descendientes naturales: judíos, franceses -en España- y árabes -«moros», a ser exactos.

Tampoco los indefensos niños parecen tener mejor suerte. Desde hace varios años se cuenta una historia que, entre otros, han oído Domingo Marchena en Barcelona y Victoria Garrido en Málaga. La trama más o menos es la siguiente: en un gran almacén -entre los más nombrados figuran Pryca, Baricentro y Alcampo- una madre comienza a gritar que ha perdido a su hija o a su hijo de muy corta edad. La señora se ha despistado al torcer uno de los pasillos con el carrito y al volver la mirada ya no

ha encontrado al pequeño. A pesar de que en Información la tranquilizan, la mujer obliga a cerrar el centro comercial e impide salir a la gente. Durante una hora se rastrea el hipermercado sin éxito, hasta que, finalmente, el niño es encontrado en uno de los lavabos sano y salvo. Pero con un pequeño detalle: la ropa que lleva es completamente distinta a la que vestía horas antes -en unas versiones- o bien lleva una peluca -en otras- o le han teñido el pelo -en las menos.

El historiador José María Perceval fue el primero en hacernos llegar la leyenda, que decía haber escuchado al menos tres veces:

En broma, y quizá dando un giro social al origen del ogro o el hombre del saco -nos sugería Perceval- en alguna versión que escuché se venía a decir que en un pequeño comercio no pierdes a los niños tan fácilmente como en los grandes almacenes.

¿Será -se interrogaba Perceval- que los pequeños comerciantes ven los hipermercados como unos dráculas que roban el futuro de sus hijos?

No tenemos una respuesta convincente para él, simplemente que si la gente cuenta esta historia y la cree debe existir una buena razón.

Lo que sí tenemos es una noticia publicada el domingo 15 de agosto de 1999 en la página 24 del diario *El País*. El primer párrafo dice así:

Sensormatic, una compañía estadounidense de seguridad, cree haber hallado la forma de evitar que los niños se pierdan en las grandes superficies comerciales o bien sean raptados por extraños, mientras sus padres hacen la compra. Una chapa electrónica bautizada como SafeKids («niños seguros») sujeta a unos vistosos chalecos que los menores se ponen al acceder a la zona de juegos de los comercios, y que pone en marcha una alarma cuando la abandonan, ha sido presentada en el Reino Unido como «la panacea de la seguridad infantil».

La noticia acababa con un dato elocuente. «En los años setenta -informaba Isabel Ferrer desde Londres- el 90 % de los niños británicos iba andando al colegio. Ahora sólo lo hace un 9 %».

Como sucedió en La Sirena, antes en Orleans y ahora en Gran Bretaña las desgracias ajenas acostumbran a ser, por lo visto, lucrativas para algunos, llámese comerciantes o ministros de la moral. En años posteriores, vaticinamos, proseguirán los raptos de muchachas y niños. Sin embargo, la policía no apresará a los autores. A no ser, claro, que invente un artilugio que ya investiga y ponga a buen recaudo la imaginación.

ANTONIO ORTÍ

Embarazos embarazosos

Una joven a punto de casarse celebró la «despedida de soltera» con sus amigas en un local nocturno de la capital donde los chicos («camareros») se desnudaban y después se prostituían. La joven que estaba a punto de casarse se «lió» con uno de ellos que era de piel negra. A la semana se casó la chica con su fiel novio, pero pronto quedó embarazada (lógicamente por la relación que había mantenido con el chico de color), aunque todos estaban convencidos de que el padre era su marido. Llegó el día del parto y los médicos se sorprendieron al ver un bebé negro, por lo que antes de cortar el cordón umbilical llamaron al padre, para que estuviera seguro de lo que su mujer traía. El hombre dejó a la mujer y ella se quedó sola con su hijito «moreno».

Esta historia, o, mejor dicho, este rumor, lo escuché hace ya bastantes años en casa. Lo contó mi hermana ya que ésta se había enterado por medio de una enfermera que trabajaba en el hospital donde ocurrió el hecho. Pero no conocían la identidad de la mujer que dio a luz porque era de otro pueblo.

DAVID MORENO
Cabra (Córdoba)

Hará cosa de tres años, oíamos contar este «suceso» en dos tertulias radiofónicas, ante la total y absoluta credulidad de los presentes. (El lector disculpará que no podamos aportar más datos; lo único que somos capaces de recordar son las emisoras en cuestión -Radio Nacional de España y Catalunya Ràdio- y los supuestos escenarios del insospechado alumbramiento: un hospital de Sevilla y otro de Valencia.)

Huelga decir que los tertulianos ignoraban por completo que estaban poniendo al día una leyenda contemporánea que lleva más de veinte años circulando por Europa y Estados Unidos.

En algunas versiones la fecundación se produce en África o Cuba, durante el viaje de bodas de la protagonista, y ésta concibe gemelos de distinto color. Así ocurre en el siguiente ejemplo que recogió Laura Bonato en la ciudad italiana de Torino: «Una pareja de recién casados se va de viaje de novios a África. La joven esposa cumple regularmente con sus deberes conyugales, pero un día, aprovechando que el marido se empeña en irse de excursión, tiene relaciones sexuales con un joven sirviente negro del hotel. A la vuelta, la esposa descubre que está embarazada de gemelos. Al cabo de nueve meses nacen las criaturas: una blanca y otra negra».

La elocuente estampa de la parejita bicolor, confirmación «cotejada» de la infidelidad de la esposa, demuestra que los gemelos de padres diferentes no sólo vienen al mundo en los cuentos maravillosos, sino que el tema ha llegado intacto a los relatos ejemplares de nuestros días. De su carácter tradicional deja constancia el *Índice* de Stith Thompson junto a la clave T586.3: *Alumbramiento múltiple como resultado de las relaciones con varios hombres*.

En su obra *Rattan i pizzen*, el folklorista sueco Bengt af Klintberg incluye una variante publicada como noticia verídica en el diario *Expressen* del 24 de julio de 1975. En este caso la infidelidad es obra del marido, pero a raíz de una serie de circunstancias tan insalubres como absurdas, la esposa engendra un bebé negro sin haberse acostado jamás con ningún ciudadano de este color. La verdad sale a relucir gracias a la portentosa capacidad deductiva de un tocólogo de Munich, de cuyos archivos provino aparentemente la «noticia».

He aquí la reconstrucción del episodio: el marido se acostó con una prostituta negra (!) que poco antes se había ocupado de un cliente también negro. Aquella prostituta no debía de ser muy partidaria de la higiene íntima, puesto que el esperma de dicho cliente seguía en el lugar justo donde éste lo depositó, y de ahí vino pegarse al miembro del marido. Éste, más cochambroso si cabe, se acostó enseguida con su esposa, dejándola encinta indirectamente, o tal vez debiéramos decir «contagiándole» un embarazo humillante.

La sordidez de este relato, del que no hemos recogido ninguna versión, le confiere un regusto desagradablemente racista: al indicar que la prostituta es negra y además «no se lava», se establece un paralelismo entre el color de su piel y la suciedad. Esta suciedad resulta ser contagiosa, ya que si el

marido no se hubiera rebajado a copular con una trotacalles «destinada a los negros», jamás hubiera «transmitido» a su inocente esposa un embarazo del que nacerá algo así como una mancha permanente.

Obsérvense las similitudes entre esta leyenda y los relatos que reflejan el miedo al embarazo descritos en el capítulo *El animal invasor* en ambos casos el semen adopta la forma de una especie de virus sumamente infeccioso que acecha en lugares inofensivos -bañeras, piscinas, asientos de vestuarios, etc.-, dejando embarazadas a las incautas que entran en contacto con él.

Las versiones que nos han llegado parecen derivar de una leyenda más reciente, puesto que todas ellas contienen el tema de la «despedida de soltera». Este «rito de paso» exclusivamente masculino en otros tiempos, se incorpora en fecha no muy lejana al repertorio festivo de las mujeres. Aunque no podemos precisar el momento exacto, suponemos que no hará de ello más de diez o quince años. Naturalmente, esta nueva conquista femenina ha sido terreno abonado para toda clase de bromas procaces y habladurías viperinas en torno a los imaginarios desmanes que tienen lugar en tales «despedidas de soltera».

La predilección por llevar a la futura esposa a espectáculos de *striptease* masculino (Mercabarna es una de las salas más citadas en las versiones barcelonesas de la leyenda) ha sido la excusa idónea para que hombres y mujeres se explayen en vívidas descripciones de las presuntas orgías a que se entregan novias y amigas durante esas fiestas amenizadas por los así llamados *boys*. Semejante surtido de murmuraciones pornográficas pudiera haber cristalizado en un relato-tipo cargado de simbolismo que constituye una especie de versión condensada de todas ellas.

Félix René Juberías, de Zaragoza, nos remite una variante que prescinde del «bebé negro» pero compensa su ausencia con un desenlace no menos efectista. Confirmando lo que apuntábamos antes, la narradora del relato se sirve de él para explicar calumniosamente una separación matrimonial:

Esta leyenda la escuchó mi mujer muy recientemente (hace unos 15 días [principios de febrero de 1999] comprando en una frutería; una denta contaba a la dependienta que «fulanita de tal» (con nombre y apellidos) se había separado de su marido porque:

Dos meses antes de casarse, fulanita de tal y sus amigas se fueron de despedida de soltera a un show de desnudos masculinos. Cuando el pase terminó uno de los modelos estuvo tomando unas copas con la homenajeadá y se fueron juntos. Al cabo de dos meses la persona en cuestión se casa y pasados 7 meses tiene un hijo. El marido lo investigó y decidió separarse de su mujer ante tal engaño.

José Carlos Carrasco, de Bajadoz, recupera el tema de la criatura negra en otra variante donde el padre involuntario es un ídolo del baloncesto:

Se comentaba que en una despedida de soltera, la novia, después de una larga fiesta, se fue a la cama con un jugador de baloncesto del Cáceres C.B., y cuando pasaron los nueve meses tuvo un hijo de piel negra.

Estas historias nacen del tedio y la mediocridad vital, -nos sugiere el filósofo Jordi Barrera-. Ocho horas de trabajo monótono en una fábrica, un marido o una esposa insatisfechos, rutina y más rutina. Todo ello exige una válvula de escape, alguna manera de quitarse de encima tanta frustración. Las habladurías acerca de infidelidades matrimoniales, centradas sobre todo en alguien «con nombre y apellidos», son una buena forma de canalizar todo ese hastío reprimido y permiten expresar indirectamente los deseos, prejuicios y temores más profundos de quienes las cuentan.

El folklore siempre ha tenido al «negro» por el arquetipo de «hombre superdotado», provisto de una potencia sexual desmesurada, casi sobrehumana.

Según cierto rumor que corrió años atrás, la China comunista exportó preservativos a África, pero muchos de ellos fueron devueltos por ser de «tamaño asiático» (como es sabido, los orientales tienen el pene pequeño). Tales atributos han ido deshumanizando al «negro» hasta convertirlo en una especie de bestia lujuriosa, capaz de suscitar sentimientos radicales en ambos sexos: la fantasía femenina lo representa como el amante «salvaje» por excelencia, mientras que la masculina lo teme celosamente por su calidad de competidor aventajado en el terreno erótico.

Intuimos que la leyenda de la «despedida de soltera» constituye una buena ilustración de esta clase de fantasías calenturientas. Lo que se refleja en ella es el deseo de no acceder al mundo apacible del matrimonio sin aprovechar antes la oportunidad única de llevar a la práctica un sueño erótico obsesionante. Este deseo, sin embargo, lleva aparejado un temor puritano que el relato explota con claridad ejemplar: que estas horas de goce «bestial» se plasmen en un recuerdo permanente, humillante testimonio público de la satisfacción ilícita de un anhelo secreto. Como señalaba Jordi Barrera, esta leyenda permite expresar los deseos reprimidos y al mismo tiempo encubrirlos bajo una capa de hipócrita moralismo.

Los antiguos creían que bastaban muy pocas condiciones para que naciera un monstruo. Claude Kappler, en su clásico estudio *Monstruos, demonios y maravillas afines de la edad media* reproduce un fragmento del tratado de Ambroise Paré *Des monstres et Prodiges*, tras indicar que este autor «dedica todo un capítulo a las imaginaciones en torno a la mujer embarazada, y alude más de una vez a autoridades bien antiguas».

Entre otros partos monstruosos, refiere Paré el caso de «una princesa acusada de adulterio por haber dado a luz un niño tan negro como un moro, mientras que ella y su esposo tenían la piel blanca; según Hipócrates, la mencionada princesa fue absuelta gracias a la pintura de un moro, parecido al niño, habitualmente colocado junto al lecho de la madre».

Una variante de este episodio, genuino precursor de la leyenda que nos ocupa, la recoge Antonio de Torquemada en su curiosísimo *Jardín de flores curiosas*, escrito nada menos que en 1570:

Leemos en Plutarco que una mujer blanca, concibiendo del hombre blanco, vino a parir un negro, porque al tiempo del concebir tenía puestos los ojos y la imaginación en una figura de un negro que en un paño de pared estaba pintada, y que la criatura propiamente se le parecía.

Pocos ejemplos expresarían mejor el significado último de nuestra leyenda: las ensoñaciones eróticas pueden llegar a tomar vida propia. El mismo miedo al poder «generador» de la imaginación parece ser la base de la creencia popular en los «antojos».

María Moliner los define como «manchas de nacimiento en la piel de las atribuidas popularmente a caprichos no cumplidos de la madre». Si recordamos que en catalán un «antojo» es un *desig*, (deseo) advertimos con mayor nitidez aún el parentesco temático que mantienen las diversas manifestaciones del folklore.

Igualmente familiar es la relación entre algunas leyendas contemporáneas y los chistes. Félix René Juberías concluye su relato con la siguiente aclaración:

Esta historia ya la había escuchado hace años como una especie de broma en la que el modelo era de color y por tanto el hijo salía «negrito».

Intrigados, nos propusimos ilustrar este comentario con un ejemplo *ad hoc*. Como es de rigor en cuanto a chistes se refiere, recurrimos al monumental tratado *Rationale of the Dirty Joke* obra del eminente folklorista norteamericano Gershon Legman. Como era de esperar, en la página 789 del primer volumen dimos con el siguiente ejemplo, con el cual terminamos este capítulo:

Un indio se divorcia de su mujer. Explicación: «Yo plantar maíz, salir maíz. Yo plantar trigo, salir trigo. Yo plantar indio, salir chino. Yo divorciarme de squaw».

JOSEP SAMPERE

Sorpresa, sorpresa

Los padres de una niña querían dar una sorpresa a su hija que era fan de Ricky Martin. Para tal fin, se pusieron en contacto con el programa de Antena 3 Sorpresa, ¡sorpresa! que ocultó varias cámaras en el domicilio y escondió a Ricky Martin en un armario. Los padres se personaron en el plató para ver la reacción de su hija en directo, pero pronto se quedaron mudos al comprobar como ésta salía de la ducha, se encaminaba a la nevera, sacaba un bote de mermelada de fresa y llamaba a su perro para que comenzara a lamerla.

MANUEL CHARLÓN
Madrid

¡Oh, Dios mío, es él! Algo así debió de exclamar nuestra joven quinceañera al ver salir a Ricky Martin entre las faldas de su armario y correr despavorido. Sucedió un 5 de febrero de 1999. Días después un oyente de la cadena SER llamaba al programa nocturno *Hablar por hablar*. Pedía que alguien confirmara un rumor que había escuchado en la facultad, según el cual, el programa *Sorpresa, ¡sorpresa!* había emitido unas imágenes sexualmente comprometidas de una menor, a la que se quería dar una sorpresa con su cantante preferido. El espacio en cuestión fue visto por tres millones de telespectadores, en su mayor parte dormidos, pues sólo unos cuantos se dignaron a coger el teléfono y comenzaron a relatar esta historia, más propia de un canal de pago. A José Calvo, presidente de la Asociación Pro Derechos del Niño (Prodemi), le llamaron cuando acababa de almorzar y cuentan que exclamó: «¡Esperadme, que ahora voy!». A las pocas horas remitía un escrito a la Fiscalía de Menores de Madrid en el que se leía lo siguiente:

La menor, ajena a todo montaje y al parecer sola en su dormitorio y sabiéndose en la intimidad de su habitación, se despojó primero de su cazadora y a continuación de los pantalones y de su ropa interior y se embadurnó sus partes íntimas con foie gras, llamando a continuación a su perrito, que curiosamente se llama Ricky, que la lamió los genitales.

También, curiosamente, se podría añadir, este aspirante a buen hombre se decidió por el siempre eficaz foie gras, entre los muchos condimentos que corrían de boca en boca por aquellas horas, esto es, Nocilla, mermelada de fresa, crema de cacahuets, mantequilla y miel.

De hecho, este derivado del cerdo no es, que se sepa, uno de los manjares preferidos de los perros, ni siquiera de esos sátiros caninos que consagran sus días a investigaciones olfativas de dudosa moral.

Fuera como fuese, el caso es que a las pocas horas algunas emisoras de radio se sumaban al jolgorio, elevando el rumor a la categoría de incertidumbre, mientras que el canal de los marcianos parecía esconder meteoritos capaces de convertir a Giorgio Aresu, el director del programa, en un Luis Aguilé cansado de trabajar, en una mota de polvo a la deriva.

La siempre eficaz policía ya investigaba a esas horas, pues como comentaba un alto cargo, «cosas más raras se han visto». En teoría, buscaba un vídeo que algunas llamadas localizaban en un colegio de Málaga y que se vendía por quinientas pesetas. También la Fiscalía de Madrid abría diligencias, mientras que altos directivos de algunas televisiones comenzaban a cruzarse llamadas.

-¿Qué vais a hacer vosotros? Aquí no paran de llamar.

-Yo he hablado con Aresu -el director de *Sorpresa, ¡sorpresa!* y me dice que preparan un comunicado. ¿Tú viste el programa?

-Yo no. ¿Y tú?

-Yo tampoco.

Por aquel entonces el rumor ya corría por: peluquerías, pescaderías, oficinas, panaderías, sex shops, RENFE -a Iberia llegó con retraso-, El Corte Inglés, Alcampo, Pavo y Derivados, Pascual

Hermanos, Helados la Menorquina, Unión Naval de Levante y Aragonesa de Piensos. Era el 16 de febrero, es decir, once días después de los infames lameteos.

Esa misma tarde, la Columbia Records -la compañía del cantante- decía que Martin no venía a España de gira desde diciembre, si bien admitía que se vio involucrado en un suceso parecido al denunciado en un programa de la televisión holandesa con un formato similar.

Para entonces la protagonista del suceso ya había cambiado varias veces de nacionalidad: al principio era malagueña, luego italiana, más tarde francesa. Otro tanto sucedía con las versiones. En unas había perro -su nombre oscilaba entre Ricky, Cuqui, y Pichi-, mientras que, en otras, ella se frotaba sólo los senos, sólo el clitoris, o bien toda entera, con mantequilla, foie gras, Nocilla, etc.

No es de extrañar, pues, que al periódico *La Vanguardia* llegara una última hora: la chica protagonista del relato, al ver invadida su privacidad infantil y dadas las consecuencias del caso, había decidido quitarse la vida. El único problema es que nuestros comunicantes anónimos nos daban tres ciudades distintas del desenlace fatal: Girona, Alicante y Málaga -siempre Málaga.

A las trece horas, cincuenta y siete minutos y treinta y seis segundos del 16 de febrero de 1999, el teletipo de *La Vanguardia* escupía una hoja con el logotipo de Antena 3 en el que se citaba a los periodistas al pase del vídeo correspondiente al programa de Ricky Martin en la Avenida Isla Graciosa sin número. Para lo que se esperaba, el vídeo resultó un auténtico tostón y lo más cercano a la zoofilia que hubo allí fue observar a Raquel Welch entregando un perrito extraviado a su inconsolable ama.

A esas alturas Giorgio Aresu había ofrecido un millón de pesetas -una cantidad que a muchos nos pareció irrisoria a la vista del reto- a quien encontrara «vivo o muerto» el vídeo del programa del foie gras. Pero con la prueba documental, con la luz y taquígrafos, Ricky Martin había vuelto ya al armario al que nunca debió entrar -o del que jamás debió salir.

Hasta aquí la noticia puramente periodística y la crónica de una hipnosis colectiva. No obstante, lo que muchos españoles ignoraban, era que la historia de la sorpresa imprevista ya había sido «difundida» el 7 de Julio de 1994 en una revista satírica canadiense titulada *Frank*, y comentada en los periódicos *Chicago Sun-Times* y *The Guardian* los días 26 y 30 de julio respectivamente del mismo año, según informaba el boletín *Foafale News* (núm. 35, octubre de 1994). El relato, poco más o menos, era el que sigue:

Un grupo de amigos decide organizar una fiesta sorpresa para celebrar el aniversario de una compañera de trabajo. Unos días antes han obtenido furtivamente una copia de su llave. Con ella entran y se ocultan en el sótano. La homenajeadada llega poco después y se dirige a algún lugar de la casa. De repente, se abre la trampilla del sótano y la mujer baja unos peldaños a oscuras, llamando a su perro. Este sube raudo y veloz. Los invitados deciden entonces aprovechar la ocasión, encienden las luces, salen de su escondite y gritan: ¡Sorpresa! La mujer se queda petrificada en las escaleras, mientras todos la miran de arriba a abajo. Está completamente desnuda y lo único que lleva encima es crema de cacahuets en puntos neurálgicos.

A partir de entonces, otras variantes circularon profusamente por diversos grupos de debate de Internet. A pesar de que muchos coincidían en que el perro se llamaba Skippy -nombre de una marca norteamericana de comida para canes y, al mismo tiempo, de una crema de cacahuete-, había quien sostenía que podía tratarse de Lucky, Kippy e incluso Ricky, y que el ungüento con que se embadurnaba la adolescente podía tratarse también de margarina, nata o comida para perros.

Las siglas «Foaf» (amigo de un amigo) de la publicación citada más arriba aluden a la fuente generalmente responsable de la propagación de leyendas urbanas. En 1953, gracias a estos conocidos lejanos, J. M. Elgart pudo incluir en *More over sixteen*, segundo volumen de una larga serie de antologías de historietas «picantes», un chiste que sentaría jurisprudencia en estupefacciones venideras. Su título no era otro que *Sorpresa*, y su contenido se adelantaba a un género que iba a tener gran aceptación de público y crítica en años posteriores. He aquí su argumento:

El director de una empresa contrata a una taquígrafa despampanante. Después de comérsela con los ojos durante unas semanas, decide invitarla a celebrar su cumpleaños en algún sitio «íntimo». Ella le dice que tiene que pensárselo. Al día siguiente, la chica no sólo acepta su propuesta, sino que

además le sugiere que vayan al piso de ella. La noche del aniversario del director, se van los dos a su casa, toman un aperitivo y cenan tranquilamente. Una vez han terminado, ella le comunica melosamente que se va a su dormitorio y le pide que entre al cabo de cinco minutos. Él se desnuda y por fin llama a la puerta. Ella, con voz insinuante, le invita a pasar. Nada más abrir, el director se encuentra a todo el personal de la oficina reunido en la habitación, cantando: «CUMPLEAÑOS FELIZ».

El que esta misma leyenda se haya oído, con muy ligeras variaciones, hasta nuestros días, tal vez se relacione con que el rumor goza siempre de un público nuevo, seguro de haber accedido a una información fidedigna.

Volviendo al principio, el poso que nos queda de la historia de Ricky Martin y de su inesperada gira por España es que, hoy en día, hay algunos temas que ya no venden como antaño. El adulterio sin más, por ejemplo, trama de tantos relatos en el pasado, ha quedado relegado al museo de los escándalos pretéritos. Los «marcianos», los televidentes noctámbulos, los tertulianos, necesitan emociones más fuertes, llámese perros asesinos, *snuff movies*, sesiones clandestinas de ruleta rusa o bacanales de sexo.

De hecho, estamos hablando de los ingredientes que conforman las historias que merecen ser transmitidas urgentemente. La clave está en ser el más rápido, mientras que la presunta verosimilitud del relato es un aspecto marginal.

«La verdad nunca se interpone en una buena historia», suele comentar Jan Brunvand, recordándonos algunas imágenes de la película de Billy Wilder *Primera Plana*.

En todo caso, tal vez muchos ciudadanos anónimos, al verse vigilados por cámaras de todo tipo -en bancos, supermercados, carreteras, etc.- pudieron interpretar que la hora del «show de Truman» estaba cerca de hacerse realidad. Otra posibilidad es que les vinieran a la cabeza noticias sobre abusos de niños, filmados en la intimidad y pasto de internautas desaprensivos.

Esto explicaría, en parte, este estado de hipnosis colectiva. Aunque, ahora es fácil decirlo, cuando ya han transcurrido varios meses desde que la canción *El perrito* de Ricky Martin figurara en todas las listas. En aquel momento, su estribillo se convirtió en un clamor, capaz de socavar la «realidad» y de librarnos de sus rutinas.

ANTONIO ORTÍ

GASTRONOMÍA PERVERSA

Los peligros del yantar apresurado

El saciar el hambre en olla ajena ha merecido a LO largo de la historia Toda clase de chascarrillos, no pocas desconfianzas y más de un recelo hacia cocineros poco diligentes, si no torpes y abiertamente impúdicos. El descuidado uso de los ingredientes, la profanación de ciertos tabús gastronómicos, la bondad de las materias primas y la falta de higiene, son algunas de las rémoras más citadas que acompañan al comer fuera de casa. De su génesis y posterior evolución tenemos constancia por libros como *Tumbaollas y hambrientos*, de Juan Eslava, donde se da cuenta y se aportan detalles sobre los pasteles de carne de ahorcado denunciados por Quevedo, de los salchichones con gato encerrado o de animales menudos de muy diverso pelaje que muchas veces hicieron las veces de corderos, pavos o conejos.

Hasta hace poco, tropelías de este tipo acostumbraban a relacionarse con mesoneros muy concretos que se rendían a los pies de la alquimia cuando el hambre apretaba. Ahora, en cambio, se señala con el dedo, si es que no falta y está en la olla, a multinacionales muy honradas, cuya receta del éxito se afirma que tiene mucho que ver con la misteriosa desaparición de animales muy prolíficos.

La primera en ser acusada de malas artes fue la casa Coca-Cola, que en 1914 perdió un juicio en el estado de Mississippi tras ser denunciada por un consumidor que encontró trozos de un ratón flotando en el refresco. Desde entonces, otros cuarenta y cuatro casos han venido a sumarse al precedente para entablar procesos contra las sociedades concesionarias del embotellado de esta bebida. Aunque los juicios no tuvieron demasiada repercusión, los hechos debieron de impresionar de tal manera a las gentes que el rumor corrió por todo el país y provocó dimes y diretes sobre si la pretendida fórmula secreta no sería en realidad conocida.

En este capítulo nos referiremos al éxito de la comida rápida, para algunos símil de «basura», asociación que, como se verá después, ha dado lugar en los cinco continentes a una serie de leyendas en las que se aventura que en lugar de gato por liebre ahora nos dan rata por hamburguesa, orín por cerveza o rebozados de muy diversa calaña.

El relato más universal, por conocido, tiene por protagonistas a los hermanos MacDonald. Ambos inventaron en 1955 la hamburguesa de 15 centavos -cuando en la competencia valía 30- lo que les marcaría de por vida con un estigma: la calidad de los ingredientes utilizados. Tanto es así que perros, ratas y, sobre todo, gusanos, creyeron ser «vistos» en sus preparados. A tal efecto, la empresa se anunció en televisión -«¡Cien por cien carne de vaca!», rezaba la campaña- para defenderse de los ataques e hizo lucir en sus establecimientos un cartel que reproducía una carta del Ministerio de Agricultura donde se garantizaba el respeto de la firma a las normas del «Food Safety and Quality Service» -Consejo de Calidad y Sanidad Alimentaria. Hasta tal punto llegó la cosa, que MacDonald's llegó a rebatir el rumor desde el plano económico: un kilo de gusanos era cinco veces más caro que otro de ternera. Un esfuerzo vano, como cualquiera podrá comprobar.

Daniel Cano, un malagueño de veinte años natural de Estepona, nos introduce sin remilgos en la cara oculta del Big Mac:

No es extraño estar comiendo una hamburguesa en el MacDonald's y encontrarse un diente de roedor, puesto que mucha de la carne que utiliza esta cadena de hamburgueserías procede de animales tan desagradables como las ratas.

A tenor de los testimonios recogidos a lo largo de la geografía española, se podría concluir que nuestros informadores más se extrañan cuando les sirven en MacDonald's hamburguesas de vacuno, que por esos pequeños roedores de dientes finos y puntiagudos cuyo sabor tan bien dicen conocer.

Desde Badajoz, Madrid, Valencia, Barcelona, Málaga y una larga lista de ciudades y pueblos, nos han llovido historias que ratifican que el eslogan que ensalzó este tipo de comida -«Se prepara en un minuto y se come en cinco»- no está del todo perfeccionado y que sesenta segundos dan para mucho, según cómo y cuándo.

El relato más celebrado suele llevar a una mujer, antes que a un hombre, al dentista, al médico de guardia o al forense, según sea de benévolo el que narra, donde pagará en carne propia su ignorancia

con el puchero, cocinar mal y poco y tener a su familia tan sobrada de congelados y precocinados como falta de cuchara.

Decir que el castigo que recibirá allí será ejemplar, es decir poco, pues comerse una rata con lechuga y tomate tal vez merezca otro tipo de comentario. María Carmen Pérez García nos manda desde Badajoz, tierra de estupendos asados, un plato a descartar:

Cuando era muy pequeña le oí decir a mi madre que una mujer, después de haber estado comiendo hamburguesas en la feria de San Juan, sintió unas molestias en el paladar. Fue al dentista y le extrajo algo que no sabía lo que era. El dentista le dijo que lo mandaría analizar. Días después la llamó y le dijo que lo que le habían extraído era un diente de rata.

Si hay un aguafiestas cuando se habla de comida, éste es el sacamuelas, un personaje tradicionalmente contrario a la buena mesa y por lo general doloroso y caro. El hecho de que muchas mujeres terminen con la boca abierta en su consulta desde hace unos años, tiene mucho que ver con la obligada penitencia que han de pagar al descuidar las tareas domésticas y que viene a sumarse a otro agravio simbólico, el de la rata.

Así, desde que la mujer se incorpora al mercado de trabajo y descuida su tradicional papel de ama de casa, comienzan a proliferar indigestiones varias que, en países como Estados Unidos, llegan a convertirse en plaga. Si del Kentucky Friend Chicken sabíamos por Rafael Sambola, natural de Barcelona, que criaba clandestinamente pollos de ocho patas para obtener un número proporcional de muslos, ignorábamos en cambio cuál era la fórmula secreta de su fortuna.

Gary Alan Fine recopiló en 1973 más de un centenar de testimonios de otros tantos norteamericanos que advertían yerros en el aprovisionamiento de su despensa. Ninguno de ellos aportaba prueba alguna, pero su perfección narrativa les llevó a convertirse en autos de fe conforme avanzaron los años. Uno de los relatos que luego daría la vuelta al mundo, con sus respectivas variantes, es el que puede leerse a continuación:

Antes de ir al cine, un joven y su novia se detuvieron en un puesto callejero del Kentucky Friend Chicken para comprar un «cubo» de pollo frito y comérselo en el cine. Al rato, la chica comenzó a quejarse diciendo que uno de los trozos de pollo era bastante duro y tenía una consistencia gomosa. Hacia el final de la película tuvo un violento ataque de náuseas. Su novio quedó tan preocupado que la llevó al hospital más próximo. Allí el médico de guardia observó que parecía haber sufrido un envenenamiento y le preguntó al joven si conocía alguna causa. El muchacho se fue corriendo al coche y empezó a inspeccionar el recipiente de pollo, hasta descubrir aquel trozo de forma extraña a medio comer. Después de quitarle el rebozado halló los restos de una rata, envenenada y frita junto al pollo. Pocos días después la chica moría tras ingerir fatalmente la estricnina del cadáver de la rata.

En otras versiones que no han circulado -que sepamos- por España, la culpa recae, ya sin ambages, sobre el ama de casa, a la que se atribuye un cierto deterioro de la salud pública a medida que deja los fogones:

Había una esposa que no tenía nada preparado para cenar. Entonces compró una cesta de pollo e intentó simular una velada íntima, poniendo velas en la mesa que distrajeran la atención. Al comenzar a comer, notaron un sabor raro y muy pronto descubrieron que se trataba de una rata rebozada.

Normalmente, muchos de estos relatos terminan en los tribunales, adonde acuden las víctimas o sus familiares más cercanos, según haya sido de grave la bacanal, a pedir cuentas a quien corresponda. No obstante, como muy atinadamente anota Véronique Champion-Vincent, estas historias, además de criminalizar a las empresas responsables, alertan sobre la decadencia del comer en familia.

A decir verdad, este tipo de envenenamientos tienen un rico pasado en España. Francisco de Quevedo en *Los sueños*, explica el modo de proceder de los pasteleros, los «MacDonald's» de aquella época:

¡Ladrones! ¿Quién merece el infierno mejor que vosotros, pues habéis hecho comer a los hombres caspa y os han servido de pañizuelos los de a real sonándoos en ellos, donde muchas veces pasó por caña el tuétano de las narices? ¡Qué de estómagos pudieran ladrar si resucitaran los perros que les hicisteis comer! ¡Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas veces fue el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel! ¡Qué de dientes habéis hecho jinetes y qué de estómagos habéis traído a caballo dándoles a comer rocines enteros! ¿Y os quejáis, siendo gente antes condenada que nacida los que hacéis así vuestro oficio? ¿Pues qué pudiera decir de vuestros caldos? Más no soy amigo de revolver caldos.

También Joan Amades, siglos después, tuvo un recuerdo para las comidas de los mesoneros en un cuento que tituló *Cualquier cosa es m... de gato*:

Cuenta la tradición que había un carretero que cada día paraba en el mismo hostel y que siempre, al pedirle la posadera qué deseaba para cenar, contestaba: «Cualquier cosa».

Y no había manera de sacarle de aquí. Enfadada la hostelera, al no saber nunca qué darle, un día puso en el fuego lo que el lector puede imaginar y lo condimentó y guarneció como mejor supo. Acto seguido lo presentó al carretero, que lo encontró excelente, y se cuenta que desde entonces, si en un hostel alguien pide cualquier cosa para comer, le sirven lo que tan bien sabemos.

Incluso, más cerca todavía, en la posguerra española, Ángel Fernández Santos glosó el mortífero prestigio que alcanzaron los cigarrillos Celtas con un humor negro, más que rubio americano. Reproduce sus palabras Agustín Sánchez Vidal en *Sol y sombra*:

En un lugar de la Mancha, al parecer albaceteña, se rumorea que hay un museo no recogido en ninguna guía turística. Es muy pequeño. Cabe en la vitrina de un aparador y en él están expuestos los objetos insólitos encontrados dentro de Celtas. Hay moscas, tábanos, cucarachas, un grillo, tornillos, agujas, imperdibles, uñas cortadas a navaja, un dedo meñique, mondadientes usados, rabos de higo y de rata, pasas, altramuces, cuentas de un rosario, cagarrutas de oveja, una ceja postiza, un diente de leche e infinidad de objetos más.

Sin embargo, son normalmente los extranjeros, antes que los lugareños, la causa de muchos recelos, lo que explica la mala fama que acompaña, no sólo al fastfood, sino a la llamada cocina étnica. Michel Dansel en *Nuestras hermanas las ratas* reflexiona sobre el fenómeno y saca a colación una receta que creíamos propiedad del MacDonald's:

De puerta en puerta y de las calles a los bulevares, se cuenta una historia que sería maravillosa si no tuviera como objetivo desacreditar la cocina extranjera, ya sea china, vietnamita o arabe. De esta manera me la contaron:

A causa de un vivo dolor en las encías, un joven fue a consultar a su dentista. Este último, tras examinarlo, extrajo un diente que no pertenecía a su cliente y que se parecía al de un roedor. El escrupuloso dentista quiso saber de qué roedor se trataba. Un laboratorio especializado le respondió que ese diente provenía de una rata. Como este singular comensal se acordaba de haber comido, algunos días antes, un cuscús de cordero en un pequeño restaurante, la policía investigó. Unos inspectores fueron a la dirección indicada y descubrieron el pastel: ¡un criadero de ratas grises! Pero nadie hasta aquel día se había quejado, sino al contrario, de la calidad de la carne que acompañaba al cuscús. Los clientes se relamían y recomendaban el lugar a sus amigos.

De hecho, debemos sorprendernos de que estos supremos refinamientos sean privativos de los restaurantes extranjeros: me hubiera gustado que semejante historia se me contara a propósito de un restaurante bordelés, normando o de Berry.

Los supremos refinamientos de los que se da cuenta en estas líneas, remiten en ocasiones a los fluidos de más baja estofa, como si el modo de proceder industrial, tan deshumanizado, tuviera mucho que ver con estas cosas. De lo que sucede cuando alguien comete la temeridad, por no decir herejía, de comprar vino en *tetra brik* nos informa Beatriz Velázquez, una madrileña:

Un empleado de una empresa invitó a comer a un restaurante de comidas caseras a un compañero de trabajo. El camarero dejó encima de la mesa un *brik* de vino blanco sin abrir para los dos comensales. Ambos bebieron y comieron animadamente y repartieron al final el vino que quedaba en las copas. Al servir el último resto de líquido cayó con él un condón usado y medio anudado, con restos de material orgánico bien visibles en su interior. El plástico transparente quedó flotando en la copa. Los comensales quedaron petrificados, con el último bocado atragantado y sin saber qué hacer: salir corriendo al retrete o armar un escándalo. Parece ser que uno de ellos se desmayó y el camarero, al acudir en su ayuda, comprendió enseguida lo que había pasado. Hubo denuncia, por supuesto, y la compañía envasadora del vino en cuestión emprendió una investigación sobre el asunto, convencida de que uno de los trabajadores estaba cometiendo sabotaje contra la empresa. En ningún momento se pensó en un accidente. Lo que no se sabe es si los clientes recibieron compensación económica de algún tipo, pues los daños fueron muchos.

Un tema, este del sabotaje inseminador, que creemos popular, pues de otro modo no se entiende que tantos cuentos se recreen en el raro comportamiento que sigue a veces la madre naturaleza. En una antología de relatos eróticos del colectivo catalán Ofèlia Dracs vive *Xopsuei*, un cuento elíptico cuyo título resulta ya de por sí revelador: Un obrero de una fábrica de bebidas de cacao se masturba, excitado por una compañera de trabajo, y el semen cae en la tinaja que contiene los ingredientes del dulce brebaje. Más tarde, su novia se masturbará a su vez con una botella de la bebida, que resultará ser la que contiene el fluido del obrero, casualmente su prometido, quedando embarazada.

Más obreros y fábricas. Esta vez se trata de la cerveza mexicana Corona, también conocida como Coronita, cuyo típico color amarillo brillante atribuyen algunos norteamericanos a que en ella orinan los charros. Al parecer, en este caso expertos como Gary Alan Fine se decantan por el «efecto Goliath», que lleva a pequeñas empresas a desacreditar a su competencia cuando ésta se come el mercado. El rumor sobre la Coronita surgió entre 1986 y 1987 en California y, según parece, provino de un fabricante de Reno (Nevada) a quien la compañía distribuidora de Corona puso un pleito por valor de tres millones de dólares.

Pero por muy distintos que sean los «menús» que recoge este capítulo, hay algo que parece claro: pollos rellenos de rata, gusanos en hamburguesas, semen en el vino y orín en la cerveza son poca cosa a la vista del rumbo que está tomando la alimentación en nuestros días y que podría llevarnos muy pronto a una sentida añoranza por la olla podrida de Quevedo.

ANTONIO ORTÍ

La cocina caníbal

Pregunte, pregunte por qué razón no se celebran entierros de chinos en Barcelona, pregunte qué es lo que hacen exactamente con los cadáveres...

MANUEL DELGADO

Y nosotros, curiosos por naturaleza, preguntamos. He aquí la succulenta respuesta que nos dio una informadora de Madrid, Ana María Fernández:

Muchas veces he oído relatar historias que tienen que ver con restaurantes chinos y con los chinos que trabajan en ellos. Pero lo más alucinante es lo que corre por ahí sobre la desaparición de los cadáveres de los chinos (...) Según las estadísticas publicadas, en varios años sólo fallece uno o dos de la comunidad de chinos que residen en España (...) Nos cuentan que entre todos los que acudimos a los restaurantes chinos nos estamos comiendo a los orientales muertos y ayudando así a que otros ocupen su lugar y sus pasaportes o permisos de residencia. Los procedimientos son: 1º) Se trocea bien al muerto; 2º) se le corta en tiritas; 3º) los huesos y partes duras acaban en los hornos de las cocinas; 4º) se congelan las tiras de carne; 5º) se sirven en bandejas ovaladas de diferentes formas: chop-suey, ternera con setas, arroz tres delicias, rollitos primavera, cerdo agridulce, empanadillas chinas... y 6º) nos los comemos tan ricamente y además pagamos como cualquier hijo de vecino.

«La cocina china tiene la ventaja de volver irreconocibles los alimentos», resume con docta imparcialidad el escritor Alain Robbe Grillet en su obra *La Maison de rendez-vous*, rememorando cierto restaurante chino de Aberdeen (Escocia) donde al parecer servían carne humana.

Otros observadores menos imparciales, como el escritor chino Zheng Yi -refugiado político en Occidente-, reiteran las tendencias necrófagas del pueblo chino, pero situándolas fuera del ámbito hostelero.

Según dicho autor, durante la Revolución Cultural los guardias rojos se habrían comido a prisioneros, estudiantes y profesores. Numerosos actos de canibalismo habrían sido organizados con motivo de manifestaciones públicas en honor al dirigente del Partido Comunista. En uno de tales banquetes -para demostrar su fidelidad al partido-, la novia del hijo de una víctima habría sido la primera en desgarrar la carne. Según Zheng Yi, al menos 137 personas habrían sucumbido, devoradas, en Guangxi.

A falta de pruebas sólidas que documenten semejantes banquetes de carne humana, debemos concluir que su espeluznante relato no es sino una leyenda terrorífica destinada a exagerar la crueldad de un régimen ya de por sí bastante sanguinario. En su absorbente libro de viajes, *China para hipocondríacos*, José Ovejero nos deleita con una versión más tremendista aún de la misma historia, sin poner en duda su veracidad ni aportar dato alguno que la respalde. Damos aquí un extracto, subrayando los elementos que, a pesar de la indudable buena fe del autor, huelen de lejos a leyenda contemporánea: *El horror se paseó libremente no hace mucho tiempo por esta provincia (Guangxi)*, empieza Ovejero en tono acongojado -y acongojante. A continuación multiplica alegremente los horrores: *Centenares, si no miles de personas, sirvieron de pasto a las fieras en que se convirtieron sus conciudadanos* (¡Zheng Yi hablaba de 137 individuos!); poco después rinde homenaje a los ogros de los cuentos de hadas: *la élite revolucionaria se reservaba el corazón y el hígado, mientras que el pueblo llano tenía que conformarse con brazos y piernas* y por último nos regala con un detalle «testimonial» capaz de sacudir al lector más curtido: *Durante aquel tiempo fue posible ver cómo un miembro destacado de la comunidad de Wuxan se iba a su casa llevando al hombro una pierna cortada de la que aún colgaban unos trozos de tela.*

Con este alarde desmitificador no pretendemos negar en absoluto la realidad histórica de la antropofagia. Heródoto, en el siglo V a.de C., menciona ya la existencia de «andrófagos», y el tema está presente en la América precolombina, en África y en casi todos los grupos humanos. Sin

embargo, como señala el antropólogo William Arens, se trataría de una práctica excepcional que no ha constituido jamás un modo de alimentación, salvo en casos de necesidad o supervivencia.

El consumo de carne humana sigue siendo el tabú más indomable, la transgresión más temida y el delito más «repugnante». Por ello no es de extrañar que numerosas leyendas contemporáneas se nutran del temor a consumir involuntariamente ese manjar prohibido, sobre todo cuando entra en juego la morbosa especulación acerca de los hábitos culinarios -y funerarios- de las «otras culturas».

Tras incluir a los difuntos chinos en nuestra cadena alimentaria, convirtiéndonos así en tumbas ambulantes, el folklore contemporáneo ha urdido otras leyendas que expresan el disgusto de los occidentales hacia determinados ingredientes de la cocina oriental. Se dice (aunque las pruebas son más bien escasas) que la carne de perro forma parte integrante de las preferencias gastronómicas de los chinos y otros pueblos asiáticos. Teniendo en cuenta que este animal es el «mejor amigo del hombre», su empleo culinario equivaldría, en palabras de Christie Davies, a «una forma diluida de canibalismo». Elena Pradas, de Barcelona, nos describe un trágico lapsus culinario fruto de tan denostadas costumbres:

Mi prima me explicó que a unos amigos les pasó lo siguiente: fueron a China con su perro. Entraron en un restaurante y querían darle de comer. Se lo indicaron con gestos al camarero: primero se señalaban la boca y luego al perro, dando a entender que le trajeran comida. El camarero llevó el perro a la cocina, y a la media hora se lo sirvieron cocido.

En *The Choking Doberman*, Jan Brunvand recoge otra versión de esta leyenda, expedida como nota de prensa por la agencia Reuters en agosto de 1972: la acción se desarrolla en Hong Kong, los protagonistas son un matrimonio suizo y el cocinero les trae su perrito, llamado Rosa, en una bandeja con tapadera de plata. En otra variante el *chef se* esmera todavía más, ya que no se limita a guisar el perro, sino que se lo sirve con una manzana en la boca y unas ramitas de perejil en las orejas.

Miguel Ángel Blanco, de Badajoz, nos ofrece las últimas exquisiteces folklóricas de la gastronomía china. Aunque en este caso no se perciben reminiscencias antropofágicas, el objetivo sigue siendo el mismo: poner en tela de juicio el paladar de los cocineros orientales y alimentar el rumor que afirma que por las intermediaciones de los restaurantes chinos nunca veremos perros, gatos ni ratas.

Sobre los restaurantes chinos pesan toda clase de leyendas, desde gente que ha visto en la cocina gatos muertos hasta la que dice que alguien se encontró en el plato un hueso extraño, lo mandó analizar y resultó ser de una rata. Por supuesto, cerraron el restaurante.

Sostiene Christie Davies que esta clase de relatos «repugnantes» podrían narrarse como chistes macabros o como leyendas, según la opinión que merezcan al narrador y la puesta en escena con que se adornen. El efecto vendría a ser el mismo: provocar hilaridad o repugnancia, dos reacciones que atestiguan la eficacia de un chiste o una leyenda bien contados.

Dos buenos ejemplos de «canibalismo involuntario» que se adaptan bien a ambos géneros podrían titularse *Los paquetes confundidos*. El primero se trata de una historia difundida internacionalmente, que suele contarse como si fuera verídica. Resumimos aquí la versión que recoge el folklorista británico Paul Smith en *The Book of Nasty Legends*: una abuela viaja al Extremo Oriente para visitar a sus primos, quienes suelen enviarle todas las Navidades una jarra de especias, con las que su hija prepara un exquisito pastel. Unas semanas antes de Navidad llega un paquete que contiene lo que parece ser la jarra de especias en cuestión, aunque sin nota alguna. La hija, como siempre, confecciona su pastel. Al cabo de unos días recibe una carta de los primos, donde le comunican que la abuela ha fallecido, y que no podrán enviarle las especias porque están demasiado atareados con los trámites para su incineración. Lo que sí le han mandado por vía aérea, terminan diciendo, son sus cenizas, que llegarán de un momento a otro...

El segundo ejemplo lo encontramos en *El árbol de la ciencia*, la novela clásica de Pío Baroja publicada en 1911:

De otro caso sucedido por entonces, se habló mucho entre los alumnos, nos asegura el narrador, refiriéndose a las historias que se contaban en la escuela de medicina. «Uno de los médicos del hospital, especialista en enfermedades nerviosas, había dado orden de que a un enfermo suyo, muerto en su sala, se le hiciera la autopsia y se le extrajera el cerebro y se le llevara a su casa.

El interno extrajo el cerebro y lo envió con un mozo al domicilio del médico. La criada de la casa, al ver el paquete, creyó que eran sesos de vaca, y los llevó a la cocina y los preparó y los sirvió a la familia.

Se contaban muchas historias como ésta, fueran verdad o no, con verdadera fruición, concluye diciendo el gran escritor.

Y nosotros damos fe de ellas para hacer las delicias de nuestros lectores.

Con el título de *El cadáver en el barril* podríamos bautizar otra serie de leyendas universales que narran la ingestión accidental de alcoholes que contenían difuntos en remojo. Se inspiran éstas en un método muy en boga allá por los siglos XVIII y XIX para conservar los cadáveres ilustres durante las travesías marítimas: sumergirlos en toneles de aguardiente.

Uno de los ejemplos más famosos lo recoge una canción marinera, que cuenta cómo la tripulación de un navío «se bebió» sin querer al mismísimo almirante Nelson, mientras el héroe de Trafalgar esperaba las exequias en un tonel de brandy.

En una versión francesa más reciente, se descubre el cadáver anónimo de un argelino o un magrebí, estrangulado o apuñalado, en un barco cisterna que transportaba vino de Argelia (cruel destino para un musulmán fallecer anegado en alcohol, y merecido castigo para los franceses xenófobos que se lo bebieron).

En otra versión alemana, un obrero de Frankfurt perece ahogado al caer en una cuba de la fábrica Coca-Cola donde, como mandan las propiedades folklóricas de este refresco, quedará disuelto hasta reducirse a un mero esqueleto. Lo malo del caso es que las bebidas ya habían sido embotelladas y distribuidas cuando los responsables se percataron de ambos incidentes, provocando así una ola de canibalismo involuntario en gran escala.

¿No será verdad que la carne humana mejora el sabor de los vinos, del mismo modo que los lagartos y salamandras confieren un regusto indefinible a ciertos aguardientes? Carlos Alonso del Real, en su inteligente ensayo *Superstición y supersticiones* nos brinda una posible respuesta a esta incógnita:

En muchos lugares vinícolas acusan los de cada aldea a la de al lado de arrojar un cadáver humano en los lagares para dar más sabor al vino. Naturalmente, nadie ha hecho semejante enormidad, pero se acusan...

En su novela *El aire de un crimen*, Juan Benet plantea una situación parecida con su inquietante sutileza de siempre. El pueblo de Bocentellas (Región), amanece con un cadáver anónimo en la plaza. Como el calor aprieta, se impone la necesidad de conservarlo de algún modo. Cuando ya empieza a descomponerse, alguien da con la solución al contemplar «una botella de castillaza (...) que contenía una salamandra inmersa en el licor» y propone que lo metan en una pipa de aguardiente de la bodega. El cosechero apenas pone reparos, es más, incluso afirma «con palabras un tanto enigmáticas» (...) «que ya se había hecho en otra ocasión, en otra bodega». El muerto permanece un tiempo sumergido en aquel «castillaza de agraz que sólo era utilizado (...) para fortalecer otros caldos pero que apenas tenía paladar», hasta que finalmente lo extraen y sumergen otro cadáver en su puesto. Los abúlicos lugareños, indiferentes a todo, seguirán trasegando un castillaza cuya composición, con toda probabilidad, ha variado sensiblemente.

Preservar los cadáveres en miel, sistema antiquísimo consignado ya en las crónicas de Heródoto y Estrabón, ha dado lugar a parecidas anécdotas legendarias, aunque de mucho más cuerpo, si se nos permite la expresión.

En fecha tan temprana como 1450, el autor italiano Giovanni Francesco Poggio-Bracciolini recoge una de ellas en su obra *Facetie traducte de latino in vulgare ornatissimo del seculo XV*, que conoció

una gran difusión en toda Europa. El relato lleva un título de los que abren el apetito: «De un florentino que, sin saberlo, se comió a un judío muerto».

Refiere el autor que dos judíos de Venecia se dirigían a Bolonia, cuando uno de ellos enfermó y murió en el camino. Como no podía repatriar el cadáver, pues era ilegal, su compañero resolvió cortarlo en pedacitos y meterlo en un barril, mezclándolo con miel y diversos aromatizantes, con lo cual aquella confitura humana desprendía una fragancia agradabilísima. Acto seguido encomendó el bulto a otro judío, que se encaminaba a Ferrara en una barcaza donde viajaban numerosas personas. Al caer la noche, los deliciosos efluvios alcanzaron a un florentino que se hallaba sentado junto al barril, quien no pudo resistir la tentación de irse comiendo sigilosamente el contenido, que le pareció de lo más sabroso, hasta apurarlo del todo. Al desembarcar en Ferrara y reparar en la ligereza del barril, el judío rompió a gritar que le habían robado el cadáver. En aquel momento el florentino se dio cuenta de que se había convertido «en el sepulcro de un judío».

Por desgracia, las leyendas de canibalismo no siempre han servido para conjurar, mediante el humor negro y unas gotas de racismo más bien inocente, el terror a infringir ese tabú ancestral. En un momento u otro de la historia, casi todos los pueblos se han acusado mutuamente de practicar la antropofagia, con resultados invariablemente cruentos. Como los ejemplos podrían eternizarse, reproducimos esta cronología de Cesare Bermani, esquemática pero elocuente:

Los europeos han tenido por feroces caníbales a los «primitivos» y a los africanos. En plena civilización europea, los romanos acusaron reiteradamente de canibalismo a los cristianos, y éstos, más tarde, a los judíos. Luego, en el siglo XVI, les tocó el turno a las brujas, y a los gitanos en el XVII.

Y estos últimos, señalaba el malogrado antropólogo Alberto Cardín en su obra *Lo próximo y lo ajeno*, serán acusados hasta nuestros días de prácticas caníbales, generalmente ligadas con robos y secuestros, con los sacramentecas, los comprachicos y los hombres del saco cantados por los pliegos de cordel.

Por si esto fuera poco, también se da el caso que los africanos han considerado sospechosos de antropofagia a los estadounidenses.

Jean-Loïc Le Quellec lo ilustra con el siguiente ejemplo: en septiembre de 1959, el Congo encargó una partida de carne de buey a los Estados Unidos. La empresa importadora tuvo la ocurrencia de pegar una etiqueta con el dibujo de un negro en las cajas que contenían dicha carne. De inmediato empezó a correr la voz de que las cajas en cuestión contenían carne de negro. El responsable era un blanco que hipnotizaba a los negros con una lámpara y los llevaba al matadero. Este «rumor» dio lugar a manifestaciones de protesta contra los blancos.

El cine y la literatura nunca han hechos ascos al canibalismo -voluntario o involuntario-, prueba palpable de que el asunto, como todo lo prohibido, censurable y rechazado de puertas afuera, provoca una ambigua fascinación de puertas adentro.

Espigando las filmografías a ojo de buen cubero y sin orden ni concierto, podríamos mencionar los matarifes necrófagos de *La matanza de Texas* (1974) y sus continuaciones; los alienígenas que pretendían abrir una cadena galáctica de restaurantes especializados en carne humana de *Mal gusto* (1987), los tenores necrófagos de la ópera canibal *Los caníbales* y el amante servido bien doradito en el marco suntuoso de *El cocinero, el ladrón, su mujer y su amante* (1989).

En cuanto a los ejemplos literarios, citaremos tres que sitúan abiertamente y sin remilgos la antropofagia en el ámbito culinario. El título del primero nos lo hemos apropiado para encabezar este florilegio de horrores que ahora termina: se trata de *La cocina canibal* del genial y polifacético Roland Topor. Consiste la obrita en un hilarante recetario para la preparación de múltiples guisos de carne humana. Entre ellos serían particularmente recomendables el «Agente de seguros en su propia póliza» o la «Sopa de restos de enano».

Los dos que siguen son más inquietantes, ya que parecen insinuar que quienes han probado la carne humana están destinados a repetir, aunque este placer vedado les lleve finalmente a ceder la suya a los demás *gourmets* que participan en el secreto.

En *La especialidad de la casa*, un relato clásico de Stanley Ellin, sólo pueden acudir al restaurante Sbirro unos cuantos gastrónomos iniciados. Ningún manjar es comparable a los que preparan allí. No

obstante, hay un plato que los supera a todos: el cordero de Amirstán. Aparte de aquella carne misteriosa y exquisita, servida muy de tarde en tarde, los iniciados en las delicias de Sbirro sólo desean otra cosa: que el dueño les permita visitar la cocina. Este privilegio, sin embargo, sólo se les concede cuando han sido lo bastante fieles a la casa para haber engordado hasta cierto punto...

Más económicas, pero igualmente únicas, son las comidas que se sirven en cierta tasca de uno de *Los últimos cuentos de Canterbury*, de Jean Ray, el gran maestro del *fantastique* belga. He aquí el desenlace, que habla por sí mismo:

-¡Un cliente para la horca! -gritó una voz en la oscuridad.

-Daba carne humana a sus clientes -munnuraron otras voces.

El ex oficial reconoció a su lado, con la cabeza tristemente inclinada sobre el pecho, a su vecino de mesa.

-Jamás volveremos a comer tanta carne por diez peniques -murmuró con un tono de voz lleno de desesperanza.

JOSEP SAMPERE

CASOS CERRADOS

Muertos quitados de encima

Se ha producido en Madrid un suceso extraño y macabro que se ha comentado en tertulias y mentideros. Como podrá ver el lector, la historia es reciamente española, tanto, que podría muy bien servir de tema a una película de Berlanga. Resulta que un señor que, según se dice, trabaja como empleado en una empresa fosforera, salió de excursión con su familia aprovechando una doble fiesta en su trabajo. Le acompañaban en el seiscientos, la mujer, el niño y la suegra; llevaban consigo la tienda de campaña con la sana intención de dar un merecido asueto a sus pulmones, cansados de respirar el madrileño monóxido de carbono durante toda la semana.

Una vez instalados, el señor de la fosforera se dio cuenta de que le faltaban algunas provisiones y bebidas y decidió ir con su esposa y su hijo al pueblo más cercano a comprarlas, mientras la suegra se quedaba en el monte vigilando las cosas. Minutos después de haberse marchado la familia, la señora se sintió enferma, falleciendo repentinamente de un ataque cardíaco. (...)

Regresa la familia, se encuentra con el cuadro, grita la mujer, llora el niño, se desespera el esposo. ¿Qué hacer? El honrado empleado piensa a lo primero en avisar a quien proceda para que se haga cargo del levantamiento y traslado de la difunta, pero, hombre experimentado, se echa a temblar considerando el inmenso papeleo, el proceloso trámite que le espera. (...)

Decide finalmente envolver a la difunta en la tienda de campaña (...) y la sujeta en la baka del coche. Emprende raudo viaje a la capital, aparca el coche delante de su casa y sube al piso con el niño y la atribulada esposa. (...) Baja el hombre luego las escaleras (...) corre hacia el automóvil (...) Se lo han robado. ¡Le han robado el seiscientos y con él la difunta suegra! «Anda, ¿no querías ahorrarte papeles y trámites?, pues toma...», musita el desventurado (...)

El caso de la suegra desaparecida es el título que da Luis Carandell a este suceso «macabro y extraño». Lo encontramos en la página 93 de su exitoso libro *Celtiberia Show*, genial antología de disparates, anomalías y astracanadas de la España franquista y «subdesarrollada». Algunas de las anécdotas que recoge el autor bordean la leyenda urbana. Otras, como el episodio transcrito, son verdaderos clásicos del género. La siguiente nota a pie de página de Carandell insinúa el carácter apócrifo del relato y sintetiza muy bien la típica evolución de todas las leyendas modernas:

La autenticidad de este suceso no se confirmó, aunque el rumor corrió por Madrid -en el mes de junio de 1969- y algunos periódicos publicaron la noticia. Al pasar el tiempo sin que volviera a hablarse del caso, algunos sospecharon que «se había echado tierra sobre el asunto». Posteriormente me dijeron que el macabro escamoteo de la suegra difunta había sucedido realmente en Barcelona años atrás. Ignoro cuál de las dos interpretaciones era la verdadera. Desde mi punto de vista, el interés radica en el contenido celtibérico de la historia.

Subscribimos esta última frase del autor y estamos de acuerdo en que el episodio, de un humor negrísimo, podría servir de tema a una película de Berlanga. Aún así, contra todas las apariencias, debemos señalar que no se trata en absoluto de una historia «reciamente española».

La fecha en que el «rumor» corrió por Madrid -junio de 1969-, y la posibilidad de que ya circulara por Barcelona años atrás nos aproxima significativamente a 1963. Decimos «significativamente» porque fue entonces cuando la leyenda apareció publicada por primera vez como ejemplo de «cuento moderno», nada menos que en una recopilación de relatos tradicionales ingleses: *Folktales of England*, de Katherine M. Briggs y Ruth L. Tongue.

Las dos folkloristas británicas conocieron la leyenda de boca de una compatriota, a quien se la contó en Canadá un primo suyo, que a su vez la había oído en Leeds (Gran Bretaña). Entre esta versión temprana y la de Carandell existen importantes similitudes, que inducen a pensar que tal vez haya cierto parentesco entre ellas. La más llamativa de todas es que la acción también transcurre en España, aunque los protagonistas son un matrimonio británico que viaja con la madrastra del marido. Los tres vienen a pasar las vacaciones en un camping de nuestro país.

El día de su partida la anciana fallece de repente. Tras unos momentos de confusión y nerviosismo, la pareja opta por el mismo recurso que el señor de la fosforera: envolver a la difunta -que ya empieza a quedarse yerta- en la tienda de campaña y colocarla encima del coche.

Camino del consulado se detienen a tomar un café para reconfortarse un poco. Será entonces cuando les roben vehículo y cadáver. El alicaído matrimonio deberá regresar a Inglaterra sin coche, sin madrastra y, por si fuera poco, desheredado, ya que la «fuga» de esta última les impedirá demostrar su muerte y verificar oficialmente el testamento.

Véronique Campion-Vincent sostiene que la leyenda podría haber surgido en Francia durante la segunda guerra mundial. Respaldan su teoría dos versiones escritas de procedencia dispar, pero que sitúan la acción en tierras francesas y describen la huida de los protagonistas ante el avance de las fuerzas de ocupación. La primera se remonta a 1944 y figura en el periódico danés *Politiken*.

El cronista recuerda que emprendió el éxodo en compañía de una pareja francosueca, y que la madre de «Madame» falleció por el camino. Un baúl de caoba que contenía la vajilla de plata sirvió de improvisado ataúd. Huelga decir que eran malos tiempos para dejar a la vista una carga tan tentadora, al menos en apariencia.

La segunda la recoge Roger Peyrefitte en su obra *Las embajadas*. El héroe de la novela, entre otras vicisitudes menos legendarias, oyó contar a un parisino la misma historia en primera persona: su abuela murió cuando se disponían a partir y el hombre tuvo que envolver el cadáver en una alfombra y atarlo sobre el maletero. A la mañana siguiente, tras dormir en un corral, encontró el coche pero no la carga.

Tenga o no raíces francesas, la leyenda de «la abuela robada» es con toda seguridad un relato de origen europeo que posteriormente emigró a Norteamérica. Prueba de ello son las más de cien versiones que recopiló en 1968 la folklorista Linda Dégh en países como Noruega, Suecia, Dinamarca, Alemania, Suiza, Italia, Polonia, Hungría, Yugoslavia. Con nuestra versión española cubrimos modestamente el pequeño hueco de la lista.

Terminada la contienda el relato se viste de paisano. Los personajes, entonces, ya no son una familia que pretende cruzar la frontera con una difunta a cuestas, huyendo de la persecución nazi, sino unos turistas con prole incluida (o un matrimonio en viaje de bodas) que sufren el mismo contratiempo en un país extranjero. Aparece así en primer término el tema central -más bien inhumano- del relato: los inconvenientes de gestionar la repatriación de un cadáver convertido en un mero bulto engorroso, y que además roba espacio a los vivos que viajan con él.

Una hilarante crónica de lo que implica tan incómoda situación la encontramos en la novela *Los que tocan el piano*, de Anthony Burgess. El polifacético escritor británico asegura que se inventó la historia allá por 1930, pero cualquier folklorista competente se resiste a creerlo. Burgess utiliza el planteamiento de la leyenda para describir un accidentado viaje por Italia, cuyos peores momentos se inician cuando la suegra del protagonista fallece de un infarto. Él y su esposa deberán cruzar medio país en busca del consulado, a bordo de un Fiat que se cae a pedazos, sin saber dónde meter el cadáver de la difunta.

Aunque al final no les roben el coche, el episodio refleja muy bien el agobio de pasar por semejante trance y el alivio inconfesable que supone «quitarse el muerto de encima».

Quien no conozca esta leyenda puede dejarse engañar por su irresistible verosimilitud, como le ocurrió al folklorista británico Stewart Sanderson al oírla contar a la esposa de un colega suyo. Es indudable que se han dado muchos casos de personas fallecidas lejos de su domicilio, que, por circunstancias diversas, no han podido disponer de un coche fúnebre y han debido efectuar su último viaje como silenciosos pasajeros de un vehículo privado. «Hasta aquí la cosa no tiene nada de especial -comenta Carandell-, es simplemente una historia triste que puede ocurrir, como de hecho ocurre, en los países más avanzados».

En efecto, lo que pone en evidencia el carácter legendario del relato es su ingenioso desenlace, que se presta a dos interpretaciones distintas pero complementarias. El mismo Carandell, perspicaz, nos pone sobre la pista de la primera:

Pero yo me pongo en el caso del ladrón que roba el coche y se va tan pancho a casa, feliz de haber conseguido además una tienda de campaña, y que llegado a su guarida descubre lo que descubre (...)

Tendríamos aquí un ejemplo diáfano de justicia poética: el «amigo de lo ajeno» castigado indirectamente. Esta interpretación cobra aún más sentido aplicada a otra leyenda clásica que también gira en torno al robo de un cadáver -esta vez el de un gato- y sus consecuencias.

En fecha tan temprana como 1959, Jan Brunvand descubrió una noticia en el *Daily Herald-Telephone*, un periódico local de Bloomington (Indiana), que recogía el relato con todos sus pormenores. El sagaz folklorista la llevó consigo durante años, esgrimiéndola ante alumnos y conocidos como muestra palpable de leyenda urbana publicada en la prensa.

El argumento es el siguiente: a una mujer se le muere el gato. Como las ordenanzas municipales prohíben enterrar animales en el núcleo urbano, decide ponerlo en manos de una amiga suya que vive en el campo para que se encargue de sepultarlo. Así pues, lo mete en una bolsa de papel de estraza y se dirige al lugar donde ha quedado con ella. Por el camino se detiene a hacer unas compras y deja la bolsa descuidadamente en el mostrador. Cuando se dispone a recogerla ya no la encuentra. Al salir a la calle, pensando que el problema se ha resuelto de un modo inesperado, tropieza con una multitud apiñada delante de la tienda. El objeto de sus miradas es una mujer de unos cien kilos que yace inconsciente en el suelo, aferrando contra el pecho la bolsa de papel de estraza, de la que asoma la cabeza del gato muerto.

Lo que se castiga aquí no es solamente el robo, sino también la bulimia de la ladrona, cuya obesidad parece sugerir que se apropió de la bolsa creyendo que contenía algún comestible. Ello no altera mucho las cosas, ya que la codicia sería otra forma de gula.

La segunda interpretación de la leyenda nos la insinúa de nuevo Carandell con una frase muy elocuente:

«Anda, ¿no querías ahorrarte papeles y trámites?, pues toma...», musita el desventurado (...)

El deseo de «quitarse el muerto de encima» podría ser el significado implícito de la leyenda, tomando la palabra «muerto» en su doble acepción: la de «cuerpo sin vida» y la de «cosa pesada o molesta». Según la despiadada teoría que proponía Alan Dundes en un ensayo titulado *On the Psychology of Legend*, «la abuela, viva o muerta, constituye un engorro». Además de ocupar un espacio que los jóvenes (el futuro) merecen más que ella, su cadáver se transforma en un desagradable recordatorio de la mortalidad humana, que debe ocultarse a los niños.

Su culpa, añadimos nosotros, no sería otra que la de haber alcanzado una edad en la que ya no puede producir beneficios. De ahí que en algunas versiones los protagonistas se lamenten de haber perdido el único fruto que podían esperar de la abuela: su herencia.

Por tanto, siguiendo de nuevo a Alan Dundes y utilizando un siniestro eufemismo de la guerra civil, la familia de la leyenda la «lleva a dar el paseo», y el ladrón actúa como una especie de empresario de pompas fúnebres caído del cielo que se ocupa de eliminar para siempre el cadáver.

Un cadáver que reaparece en escasas ocasiones, como en un episodio de la serie *Hill Street Blues* titulado *Los ladrones de cadáveres mutantes del Tercer Mundo*. Contenía este capítulo, que ya citamos en otra parte, una fiel escenificación de la leyenda, aunque el difunto no era ninguna abuela, sino el padre de uno de los polizontes de la célebre comisaría televisiva. Al final un agente de incógnito identificaba el cadáver, que aparecía en plena calle apoyado contra una valla, tras «conversar» con él un rato tomándolo por un vagabundo.

No sucede así en la versión de Carandell, mucho más ajustada a la cruel moraleja del relato:

La policía, alertada por el señor de la fosforera, ha recuperado el automóvil, pero la suegra, y de esto han pasado ya varios días, no aparece por ninguna parte.

JOSEP SAMPERE

El código secreto de vagabundos y villanos

Morgiane salió de la casa de Alí Baba por algún motivo; sólo al volver reparó en la señal del ladrón. ¿Qué significa esta marca?, se preguntó para sus adentros. ¿Acaso alguien quiere mal a mi señor o lo han hecho por puro divertimento?

*Alí Baba y los cuarenta ladrones
Las mil y una noches*

«La vida es un puente. Crúzalo pero no construyas una casa encima», dice un antiguo proverbio indio. Desde que la llamada «revolución del neolítico» dividiera a los hombres en dos bandos antagónicos, por un lado los agricultores sedentarios y por otro los nómadas, un sinfín de pueblos -zíngaros, beduinos, quashgais, arandas, tuareg, etc.- se han aplicado esta máxima en su inquieto trajinar por los tiempos.

En Australia, los antiguos aborígenes, identificaban a la tierra con una partitura musical que había que interpretar para llegar a viejo. Sólo gracias a estas señales -la huella de un escarabajo estercolero, la ondulación de una duna-, los trashumantes sabían dónde se encontraban; dónde estaban los demás; dónde había llovido; de dónde provendría la siguiente ración de alimento; si la planta X estaba en flor, si la planta Y daría bayas, y así hasta un largo etcétera.

En la Iglesia cristiana primitiva había dos categorías de peregrinaje. La primera era el ambulare pro Deo, «peregrinar por Dios», imitando a Cristo o al padre Abraham que abandonó la ciudad de Ur y emigró hasta tierras lejanas. La segunda era la «peregrinación penitencial», en la cual los culpables de la *peccata enormia*, «crímenes enormes», tenían la obligación de convertirse, de acuerdo con una tabla estipulada de tarifas, en mendigos ambulantes -con sombrero, morral, bastón e insignia- para ganarse la salvación en el camino.

Sirva esta introducción para explicar una leyenda muy extendida en nuestros días. Se refiere a una tercera clase de trotamundos, más concretamente a ladrones, maleantes y amigos de lo ajeno. Cuando «peregrinan» solos, sus métodos remiten a utensilios expeditivos, como la palanca o la ganzúa. Pero cuando se sindicaban y además recurren a los anagramas de los nómadas, entonces se convierten en una amenaza para cualquier gozne, en un peligro para compañías aseguradoras como Mapfre obligadas a advertir de su perfidia con decididas exclamaciones.

¡Vigilad estas señales!, podía leerse en tinta roja en una postal informativa que Mapfre repartió hacia 1995 por varias ciudades españolas. Justo debajo se veía una casa con una serie de pictogramas traducidos al cristiano. Por citar sólo algunos, un rombo equivalía a «casa deshabitada»; tres barras verticales a «casa ya robada», un triángulo a «mujer sola», un inocente velero a «vacaciones» y así hasta veintidós signos.

En el dorso de la postal se leía el siguiente texto -escrito en catalán en el ejemplar de que disponemos:

¡Defended vuestro hogar! -a modo de título y en letras rojas. Desde nuestra posición como uno de los primeros grupos aseguradores del país, nos permitimos llamar su atención sobre estas señales que seguramente ya habrá advertido en las proximidades de su vivienda, fachadas, buzones, aceras, etc.

¡Cuidado! Estos y otros signos corresponden a claves convenidas que se utilizan constantemente -palabra que figuraba en mayúsculas coloradas- para que el ladrón actúe sabiendo previamente las características de la vivienda que quiere robar.

Borradlos y actuad con precaución... y previsión. Defended vuestro hogar con todas las medidas de seguridad a vuestro alcance. Una de ellas, la mejor, la que constantemente puede proteger su patrimonio es nuestra póliza de seguro combinado del hogar.

En defensa de la compañía Mapfre y de su desmedido celo por sus clientes -antiguos o potenciales-, hay que decir que el ridículo al que se vio expuesta al retirar estas postales meses después coincidió con una plaga de anónimas pegatinas y de garabatos en los portales. Crípticos e indescifrables, estos adhesivos de forma rectangular y cuyo tamaño no excedía el centímetro, eran

utilizados, que sepamos, por empresas que encargaban estudios de mercado o por el buzoneo comercial. Pero, de forma imprevista, alguien creyó ver en estas señales el hábil método del que se servían los rufianes para perpetrar sus desmanes, dando lugar a un logia parecida a la descrita por G. K. Chesterton en *El hombre que era jueves*.

En 1898 Rafael Salillas, autor de *Hampa (Antología picaresca)* se centraba en los misteriosos signos, grabados con tiza y carbón, y apuntaba con el dedo a los villanos:

Por algunas investigaciones hechas, que encontramos confirmadas en algún escritor, hemos llegado a la convicción de que existe una topografía aparte y un itinerario especial para todo pueblo de la Corte Internacional de los Milagros. Ladrones, fugados, desertores, contrabandistas, zingaros, conocen estos itinerarios a la perfección. Una palabra, un signo, una indicación les hacen comprender si tal vivienda es lugar de amigos o enemigos; si tal pueblo dará ayuda, si ofrece riesgo; si tal mesón aislado es un consolato ladronesco, o por el contrario, una trappola a servicio de la gendarmería.

Estos signos -proseguía Salillas-, que se hacen a lo largo del camino maestro o se trazan con carbón sobre los muros de las casas o por medio de incisiones hechas con el cuchillo en la corteza de los árboles, resultan medios convencionales para decir a futuras comitivas: éste es el camino del zingaro.

Un año antes de la Guerra Civil española, Pedro Serrano García volvía a insistir en el tema en *Delinquentes profesionales* contra la propiedad, sólo que ahora el lenguaje secreto era conocido también por vagabundos y bohemios:

Los vagabundos poseen, para comunicarse entre sí, mejor dicho para trasmitirse los datos útiles, una serie de signos grabados a la entrada de los pueblos, en los mojones o árboles del camino o en alguna tapia, que, interpretados, indican los lugares en que se prodiga o es escasa la limosna, ceden albergue, o por el contrario, no dan nada.

En los libros, cuando los hombres despiertan de una visión, generalmente se encuentran en el mismo lugar en el que quizá se habían quedado dormidos; bostezan en una butaca o se levantan en el campo con los miembros entumecidos. Otro tanto parece haber sucedido con las extrañas marcas de tiza y pintura a lo largo de este siglo, sólo que en lugar de diseminarse por posadas y caminos, ahora su entorno -Frankfurt, Milán, Madrid- es bien distinto.

En 1983, valga el caso, una octavilla fotocopiada comenzaba a circular por Francia. Un total de dieciseis símbolos advertían del «código gráfico compartido por nómadas y ladrones». Siete de ellos eran idénticos a los que años más tarde aparecerían por España, mientras que el resto difería ligeramente en el trazo pero no en el significado («nada interesante» «buena acogida si se habla de Dios», «gendarme», etc.).

Tras rastrear su devenir histórico, Jean Bruno-Renard venía a concluir que

en buena semiótica estructural, se trata de los signos inversos de protección que se dibujan desde tiempos inmemoriales para protegerse de amenazas externas.

Los hebreos, por ejemplo -explicaba Renard-, recurrieron a la sangre de animales para salvarse del ángel exterminador en la décima plaga de Egipto -Exodo, 12,1-34.

Otro tanto puede decirse de los símbolos mágicos de ciertas culturas e incluso de las severas advertencias de mansiones palaciegas: -«Atención: perro peligroso», «Jardín protegido electrónicamente», etcétera.

En una apasionante investigación que no podemos omitir, Jean Bruno-Renard constató que gran parte de los signos que recogía la octavilla francesa y, por extensión, la postal española, existían desde 1921, sólo que por el camino algunos habían cambiado de significado -seguramente por fotocopias defectuosas. Así el criptograma empleado en Francia en 1921 para advertir de una barrera que franqueaba el paso, era en 1950 un «lugar peligroso» para acabar convirtiéndose en 1977 en «casa a evitar». En otro ejemplo, una cruz acotada por un círculo significaba en 1921 «aquí se da de comer

pan», en 1934 «los propietarios no dan nada», en 1954 «casa hospitalaria» y en 1977 -tal vez por la cruz- «buena acogida si se habla de Dios».

Al parecer, estos emblemas eran utilizados hasta 1950 en zonas rurales por vagabundos, antes de ser empleados por delincuentes urbanos en casos excepcionales y a título individual. El clima de inseguridad ciudadana que padeció Francia en la década de los setenta los rescató del olvido y otro tanto puede decirse de España diez años después.

Curiosamente, tanto en aquel país como en éste, los modernos urbanitas han rescatado los usos y costumbres de las aldeas rurales de principios de siglo. Si nos unimos todos, no nos podrán hacer nada, parecen decirse unos a otros. La única diferencia es que donde antes había mendigos y vagabundos ahora hay ladrones. Todos ellos forman parte de un clan perfectamente organizado ante el que sólo cabe luchar estrechando lazos, descubriendo su lenguaje criminal e intercambiando fotocopias y postales. Y es que, dada la índole secreta del universo de los ladrones, es natural que nadie pueda acceder a ellos sin una serie de sutiles transformaciones. Bien diferente sería si todos los canallas del planeta llevaran un delantal blanco al perpetrar sus fechorías. Pero, a falta de esta prenda delatora, sólo podemos confiar en defendernos de esta lacra conociendo su lenguaje, anticipándonos a sus intenciones y siendo más sagaces que los linceos.

ANTONIO ORTÍ

La mujer pálida y el ladrón

Una mujer está frente al tocador de su alcoba poniéndose una mascarilla de barro para limpiarse las impurezas de la piel. A medida que el barro se endurece ella siente cómo todo su rostro se inmoviliza y queda rígido tras la mascarilla. En ese momento oye cómo alguien fuerza la cerradura de la puerta de entrada y se introduce en la casa como un ladrón. Aterrada, oye cómo el desconocido se dirige con pasos furtivos hacia la alcoba. Sin pensárselo dos veces, se oculta dentro del armario en un acceso de pánico. Desde allí dentro, a través de las varillas del armario, ve cómo el ladrón entra en la alcoba y, tras revolver en los cajones de la cómoda, se dirige hacia ella. Petrificada por el terror, se queda como una estatua cuando el ladrón abre las puertas del armario. El ladrón descubre unos ojos inyectados de pánico enmarcados en un rostro blanco y rígido como de cera, y del susto de haber creído ver un fantasma sufre un ataque al corazón y muere en el acto.

PACO BARQUINO
Barcelona

La primera noticia de este relato se la debemos a Paco Barquino, un amigo nuestro barcelonés. Él, por su parte, lo había oído de boca de una profesora británica, Claire Balch, y creía recordar que a ésta se lo contaron tiempo atrás en Inglaterra. Como en aquel momento carecíamos de otras versiones del mismo, no tuvimos más remedio que fiarnos de la intuición y conjeturar que se trataba de una leyenda urbana con todas las de la ley.

No íbamos descaminados. Al poco tiempo nos llegaba una nueva y espléndida versión, procedente esta vez de Madrid. Su autor, Raúl Santos, le daba el sugerente título de «La mejor defensa»:

Un ladrón penetra en una casa una noche de verano. Las ventanas estaban abiertas y el ruido de la calle le ayuda en su trabajo. En el cuarto de baño de la casa en la que entra está una mujer untándose la cara con una mascarilla de arcilla y huevo. Y de esta guisa es cuando se sorprende al escuchar ruidos más que sospechosos. La mujer se asusta y por puro miedo decide rápidamente esconderse dentro del armario largo del baño, en el que guarda todas las toallas. Mientras tanto, el ratero, que va buscando en todas las habitaciones todo aquello que pueda llevarse, entra en el cuarto de baño y abre los armarios. Cuando abre la puerta del que esconde a la mujer se encuentra con una visión totalmente inesperada: un espectro, un cadáver que grita y se le echa encima. La mujer se ha desmayado y el ladrón perece de un ataque cardíaco.

Esta historia me la contó mi novia y a ella se la contaron como absolutamente cierta dos vecinas de su bloque. Y hasta aseguraron que el periódico la publicó en su día, aunque no he conseguido saber cuándo.

Como no conseguimos localizar la noticia en cuestión, ni nos fue posible entrevistar a las «dos vecinas» (aunque cabe suponer que nos hubieran remitido a un frondoso árbol genealógico de «amigos de amigos») resolvimos ponernos en contacto con Claire Balch, por si podía aportarnos más detalles acerca de la trayectoria británica de la leyenda. Nuestra conversación con ella dio un giro inesperado al asunto: por lo visto no la había oído en Inglaterra, sino en Barcelona, y de ello hacía unos doce años. La historia le causó tanto efecto que desde entonces no ha dejado de repetirla a sus alumnos. He aquí un ejemplo palpable de cómo se transmiten las leyendas urbanas. Quien haya sucumbido al hechizo de una de ellas no dudará en hacerla correr con afán proselitista. Y si además es un narrador competente y su profesión le obliga a hablar en público, los relatos de este género le vendrán que ni pintados para captar la atención del auditorio y amenizar con ellos una clase o una conferencia, contribuyendo al mismo tiempo a su difusión a velocidades astronómicas.

Al hablar con Claire Blach, nos vino a la cabeza una pregunta clave: ¿A qué se debe que ciertas historias legendarias no se olviden jamás?

La folklorista británica Sandy Hobbs intentaba responderla en un lúcido ensayo titulado *Psicología social de un «buen» relato*. Según Hobbs, una de las funciones que desempeñan

numerosas leyendas urbanas consiste en poner en juego un mecanismo «mágico» que podríamos denominar «justicia poética» o «inmanente».

Un malhechor es castigado de alguna manera extraña -señala Hobbs-. ¿Por qué gustan estas historias? Porque en la realidad los malhechores no pagan por sus fechorías o reciben castigos insatisfactorios.

Desquitarse de una agresión por medios «mágicos» sin que uno tenga que ensuciarse las manos (aunque a veces muera en el intento) es el tema que subyace en el siguiente surtido de leyendas internacionales:

Una mujer encuentra a su perro Doberman con síntomas de asfixia. Lo lleva inmediatamente al veterinario y vuelve a su casa. Este la llama al poco rato y le pide que salga inmediatamente, pues acaba de extraer dos dedos negros de la garganta del animal. Llega la policía y descubre a un ladrón oculto en su dormitorio: tiene la mano mutilada y está inconsciente por la pérdida de sangre.

Un grupo de soldados simula un fusilamiento disparando con balas de fogueo. La víctima de la «novatada» fallece de la impresión.

Joel Soriano nos cuenta una variante muy difundida en los cuarteles:

A un recluta lo encierran en una taquilla y lo arrojan a una piscina. El joven muere ahogado. Desenlace: la piscina es «arrestada».

Una conductora se detiene en un semáforo y es asaltada por una banda de motoristas. Cuando uno de ellos le asesta un cadenazo en el capó, la mujer arranca bruscamente y consigue esquivarlos. Al aparcar en el garaje, descubre una mano amputada, incrustada en el radiador, sujetando una cadena. [Leyenda escenificada paso a paso en la película *Mad Max: Salvajes de autopista* (1980)]

Un médico se niega a atender a un joven sin identificar al que recogen de la calle medio moribundo. Al parecer, el herido no lleva la tarjeta del seguro y las personas que lo han traído no quieren hacerse cargo de él. Tras encendidas discusiones con el recepcionista del hospital, que quiere que le saquen de allí aquel fardo sangrante, y tras efectuar varias consultas telefónicas con el director, éste decide bajar un momento para pedir a los recién llegados que dejen de armar escándalo y se marchen con el joven, porque no quiere atenderlo. Una vez abajo, el director descubre que el moribundo -que luego fallecerá-, es su propio hijo.

Mientras circula en su coche, una mujer sufre la persecución de un desconocido que no deja de hacerle señales con los faros. Al llegar a su casa, comprueba alarmada que el perseguidor se detiene detrás de ella. Sale su marido y le hace frente. El extraño se explica: cuando la mujer se detuvo en una gasolinera, un individuo se introdujo furtivamente en su vehículo. Él presenció la escena y trató de advertirla. En efecto: agazapado en el asiento trasero encuentran a un maníaco armado con una cuerda y un hacha.

Como irá advirtiéndole el lector, muchas de las leyendas analizadas en este libro contienen las dosis necesarias de «justicia poética» para figurar en la lista precedente. La *mujer pálida y el ladrón* podría ser una de ellas, puesto que cumple al pie de la letra el dictamen de Sandy Hobbs: «Un malhechor es castigado de alguna manera extraña». Este dato fundamental sustentó nuestra hipótesis de que nos las habíamos con una «nueva» leyenda urbana.

Analizando la trama, fuimos percibiendo en ella otros elementos de juicio más consistentes, como la presencia de motivos de la narrativa tradicional y sutiles paralelismos con cuentos populares muy antiguos. Uno de los motivos más precisos al respecto es el que Stith Thompson registra con la referencia N384. *Muerte provocada por el miedo*.

El segundo, extraído del índice de Ernest Baughman, también habla por sí mismo: J1782.6. *Una persona vestida de blanco es confundida con un fantasma*. Por lo que se refiere a los antecedentes de la leyenda, nos pareció que ésta mostraba algunas correspondencias con un cuento universal al que Baughman adjudica la clave N384.2.

La síntesis argumental es la siguiente: *Muerte en el cementerio: a una persona se le engancha la ropa. Cree que algo horrible le ha cogido y muere de miedo*. Natalia, una informadora de Santibáñez de la Peña (Palencia), nos cuenta la historia con más detalle:

La transmisora de la leyenda que a continuación narraré fue una compañera de mi piso de estudiantes. En algunas poblaciones del centro-sur navarro se cuenta la historia de un grupo de chavales jóvenes que, con el fin de divertirse, decidieron echarse a suertes el privilegio de adentrarse una noche en el cementerio de su pueblo. El «agraciado» con tal suerte debía clavar una estaca en el cementerio para que, a la mañana siguiente, el resto del grupo viera que había cumplido el pacto. Así pues, aquella noche el chico entró en el cementerio y, cuando estaba clavando la estaca junto a una tumba, sintió que alguien le cogía el abrigo por detrás. El susto que se llevó fue de tal magnitud que murió en el acto.

A la mañana siguiente, el resto del grupo acudió al cementerio para comprobar que la estaca había sido clavada. Asombrados, vieron a su amigo muerto, quien al clavar la estaca, había pillado también su abrigo por detrás; y esa circunstancia fue la que precisamente dio al chico la sensación de un tirón por la espalda que le provocó la muerte. Y es que los juegos en la noche son muy peligrosos.

«El chico entró en el cementerio. (...) El susto que se llevó fue de tal magnitud que murió en el acto» escribe Natalia. El lector observará que estas dos frases condensan el planteamiento y el desenlace de una y otra leyenda. En ambas se describe a un personaje que se interna por su cuenta y riesgo en un lugar prohibido -un cementerio y una casa ajena- con el objetivo «ilícito» de robar o divertirse. Tanto el ladrón como el chico atrevido saben que están «profanando» territorios «sagrados», por lo que la tensión resultante les pone en un estado de lo más sugestionable. Para colmo es de noche (como informan Raúl y Natalia en sus respectivas versiones), «hora de las brujas», momento en que las facultades intelectuales se reducen a cero y afloran los terrores más primarios.

En uno y otro caso el «susto» fulminante es consecuencia de este cúmulo de tensiones, que llevarán al primer infortunado a creer que se halla en presencia de «algo horrible», y al segundo que acaba de ver a un fantasma emergiendo de su armario-sepulcro. Aunque todo ello no sea más que una «ilusión», la muerte provocada por el miedo es bien real. De ahí que pueda equipararse a un castigo divino ejecutado por agentes sobrenaturales. Una vez más, la «justicia poética» opera mediante una serie de coincidencias fantásticas y el infractor recibe limpiamente su «merecido».

La siguiente variante de «La muerte en el cementerio», nos llega de Olivenza (Badajoz) y la firma Cristina Cortés. El vestuario del protagonista está en consonancia con el sabor tradicional del arranque, como corresponde a un relato tan añejo. Aquí la víctima es claramente un bandido, cosa que refuerza los vínculos con la leyenda de *La mujer pálida y el ladrón*:

Esto fue algo que me contaron en mi pueblo, Olivenza, y concretamente lo hizo un amigo; me comentó que se decía desde hacía bastante tiempo que muchísimos años atrás, dos individuos, presas de pánico, corrieron desesperados buscando un lugar en el cual esconderse, pues eran perseguidos al haber cometido un robo, y llegaron hasta las afueras de Olivenza, refugiándose en el cementerio. Saltaron la verja que había, bueno, la saltó solamente uno, mientras el otro vigilaba por si alguien venía, y mientras tanto su compinche escondía todo lo que habían robado; éste llevaba puesta una capa, y cuando arrancó a correr para volver a salir, se le enganchó en algo (es un suponer, ya que nunca se averiguó) y él, pensando que alguien lo cogía y no lo dejaba salir, murió del susto. Desde entonces, se rumorea que se oyen voces de ultratumba cerca de las lápidas donde falleció dicho individuo.

El añadido final, propio de un cuento de fantasmas, confiere un toque de misterio al desenlace, aunque su condición de «préstamo» salta a la vista.

A falta de versiones documentadas, no podemos afirmar ni desmentir que *La mujer pálida y el ladrón* sea una leyenda internacional, como creímos en un principio. De su arraigo en nuestro país, en cambio, cada vez estamos más seguros.

Una nueva pista al respecto nos llegó por mediación de otro amigo, el cinéfilo Joan Fitó, quien estaba convencido de que existía un cortometraje inspirado en la leyenda. Otro amigo cinéfilo, Ricard Fusté, vino a sumarse a la lista de privilegiados que habían visto dicho cortometraje hacía un par de años -1997- y un tercer cinéfilo, Miquel Segura, organizador de la muestra de cortos donde se había exhibido, hizo lo posible por encontrar la ficha técnica del mismo..., pero fracasó en el empeño. Si algún lector puede aportarnos algún dato al respecto le estaremos muy agradecidos. (Y si nos manda una copia de la película, aún más...)

Como decíamos antes, no conseguimos localizar ninguna variante extranjera de la leyenda. Aun así no nos dimos por vencidos. Finalmente, en una antología del escritor norteamericano Fredric Brown -*Pesadillas y Geezenstacks*- dimos con un cuento titulado *La broma* (1961) que mostraba curiosas concordancias con ella. El argumento es el siguiente: un vendedor de artículos de broma -y bromista empedernido- acaba de llegar al pueblo donde vive su amante. Puesto que faltan unas horas para reunirse con ella, decide pasarse por la barbería para que le afeiten. Según su costumbre, no se priva de gastar una broma al barbero poniéndose uno de sus productos más solicitados: la máscara de «Dan el Guapo», que, como su nombre indica, representa el rostro de un hombre muy bien parecido. El barbero, que forma parte de una compañía teatral de aficionados, muestra mucho interés por adquirir algunas de aquellas máscaras.

Mientras le está afeitando, el viajante le cuenta que ha quedado con una chica muy atractiva « que tiene una pensión aquí cerca», y le pide que cuando termine le coloque la máscara de «Dan el Guapo» para gastar una broma. «Quizá se decepcione cuando vea mi verdadera jeta», añade. Acto seguido, a causa de las copas que ha tomado antes, se queda amodorrado. El barbero termina su trabajo y le coloca la máscara, según lo convenido.

El viajante se despide y se dirige a casa de su amante. Cuando ésta abre la puerta no le reconoce. Él, entonces, se quita la máscara. Al punto, la chica lanza un grito terrible y cae muerta. El vendedor se escabulle. Al llegar a la barbería y verse reflejado en el escaparate, repara en el espantoso maquillaje que le ha aplicado el barbero mientras estaba adormecido. Ve «la cara horrorosa que era su propio rostro. De un verde fosforescente, con un hábil y meticuloso sombreado que lo convertía en el semblante de un cadáver recién salido de la tumba, de un vampiro con los ojos hundidos y los labios morados». Acto seguido se da cuenta de que el apellido del barbero, escrito en una placa, coincide con el de su amante. Al otro lado del cristal, el marido burlado acaba de ahorcarse en la lámpara.

Admitirá el lector que las coincidencias son notables: muerte provocada por el miedo, persona confundida con un fantasma y moraleja rebotante de justicia poética: el bromista deberá cargar con el peso de dos cadáveres en su conciencia, después de intentar adentrarse en otro territorio prohibido: la cama de la mujer del prójimo.

No descartaremos que se pueda tratar de una mera coincidencia, tanto más conociendo la portentosa inventiva de Fredric Brown y su gran capacidad para los desenlaces inesperados. Es un hecho, sin embargo, que el escritor solía inspirarse en leyendas urbanas célebres, como se desprende de los argumentos de varios relatos de la misma antología, en especial los cinco que llevan el título de *Pesadilla* con un color incorporado.

Entre ellos figura una ingeniosa variante de una leyenda que analizamos en el capítulo *Sorpresa Sorpresa*: un hombre asesina a su esposa el día de su cumpleaños. Cuando entra en su casa con el cadáver en brazos y enciende la luz, encuentra esperándole a los invitados a una fiesta que la víctima había preparado para darle una sorpresa.

Situaciones de pesadilla y justicia poética: dos componentes que suelen abundar en las leyendas contemporáneas.

JOSEP SAMPERE

Robos ingeniosos

Una pareja fue a buscar su coche, aparcado la noche anterior en la calle, y se encontró con que lo habían robado. Lo buscaron por todas partes y, como no aparecía, presentaron denuncia en la policía. Dos días después, el lunes por la mañana, de camino al metro, lo hallaron en un lugar muy próximo a donde lo habían dejado. En el interior se veía una nota en la que podía leerse: «Necesitábamos el coche para el fin de semana y hemos tomado prestado el suyo. Disculpen las molestias. En agradecimiento, acepten estas dos entradas para el teatro». Y, en efecto, junto a la nota había dos tickets para una obra teatral, un día concreto que ahora no recuerdo. La noche señalada, la pareja, exultante de felicidad, se fue a disfrutar de esa velada tan bien ganada. Pero al volver a casa descubrieron que, mientras estaban en el teatro, les habían desvalijado la casa.

MARÍA RIPOLL
Barcelona

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Escribiré al fin lo que me ha pasado? ¿Podré? ¡Es tan extraño, tan inexplicable, tan incomprensible! Si no estuviera seguro de lo que he visto, seguro de que en mis razonamientos no ha habido ningún desmayo, ningún error en mis comprobaciones, ningún hiato en la inflexible serie de mis observaciones, me creería un simple alucinado, juguete de una extraña visión.

Las líneas que abren el relato *¿Quién sabe?* del cuentista francés Guy de Maupassant podrían servir perfectamente para ilustrar esta historia de ladrones de guante blanco. Un suceso que, por los testimonios recogidos parece haber dado la vuelta a España, y que nos sitúa en la mejor tradición de rateros ilustrados, de cacos capaces de desvalijar cuanto intercede a su paso valiéndose de una inteligencia superior.

Tanto es así que este hurto podría figurar -y, de hecho, figura- en los anales de la cleptomanía. Y es que su éxito radica en haber trascendido las lindes del choriceo patrio y contarse, con muy ligeras variaciones en su estructura, en países con igual o mayor tradición en la materia.

A falta de conocer la procedencia geográfica de la luminaria que perpetró el plan y la veracidad del suceso, hay que anotar que el relato es bien conocido en ambos lados del Atlántico e incluso en Australia.

Las variantes norteamericanas, por ejemplo, según recoge Alan Smith en un número de la revista *Folklore*, reniegan de regalar entradas para el teatro y -según la óptica de allí- introducen un cebo irresistible: boletos, por partida doble, para el hockey, el beisbol, el baloncesto o billetes para asistir a algún concierto de rock.

Por lo demás, tanto en Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia, la trama es la misma: un matrimonio -los relatos españoles se refieren simplemente a una pareja- que es robado por partida doble y unos ladrones, en primer término generosos, y luego simplemente hábiles.

No está de más señalar la magnífica acogida que desde siempre han tenido pícaros y ladrones sagaces. Valga recordar *El lazarillo de Tormes*, *El buscón* de Quevedo o el *Gil Blas* del Marqués de Santillana o, ya más cerca, a los saqueadores del tren de Bristol.

Se diría que cuando el expolio no afecta a personas cortas de entendederas -llámese «timo de la estampita»- tendemos a admirar el ingenio de estos secuaces, capaces de infringir la ley con el mínimo daño posible. También la idea de que nos roban continuamente, por lo que nunca estamos a salvo, planea sobre este relato y se relaciona con otros latrocinios más recientes, caso de los falsos inspectores de la luz o del gas -incluso de las vendedoras de Avon- que sirviéndose de su uniforme allanan nuestras moradas.

Tal vez esto explique la extraordinaria acogida que este relato ha tenido en buena parte del mundo, éxito al que España no es ajena. No en balde, en un experimento llevado a cabo en Nápoles para averiguar la rapidez de trasmisión de ciertos rumores, un profesor universitario inventó la historia, en la época en que se intentaba implantar el cinturón de seguridad, de que algunos conductores se servían de chaquetas con una banda pintada que confundía a los agentes de tráfico. El embuste tuvo tal éxito,

según cuenta Danilo Arona en *Tutte storie*, que muy pronto en Milán y en Roma se decía que «realmente» había personas que recurrían al engaño. Y otro tanto en España, donde los «chaquetas pintadas» fueron avistados, que sepamos, por Antonio Carpio, en Molins de Rei (Barcelona).

Sin querer abusar del tópico, puede afirmarse que España e Italia son países muy sensibles a estos temas, tal vez por un carácter que no admite imposiciones severas.

De Italia, por ejemplo, procede una historia que eclipsó al país en 1990 y que está perfectamente glosada en un buen número de periódicos y libros. Se trata del «hipnoratero», una especie de ladrón de procedencia oriental que desplumaba a los cajeros tras robarles la mirada.

El año 1990 fue para Italia -apunta Cesare Bermani en *Il bambino è servito*-, el año del mundial de fútbol pero también del hipnoratero. Los visitantes indios, paquistaníes, turcos y egipcios realizaron diversos hurtos gracias a la hipnosis.

El primero de ellos tuvo lugar en enero en un restaurante de Porto Vechio (Génova) según se apercibía la revista *El Europeo* en septiembre de ese año en un artículo que Marina Terragni titulaba *Nos faltaba el hipnoratero*:

Llegaron dos mujeres y un hombre -contaba la víctima- con un bebé en brazos. Tenemos el barco en el puerto -dijeron-. Les serví de comer, aunque era ya muy tarde. El niño me enternecía. Uno de ellos, elegantísimo, con muchos anillos, todo un príncipe, vino a la cocina a rogarme si podía prepararle pescado, al que señalaba para hacerse comprender. De golpe, comenzó a acariciarme la espalda. Yo empezaba a sentirme un poco extraño. Entonces me pidió que le enseñara billetes de 100.000 liras porque no los había visto nunca. Es comprensible, pensé yo, son indios. Y no sé lo que me ocurrió. Todos decían: ¡Qué bonitos son! Y yo les daba los billetes. Al final, hasta les acompañé a la puerta.

A finales de mayo, esta vez en Torino, dos hipnorateros se introducen en una caja de ahorros e inauguran la versión más extendida de esta leyenda urbana que Danilo Arona recogería en el libro citado más arriba, como *El encantador de cajeros*. Mientras él es un oriental de aspecto principesco, ella no desmerece: cabello castaño, diamante en la nariz y blusa de seda. Ambos hacen cola en la ventanilla y al llegar su turno piden cambiar dos billetes de cincuenta dólares por otro de cien. El problema comienza cuando reclaman un billete de la serie I de Italia para llevárselo como recuerdo.

Cuando me pidieron el billete de la serie I -recuerda un cajero de la Plaza Duomo de Milán- me dedicaron una sonrisa. A partir de ahí, tengo un vacío total en la cabeza. Lo único que sé, es que he buscado ese billete maldito, que se fueron a pie y que en la caja faltaban 1.800 dólares. Que me costó lo mío que me creyeran y que yo mismo no me creo.

Casos parecidos comienzan a registrarse en Cremona, Novara, Porto Cervo y Sant'Antonio de Gallora, mercedores de succulentas crónicas en los periódicos. El Banco di Sardegna, la Banca Commerciale Italiana di Cinisello, el Banco di Desio pasan a engrosar la lista de damnificados.

Expresiones como «me miraron con ojos magnéticos», «recuerdo que le daba el dinero y no podía parar», «me hipnotizaron con el anillo» o «caí en trance cuando me musitaron al oído: “Dame dinero, pequeño, pequeño, pequeño”» se repiten en los testimonios.

En este mundial paralelo al campeonato de fútbol, en el que no se sabe muy bien qué pintaban indios, paquistaníes, turcos y egipcios, pues ninguno de sus países había logrado la clasificación -detalle que pareció no importar a los italianos-, los orientales poco menos que ganan la copa al juego sucio.

Anteriormente al evento, como acontecería dos años después en los Juegos Olímpicos de Barcelona, la policía primero y luego los periódicos, habían creado ese clímax de las grandes ocasiones alertando sobre la posible venida de bandas de falsificadores internacionales, así como de lo más granado de cada casa: descuideros, terroristas, psicópatas, estafadores...

Por lo demás, desde que terminó el mundial de fútbol nada se ha sabido de ellos, aunque pudiera ser que ahora estén desvalijando pisos tras birlamos el coche e hipnotizarnos con «Tartufo».

A los ladrones pulcros y ocurrentes siempre sabremos reconocerles méritos, por mal que les pese a algunos. De otro modo no se entiende que sus andanzas hayan dado la vuelta al mundo y cautivado los corazones de personas amantes de la ley, pero no por ello ignorantes de la dificultad que entraña triunfar en cualquier trabajo.

ANTONIO ORTÍ

LAS MIL CARAS DEL MONSTRUO

«Nos juntábamos las noches de verano y contábamos historias de miedo»

Ocurrió hace unos años. Un chico llevaba a su novia a casa después de salir del cine. Cuando transitaban por el kilómetro cuatro de la carretera nacional 330 se quedaron sin gasolina. El chico cogió una botella que tenía guardada en el capó para un caso de emergencia como éste y se acercó a una gasolinera que hay a unos dos kilómetros. La chica se quedó en el coche, con las puertas cerradas por dentro y escuchando la radio, medio dormida. Unos minutos más tarde unos fuertes golpes en la ventanilla trasera del vehículo le sobresaltaron. Cuando se giró para ver qué ocurría, descubrió con horror que alguien golpeaba con la cabeza ensangrentada de su novio en el cristal...

JOSE LUIS
Alicante

Este cuento cruel, que los folkloristas norteamericanos denominan *The Boyfriend's Death (La muerte del novio)* forma parte de un ciclo de leyendas urbanas que llevan más de veinte años en el repertorio de relatos terroríficos de los adolescentes. Ajenas al paso del tiempo y a la influencia de lo que el escritor y crítico cinematográfico Carlos Aguilar denomina películas de terror «de discoteca», estas leyendas siguen contándose al pie de la letra en campamentos de verano, en el recreo y en fiestas juveniles.

Ello parece indicar que, por mucho que se diga lo contrario, los jóvenes se encargan a su manera de preservar una serie de relatos que podríamos calificar de tradicionales con toda justicia. Aunque pocos padres y educadores reconocerán el valor «formativo» de semejantes historias ultraviolentas, lo cierto es que constituyen una especie de prolongación realista, secreta, casi *underground*, de los relatos tradicionales homologados por los pedagogos.

Las versiones de que disponemos ubican la acción en escenarios tan dispares como el Túnel del Cadí, la playa de El Saler (Valencia) o el Valle de Arán, pero ninguna de ellas omite dos detalles clave: el coche se queda sin gasolina o se avería, y el novio, tras dejar desamparada a su chica, termina siempre decapitado.

Antes de analizar la «moralaja» que encierran ambas constantes, conviene que nos detengamos en la interesante difusión de esta leyenda.

Entre 1979 y 1982, Mark Glazer se dedicó a recopilar sobre el terreno las leyendas contemporáneas que se habían incorporado al folklore de la comunidad angloamericana residente en el sur de Texas. Así logró reunir veinte versiones de *La muerte del novio*, once de las cuales se ajustaban al esquema de los primeros ejemplos documentados de este relato, que recogió el folklorista Daniel Barnes en 1964 designándolos como del Tipo A. Hemos de señalar que por nuestra parte no hemos obtenido ni una sola versión de este tipo, lo cual parece sugerir que se trata de una leyenda inédita en España. [Si por fin llega a nuestros pagos, tal vez sea por obra de la mediocre película *Leyenda urbana* (1998) que se sirve de ella para escenificar un asesinato particularmente inverosímil.]

Los relatos del Tipo A contienen detalles que los emparentan con las versiones que reproducíamos más arriba, aunque el desenlace difiere considerablemente: una pareja se queda sin combustible en un lugar apartado, debajo de un árbol espléndido. El muchacho decide llegarse a una gasolinera próxima, tras aconsejar a su novia que permanezca en el coche y no abra la puerta a menos que oiga tres golpes y luego su nombre. No bien se queda sola empiezan a sonar ruidos inquietantes. (A veces pone la radio y se entera de que un loco peligroso se ha escapado de un manicomio cercano. Ana Belén Cerezuela, de Bilbao, e Isabel María, de Málaga, nos lo recuerdan en sus respectivos relatos.)

Por fin se queda dormida, hasta que tres golpes en el techo la despiertan bruscamente. Como no oye su nombre prefiere no abrir la puerta. Llega por último la policía. La chica les explica lo ocurrido. Le piden que salga del coche pero que no mire hacia atrás. (Detalle que recoge Jaione Olmos, de San Sebastián, en su versión de los hechos.) Como era de esperar, la chica no puede resistir a la tentación, y mientras se aleja del vehículo vuelve la cabeza, emulando a la mujer de Lot. Entonces ve a su novio ahorcado en el árbol, encima del coche. Los golpes los producía la sangre que goteaba de su cuerpo desgarrado. (En algunas variantes se oyen roces y crujidos en el techo, causados por los zapatos del cadáver. En otras, el novio aparece colgado del pie.)

Así concluían las once versiones del Tipo A. Lo que Mark Glazer no se imaginaba cuando emprendió su estudio, era que iba a encontrarse con nueve variantes inéditas hasta entonces de *La muerte del novio*. Estos relatos, que llamó del Tipo B, se habrían formado posteriormente pues el más antiguo databa de 1971. He aquí su argumento: Una pareja de novios (a veces un matrimonio) se queda sin gasolina. Mientras la mujer espera en el coche, ocurre lo siguiente: le arrojan un saco desde un vehículo en marcha; un individuo (o varios) deja el saco sobre el capó y se va; o bien un hombre golpea con él la ventanilla y finalmente lo abandona en el suelo. El saco lo abre la policía o la misma mujer, impelida por la curiosidad, descubriendo que contiene la cabeza de su compañero.

[Si sustituimos el saco por un paquete urgente, y la cabeza del novio por la de Gwyneth Paltrow, tendremos el comentadísimo desenlace de la película *Seven* (1997): otro caso flagrante de guionista que bebió de las fuentes del folclore.]

Dejando aparte el saco, que debió de perderse en algún punto del camino, está claro que los relatos del Tipo B coinciden a grandes rasgos con los que han llegado a España y otros países europeos.

En una versión italiana de la leyenda, recogida por Titta Cancellieri en su obra *E se capitasse a te?*, la cabeza cortada también aparece sin envoltorio. Lo mismo sucede en la variante que incluye Paul Smith en *The Book of Nasty Legends*: el asesino se sienta en el techo del coche y la hace rebotar como una pelota.

Al analizar el perfil lingüístico de las personas que le contaron versiones del Tipo B, Mark Glazer llega a una conclusión que no duda en calificar de «sorprendente» y que a nosotros nos parece de lo más interesante: la mayoría de ellos eran bilingües o hablaban solamente castellano. ¿Podría existir una línea directa entre las versiones del sur de Texas y las españolas? ¿Explicaría ello la ausencia de versiones del Tipo A en nuestro país? Dejamos la cuestión en el aire, pero valdría la pena investigarla.

En cuanto a la moraleja a que nos referíamos antes, la que propone Mark Glazer es de aplicación universal, pero nos parece que se adapta muy bien a la mentalidad hispana. En nuestra cultura, el tener coche y novia (o viceversa) son dos requisitos fundamentales para ingresar en el mundo de los adultos. A partir de entonces surgen nuevas obligaciones de índole caballeresca: ser galante con la doncella y tratar como Dios manda al automóvil (equivalente moderno de la montura).

El joven que vela por su coche y lo «alimenta» como es debido podrá cruzar velozmente los caminos oscuros donde acechan monstruos y gigantes. Pero si no le ofrece los cuidados necesarios, el coche se rebelará dejándole «tirado». Y si encima comete la torpeza de abandonar a su dama para ir a solventar el despiste, es lógico que reciba un castigo ejemplar. Su muerte por decapitación constituye un símbolo muy elocuente: si el novio pierde la cabeza es porque su «falta de cabeza» le ha llevado a perderla. Al enseñar su «trofeo» a la novia, golpeando con él la ventanilla, el asesino no hace sino remachar esta moraleja de un modo salvajemente expresivo.

Con un relato que nos remite Ainhoa, una informadora de Leioa (Euskadi) abrimos la segunda parte de esta antología de leyendas terroríficas. Se trata de otro clásico universal, del que el folklorista británico Paul Smith ha detectado antecedentes históricos que se remontan al siglo XVI, y que podríamos titular *La ciega y el perro lazarillo*:

Les voy a contar una historia que escuchaba de pequeña en mi pueblo de Extremadura (en Montehermoso, Cáceres). No sé si será cierta o no, supongo que es una historia para asustarnos cuando somos pequeños. Nos juntábamos las noches de verano y contábamos «historias de miedo»... Había una historia que trataba de una joven, ciega, que vivía sola con su perro lazarillo, un pastor alemán. La joven vivía cerca de un psiquiátrico; una noche, escuchando la radio, dijeron en el informativo que un loco se había escapado de allí.

Ella se acostó un poco asustada, pero su perro siempre dormía debajo de su cama. Ella dejaba la mano colgando y el perro se la lamía; así se tranquilizaba y se quedaba dormida. Esa noche se despertó por un ruido que venía de la cocina: toc, toc, toc; lo que sonaba era el grifo goteando, o sea que lo cerró bien, volvió a la cama, dejó la mano colgando y el perro se la lamió. A la mañana siguiente llamó a su perro, no aparecía. Avisó a sus vecinos para que la ayudasen a buscarlo. Al final lo encontraron debajo de la cama, descuartizado, con una nota que decía: «Los locos también sabemos lamer la mano».

Joan Amades y Andrew Lang, incansables folkloristas de «la vieja escuela», decían que el cuento tradicional podría compararse a un calidoscopio: del mismo modo en que la mezcla de unos pocos cristales produce infinidad de figuras, la combinación de un número reducido de episodios da lugar a una gran variedad de versiones.

Comparando el relato de nuestra narradora de Leioa con otras variantes que nos han llegado, vemos que las leyendas modernas también se rigen por este principio. Hay en él un préstamo de *La muerte del novio*: la noticia radiofónica que advierte de la fuga del loco. Este detalle es asimismo una constante de otra leyenda desconocida en España pero que goza de gran popularidad en los países anglosajones: una parejita oye por la radio del coche que un asesino manco, dotado de una prótesis en forma de garfio, ha huido de un manicomio situado en las inmediaciones del lugar recoleto donde se lo «están montando». A instancias de la chica, se marchan de allí a toda prisa. Luego descubrirán que se han salvado por los pelos, ya que un garfio ensangrentado cuelga del tirador de la portezuela.

El detalle del grifo goteando («toc, toc, toc») parece deberse a un lapsus de nuestra informadora, que no le atribuye su función narrativa «correcta»: insinuar que el perro lazarillo ya ha sido asesinado y se desangra lentamente. (De ahí que esconda su cadáver debajo de la cama porque no sabe muy bien qué hacer con él...) Jaione Salomé Olmos, de San Sebastián, se acuerda mejor del argumento:

(...) De pronto, una gota fría, como venida del cielo, comenzó a resbalar por su frente. Tras ella otra, y otra más, y luego más todavía. A pesar de lo raro del caso la niña se relajaba al notar los lametazos caninos. (...) Fue entonces cuando comprobaron que la cabeza del animal colgaba sangrante del techo, sobre la cabeza de su hija...

Sin embargo, otro lapsus memorístico la lleva a una conclusión «aceptable» pero muy personal:

...mientras un loco le lamía incesantemente la mano.

Otra vuelta de calidoscopio modifica el *modus moriendi* del perro e incrementa el número de víctimas. Lo vemos en una versión que nos envía Olalla Cociña, de Viveiro (Lugo), que termina así:

(...) Ya por la mañana, descubre horrorizada al perro estrangulado, junto a sus hermanos también asesinados y una nota que dice: «Los locos también sabemos lamer».

Semejante escabechina infantil se parece mucho a la que tiene lugar en otra leyenda muy popular en Estados Unidos pero inédita en España. Probablemente la recordarán los que hayan visto la película *Llama un extraño* (1980), donde se utilizaba en los primeros veinte minutos para crear una tensa atmósfera de suspense. Una «canguro» con tres criaturas a su cargo recibe continuamente las llamadas de un individuo que le pregunta si «ha ido a ver a los niños». Por último, la telefonista le da una noticia espeluznante (aunque técnicamente imposible): quienquiera que sea, la está llamando desde una extensión del piso superior, situada precisamente en la habitación de los niños. Cuando interviene la policía ya es demasiado tarde: el asesino ha hecho picadillo a las criaturas.

Una tercera vuelta de calidoscopio combina de nuevo los episodios, llevando a la ciegucecita a la tumba y cambiando de lugar la inscripción. Escribe M^a José Ruiz, de Málaga:

(...) Cuando los padres volvieron, encontraron a la hija muerta, junto al cadáver del perro, y en la pared, con sangre, había escrito: «Los asesinos también sabemos lamer».

Cabría preguntarse si la ceguera de la protagonista no será un añadido posterior, más bien redundante, puesto que la acción transcurre siempre en un dormitorio oscuro. A juzgar por los cuatro siglos largos que lleva circulando esta leyenda, existe alguna posibilidad de que la pequeña invidente sea hija de dos películas muy taquilleras en su momento: *Sola en la oscuridad* (1967) y *Terror ciego* (1971). Ambas partían de la misma premisa: mujer ciega sometida al acoso implacable de un asesino.

La próxima leyenda de la serie parece derivar de la anterior, pero lo contrario también sería posible. Lo que está claro es que el desenlace de ambas se apoya en el mismo golpe de efecto: el

asesino que deja una nota. Nos la remite María José Ayllón, de Granada. El título, *La muerte de la amiga*, es de Jan Brunvand:

Hace unos dos años, en Granada capital, ocurrió un asesinato que llamó mucho la atención. Fue en un piso de estudiantes, donde vivían cuatro chicas. Una noche, dos de las chicas se fueron a sus respectivos pueblos ya que era viernes, para pasar el fin de semana. Las otras dos se quedaron en el piso. Una de ellas decidió irse a dormir al piso de una compañera de clase. Se fue dejando a la otra sola en la vivienda.

Por la noche, la que se había ido a dormir fuera se dio cuenta de que no tenía pijama y volvió al piso a recogerlo. Fue a su habitación y no encendió la luz para no «despertar» a su compañera. Cogió el pijama que estaba en el armario y se fue de nuevo.

A la mañana siguiente, cuando volvió, se dio cuenta de que la policía estaba en el piso y que los vecinos llenaban el pasillo. Se asustó mucho porque no sabía qué había pasado.

Se dirigió a su habitación y vio que un «cuerpo» se encontraba en el suelo tapado con una sábana. ¡Era un cadáver! ¡Su amiga había muerto! ¿Cómo?

Se puso muy nerviosa, un montón de preguntas se atropellaban en su mente y no encontraba ninguna respuesta.

La noche antes un ladrón había entrado en el piso y, estando la chica sola, la mató después de robarle el dinero que tenía.

Cuando la chica protagonista fue al piso a recoger el pijama, el ladrón se encontraba en su habitación y ya había asesinado a su compañera. Dicho hombre dejó escrito en el espejo de la habitación, con pintalabios rojo: «SUERTE QUE NO ENCENDISTE LA LUZ».

La frase escrita con pintalabios rojo en el espejo tampoco es exclusiva de este relato, sino un motivo recurrente en algunas versiones de las leyendas que analizamos en el capítulo *Bienvenidos al mundo del sida*.

¿A qué se debe que los «curtidos» adolescentes de hoy sigan contando esos viejos cuentos de terror químicamente puro?

Pongámonos en su lugar. Remontémonos a la época en que creíamos realmente que Verónica (alias Mary Worth en Estados Unidos) podía aparecerse en el espejo.

De pequeña me horrorizaba la historia de Verónica, una niña que murió apuñalada con unas tijeras, a manos de sus padres -confiesa Ernestina García, residente en un pueblo de la provincia de Málaga-. Se contaba que, si a las doce de la noche, repetías tres veces su nombre, enfrente del espejo, con velas encendidas y unas tijeras, Verónica se te aparecía. Me daba tanto miedo que nunca llegué a practicarlo.

Tal vez nunca llegara a practicarse el ritual, ni tampoco se entrara en la casa embrujada (bastaba echar un vistazo a las ventanas oscuras para comprender que sí entrabas allí ya no saldrías jamás). Al igual que en los antiguos ritos de paso, la clave consistía en «morirse de miedo» para superar el miedo a morirse de miedo.

Oír estos relatos por primera vez, a los doce o trece años, implica experimentar en compañía el terror que hasta entonces padecías a solas en plena noche: un terror impreciso y agobiante que estas leyendas reflejan a la perfección. No bien se comprende que este terror no «mata» sino que puede ser «constructivo», se dan los primeros pasos para dominarlo.

A partir de este momento, uno se convierte a su vez en narrador, adquiriendo el poder de convertir el miedo en un fenómeno estético, del que incluso se puede gozar. He aquí la función «formativa» de las leyendas de terror y el motivo por el cual nunca morirán.

JOSEP SAMPERE

Calcomanías con LSD

En Londres, y en varias capitales de Inglaterra, los directores de cinemas han sido advertidos contra posibles ataques a los espectadores, pues varias personas provistas de jeringas hipodérmicas conteniendo drogas ponían inyecciones a las mujeres que tenían al lado valiéndose de su descuido en la oscuridad de la sala.

El vicio secreto de la droga busca por este medio imprevisto el hacer prosélitos, el dar a probar por este procedimiento viperino una dosis de paraíso artificial que puede producir un secuaz. Ante la voluptuosidad inoculada irremediabilmente buscan esos inyectadores solapados nuevas parejas para esa nueva religión oscura y apremiante.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

«Automoribundia»

Las calcomanías Blue Star. Me enteré a través de unas fotocopias (miles de veces reproducidas, a juzgar por su calidad) que repartían a las puertas de mi colegio. Avisaban a los niños de que no comprarán ni aceptarán de extraños unas calcomanías conocidas como Blue Star, fácilmente reconocibles por sus colores azulados. Tenían formas divertidas y atrayentes para los niños, como por ejemplo mariposas. Según las fotocopias, al entrar en contacto con la piel, liberaban LSD. Se hacía para que los niños cogieran adicción a las drogas desde pequeños. Estas fotocopias eran repartidas de vez en cuando.

RODRIGO ORDÓÑEZ

LEIOA (EUSKADI)

Quiso el destino que hacia finales de julio del presente año (1999), dos fotocopias como las descritas cayeran en nuestras manos procedentes de las comandancias de la Guardia Civil de Ciudad Real y León. Una nota adjunta contenía el siguiente fragmento de prosa policial:

ASUNTO: TATUAJE (*sic*) IMPREGNADO EN ESTUPEFACIENTE

Por comunicaciones dimanantes de la 7ª Zona y de las comandancias de Ciudad Real y León, se tiene conocimiento de la posible existencia de un tipo de tatuaje impregnado el (*sic*) LSD, denominado «estrella azul», que pudiera estar siendo vendido a los niños en los colegios.

A su vez también han sido detectados los panfletos (*sic*) en las localidades de Sant Joan Despí (B) y Mataró (B).

Dicha información se ha conocido a través de panfletos que advierten a la población del peligro del uso del tatuaje, difundiendo sus características para poder ser identificados (*sic*).

Los panfletos son de dos tipos, de los que se adjunta copia, apareciendo en uno de ellos emblemas de la Guardia Civil y un llamamiento a la colaboración ciudadana con el Cuerpo, no habiendo tomado parte ninguna Unidad del mismo en su confección.

Hasta el día de la fecha, no se tiene constancia de la veracidad de la noticia y no ha sido detectado ninguno de estos tatuajes. Siendo conveniente que se preste especial atención a la posible existencia y distribución de los mismos, ante la alarma social que la divulgación de los panfletos está causando. Caso de ser detectados tales tatuajes o los panfletos se informará al COS de esta Comandancia.

El primer «panfleto» está encabezado con una súplica patética, escrita en cuerpo 20 y negrita: «LÉEME POR FAVOR». El texto dice así:

LLAMADA DE ATENCIÓN PARA LOS PADRES

Un tipo de tatuaje llamado «estrella azul» está siendo vendido en los colegios a los niños. Su forma es de una pequeña pieza de papel que contiene una estrella azul. Tiene el tamaño de una goma

de borrar y ésta (*sic*) impregnada de LSD. La droga es absorbida a través de la piel simplemente manoseando el papel. También hay tatuajes de colores brillantes que parecen sellos de correos y contienen imágenes de: SUPERMAN, MICKEY MOUSE, PAYASOS, MARIPOSAS, DIBUJOS DISNEY, BART SIMPSON, MARIPOSAS. Cada uno está envuelto en papel de aluminio de forma atractiva para los niños/jóvenes. ESTÁN LLENOS DE DROGA. Son conocidos por reaccionar rápidamente estando algunos de ellos llenos de estricnina. Esta es una nueva forma de venta de LSD, y en definitiva de crear nuevos adictos. Por favor comenten esto con los niños, jóvenes, etc. Sobre la peligrosidad de este tipo de tatuajes.

El segundo «panfleto», en el que figuran dos emblemas de la Guardia Civil, dice exactamente lo mismo, pero en mayúsculas y enmarcado. Un añadido a pie de página reza: «Si observan algo, pónganlo en conocimiento». Junto a él hay un número de teléfono: el 062.

Como aquellas cartas amenazadoras que exigen ser copiadas tres veces y enviadas a otros tantos destinatarios, el «panfleto» siguió circulando irrefrenablemente y llegó incluso a la prensa. El 29 de Julio de 1999, el diario *La Mañana*, uno de los más importantes de Lleida, abrió su portada con el siguiente titular: «Bando en Guissona al detectarse el uso de LSD en calcomanías». En la página 24, un redactor anónimo copiaba literalmente el texto del «panfleto» añadiendo alguna precisión indispensable (por ejemplo: «impregnados de LSD, una droga») y señalando que se había distribuido en forma de cartel por los establecimientos y locales públicos de Guissona. El artículo concluía en términos parecidos a los de la nota de la Guardia Civil: «Los Mossos d'Esquadra indicaron que no les consta ninguna denuncia formal sobre este problema, que ha suscitado la preocupación del consistorio de Guissona».

El día 30 de julio la página 25 de *La Mañana* informaba que el bando de los «tatuajes» con LSD había sido retirado.

La decisión se ha tomado -decía el periódico- por la alarma social que ha generado el bando municipal y debido a que la Guardia Civil ordenó ayer la retirada inmediata del comunicado, según una nota hecha pública por el alcalde de la ciudad, Josep Cosconeua.

El alcalde explicó que el bando se elaboró porque el pasado 22 de julio un miembro de la Guardia Civil, conocido en la población, aportó un folleto en el que se advertía de la posible existencia de tatuajes impregnados de droga, por lo que el agente sugirió que se distribuyera por los lugares públicos.

El consistorio tradujo la información al catalán y colgó el cartel en tabloneros de anuncios, en las escuelas, en la guardería y los comercios.

El uso del término «tatuaje» y la responsabilidad de un agente de la Guardia Civil en la distribución del folleto indica a las claras que se trataba de una copia del que reproducíamos más arriba, expedido por las comandancias de Ciudad Real y León.

Finalmente, en su número del 30 de junio, otro de los diarios más importantes de Lleida, *El Segre*, ponía las drogas en su sitio con la siguiente aclaración: «Los rumores sobre la existencia de estas calcomanías corren cada verano y son desmentidos por las fuentes oficiales, que también esta vez negaron su existencia».

En efecto, estas fotocopias que alertan de la peligrosidad de ciertas calcomanías imaginarias (y no «tatuajes») impregnadas de LSD, constituyen un ejemplo clásico de lo que los folkloristas, desde hace muchos veranos, denominan «xeroxlore», o «folklore en fotocopia». Los adelantos en materia de transmisión de datos han ampliado el concepto con otros dos neologismos, que aluden a sendos métodos para invadir el planeta con cualquier documento dudoso en un abrir y cerrar de ojos: el «faxlore» y el «netlore».

Por muy modernas que sean las vías de difusión, los mensajes distribuidos apenas difieren de las cartas «en cadena» que mencionábamos antes. La única distinción estriba en los motivos de quienes muerden el anzuelo y se toman la molestia de copiarlas. Si antes obraban por un vago temor supersticioso, ahora se dejan llevar por un miedo impreciso que les impulsa a no «romper la cadena» (aunque duden de ella) para evitar con su gesto «solidario» una posible epidemia de corrupción infantil.

Como señala Jean-Bruno Renard en el capítulo *Les décalcomanies au LSD* de su obra *Légendes urbaines*, escrita en colaboración con Véronique Champion-Vincent, todas las variantes de las fotocopias difundidas mundialmente son traducciones de octavillas norteamericanas que ya circulaban en 1987 por Estados Unidos y Canadá. Estas, a su vez, derivan de otra octavilla que data de 1981, en la que no se mencionaban estrellas azules, mariposas, ni payasos. En ella aparecía un tosco dibujo de Mickey Mouse vestido de «aprendiz de brujo», como en la película *Fantasia* (1940), acompañado del consabido mensaje. La distribución de unas y otras ha provocado regularmente, como veíamos más arriba, pequeños brotes de histeria colectiva en incontables puntos del planeta, y todo parece indicar que seguirá provocándolos.

Vincular el LSD con las calcomanías podría tener su origen en una asociación de ideas errónea. Es bien sabido que el «ácido» suele recogerse en hojas de papel secante, de las que se van cortando minúsculas porciones para su venta. En general, estas hojas llevan estampado repetidamente un dibujo -Mickey Mouse, Snoopy, E.T., Bart Simpson, *estrellas azules*, etc-, con el que se indica la cantidad y posición de las dosis. La misma práctica han adoptado los fabricantes de drogas sintéticas, quienes suelen grabar en sus pastillas una infinidad de «logotipos» caprichosos, entre los que también figura el ratón Mickey e incluso Popeye.

La utilización de personajes de la cultura infantil y juvenil en el mundo de las drogas pudiera ser una reminiscencia del uso contra-cultural que se dio a la película *Fantasia*, de Walt Disney, a raíz de su reestreno en los años setenta. Se decía que los psiconautas de aquella época solían ir a verla bajo los efectos de la marihuana o el «ácido» a fin de explotar al máximo el poder alucinógeno de sus imágenes, un auténtico delirio pirotécnico, cuyo hilo conductor era la representación visual de la música clásica.

Sin embargo, los ciudadanos de orden llegaron a conclusiones muy distintas. En su opinión, un papel -secante o no- con un dibujo impreso *era* una calcomanía, y si *era* una calcomanía debía de ir destinada a los niños, porque de lo contrario, ¿a qué venía poner dibujos atractivos para los niños en las drogas, si no era para convertirlos en adictos desde su más tierna infancia? Este obtuso razonamiento dejaba de lado dos hechos fundamentales: en primer lugar, el papel impermeable de las verdaderas calcomanías no podía absorber ninguna droga porque carecía de porosidad, a diferencia del papel secante o los terrones de azúcar. Y en segundo lugar, el LSD no es una droga adictiva como la mayoría de narcóticos y estimulantes.

Aun así, las tergiversaciones continuaron y se fueron perpetuando tenazmente en las infames octavillas. Las versiones que reproducían el texto completo señalaban que la droga pasaba inmediatamente a la sangre cuando entraba en contacto con la saliva «al lamer las calcomanías». Esta frase ha sido eliminada de las variantes actuales, tal vez porque alguien reparó en que los niños saben perfectamente que no deben lamer las calcomanías, porque se les pegarían en la lengua, sino que basta aplicarlas sobre la piel y humedecerlas con agua. La frase que se ha conservado afirma algo todavía más absurdo: «La droga es absorbida a través de la piel simplemente manoseando el papel».

La creencia falsa de que una droga puede penetrar en la sangre a través de los poros, tiene su antecedente más directo en un rumor de los años sesenta, recogido en la obra *Vraies ou fausses? Les rumeurs* según el cual el cantante de rock Jimmy Hendrix se colocaba píldoras de LSD debajo de la cinta que llevaba alrededor de la cabeza para que la droga fuera penetrando en su organismo durante el concierto al mezclarse con el sudor. Esta idea carece de base médica: una droga -o el bacilo del tétanos- no puede pasar al torrente sanguíneo por vía cutánea a menos que exista una herida en la piel.

La última advertencia es la más horripilante de todas, pues afirma que algunas calcomanías están «llenas de estricnina».

En este caso la octavilla -fiel como siempre a la verdad-, recoge atolondradamente un rumor que nada tiene que ver con el «ácido», sino que forma parte de la subcultura de la heroína. Dicho rumor, difundido a escala mundial, asegura que existen partidas de esta droga adulteradas con estricnina, veneno sumamente mortífero. Huelga decir que envenenar las drogas -o repartirlas gratis con vistas a una futura amortización- supondría para los traficantes la quiebra inmediata de su negocio, con lo cual esta última advertencia cae por su propio peso.

Con ánimo de averiguar si, a pesar de todo, se había dado algún caso de distribución de algo parecido a calcomanías trucadas en las escuelas, nos pusimos en contacto con José Vázquez, portavoz de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona. Según su testimonio, jamás se habían producido

denuncias de este tipo. Todas las supuestas alegaciones al respecto provenían de simples rumores que contaban algunos padres mientras esperaban la salida de los niños del colegio. En su opinión, los relatos acerca de supuestas calcomanías impregnadas de droga llegaron a su auge hacia 1984, coincidiendo con las muertes por heroína adulterada que saltaron a las crónicas de sucesos. Lo cual, como apuntábamos antes, explicaría la mención de la estricnina en las octavillas.

Sea como fuere, demostrar la falsedad de esta leyenda nunca ha servido para erradicarla. Su aparente verosimilitud se ve reforzada por las frecuentes noticias relativas a la incautación de alijos de droga ocultos en lugares insólitos: bombones, latas de conserva, etc. El motivo de su reaparición cíclica pudiera deberse al estado de alarma social que crean regularmente las campañas prohibicionistas, con su lacrimógena insistencia en la protección de los jóvenes contra el fantasma de la droga. Es muy significativo, por otro lado, que las octavillas en cuestión no circulen de mano en mano entre las personas menos cultivadas, sino que aparezcan a menudo en los tablones de anuncios de escuelas y ambulatorios. Esto demostraría que los guardianes de la educación y la salud se sienten aludidos, por el papel que desempeñan en la formación de ciudadanos ortodoxos, y se valen de una excusa idónea para clamar de nuevo contra las amenazas de la droga.

El tema del veneno oculto en un objeto inocente tiene precedentes tan ilustres como la manzana de Blancanieves (relato que, curiosamente, también llevó Walt Disney al cine...). Lo mismo podría decirse del individuo sin rostro capaz de preparar con sus propias manos toda clase de cebos con los que corromper a las criaturas.

Tradicionalmente llamado «el hombre de los caramelos», o «el hombre del saco», este personaje había ido perdiendo facultades hasta que adoptó atributos más acordes con los nuevos tiempos y pasó a llamarse «traficante de drogas».

Poca diferencia hay entre ambos espantajos: su único propósito continúa siendo llenar de angustia a padres e hijos. Su rastro contaminante no emponzoña tan sólo las calcomanías de los niños, sino también otro objeto de uso cotidiano entre los adultos: los billetes de banco. Edgar Vega nos cuenta un rumor que ilustra gráficamente la tremebunda metáfora del «dinero manchado de sangre de la droga», y que también recogía un programa reciente de *La noche temútica*: todos los billetes de dólar que circulan por el mundo tienen rastros de cocaína. Por si esto fuera poco, los ingleses han empezado a «detectar» el mismo polvillo en sus libras esterlinas, como (des)informaba cumplidamente el programa *La 2 Noticias* del 6 de octubre de 1999.

Era de suponer que la agonizante peseta no tardaría en entrar a formar parte de la lista de billetes adictivos. Efectivamente, en noviembre del mismo año, varios informativos citaban un estudio (!) según el cual el 80 % de los billetes de 5.000 y 10.000 pesetas registraban rastros de cocaína, cosa que demostraría el gran poder adquisitivo de los consumidores de dicha sustancia (!!). Nuevamente, los medios de comunicación desempeñaban su papel de portavoces involuntarios de rancios temas folklóricos. Esta vez, sin embargo, difundían un rumor que, si bien se mira, parece combinar metafóricamente dos cuestiones que, al decir de algunos, definen la Europa actual: el pensamiento único y la moneda única.

Por otro lado, esta noticia apócrifa no parece un simple cuento admonitorio inspirado en la práctica habitual de «esnifar» la droga mediante billetes enrollados. Diríase que refleja simbólicamente la «suciedad» moral de las personas que se los intercambian (consumidores y traficantes). Las manos de éstos (como la frente de Caín) estarían manchadas de restos indelebles de droga que impregnarían los billetes y contaminarían a los ciudadanos indefensos.

Volviendo al mundo de la infancia, no hay peor pesadilla para los padres, ni se concibe peor crueldad que dar un «dulce envenenado» a las criaturas. Tanto es así que en Estados Unidos circula el rumor de que algunos perturbados, durante la noche de Halloween, introducen hojas de afeitar en las manzanas o envenenan los caramelos que regalan a los pequeños. En sus *Ensayos sobre la cultura popular española*, Julio Caro Baroja menciona un equivalente nacional situado en tiempos de la República:

Corrió por varias capitales de España la noticia -cuenta el eminente estudioso- de que gente de Religión había dado unos caramelos envenenados a unos niños, no recuerdo bien con qué malévolos fines.

Acto seguido no duda en afirmar que el «bulo» del veneno se viene repitiendo desde antiguo, *aunque cambien los acusados o el designio del mismo*.

Porque si se dio en nuestra época en la España de izquierdas -prosigue don Julio-, antes se dio en Madrid entre las llamadas masas liberales, con motivo del cólera de 1834, que ocasionó la famosa matanza de frailes, habiendo incluso hombres de letras como Gallardo, que creyeron en el envenenamiento.

Tras estas palabras, parece oportuno concluir con la siguiente versión que nos envía la malagueña M^a Ángeles Martín, saludablemente desmitificadora y sarcástica:

Muchas veces he oído hablar de los caramelos envenenados en las puertas de los colegios. Yo estaba en 3º, salíamos del colegio y un señor muy simpático te daba un caramelo y te pegaba una pegatina del PSOE en el pecho. Una mujer que se encontraba allí comenzó a gritar como loca diciendo que esos caramelos contenían droga. Nadie se atrevió a cogerlos, menos los que siempre aprovechaban las buenas ocasiones y decían «eso no es verdad, la droga no existe» (hay que matizar, teníamos nueve años). Más tarde me di cuenta, con el paso del tiempo, de que esa mujer era del PP.

JOSEP SAMPERE

Satanás, rey del rock and roll

Así como todo policía es un criminal y todos los pecadores son santos, así como la cara es la cruz, llamadme, simplemente, Lucifer porque necesito cierta moderación

ROLLING STONES
Sympathy for the Devil

Que el diablo acecha en cada esquina es bien sabido por todos aquellos que salieron a comprar tabaco y todavía no han vuelto. Pero que adopte la faz precisa de un disco y pueda salir de su círculo eterno para raptar voluntades es algo que sorprende por lo nuevo.

No analizaremos aquí si una doctrina que se expande es porque así lo quiere el cielo, como sostenía Confucio; simplemente apuntaremos que desde que los profetas aventuran que el hombre tiene otra misión en el mundo que brotar y languidecer como las plantas, la figura del demonio se hace tan necesaria como los espejos.

La sombra de Satanás y su afición por los disfraces está muy presente en la historia del cristianismo. Tal vez por ello, el *Dhammapada* recomiende, para obtener el liberación, sacudirse el doble yugo del Bien y del Mal. Desde otra atalaya, se designa con «tzimtum» uno de los conceptos mayores de la Cábala. Al respecto, para que el mundo existiera, Dios, que era todo y estaba en todas partes, consintió en encogerse, en dejar un espacio vacío, que no estuviera habitado por él y fue precisamente en ese «agujero» donde se creó el mundo. Sin embargo, debió de distraerse en algún momento y permitir que el mal se colase, «imperfección» que llevaría a la humanidad en siglos posteriores a contemplar la existencia desde una doble óptica.

Pero nunca hasta ahora la debilidad de Belcebú por travestirse había alcanzado la sofisticación de los camaleones, como atestigua la leyenda que trataremos en este capítulo y que argumenta que cuando ciertos discos se escuchan en sentido inverso al original liberan mensajes satánicos. Empezaremos, pues, por el final.

Gloria Trevi, la exuberante cantante mexicana, se encuentra en paradero desconocido. Se le recrimina ser una emisaria al maligno y «embujar» a los cinco millones de adolescentes que compraron sus discos. En uno de ellos -*Tu ángel de la guarda* (1991)- un seguidor de la cantante escuchó el vinilo al revés y oyó un mensaje nítido y perverso: «¡Castigado!», «¡Lo hicistes mal!», «¡Debes obedecer!». Los susurros diabólicos correspondían a un hombre y una mujer que daban ordenes y regañaban. Otro tanto sucedía en la balada «Mañana» incluida en el LP *Qué hago aquí* (1994) que, al reproducirse en sentido inverso, desvelaba otro mensaje demoníaco: «Hoy por sexo te das».

Según informaba la prensa mexicana en agosto de 1999, el muchacho que descubrió el infame karaoke del que se servía Trevi para reclutar a sus acólitos, obró movido por «la casualidad, el juego o la curiosidad». A decir verdad, al menos la hipótesis de la casualidad puede descartarse de plano.

Desde comienzos del siglo XX, adalides de la recta moral vienen pregonando que Satán, Lucifer, Belcebú y Mefistófeles utilizan el rock para captar a nuevos adeptos. Al menos disponemos de una decena de libros que así lo atestiguan e incluso de una casete editada por Golden Temple que recoge los grandes *hits* en materia satánica. En lo más alto del *ranking* destaca con oscuridad propia el *Himno al Imperio Satanico*, de Anton La Vey, una arenga demoníaca con timbales y campanas invertidas que evoca vagamente al grupo californiano *The Residents*, mientras que el segundo puesto de la lista lo ocupa por derecho propio *Power*, un monólogo gutural del conocido brujo Aleister Crowley al que acompaña un piano de ultratumba.

A pesar de que en el siglo XIX el compositor Nicolo Paganini fue acusado de vender su violín al diablo, el auténtico interés de Satanás por la música se remonta a 1911, cuando nace fruto de una relación ilegítima Robert Lee Johnson, el que luego será considerado el inventor del blues.

En los polvorientos cruces de caminos rurales que bordean arrozales y plantaciones de algodón -indica Jota Martínez Galiana en *Satanismo y brujería en el rock-*, recios jornaleros negros cantan los espirituales aprendidos de sus antepasados para hacer más llevadero su trabajo bajo el sol. Allí, rodeado de lóbregos pantanos, aprende a tocar la guitarra Robert Johnson. Su estilo es tan excitante que pronto su fama llega hasta Willie Brown y Son House, dos reputados *bluesmen* para lo que toca en 1932. Al oírlo por primera vez House exclama: «Ha debido vender el alma al diablo para tocar de esa manera».

Nace así la leyenda de Robert Johnson que él mismo tiene a gala propagar al componer *Me and the Devil blues* («Blues de mí y del diablo»). La canción, muy explícita, comienza así: «Esta mañana, temprano, llamaste a mi puerta y yo dije “Hola, Satán, creo que es hora de irse”», para concluir con «Voy a pegarle a mi mujer hasta quedar satisfecho ».

Según corre de boca a oreja, Johnson se cita con Belcebú en un cruce de caminos y sella a medianoche un curioso pacto: tocar la guitarra como nadie a cambio de difundir entre la juventud el ideario de Lucifer: alcohol, juegos y mujeres de mala reputación.

Robert Johnson cumple con creces las expectativas de Satán -sobre todo en lo relativo al alcohol-, sin que éste, tal vez celoso de su discípulo, haga nada por evitar su muerte a la edad de 27 años. No obstante, consigue que algunos adolescentes blancos se interesen por su música y olviden los azucarados aleluyas de los pastores anglicanos. El triunfo de la Bestia está ya cercano: el rock and roll, «el blues de los blancos», va a llevar muy pronto a que se cumpla un viejo dicho: «En cuanto uno empieza a desear cae bajo la jurisdicción del demonio».

Pero tal vez convenga remontarse a siglos anteriores y observar cuál había sido la vida del diablo hasta su repentina pasión por el baile. Mientras en la Biblia las referencias al infierno remiten a un lugar físico, en el Nuevo Testamento el averno comienza a relacionarse con un estado mental de los pecadores. Los griegos, por ejemplo, llamaban Hades a un reino subterráneo gobernado por un rey del mismo nombre, al que era condenado el espíritu del pecador. Este, después de ser juzgado por Minos, Eaco y Radamanto, debía cruzar el río Estigia en la barca del viejo Caronte con un óbolo en la boca, en un viaje hasta un tormento sin fin.

A su vez, los romanos situaban al infierno debajo del lago Averno, en la campiña de Roma, donde debido a los pestilentes vapores, los pájaros que sobrevolaban el paraje caían muertos en el acto. Según el *Diccionario de Mitología* de J. F. Noël, el purgatorio romano estaba dividido en siete reinos subterráneos: «El primero encerraba a los niños muertos antes de nacer, el segundo a los condenados a muerte. El tercero a los suicidas. El cuarto, llamado Campo de Lágrimas, a los amantes perjuros y a los amantes desgraciados. El quinto a los héroes cuya crueldad había oscurecido el valor, como Tydeo, Partenopeo y Adrasto. El sexto era el Tártaro y el séptimo era, en fin, los Campos Elíseos».

Pero más importante que conocer el emplazamiento exacto del reino del Príncipe de las Tinieblas, tal vez sea averiguar cuándo su «ideología» ejerce mayor atracción en sus pupilos.

La Edad Media es, en este sentido, un período clave. Por aquel entonces la Iglesia y el Estado procrean por doquier demonios imaginarios con forma humana. Tras aplastar todas las herejías existentes, la Santa Inquisición inventa una nueva herejía con una base tan amplia que el suministro de víctimas se torne inagotable: los brujos y las brujas, seres, en apariencia normales, que satisfacen las pasiones profundas que descuida una sociedad austera.

Es entonces cuando más crece el culto al demonio, tal vez como un resentimiento inconsciente contra el cristianismo por ser una religión tan estricta o contra Cristo por ser un conductor tan rígido. El caso es que el diablo comienza a convertirse en un estandarte de libertad para los desposeídos, para todos aquellos que discrepan de un Dios sanguinario e inmisericorde.

Salvando las distancias -que son muchas-, algo parecido puede decirse del momento histórico en que el rock sella su alianza con Satán. La acción transcurre en el *deep South* -en el profundo surestadounidense, en Tennessee, Arkansas y Alabama, lugares en los que se predica con un Colt 45 y una pala. Al margen de diferencias formales -los inquisidores ahora llevan sombrero de ala ancha y camisa a cuadros, en lugar de sotana y crucifijo-, el aprecio por los usos y costumbres del medievo goza aquí de temible jurisdicción.

A pesar de que durante esta investigación hemos recibido testimonios de toda España en los que se nos informa que si se escucha un disco en sentido inverso se corre el peligro de sufrir la verborrea de

Belcebú -y más si uno se tropieza con grupos como The Cramps, Led Zeppelin o Black Sabbath- el origen de esta leyenda urbana es genuinamente norteamericano.

Tanto es así que, desde un punto de vista estrictamente antropológico, la principal aportación de Gloria Trevi a esta larga saga de nombres ilustres -Beatles, Rolling Stones e incluso los propios Eagles, aunque parezca increíble- es que el Maligno por primera vez en la historia del rock satánico se digna a cantar en español.

La única objeción -y que nos excuse- es que no se le entiende nada. Pero para explicar por qué Satanás canta tan endiabladamente mal que no hay dos personas en el mundo que oigan el mismo mensaje -salvo que estén realmente poseídas- hay que referirse a dos fenómenos anteriores: los bifrontes y la publicidad subliminal.

Según explica Màrius Serra en su *Manual d'enigmística*, se denomina bifronte -«que tiene dos caras»- a una palabra o frase que puede leerse en ambos sentidos con significado pleno. Cuando ambas lecturas coinciden el bifronte es también un palíndromo. Al respecto, el ejemplo más manido de bifronte es el que relaciona la capital italiana con el sentimiento más deseado -Roma/amor.

El origen del bifronte se remonta al siglo VI a. de C. cuando Sótades, un poeta cortesano que vivió en la época de la Biblioteca de Alejandría y, por lo demás, casado incestuosamente con su hermana Arsinoe, nos legó -más a través de las referencias de ciertos autores, caso de Plutarco, que de la obra propia, de la que no hay testimonios- la leyenda de que fue el inventor de los versos retrógrados o sotádicos.

Según nos ha llegado, Sótades escribía versos al rey Ptolomeo Filadelf que cuando se recitaban de izquierda a derecha eran laudatorios, pero que en sentido contrario encubrían chanzas y comentarios satíricos. Al apercibirse de ello, el rey Ptolomeo, que no se caracterizaba por su sentido del humor, encerró a Sótades en un cofre de bronce y sin mayor dilación, lo lanzó al mar Egeo.

Tal vez Sótades tuviera algo que ver con que durante la Edad Media el diablo pasara a recibir el nombre de Deus Inversus. Como anotaría René Laban al escribir en 1985 *Música rock y satanismo*, un oscuro manual que se cerraba con un dibujo de Albert Einstein sacando la lengua y la pregunta «¿Hemos hecho la obra del diablo?», esto aclararía que artistas como Nina Hagen irrumpían en el escenario con cruces invertidas o que el nombre de Black Sabbath se lea en algunos grafitis en sentido cambiado.

No sin razón -explicaba Laban- la expresión *free yourself -¡libérate!*- aparece en un gran número de temas de música rock. Nos encontramos, pues, con lo que pudiéramos calificar como el «reverso» del materialismo, de su consecuencia lógica y previsible a la vez que su complemento y consumación: la desintegración que, a todos los niveles, vivimos desde 1945.

Satán, cualquiera que sea la forma que pueda revestir, no es sino la resolución metafísica del espíritu de la negación y de la subversión, por una parte, y, por otra -continuaba un Laban extasiado-, lo que encarna en el mundo terrestre a lo que conocemos como «contra-iniciación» y que conduce forzosamente a lo infrahumano. Sí en la iniciación se transmite una semilla de luz, en la «contra-iniciación» lo que se siembran son tinieblas.

Esta oscura labranza tiene su principal granero en la adolescencia, tal y como denota la leyenda que nos envía Marta Costa desde Bellaterra (Barcelona): Si a las doce de una noche de luna llena rezas un Padrenuestro al revés y pones la mano debajo del colchón el diablo te la coge.

Por lo que se refiere a la publicidad subliminal, su repercusión en la mala dicción de Satanás no admite lugar a dudas. Su primer apóstol es James Vicary; un psicólogo que adopta el término para referirse a ciertos estímulos que funcionan por debajo del umbral consciente de percepción.

Según cuenta Vance Packard en su obra *The Hidden Persuaders*, Vicary lleva a cabo en 1950 varios experimentos sobre los hábitos de compra de los norteamericanos, en un momento en que los supermercados comienzan a introducir el régimen de autoservicio.

Pues bien, Vicary descubre que el índice de parpadeos de las mujeres desciende significativamente en los supermercados. También que la «primavera psicológica» dura el doble que el «invierno psicológico» e incluso que la experiencia de una mujer preparando un pastel guarda un raro parecido -que no abordaremos aquí- con el momento del parto.

Como es de suponer, los desvelos de Vicary pasan completamente inadvertidos hasta que en el verano de 1957 apadrina un experimento en el cine Ft. Lee de Nueva Jersey. Se trata de colocar un taquiscopio en la cabina de proyección y de ir insertando dos mensajes cada cinco segundos mientras se proyecta la película *Picnic*. Los fotogramas sólo son visibles durante una tresmilésima de segundo y actúan muy por debajo de la percepción consciente del público. Las sugerencias imperceptibles se resumen en dos: «Bebe Coca-Cola» y «¿Tienes hambre? Come palomitas». Sorprendentemente, Vicary registra un aumento del 18,1 % en el consumo de la bebida refrescante y un 57,8 % en el de palomitas de maíz, con lo que algunos consumidores comienzan a reparar en que tal vez se les está incitando a comprar artículos no deseados.

Durante más de cuarenta años se mantiene esta leyenda. Tanto es así, que la Comisión Federal de Comunicaciones de Estados Unidos prohíbe en 1974 la publicidad subliminal en radio y televisión, muy a pesar de que ningún estudio posterior a 1957 puede ratificar su eficacia.

Por aquel entonces James Vicary está a punto de ser acusado de falsedad. Ocurre cuando el presidente de la Asociación de Psicólogos, el doctor Henry Lynk, lo desafía a repetir el experimento y descubre que no se aprecia ningún incremento sustancial en las ventas de Coca-Cola y de palomitas. Humillado, Vicary confiesa haber falsificado los resultados.

El relevo de Vicary lo toma Wilson B. Key que reemprende sus desvelos allí donde éste los había dejado. En *Sedución subliminal* Key argumenta que los anuncios modernos están repletos de mensajes y símbolos ocultos que sólo él es capaz de discernir.

Pero por entonces, la cuestión ya es otra. Tal y como aprecia en *The Hidden Persuaders* Vance Packard:

Los publicistas utilizaban mensajes subliminales en los anuncios porque los empresarios se lo creían... y les pagaban bien por eso. Otra cosa, claro está, era su eficacia, nula por completo.

Muy pronto la publicidad subliminal empieza a ser utilizada por algunos artistas de rock, máxime después de que un pastor protestante californiano, Gary Greenwald, que en su juventud había sido músico, descubra que sus antiguos colegas recurren a una técnica conocida por *backward masking* para transmitir «órdenes hipnóticas» a los jóvenes.

Predicadores de diversos estados de Norteamérica -en especial, pastores protestantes de Georgia- comienzan a escuchar en sentido inverso a grupos sospechosos y desatan una fiebre fundamentalista que lleva a la hoguera a grupos como los Beatles y los Rolling Stones. Mientras los discos arden en una enorme pila, un ser, sin duda demoníaco y normalmente con flequillo, incita a las masas, micrófono en mano, a exhumar a «los santos de Satán».

Las hogueras de los fundamentalistas cristianos alcanzan tal virulencia en 1966 que Joseph Vigilione, alias The Count, un cantante de rock bostoniano y cristiano practicante, llega a sugerir a sus correligionarios que, en lugar de dedicar sus vidas a descubrir mensajes satánicos grabados al revés, «empleen su tiempo en quehaceres más cristianos».

No obstante, la furia incendiaria de los puritanos responde a causas más profundas. Desde 1960 el viejo orden parece venirse abajo. Los hippies y su *flower power*, la filosofía *beatnik* de Jack Kerouac, William S. Burroughs, Allen Ginsberg y otros «popes» de la contracultura, el naturalismo del folk, las drogas psicodélicas como vía de conocimiento, el interés por las culturas primitivas y orientales y la búsqueda de un mundo en paz, ponen en pie de guerra a los puritanos -muy especialmente en Norteamérica-, algunos de los cuales ven ya definitivamente la mano de Belcebú cuando Anton La Vey funda en noviembre de 1968 en Los Ángeles la primera iglesia satánica reconocida oficialmente.

En este contexto, los Beatles publican en 1969 su *White Album* (Álbum blanco). Misteriosamente se desata el rumor de que Paul McCartney ha muerto en un accidente de tráfico, tal y como informa el *Northern Star*, un periódico de la Universidad de Illinois, y que el cuarteto de Liverpool lo viene sustituyendo por un doble -William Campbell- desde 1966.

Los seguidores del grupo no saben a qué atenerse, máxime cuando comienzan a descubrir misteriosas pistas en los discos. Por lo que respecta a las canciones, al final de *Strawberry Fields Forever* («Campos de fresas para siempre») (1966), muchos creen oír a John Lennon susurrando *I buried Paul* -Yo enterré a Paul-, mientras que el guitarrista repite una y mil veces que lo que dijo fue «cranberry sauce» -salsa de arándanos. En *Revolution n° 9* («Revolución número 9») (1968) una voz

repite insistentemente «Number nine, number nine». Si se escucha este segmento hacia atrás lo que se oye es «*Turn me on, dead man*» -«Ponme a tono, hombre muerto»

«Si es extraña esa coincidencia -explica Jota Martínez Galiana en *Satanismo y brujería en el rock*, a buen seguro el estudio más completo publicado en España-, aún más da que pensar lo que ocurre en el mismo álbum entre el final de *I'm so tired* («Estoy tan cansado») y el inicio de *Black Bird* («Pájaro negro»). Lennon balbucea unas sílabas sin sentido que, escuchadas hacia atrás, forman aproximadamente la frase: *Paul is dead, miss him, miss him* («Paul ha muerto, echadle de menos, echadle de menos»).

Los que defienden la integridad física de Paul, se aprestan a señalar que esas «sílabas sin sentido» son en realidad una frase: *Monsieur, monsieur, let's have another one* («Señor, señor, tomemos otra») y que sólo cuando se escucha al revés se convierte en un balbuceo ininteligible.

Por lo que concierne a las portadas de los Beatles, las pistas son, si cabe, más desconcertantes. En *Abbey Road* -donde se observa en una foto a los cuatro Beatles cruzando dicha calle por un paso de cebra- Paul aparece sin zapatos -en los rituales del Tíbet, muy de moda por aquella época, los muertos andaban descalzos- y es el único de los cuatro que camina con el paso cambiado y los ojos cerrados. Además, aunque es zurdo, va fumando con la mano derecha. Por si fuera poco, los cuatro chicos de Liverpool van vestidos de un color y parecen representar la escena de un entierro: John, de blanco, es el predicador; Ringo, de negro, el enterrador; George, con camisa vaquera, es el sepulturero. Ni que decir tiene que Paul es el muerto...

Para más inri, la matrícula del coche estacionado en la calle tiene la combinación «28 IF», es decir, precisamente la edad que tendría Paul McCartney si estuviese vivo -en inglés la conjunción condicional *if* significa *si*.

En *Sergeant Pepper's* sobre la cabeza de Paul aparece una mano -que en algunas religiones orientales simboliza la muerte-, el instrumento que sostiene Paul es negro, mientras que en la contraportada éste luce en un brazo una banda negra con las letras OPD, siglas que en Canadá significan *Officially Pronounced Dead* («Declarado Oficialmente Muerto»), por más que los Beatles sostuvieran que en realidad hacían referencia al *Ontario Police Department* («Departamento de Policía de Ontario») iniciales que los cuatro Beatles enarbolaron al efectuar su gira por Estados Unidos en 1965.

Para acabar de rematarlo, en la abigarrada portada del disco, puede observarse la cabeza de Aleister Crowley, el brujo más famoso de todos los tiempos -y del que ya hablamos antes- y que fue referencia obligada para muchos grupos británicos.

En total, los fans de los Beatles llegan a descubrir más de cien pistas distintas que refrendan que Paul, efectivamente, ha fallecido al saltarse un semáforo en 1966 y que un doble usurpa su puesto. Tanto es así que cuando Paul McCartney aparece tiempo después en la revista *Life* para desmentir el rumor, éste, lejos de dejar de circular, se recrudece. Se trata del doble. Una conclusión aparentemente lógica si se observaba que al dorso de la página en la que aparecía la foto de McCartney, se publicaba el anuncio de un coche, cuya imagen parecía cortarle la cabeza al mirarse a contraluz.

Pero si entre los seguidores de los Beatles habían dos facciones enfrentadas -¿Cómo puede haber compuesto William Campbell *Let it be?*, se preguntaban los seguidores leales-, los fundamentalistas cristianos lo tenían del todo claro: vivo o muerto Paul McCartney, los Beatles eran un juguete roto en manos de Satanás.

Una de las principales razones de la animadversión de los cristianos fundamentalistas hacia el rock -explica Jota Martínez- estriba en el hecho de que los jóvenes mitifiquen e idolatren a las estrellas de la música popular, ya que, para ellos, la única persona que merece ser adorada es Jesucristo. Al fin y al cabo, ¿no se comportaron los fans de The Beatles como los apóstoles intentando resucitar a su mesías muerto?

Si a ello unimos que esos mismos jóvenes que escuchaban rock and roll eran los mismos que faltaban a misa los domingos, se comprenderá que los integristas religiosos recurrieran a la figura del coco -llámese Belcebú- para convencer a sus feligreses.

Por no aburrir a los lectores, diremos que desde los Beatles hasta Gloria Trevi un sinfín de grupos han sido acusados de servir al diablo y que, sólo algunos de ellos, han incluido ex profeso mensajes sotádicos, más para aumentar las ventas que por una verdadera cofradía con el diablo.

Por citar sólo a los más destacados, los Rolling Stones publicaron varios discos en los que dieron a entender, por las dudas, en qué bando querían formar. *Their Satanic Majesties Request* («La llamada de sus Satánicas Majestades») y *Goat's Head Soup* («Sopa de cabeza de cabra»), dan pistas al respecto, mismo caso que *Sympathy for the Devil* («Simpatía por el diablo»), un tema que algunos consideran el himno oficioso de Satanás y que le valió a Jagger el apodo de «El Lucifer del rock».

En lo que respecta a Led Zeppelin, Jimmy Page, guitarrista de la banda, sentía una fascinación casi enfermiza por Aleister Crowley, el brujo más carismático desde la Edad Media. Nacido en 1875 en el seno de una secta irlandesa para la cual la lectura diaria de la Biblia era obligada, Crowley dio desde su tierna infancia buenas pruebas de su naturaleza malvada: para comprobar si era cierto que los gatos tenían siete vidas, intentó matar a uno de siete formas diferentes. A la edad de veinte años, su propia madre lo bautizó como La Bestia, apodo que él adoptó encantado añadiéndole el número 666.

Muchos exégetas -indica Martin Gardner en «La Nueva Era»- han intentado descifrar el misterioso número. La mayoría cree que es una cifra que vale por un nombre. Este tipo de juego matemático era muy popular entre los griegos y los hebreos, que usaban letras del alfabeto como números en la época en la que el Apocalipsis fue escrito, en el primer siglo después de Cristo. El nombre más probable es el del tiránico emperador Nerón. Como la traslación del nombre se hace a partir del griego, Nerón César se representa en hebreo como Nron Ksr, cuyas letras tienen estos valores numéricos: n=50, r=200, o=6, n=50, k=100, s=60, r=200. Sumados, hacen un total de 666.

Detrás de esta operación arimética se encuentra la fama satánica de la pirámide del Louvre de París. Situada en el antiguo meridiano cero, sus 666 paneles de cristal le han hecho merecedora de todo tipo de comentarios.

Pues bien, La Bestia 666 ingresa en 1898 en la sociedad mágica Golden Dawn -que guarda un asombroso parecido con el sello discográfico que apadrina los grandes *hits* satánicos- y comienza a apostar por una mezcla de magia blanca y negra, de Cábala y Hermética, todo ello aderezado con lo más granado de las tradiciones hindú, budista y taoísta, además de diversos rituales satánicos y sexuales, unos de cosecha propia y otros tomados del mago Abra-Melin. Así, Aleister Crowley desarrolla el Iluminismo Científico o Misticismo Escéptico, que más tarde denominaría «Magick», «la ciencia y el arte de causar el cambio en conformidad con el deseo».

Pero no será hasta 1904 cuando Crowley dé al mundo su obra más notable: *El libro de la Ley* que instituye un nuevo principio para la humanidad: «Hacer lo que se quiera será toda Ley».

No es de extrañar, pues, el éxito que cosecha La Bestia 666 -y posteriormente Anton la Vey- entre los grupos roqueros más viscerales, y nunca mejor dicho, con consignas del tipo: «Todo hombre y toda mujer es una estrella», «No hay más dios que el hombre» «El hombre tiene derecho a pensar lo que desee; a hablar lo que desee; a escribir lo que desee; a dibujar, pintar, esculpir, a grabar al agua fuerte, a moldear, a construir como desee; a vestir como desee», «El hombre tiene el derecho de matar a aquellos que puedan frustrar estos deseos», «El amor es la ley. Ama bajo el deseo».

En una época de cambio, donde los jóvenes ya no admitían como antaño la autoridad paterna y la rígida moral puritana, los conjuntos que adoptaron este mensaje se convirtieron para muchos jóvenes en pregoneros de una nueva era donde el fondo era más importante que la forma.

Desde entonces, desde la satánica *Escalera al Cielo* de Led Zeppelin o la estética descaradamente canalla de Black Sabbath, muchos otros grupos -Marilyn Manson, Slayer, Judas Priest, etc.- han conducido a Satanás hasta el final del milenio, renovando, de paso, su estilo musical. El mensaje de todos ellos es bien explícito: si vosotros tenéis el orden, las Iglesias, la familia, el trabajo y la policía, nosotros tenemos a Satán.

Pero que nadie piense que ese debate se limita a la música. En la ultraconservadora sociedad norteamericana, numerosas empresas han tenido que enfrentarse desde 1978 a rumores intencionados que sugieren que gran parte de su capital está en manos de la secta Moon, que es como decir del demonio.

Entre las más citadas figuran Procter and Gamble -el primer fabricante mundial de productos de limpieza como Ariel, Pamperss, Bonux, etc.-, MacDonal'd's, el número uno de las hamburguesas, y Entemann's, un gigante de la producción alimentaria.

Como sucediera con Robert Lee Johnson y los Beatles, al final se pudo dar con el origen de estos rumores. Se trataba de los pastores de las comunidades religiosas fundamentalistas del sur de Estados Unidos, asentadas en una región conocida como Bible Belt -el «cinturón bíblico».

Así, el logotipo de la sociedad Procter and Gamble representa el rostro de un anciano con aspecto de Júpiter en forma de luna creciente que mira hacia las trece estrellas -en recuerdo de las trece primeras colonias norteamericanas. Al principio se dijo que la luna era una alusión evidente a la secta Moon -luna- y a su fundador, el Anticristo en persona. Más tarde, los rumores se cebaron sobre otros aspectos del logotipo todavía más reveladores: las estrellas dibujaban, supuestamente, la cifra 666, es decir, la cifra de Satán según la interpretación de un verso del capítulo trece del Libro de la Revelación:

El Anticristo hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, reciban una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la Bestia o con la cifra de su nombre.

En abril de 1985, con la intención de poner fin a tan persistente rumor, Procter and Gamble decidió retirar el logotipo del embalaje de sus productos, por mucho que éste hubiera figurado en ellos desde un siglo antes, cuando naciera esta empresa, por lo demás, profundamente conservadora.

Como aprecia muy atinadamente Jean-Noël Kapferer, «al igual que sucedía en la Edad Media, la Iglesia se ha convertido en la canalizadora de los rumores, los cuales se sustentan además en la interpretación de unos signos que permanecen ocultos a los ojos de los que no son expertos».

De ahí que los obispos mexicanos José Melgoza y José Aguilera declararan el 8 de agosto de 1999 que Gloria Trevi, la cantante con la que se abría esta leyenda, era nada menos que una emisaria del demonio e incluía «mensajes insanos» en sus canciones cuando se escuchaban al revés.

Toda una «revelación» como para plantearse, mal que nos pese, si el bueno de esta película no será precisamente Satán...

ANTONIO ORTÍ

LOS AÑOS DE LA HIPOCONDRIA

Bienvenidos al mundo del sida

Tras declararse en 1981 los primeros casos de sida, y ante las devastadoras proporciones que iría tomando la enfermedad en años sucesivos, se fue extendiendo una epidemia paralela que un psiquiatra inglés calificó atinadamente de «síndrome de pánico al sida». La presunta ubicuidad de aquel virus desconocido, la rapidez con que actuaba y la falta de recursos para atajarlo, suscitaron un miedo irracional al contagio, fomentado de buena gana por los puritanos de turno. El mal llamado «azote de los ochenta» les vino de perlas para invocar la ira divina, predicar la castidad y poner en la picota a una nueva víctima propiciatoria, encarnada esta vez por los homosexuales, cuya circunstancial propensión a la enfermedad los convertía en candidatos idóneos al papel de «agentes transmisores».

Nada nuevo, por otra parte. «Tucídides cuenta que en la gravísima peste por él descrita, más que los demás, caían muertos los melancólicos y los miedosos», escribía en 1721 el cronista italiano L.A. Muratori.

Proféticas palabras: dos siglos y medio más tarde una maestra romana de 39 años se arrojaba de un cuarto piso después de ver un reportaje sobre el sida, instigada por la certeza de haberlo contraído cinco años atrás al pincharse con la aguja de una jeringuilla. (*La Stampa*, 31 de enero de 1987.) Mientras tanto, en Francia, Suecia y la Unión Soviética se abogaba desde diversos frentes por la construcción de «sicatorios» u «hospitales prisiones», modernos lazaretos ubicados en islas donde confinar en masa a seropositivos y enfermos. Solución ésta que ya se barajaba a principios de siglo, aunque los estigmatizados eran entonces los tuberculosos. «Los defensores de la higiene social», cuenta Fernando Álvarez-Uría en su obra *Miserables y locos*, «llevarán tan lejos su celo que llegarán a proponer la creación de una gran ciudad de tuberculosos, alejada y aislada de la sociedad de los sanos (...).».

Un 29 % de los estadounidenses, según una encuesta de *Los Angeles Times* (1987), era partidario de soluciones más moderadas: tatuar a los seropositivos para que pudieran ser identificados a simple vista. El enfermo de sida iba entrando poco a poco en la fase de homicida potencial, ya que sus gérmenes letales podían acechar en cualquier parte. «Corremos el peligro de aspirarlos o ingerirlos yendo en tranvía, coche de plaza, ferrocarril; en los restaurantes, cafés, teatros, dormitorios de las fondas, tiendas, etc.», escribía Alfredo Opisso, otro médico que floreció en los albores del siglo XX. Se refería éste a los bacilos de la tuberculosis, pero da lo mismo: la ignorancia y la aprensión suelen generar supersticiones similares.

En pleno apogeo de las enfermedades venéreas, era creencia común que la sífilis o la gonorrea podían contraerse a través de los poros, sentándose en un váter «contaminado», tocando barandillas, utilizando toallas ajenas, besando a personas infectadas, en baños públicos y piscinas, teniendo relaciones sexuales con mujeres que menstruaban o acariciando a perros infectados. «Causas de contagio» que la *vox populi* recuperó del olvido y adaptó inmediatamente al sida, proveyendo a esta enfermedad de un cortejo de rumores que sembraban angustia y celos a su paso.

Al mismo tiempo, y a falta de teorías convincentes, el folklore tomó el relevo y se ocupó de improvisar unas cuantas para llenar este vacío. Fue así como empezaron a divulgarse explicaciones peregrinas que atribuían la aparición del sida a turbios experimentos llevados a cabo por organizaciones no menos turbias. Paul Smith enumera algunas de las «hipótesis» más cacareadas: se trataría de un virus creado como arma bacteriológica que terminó descontrolándose y escapando a la atmósfera. Lo mezclaron con el flúor del agua potable. Lo creó la CIA. Lo crearon los rusos. Lo crearon en los laboratorios de Hitler. Lo propagó la población de determinados países: Haití, África, etc.

Este empeño por cargar las culpas de nuestros males a los vecinos tiene también antecedentes venerables. Como apunta Susan Sontag en *El sida y sus metáforas* (1988), la sífilis, en el último decenio del siglo XV, se convirtió en *French pox* para los ingleses y en «mal francés» para italianos y paisanos nuestros; los franceses, por su parte lo llamaban *morbus germanicus*, «mal napolitano» los florentinos y «mal chino» los japoneses.

Entretanto, mientras la epidemia seguía su trágico curso, se iban dando aquí y allá casos de agresiones a homosexuales, expulsiones de alumnos seropositivos, injusticias laborales de todos los

calibres, segregación de enfermos en los hospitales y un inexorable rechazo eclesiástico al uso del preservativo.

Este clima de agresividad y prejuicio debía reflejarse necesariamente en el espejo del folklore, vehículo idóneo para poner en imágenes el malestar social. Se renovaban así antiguas leyendas urbanas, entre ellas las referentes a contaminaciones alimentarias, de las que nos ocupamos en los capítulos *La cocina caníbal* y *Los peligros del yantar apresurado*.

El periódico *Daily Star*, en su edición del 3 de septiembre de 1986, recogía por ejemplo una noticia apócrifa según la cual un joven empleado de un Burger King, al enterarse de que tenía el sida, había eyaculado en la mayonesa para contagiar a los parroquianos. En una variante que recopiló en 1989 la folklorista norteamericana Janet Langlois, se empleaba la sangre como fluido infeccioso, pero en ambos relatos el motivo no era otro que la venganza. De este modo, el enfermo de sida pasaba de la fase de homicida en potencia a la de asesino que actuaba hostigado por el resentimiento, como parecía sospechar la facción «sana» de la sociedad que vivía obsesionada por el fantasma del contagio.

Otras leyendas iban dando forma a ese temor hipocondríaco, que se nutría de la desinformación y la escasa confianza en el prójimo. A veces partían éstas de algún suceso verídico, como el del atracador heroinómano que reemplazaba la navaja por la jeringuilla, pero pronto lo incorporaban a una serie de relatos anteriores más bien abstractos, -las trampas en objetos cotidianos-, dotándolos de una aparente actualidad. Núria, una informadora de Barcelona, nos ofrece un ejemplo extraído de Internet:

Me llegó vía e-mail. Era uno de esos mensajes que se mandan de 30 en 30, a todos los conocidos que tienes. (...) El texto decía que fuéramos con cuidado con los teléfonos públicos y los cines. Decía que había historias que contaban que en el cine un chico se sentó cuando todo ya estaba a oscuras y en la butaca había una aguja infectada de sida y se la clavó. Lo mismo con las cabinas telefónicas: al ir a recoger el cambio (al levantar la «solapa»), había una aguja también infectada y se la clavó en la mano. A mí me envió la historia un amigo mío y sé que a él se la envió otro amigo suyo.

De agresiones más directas eran objeto los protagonistas de otros relatos que coexistían con el anterior en la fantasía colectiva. En algunos de ellos, la víctima recibía el mordisco de un borracho que luego declaraba tener el sida, o bien terminaba hecha un acerico a manos de una pandilla de desalmados provistos de jeringuillas repletas de sangre contaminada. La inseguridad ciudadana, pesadilla de todo buen contribuyente, se veía empeorada por el peligro de toparse con un nuevo tipo de vampiro, cuya «mordedura», como la del personaje tradicional, era capaz de transmitirle a uno su condición.

A la circulación de estos rumores contribuían gustosos los periódicos sensacionalistas, y con ello, en palabras de Paul Smith «sembraban la semilla para nuevos relatos y creencias». Una de las leyendas contemporáneas más persistentes nacidas a la sombra del sida pudiera haberse formado en torno a una serie de noticias con un fondo de verdad. Periódicos de todo el mundo han informado repetidas veces de que ciertas personas portadoras del virus se habían acostado con incautos/as para contagiarles la enfermedad. En su ensayo *Sex Death and Punishment* (1990) el historiador inglés Richard Davenport-Hines menciona el caso de unos «chicos de alquiler» londinenses a quienes «alguien» habría inducido a contar a unos reporteros que intentaban transmitir el VIH a sus clientes como «venganza» por haber contraído la enfermedad. A su vez, un artículo del *New York Times* del 21 de febrero de 1987 daba cuenta de la detención en Nuremberg (Alemania Occidental) de un ex sargento bisexual del ejército norteamericano, sospechoso de haber contagiado deliberadamente a sus parejas. El mismo periódico, en su edición del 4 de marzo, se refería al inminente proceso de un individuo que asesinó a su amante cuando éste le reveló, después de tener relaciones sexuales, que padecía el sida. Rematadamente absurdo, en cambio, era el artículo de George Glidden publicado en *The Examiner* el 24 de marzo de 1987, donde se alertaba sobre una supuesta red de «terroristas del sida» formada por «gigolós» árabes que habrían penetrado clandestinamente en Estados Unidos con la consigna de transmitir la enfermedad a los clientes de «bares de solteros» y clubes *gays*, así como a toxicómanos y prostitutas.

De esta clase de noticias parece derivar el melancólico ejemplo que nos remite Encarnación Rodríguez desde Málaga:

Una joven había contraído la enfermedad por descuido e intentaba vengarse. Se trataba de una prostituta que propagaba el sida en una pequeña población para, por lo menos, hallar consuelo.

Las primeras versiones de la leyenda que mencionábamos más arriba empiezan a circular en Estados Unidos a finales de 1986 y de ahí emigran velozmente a Europa. En su obra *La casa encantada: estudio sobre cuentos, mitos y leyendas de España y Portugal*, Eloy Martos y Víctor M. de Sousa resumen así el argumento, tras indicar que se trata de una leyenda urbana difundida en Madrid:

La chica que hace el amor con un chico al que encuentra en una discoteca, van al hotel, y al día siguiente desaparece dejando este mensaje en el espejo: «Bienvenido al club del sida».

El mensaje en cuestión suele estar escrito con lápiz de labios rojo en el espejo del lavabo, detalle que refuerza el efectismo del trágico desenlace y, al mismo tiempo, se halla revestido de un potente substrato simbólico. Lo señala elocuentemente Laura Bonato en *Trapianti sesso angosce*:

En la simbología popular -escribe la antropóloga italiana- el rojo es el color del amor, pero también se considera como un color agresivo, cargado de energía y asociado estrechamente al principio de la vida, que el hombre de la historia, seducido y contagiado, está a punto de perder.

Corresponde además, añadimos nosotros, al color del fluido vital que utiliza el virus para invadir el organismo: la sangre.

Inaferrables como el mercurio, las leyendas modernas se modifican sin cesar. David Fernández, de Barcelona, da fe de ello explícitamente en una variante en la que la víctima es una prostituta y el mensaje cambia de ubicación, despojando así al clímax de su dramatismo. La presencia de una prostituta da pie a un curioso efecto de espejos enfrentados, pues implica que el cliente *tal vez* pretenda vengarse de otra prostituta que *tal vez* le contagió el sida también como venganza:

Lo leí hace un par o tres de años en un diario, concretamente en *El Periódico de Catalunya*. Pero la historia no era exactamente así. Se trataba de un reportaje sobre turismo sexual en Cuba. Entre otras cosas, el artículo explicaba que una «jinetera», una de esas chicas que se ofrecen a los turistas, contactó con un canadiense. Fueron al hotel del turista y al día siguiente, cuando ella se despertó, él ya no estaba. En la mesita de noche, sin embargo, había un sobre en el que, al abrirlo, pudo leer «Bienvenida al club del sida».

La modernidad de esta leyenda, como de muchas otras, es también aparente. Cualquier estudiante de inglés que haya consultado la *British Encyclopaedia* para averiguar el significado de la expresión «Typhoid Mary», conocerá la etimología de un nombre propio que pasó a utilizarse como adjetivo para describir a cualquier persona causante de la propagación de algo indeseable. La dama que se ganó el apodo de «tifoidea» era una tal Mary Mallon, cocinera norteamericana de origen irlandés, quien al parecer contagió el tifus intencionadamente a más de cincuenta personas mientras trabajaba en la ciudad de Nueva York, a principios de 1900. Fue detenida en 1915 tras burlar a la policía durante ocho años, y falleció en 1938. En homenaje a tan funesta cocinera, algunos folkloristas han dado el nombre de «AIDS Mary» y «AIDS Harry» a la mujer o al hombre anónimos que figuran en estos relatos como siniestros transmisores del sida.

Otro antecedente lo encontramos en un cuento de Guy de Maupassant titulado *La cama n^o 29* (1884). La acción se sitúa en la guerra franco-prusiana, y la protagonista, la bella dama, esposa de un militar francés, es una joven sifilítica que saca provecho de su enfermedad acostándose sistemáticamente con soldados enemigos para causar tantas bajas como pueda entre sus filas.

Más antiguo todavía es un ejemplo que hemos localizado en el *Barzaz Breiz*, recopilación pionera de cuentos tradicionales de la cultura bretona y celta en general, que publicó en 1867 el Vizconde de

Villemarqué. Se trata de una canción anterior al siglo XV, de los tiempos en que la lepra hacía estragos en Bretaña. Cuenta la balada la trágica historia de María, una joven leprosa que suspira por un apuesto campesino. Rendido ante sus encantos, éste no tarda en corresponderla. Pero cuando María se presenta en casa del padre de su enamorado para anunciarle que su hijo le ha prometido tomarla por esposa, el anciano le responde con tono burlón: «No tendrás a mi hijo, ¡ni tú ni ninguna hija de leproso como tú!» «María sale llorando y jura vengarse» -continúa la canción-. «En efecto, se hace un corte en el dedo, y con la sangre que emana de la herida contagia la lepra a catorce personas de la familia que la ha rechazado, y su propio enamorado muere de la enfermedad».

El «corte» y la «sangre», dos símbolos de fuerte contenido sexual, parecen sugerir que la muchacha se sirvió de un método de contagio que, como hace la balada, dejaremos para la imaginación del lector. El tema no sólo recuerda la leyenda de «AIDS Mary» sino también la del camarero que infecta los alimentos para transmitir el sida a sus clientes.

El último antecedente que damos fue publicado en la antología *Anécdota Americana* (1927), de J. Mortimer Hall. Con él recuperamos de nuevo el tema de las enfermedades venéreas.

Un hombre entró corriendo en una casa de mala nota.

-Tráiganme a una chica que tenga gonorrea -exigió.

La patrona le miró indignada y le espetó que en su establecimiento no contrataban a esa clase de chicas.

-Pues tendré que ir a otro sitio -repuso el hombre.

Una de las muchachas, al oír la conversación, llamó aparte a la patrona.

-Digale que tengo gonorrea -le pidió-. No seré yo la que deje escapar a un cliente-. Así pues, la patrona llamó al hombre, que ya se marchaba, le señaló a la chica, y los dos se fueron al piso de arriba. Cuando hubieron terminado, la chica le miró y le dijo con una sonrisita:

-Le he tomado el pelo, señor. Resulta que no tengo gonorrea.

-Ahora sí -repuso él.

El motivo del hombre infectado por una prostituta que se venga contagiando a otra parece quedar implícito en este relato, como en el de la «jinetera» que comentábamos antes.

En la versión más temprana de la leyenda siempre es una mujer la que seduce a un hombre y luego deja el funesto mensaje anunciándole que acaba de ingresar en el club del sida.

Diríase que en esta constante del relato se perciben reminiscencias de un tema clásico de la literatura tradicional, registrado con la referencia T332 en el *Índice* de Stith Thompson: *Un hombre es tentado por un demonio en forma de mujer*.

En la Edad Media, a estos seres diabólicos con apariencia de hermosas jóvenes se les denominaba «súcubos». Su misión consistía en tener relaciones sexuales con los hombres *mientras dormían*. Subrayamos estas dos palabras porque nos parece muy significativo que la víctima masculina siempre descubra el mensaje «al despertar». Ello parece sugerir que, hasta aquel preciso instante, el hombre vivía en un sueño tejido arteramente por su seductora, durante el cual «ignoraba» la verdadera personalidad de ésta. Si el súcubo encubría su monstruosidad bajo una belleza ilusoria, la enferma de la leyenda disimula su «corrupción interior» tras una capa de engañosa lozanía.

En la jornada décima del *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Jan Potocki, clásico indiscutible de la literatura fantástica, encontramos un ejemplo magistral de nuestra hipótesis. El joven Thibaud se prenda de una hermosa muchacha, Orlandina, quien finalmente le invita a pasar la noche con ella en una cabaña lujosamente amueblada. Cuando se dispone a llevarla al lecho, Thibaud «siente como si unas garras se hincaran fuertemente en su espalda». En aquel momento advierte que Orlandina ya no está en la cama. «En su lugar había un ser horrible de formas repugnantes y desconocidas.» Con una voz terrible, el monstruo dice: «Yo no soy Orlandina. Soy Belcebú, y ya verás mañana el cuerpo que he animado para seducirte». Thibaud, condenado para siempre, ni siquiera puede invocar el nombre de Jesús, puesto que Satán se lo impide cogiéndole la garganta con los dientes. Al día siguiente, unos campesinos oyen gemidos en una cabaña abandonada que había junto al camino (el súcubo había creado un decorado suntuoso para reforzar la ilusión). Al entrar, encuentran a Thibaud «tendido sobre una carroña medio podrida». El desgraciado joven consigue finalmente confesarse ante un ermitaño y muere «con un crucifijo entre las manos».

Más adelante, un confesor vuelve a referirse a los súcubos con las siguientes palabras: «Cuando un hombre lleva mucho tiempo sin recibir los sacramentos, los demonios adquieren un cierto poder sobre él, tomando la apariencia de mujeres e induciéndole a tentación». Esta prédica, oportunamente adaptada a los tiempos del sida, podría ser un aviso contra los peligros a que se exponen quienes porfían en el libertinaje y se resisten a practicar la castidad y el «sexo seguro».

De fecha más reciente y de origen europeo parece ser una variante de la leyenda en la que se invierten los papeles y la víctima es, invariablemente, una mujer. Rocío, una informadora de Málaga, nos envía una versión típica de la misma:

Un amigo me contó que le habían contado amigos suyos una historia que había sucedido en Palma de Mallorca. Por lo visto, una chica de Málaga se había ido de vacaciones a Mallorca, donde conoció a un chico extranjero. Se enamoraron y pasaron todo el verano juntos. Cuando terminaron las vacaciones, la chica estaba muy apenada porque el chico se marchaba a su país. Él le dijo que no se preocupara, que la quería mucho, y le dio una caja y le pidió que no la abriera hasta que hubiera subido al avión. Ella se despidió de él muy triste, pero a la vez intrigada por ver qué contenía la caja. Esperando encontrarse un anillo de compromiso, abrió la caja y se encontró una rata muerta y una nota que decía que lo sentía mucho pero que tenía el sida y que se lo pegaba como venganza porque una novia a la que él había querido mucho se lo había contagiado a él.

La venganza vuelve a ser el móvil de la tragedia, pero el relato se enriquece con dos innovaciones de honda raigambre tradicional: la caja cerrada y la rata muerta. Consultando de nuevo el *Índice* de Stith Thompson localizamos tres referencias que lo atestiguan: Al 337.0.1.1. *El hombre recibe la peste en una caja traída por un mensajero del creador*. C321. *Tabú: mirar en el interior de una caja*. C321.2. *Abrir prematuramente una caja que contiene un regalo*. Los tres temas aluden, en definitiva, al riesgo que se corre abriendo una caja cuyo contenido se ignora. Lo que encuentra la víctima en su interior no es exactamente la peste bubónica, pero sí un animal que, siguiendo a Cirlot, fue la deidad maléfica de esta plaga en Egipto y China. «La rata -sigue diciendo el autor del *Diccionario de Símbolos*- se «halla en estrecha relación con la enfermedad y la muerte». En efecto, fue este animal el propagador de la pestilencia en la Edad Media, triste papel que le valió para los siglos venideros el estigma de alimaña infecciosa. Una rata, pues, parece ser un emblema muy apto para una enfermedad que ha dado en llamarse popularmente, con fatalismo medieval, la «peste de los ochenta». Teniendo en cuenta que la rata siempre aparece muerta, el símbolo adquiere un significado aún más irrevocable, tanto para la víctima como para el vengador: la suerte de los dos está echada, del mismo modo en que la rata terminaba sucumbiendo a la epidemia que le había tocado transmitir.

Cirlot percibe un significado aún más oscuro en la rata, cerrando con él su análisis: «se le superpone significado fálico, pero en su aspecto peligroso y repugnante». Muy apropiada parece esta interpretación, si recordamos que el contagio del sida se produjo a través del falo.

En otras variantes de que disponemos, como la que nos remite María Pilar Arnás desde Monóvar (Alicante), la caja no contiene una rata, sino un pájaro muerto, una rosa negra y una nota que dice: «Bienvenida al club del sida». Carlos Cabrera, de Málaga, pone en el paquete una jaula con un canario muerto. En algunos casos se trata de un objeto, como un ataúd en miniatura, y en un ejemplo único procedente de Reus y firmado por Silvia Bartolomé, la rata muerta lleva nada menos que «el lazo del sida rojo». El sentido sigue siendo el mismo: la flor simboliza la fugacidad de la vida y el pájaro representa el alma en casi todas las tradiciones. La rosa negra y el ave muerta evocan la calavera y el reloj de arena de los pintores clásicos: ejemplos elocuentes de *memento mori*: «recuerda que has de morir».

Si en las versiones más recientes de la leyenda predominan las víctimas del sexo femenino, debe de ser porque, como dice Gary Alan Fine «todos vivimos en el mundo del sida».

Estadísticas aparte, lo que está claro es que las leyendas que envuelven el sida reflejan los mismos pánicos que las que circulaban en siglos pasados a propósito de otras epidemias, como la lepra o la peste.

En las leyendas acerca del sida (son palabras de Paul Smith) predomina el miedo, la violencia, la venganza, el recelo y los prejuicios. Por el mundo que describen no sólo merodean súcubos, sino también incubos, su equivalente masculino, demonio que reviste la forma de hermoso joven y hace

creer durante el sueño a sus víctimas femeninas que han conocido al hombre de su vida..., hasta que al día siguiente, al «despertar», encuentran una rata muerta en una caja. El universo que pintan estos relatos es un lugar donde los sueños románticos han sido desterrados, porque apenas cerremos los ojos a la cruda realidad, vendrá el ángel de la muerte para seducirnos. Así pues, desconfiemos profundamente los unos de los otros, no sea que algún demonio disfrazado pretenda convertirnos en socios forzosos del siniestro club del sida.

JÚSEP SAMPERE

Aditivos que restan

He adquirido en supermercados y tiendas de comestibles, leche, bebidas, zumos de fruta, margarinas, precocinados, etc. El envase de cada uno de ellos detalla sus ingredientes, además de una indicación en clave de sus conservantes o mejorantes. También he averiguado que las sustancias añadidas a estos productos se clasifican en inofensivas, a evitar, peligrosas y cancerígenas. Son cancerígenas, según investigaciones realizadas en el Hospital del Villejuif, el mayor centro para el estudio del cáncer en Francia, las que se citan a continuación: E-102, E-120, E-123, E-124, E-127, E-150, E-220, E-226, E-230, E-250, E-251, E-252, E-311, E-330, E-339, E-407 y E-450.

SEBASTIÁN PALOU
Barcelona

Esta carta publicada en *La Vanguardia* el ocho de marzo de 1986, sería contestada días después por Agustín Contijoch, a la sazón presidente de la Asociación de Fabricantes y Comercializadores de Aditivos y Complementos Alimentarios, más tarde por Roberto Mercader -13 de marzo de 1986-y finalmente, dado que la polémica iba en aumento, por Pere Mercader, director general de Salut Pública de la Generalitat de Catalunya -4 de abril de 1986.

Tanto ellos, como millones de españoles, habían tenido en sus manos una lista fotocopiada que detallaba los efectos secundarios de una serie de aditivos. En la referida relación, hasta un total de 34 conservantes eran considerados «perjudiciales para la salud», desde el E-220 «que destruye la vitamina B-12 y produce trastornos en la piel», hasta el E-223 «que provoca trastornos intestinales y se encuentra en las galletas María Fontaneda», pasando por el E-330 «el más peligroso de todos. Perturba la digestión. Se encuentra en la Schwepps de limón, aperitivos y quesitos La vaca que ríe». La leyenda sobre estos abominables productos químicos se había gestado en 1976 en Francia, cuando comenzó a circular una octavilla -más detallada que su homónima española- donde se sugería que un buen número de marcas eran potenciales asesinas.

Según algunos estudios efectuados en Francia, la lista cancerígena llegó a siete millones de franceses, muchos de los cuales quedaron «envenenados» por el infundio.

Desde 1976, cuando se tiene por primera vez constancia del suceso, hasta 1986 cuando la polémica irrumpe en España, lo que al principio era un rumor se había convertido en una leyenda urbana de la que estaban al corriente en Amsterdam, Berlín, París y Praga.

Curiosamente, la mayoría de los aditivos prohibidos en Francia y, por tanto, no utilizados en la producción alimentaria, aparecían descritos como inofensivos. Por el contrario, algunas sustancias completamente anodinas eran considerados cancerígenas, caso del E-330, «el más peligroso», el inocente ácido cítrico de limones y naranjas.

Por tal motivo, nos pusimos en contacto con diversos químicos -entre ellos Joaquim Font- que nos apuntaron una buena razón: la despiadada competencia entre laboratorios farmacéuticos en la década de los setenta, causante de la proliferación de rumores como que la aspirina infantil era dañina -noticia que coincidió con la invención del paracetamol. Según esta hipótesis, algunas empresas químicas de escaso tamaño podían haber maquinado esta estrategia para desafiar al *statu quo* existente, sembrando dudas sobre una serie de aditivos cuyas patentes no controlaban.

La segunda opción apuntaba directamente a los ecologistas a quienes muchos químicos identifican con seres paranoicos, ignorantes de sus fórmulas y, por extensión, de lo que hablan, y que ya por entonces comenzaban a ganarse a la opinión pública -en la actualidad se plantea un debate similar con la biotecnología y los alimentos transgénicos.

Tal vez por ello, la octavilla inicial comenzó a citar como fuente al prestigioso hospital de Villejuif, por más que su presidente, Maurice Tubiana, manifestara muy pronto: «Todos los científicos que han leído la lista no han podido reprimir la risa ante tal sarta de tonterías».

En realidad, los desmentidos que efectuó el Instituto Gustave-Roussy de Villejuif no sirvieron de nada, hasta el extremo de que fueron varios los periódicos que publicaron la lista sin verificarla. Incluso se llegó al punto de que un médico que escribió en 1984 una obra divulgativa sobre el cáncer,

la incluyó íntegra, tejiendo una larga sombra sobre productos inofensivos como los quesitos de *La vaca que ríe* o la mostaza *Amora*.

En España ocurrió otro tanto y lectores como Santiago Alaez siguieron publicando cartas durante 1986 donde se imploraba a las autoridades para que «el organismo competente y responsable, haga una declaración oficial, en castellano corriente, sobre el peligro o inocuidad de los aditivos».

Lo del «castellano corriente» no tenía que ver con ningún nacionalismo exacerbado, sino con una jerga que remitía a cónclaves de brujos -«el comité de expertos mixto FAO-OMS que sirve de base al comité de Codex Alimentarius Mundi» (*sic*)-, cuya naturaleza y composición no estaban del todo claros.

Por dicha razón, al apagarse esta polémica, surgieron otras nuevas, como que el teflón o material antiadherente que incorporaban las nuevas sartenes era igualmente cancerígeno. Hacia 1955 se había publicado en Estados Unidos que un maquinista había muerto después de fumar un cigarrillo contaminado por una pequeña cantidad de resma de teflón. «Sus pulmones -decía la noticia- se llenaron de gas y falleció a los cinco minutos». Otro tanto sucedió con otros productos nuevos, como los microondas, los rayos UVA o las lentes de contacto.

Como indicaba J. B. R. en relación al teflón, «en la mentalidad colectiva pareció nacer un sentimiento de culpabilidad tras el abandono de los métodos de limpieza tradicionales que nos habían legado nuestros antepasados». En Francia y Canadá, donde más estragos causó el teflón, se oyeron variantes de esta leyenda que hacían portador al nuevo elemento del mal de Alzheimer, una consecuencia lógica de haber olvidado nuestro pasado.

Algo parecido sucedió con los caramelos Space Dust, una especie de compuesto granulado que al contactar con la saliva crepitaba como si se tratara de una traca valenciana.

No pocos padres -decía Jean Noël Kapferer- deseosos de inculcar a sus hijos valores como la discreción, moderación y utilitarismo se enfrentaban con campañas publicitarias que proponían la frivolidad, el escándalo y la dispersión siempre latente en los niños. Space Dust era una provocación más que venía a sumarse a la larga serie de agresiones de la publicidad, el comercio y sus productos de confitería con colorantes, edulcorantes, aditivos, etc.

Tanto es así que pronto prendió la leyenda de que a un niño que se había tragado dos paquetes de Space Dust le había explotado el estómago. Otro tanto se decía de los caramelos Pop Rocks, fabricados por General Foods, y del chicle Bubble Yum, producido por Life Savers. En el caso de los caramelos efervescentes se contaba que un niño se había zampado un paquete entero y había entrado en ebullición interna, antes de morir. Por lo que se refiere a los chicles, o bien contenían huevos de araña o bien provocaban cáncer, o ambas cosas a la vez.

De hecho, este tipo de noticias siempre encontrará un público nuevo, ya no sólo porque los caramelos no son los de antes, sino porque la fruta no tiene el sabor que antaño y qué decir de las vacas y los pollos. En medio de tanta locura y de tanto avance precipitado, quedamos nosotros, cada vez más recelosos de que, efectivamente, le estén poniendo puertas al campo.

ANTONIO ORTÍ

Máquinas infernales

A finales del siglo XIX, una serie de pensadores creyeron ver en las máquinas un remedio eficaz para erradicar la esclavitud o, mejor dicho, para canalizarla hacia artefactos sin alma. No en vano, el término «robot» fue tomado de la palabra checa «robota» que designaba y designa a aquel que está sometido a una servidumbre involuntaria. Pero resultó ser que las máquinas crecieron y se multiplicaron hasta tal extremo que fue imposible conocerlas a todas, cada cual con sus habilidades, con sus teclas, por no decir alegrías y enfados.

En palabras de Isaac Asimov, «desde el inicio, la máquina ofreció dos caras a la humanidad: mientras estuvo completamente bajo el control del hombre, fue útil y buena al hacer posible una vida mejor. Pero conforme se fueron sofisticando y apartándose de nuestro control, se volvieron terribles y peligrosas».

La palabra «terrible», derivada de terror y sinónima de sombrío, tétrico y torvo, nos viene como anillo al dedo para referirnos a una serie de accidentes domésticos, plausibles pero raros, que gentes de bien cuentan con fervor para alertarnos de la esencia maligna que ocultan determinados aparatos.

El relato más chocante de una larga serie de desgracias y malentendidos tiene por protagonista a una mujer a la que accidentalmente se le moja su gatito -a menudo se trata de un caniche y muy esporádicamente de un bebé- y tiene la luminosa idea de meterlo «cinco minutos» en el microondas para que se seque más rápido. Ni que decir tiene, que el minino ya no maullará más y que la mujer demandará al fabricante por no detallar en el manual de instrucciones la inconveniencia de semejante proceder.

Curiosamente el enviado del diario «El País» en Washington, Javier del Pino, recogía, sin saberlo, esta leyenda urbana en un artículo publicado el 1 de marzo de 1999 que llevaba por título «Abogados de sí mismos en el paraíso de los litigios»:

(...) Y es el mismo miedo el que ha provocado que la mayoría de los productos que se venden en EE.UU lleven incorporadas etiquetas en las que el fabricante se declara exento de responsabilidad por cualquier mal uso del producto. Tiene su explicación: una señora bañó a su gato y decidió secar al animal metiéndolo en el microondas, donde perdió inmediatamente sus siete vidas. La señora demandó al fabricante porque «en ningún sitio ponía que el microondas no sirve para secar animales». Y ganó. Por eso una compañía que vende disfraces de Batman ha cosido una etiqueta en la capa en la que se aclara: «Esta capa no sirve para volar».

A falta de tiempo para emprender una investigación que dilucide si, realmente, un fabricante ha cosido semejante etiqueta en la capa de Batman, lo que podemos afirmar es que ninguna mujer ha ganado juicio alguno relacionado con un gato achicharrado.

Si bien se trata de un suceso que entra dentro de lo posible, la infinidad de países que ha visitado esta leyenda desde que en 1970 se inventan los microondas -curiosamente, antes de estos, corría la historia de un niño que había querido lavar a su gato o perrito en la lavadora, con el resultado previsible- y la abundancia de variantes recogidas, nos invitan a pensar que no hay más verdad que la ciencia es un pozo sin fondo.

Tal vez convenga recordar que, tras sustituir al tradicional horno, que es como decir a la forma de cocinar de toda la vida, los microondas han estado marcados por una serie de leyendas negras, la más conocida de todas que provocan cáncer, pero también que -tal y como recoge Jan Brunvand- algunos fabricantes han reducido la puerta de los aparatos tras constatar que ciertos particulares ensayaron secar el cabello en su interior o lo poco conveniente que es calentar allí la leche para los bebés.

Como ocurre con la leyenda que cuenta que a algunas mujeres les explotan sus senos de silicona, que tratamos en otra parte del libro, también existen versiones, caso de la recogida por Paul Smith en «The Book of Nasty Legends», que retoman la hipótesis del zambombazo:

Hace tiempo oí hablar de una anciana que criaba a gatos de raza para exposiciones. Se dedicaba sobre todo a los persas, y a causa de su largo pelo siempre le costaba mucho lavarlos y cepillarlos para que tuvieran el mejor aspecto posible. A fin de ahorrarse esfuerzos, aquella señora había adquirido la

costumbre de lavar primero al gato, secarlo con una toalla y dejarlo calentar unos momentos en el horno eléctrico. Un día, en vísperas de Navidad, se le estropeó el horno, por lo que su hijo decidió regalarle un microondas. Cuando llegó su próxima exposición, la anciana, que no comprendía la diferencia básica entre un horno normal y un microondas, lavó aplicadamente su gato persa ganador de varios premios y lo metió en el microondas durante unos segundos. El pobre gato no tuvo tiempo ni de maullar, ya que explotó en el acto tan pronto su dueña encendió el aparato.

A decir verdad, la leyenda negra de los microondas ha circulado generosamente por España, dando pábulo a un sinfín de variantes, como que sus radiaciones provocan cáncer o males todavía peores, como «cocernos el cerebro», en palabras de Lola Ortí, una informadora de Valencia.

Por las investigaciones que se han llevado a cabo hasta la fecha, se conoce que los microondas pueden provocar ocasionalmente fatiga, vértigo y dolor de cabeza, pero, no en cambio cocernos la materia gris. En realidad, esta historia entronca con otras leyendas que afirman más de lo mismo: que las líneas de alta tensión emanan vibraciones negativas, que los rayos X provocan cáncer, que los rayos UVA fagocitan las entrañas y que los despertadores eléctricos producen insomnio.

En el caso de los rayos UVA han circulado profusamente por España una serie de leyendas que, en ocasiones, detallan el nombre de la víctima y la casuística del suceso. Valga la versión recopilada por Jan Brunvand en 1989 y que utilizan como ejemplo Véronique Champion-Vincent y Jean-Bruno Renard para familiarizarnos con el relato más extendido:

Una jovencita que deseaba un bronceado rápido decidió acudir a un salón de belleza para someterse a varias sesiones de rayos UVA. Muy pronto comenzó a sentirse mal. Decidió entonces poner su caso en manos de un médico que le anunció que sus entrañas estaban cocidas por una exposición demasiado prolongada a las lámparas de bronceado.

Normalmente esta chica muere, pero aunque no sea así, queda marcada para siempre por su vanidad desmedida -como le ocurría a la mujer a la que le explotaban los pechos de silicona-, por pretender beneficiarse de un magnetismo -«electromagnetismo», sería más correcto- casi brujeril o por ir en contra de la madre naturaleza y ansiar estar morena cuando no luce el sol.

Tal vez, como sugiere Jean Bruno-Renard, la idea de que los rayos UVA pueden producir una podredumbre interior, por más que en la fachada se observe a una mujer bonita y bronceada, remita en su árbol genealógico a la leyenda del microondas, que sí incorpora en su manual de instrucciones la función de cocer -no confundir con dorar-.

Solamente así puede entenderse que la historia de que alguna vez una mujer fue literalmente cocinada con rayos UVA tenga tantos amigos en la geografía española. Curiosamente, en Estados Unidos y Francia la víctima es invariablemente una mujer, también en España, por más que hayamos recogido alguna versión que debería servir de advertencia a los hombres sobre los peligros de las falsas apariencias. Nos la manda desde Valencia Sonia Francés, poniendo el dedo en la llaga donde más duele, en la virilidad masculina:

Parafraseando a Paul Newman -se refiere a la película *El efecto de los rayos gamma sobre las margaritas*-, el efecto de los rayos UVA sobre el aparato reproductor masculino es devastador. Este problema, que hasta hace poco tiempo era inapreciable, pronto pasará a marcar el destino de la humanidad, por cuanto tiene de importancia la creciente impotencia del género masculino, provocada por las radiaciones de los rayos UVA sobre tan delicada zona. Antiguamente, poca gente realizaba esta práctica, pero en la actualidad se unen dos factores: los cada día más denostados rayos solares y que cada sesión de rayos UVA sólo cuesta 500 pesetas, cuando hace dos años valía 2.000.

Los que desconfíen del folklore, tal vez crean ver en nuestra informadora una persona que desvaría, juicio extensible a cuantas personas nos han confiado generosamente los relatos que recoge este libro y; por supuesto, a sus autores. No somos de la misma opinión. A nuestro entender, las nuevas tecnologías, cuando incorporan cambios sustanciales en el *modus vivendi*, crean recelos en amplias capas sociales y sirven de sustento narrativo, como sucedió en el pasado y ocurrirá en el futuro, a una serie de historias de corte tradicional.

En la *Iliada* se cuenta que Hefaiostos, el dios griego de la forja, tenía unas mujeres mecánicas de oro que tenían tanta movilidad e inteligencia como las mujeres de carne y hueso, y que lo ayudaban en su palacio. Pero nunca las consideró igual de «buenas» que a las otras.

También Talos, el guerrero de bronce concebido por el Steven Spielberg de los mitos griegos, Dédalo, vigilaba las costas de Creta y mantenía alejados a los intrusos. Cada día daba una vuelta a la isla para evitar que así fuera. Un tapón en su talón evitaba que saliera de su cuerpo el líquido que lo mantenía en vida. Cuando los argonautas desembarcaron en Creta, Medea usó su magia para arrancarle el tapón y Talos perdió toda su fuerza al desvanecerse el armazón.

Algo parecido puede afirmarse de la leyenda de los rayos UVA y de los implantes de silicona en los pechos: cuando recurrimos al engaño contranatura, puede suceder que el «fraude» o artificio salte a la vista en cualquier momento, y eso en el mejor de los casos, pues existe la posibilidad de que seamos castigados con la ira de Zeus.

En ocasiones, los propios gobiernos se ven desbordados por el galopar del progreso y solicitan a sus científicos que comprueben qué hay de cierto en historias muy parecidas a las recogidas en este capítulo. Sucedió, por ejemplo, en abril de 1999 -ver la contraportada del diario *El País* del día 25 de abril de 1999, «Los móviles al banquillo»- cuando Tessa Jowell, secretaria de Estado laborista de Sanidad, se autoproclamó «campeona de la salud nacional» y encargó que el Consejo Nacional de Protección Radiológica investigara qué había de cierto en la leyenda que sostenía que los teléfonos móviles provocaban pérdidas de memoria, aumento de la temperatura del cuerpo y fallos en la capacidad cognitiva.

Esta investigación recibió un generoso tratamiento informativo en España, ya no sólo porque los teléfonos celulares habían pasado de ser un millón escasos en 1995 a más de doce millones en 1999, sino porque en nuestro país se sabía perfectamente de este posible riesgo. Sirva como botón de muestra la historia que nos hacía llegar Teresa Ruíz Mateos, natural de Valencia y de 28 años de edad:

Dícese que se dice que ese aparatito, avance tecnológico de nuestros días está totalmente integrado en nuestra cultura y, para algunos, resulta imprescindible. Otras personas tienen un miedo terrible a poseerlo. ¿Por qué? Porque dícese que se dice que los teléfonos móviles emiten cierta radiación, ondas que afectan al cerebro. Según otras fuentes orales, se puede hacer un experimento que consiste en poner un huevo cerca de un teléfono móvil en funcionamiento y al cabo de un tiempo se obtiene un huevo duro. Las radiaciones del teléfono hacen que se cueza.

Retomando la investigación que lleva a cabo el gobierno laborista británico, Michael Clark, portavoz científico del organismo antes citado, que en su día desaconsejó retirar los bolígrafos láser del mercado, similares a los punteros utilizados en las conferencias para señalar imágenes proyectadas en una pantalla, al demostrarse que eran dañinos si se dirigían a los ojos, declaró lo que sigue:

Las dudas son legítimas, pero la información que llega ahora al consumidor no está contrastada. Por ejemplo, es evidente que producen calor y estudiaremos sus consecuencias en el organismo. Sin embargo, sin saber aún a que atenemos, circulan ya teorías acerca de supuestos tumores cerebrales, pérdidas de memoria y alteraciones del pensamiento.

Lo que el científico Michael Clark llama «teorías», en este libro lo denominamos leyendas contemporáneas. En Gran Bretaña, como en España, gozan de magnífica salud y, lo que más sorprende, han empezado a ser tomadas en consideración por el poder.

Desde aquí nos congratulamos de que así sea. Sin embargo, en el ánimo de la gente siempre quedará la duda de si la «ciencia es neutra» o responde a oscuros galimatías.

Por eso, aventuramos, aunque la investigación del gobierno británico concluya con que no hay peligro alguno, no les quepa la menor duda que seguiremos oyendo que los móviles aplatanan el cerebro y que «un amigo de un amigo» sabe del caso de una mujer cuyo ojo derecho resultó chamuscado tras manipular una cámara digital.

ANTONIO ORTÍ

PASAJEROS CLANDESTINOS

Las víboras caídas del cielo

En el verano de 1998 se comentaba en Ferrol -A Coruña- que algún tipo de organismo oficial estaba arrojando, valiéndose de avionetas, reptiles sobre las playas. Con estas culebras y víboras se pretendía acabar con una supuesta plaga de insectos. El revuelo fue tal que los teléfonos de las emisoras locales se colapsaban a diario con llamadas de ciudadanos que aseguraban haber visto serpientes e incluso haber tenido que escapar de ellas ante un inminente ataque.

MARTINA FERNÁNDEZ BAÑOBRE
Ferrol

Aunque se desconozca en España, las víboras voladoras tienen un accidentado pasado aéreo. En la década de los años setenta corrió el rumor en Francia de que grupos ecologistas habían lanzado víboras desde el aire con el fin de repoblar las regiones donde escaseaban y así, de paso, alimentar a las aves rapaces. La emisora Sud-Radio recogía testimonios como éste: «El avión volvió al cabo de veinte minutos. En su panza albergaba una especie de caja con una trampilla que se abría a escasos metros del suelo». Meses después, la región del Perigord, el Lot y la Vaucluse -según recoge Jean-Noël Kapferer- estaban inundadas de culebras, dando lugar a un encendido debate entre agricultores hartos de conspiraciones maquiavélicas, periodistas en bermudas a la caza de «serpientes de verano» y autoridades pseudocientíficas ávidas de *Expedientes X*.

Pronto llegaron los detalles. A raíz de un testimonio recogido por el etnólogo Bruno Soulier, se desprendía que los reptiles eran soltados desde helicópteros que volaban muy bajo en bolsas de plástico de color blanco, hábiles para albergar hasta veinte ejemplares.

Al tiempo, Veronique Champion-Vincent y Jean-Bruno Renard recogían el alegato de particulares anónimos que afirmaban haber descubierto cajas con el matasellos del Ministerio del Medio Ambiente. Por aquel entonces la lista de sospechosos incluía a los ecologistas -que habían promovido, años atrás, la introducción de linceos en la región de los Vosgos-, la Administración y ciertos laboratorios farmacéuticos interesados en producir sueros antiveneno a partir de estos animales zigzagueantes que por aquel entonces se importaban de la URSS.

En 1989 el rumor había corrido ya por amplias zonas rurales de Francia y había llegado, aunque debilitado, a Sion -Suiza- y al norte de Italia -el 13 de octubre de 1989 *La Stampa* publicaba la fotografía de un carabinero con una caja que, presumiblemente, contenía serpientes. Unos años más tarde, el rumor aterrizaba en Galicia y en algunas zonas del País Vasco.

A decir de los que más se han destacado en el estudio de esta leyenda, -Veronique Champion y Jean-Baptiste Harang- la historia tiene algunos ingredientes de interés. Por una parte, la serpiente, símbolo del mal y la traición, por otra, potentes helicópteros, viva imagen de la ciencia menos accesible, y, por último, nuevas leyes para amparar a las especies protegidas. Este cóctel, bien batido, daba lugar a una noticia inquietante: ¿No será, acaso, que, en estos tiempos que corren, las autoridades se decantan antes por los animales que por los propios hombres y mujeres...?

ANTONIO ORTÍ

El perro extranjero

Una pareja se fue con su perro a Alemania. Allí encontraron a otro perro abandonado, muy débil. Decidieron traerlo a España. Poco a poco se fue recuperando. Un día volvieron a casa y vieron que su perro estaba destrozado: se lo había comido el perro que recogieron. Lo llevaron al veterinario y resultó que no era tal, sino la mutación de una rata. Me lo contó una amiga; le había pasado a unos amigos de una conocida.

ELENA PRADAS
Barcelona

En otoño de 1983, Jan Brunvand empieza a recibir versiones de esta leyenda procedentes de varios estados. Casi todas describen a una turista que viaja a Méjico, adopta a un supuesto chihuahua callejero y lo introduce clandestinamente en los Estados Unidos. En una de ellas, el animal amanece «con los ojos rodeados de mucosidad y arrojando espuma por la boca», es decir, con síntomas evidentes de rabia. El veterinario será el encargado de revelar la naturaleza del animal con estas contundentes palabras: «En primer lugar no es un perro, sino una rata de alcantarilla mejicana. Y en segundo lugar, se está muriendo». En algunas variantes la rata mejicana actúa como en la versión de nuestra informadora: atacando a los perros o gatos de la familia. En dos ocasiones el veterinario será incluso más expeditivo: se limitará a romper el cuello al falso chihuahua.

Los ejemplos europeos del relato siguen el mismo esquema, con la salvedad de que la rata suele proceder de países tropicales o africanos. En las versiones italianas recopiladas por Cesare Bermani se la describe a veces como una rata gigante «típica» de Filipinas, Tailandia, Kenia, o Paquistán. Su naturaleza agresiva la impulsa a devorar sin piedad perros, gatos e incluso bebés. Ennio Rota, cuenta cómo una familia milanesa se fue de vacaciones a Filipinas, compró un perrito por unas cuarenta o cincuenta mil liras,

se lo llevaron consigo a Milán y el animalito fue creciendo. Un día volvieron a casa y encontraron muerto a su hijo pequeño, mutilado y devorado por el perro. Cuando intervino el veterinario descubrieron que era una rata de un género particular que se cría en las Filipinas, voraz, agresiva y muy peligrosa.

En ciertas ocasiones el veterinario dictamina que la rata exótica es portadora de «todas las enfermedades del mundo», por lo cual la familia es puesta inmediatamente en cuarentena.

Las versiones alemanas y suecas reiteran el origen africano, asiático o tropical de la bestia, pero amplían el catálogo geográfico con la inclusión de España, concretamente Mallorca, como país productor de voraces roedores.

En esta versión anónima, de un estudiante de Barcelona, ni siquiera se menciona a la omnipresente rata. El animal se reduce a un lovecraftiano «aquello», confirmando así su naturaleza estrictamente «demoníaca», es decir, metafórica:

Una familia se va de vacaciones a un país tropical. Se encariñan con un animal desconocido, pero que es muy afectuoso con los niños (...) Se lo traen, le dan de comer, le preparan un rincón para él, todo muy bien, se adapta perfectamente. A los pocos días se presenta un amigo. Es entendido en animales. Al ver al bicho se asombra de que tengan allí aquello. Que es un cruce muy raro (...) que además son crueles carnívoros, que si les faltase comida atacarían a los dueños sin pensarlo dos veces, hasta devorarlos para asegurarse así la comida. Que se sorprende que les hayan permitido traerlo con lo peligrosísimo que es. A pesar del cariño de los niños hacia el animal y de lo bueno que parecía ser, se deshacen de él.

En las páginas de *Opio, diario de una desintoxicación*, escrito en 1928-30, Jean Cocteau incluye un genuino precedente de esta leyenda:

Le habían vendido, en los bulevares, un perro minúsculo a Mme A. D... Vuelve a casa, coloca el perro en el suelo para buscar agua. Vuelve y encuentra al perro encaramado en el marco de un cuadro. Era una rata con una piel de perro. De ira había conseguido roer sus falsas patas.

Sería difícil describir con mayor elocuencia el rechazo a la personalidad postiza que intenta imponer la «civilización» a lo irremediabilmente salvaje.

Gary Alan Fine lleva a cabo un penetrante análisis de esta parábola, que con amargo sarcasmo hemos titulado «El perro extranjero». No es por azar, según él, que el relato cobre tanta difusión a partir de 1983, ya que es la fecha en que Norteamérica y otros países empiezan a maquinar las primeras leyes de extranjería, espoleados por el incipiente problema de la inmigración clandestina. Si aceptamos su tesis, el «perro mejicano» viene a ser un extranjero indocumentado. En algunas ocasiones, el animal en cuestión es recogido del océano, con lo que se nos ofrece un amplio catálogo de «mojados» a quienes poner el collar: inmigrantes mejicanos, cubanos, haitianos, polizones asiáticos..., una nutrida selección de perritos extranjeros «con los que no debemos encariñarnos, por muy inocentes que parezcan, pues en el fondo no son más que ratas carroñeras, agresivas y peligrosas, que no pintan nada en Estados Unidos» (ni en Europa).

En el espejo deformante del folklore moderno, el así llamado Tercer Mundo encarna lo primitivo en estado puro: es un lugar amenazador donde las ratas, animales nocturnos y subterráneos, han emergido a la luz del día y conviven igualitariamente con los nativos, transmitiéndoles toda clase de infecciones que los hacen tan peligrosos (y escasamente exportables) como ellas. Resulta sintomático que en el relato de nuestra informadora la pareja protagonista no traiga un simple roedor autóctono de un país como Alemania (modelo de progreso), sino la «mutación de una rata». Lo mismo ocurre en una variante recopilada por Cesare Bermani: la rata, que procede de Japón o China, sufre «modificaciones genéticas».

El sentido que podría extraerse de esta distinción es que los países del Tercer Mundo poseen, por decirlo así, la fauna natural que corresponde a su grado de subdesarrollo, mientras que los más adelantados, como Alemania o Japón, han de padecer una fauna accidental que es un efecto secundario (terrible o justificable, según como se mire) de su prodigiosa técnica: la misma que les permite hacer malabarismos con el código genético.

JOSEP SAMPERE

Tarántulas en el tronco del Brasil

A mediados de 1996, un brote de aracnofobia perturbaba la balsámica paz de las floristerías españolas. La *draconea fragans* o «tronco del Brasil» perdía su decorativa inocencia y se transformaba en un ejemplar más peligroso si cabe que la planta carnívora de «La tienda de los horrores». He aquí lo que podía suceder a los incautos que se atrevían a importarla por su cuenta y riesgo, en palabras de un informador anónimo:

Una chica vuelve de un país tropical con una planta de tronco grueso (una dragonera). Al cabo de unos días se oyen unos ruidos extraños en el interior, como si alguien lo raspase. Al día siguiente el tronco está hinchado, se rompe y sale una enorme tarántula. Ella asustada va corriendo a la casa de la vecina para que llame a la policía, los bomberos, etc., para que le quiten de allí a tan horripilante animal.

Una florista de Barcelona, M.^a del Mar Serra, nos confirma que por esas fechas algunas clientas (la mayoría de extracción humilde) solían inquietar a los empleados de su gremio con relatos similares. ¿Era posible que el tronco del Brasil (o la yuca) pudiera estar infestado de huevos de tarántula? Nuestra florista no tiene noticia de que algo así haya ocurrido jamás, a menos que las tarántulas en cuestión sean las «arañas rojas», unos bichitos inocuos que genera el tronco del Brasil al pudrirse, debidamente agigantados por un acceso de *delirium tremens*.

Sugiere M.^a del Mar Serra que la noticia podría haberla difundido algún saboteador dispuesto a reducir las ventas de esta planta -una de las de mayor longevidad, si se sabe cuidar bien. Sea como sea, lo cierto es que otras versiones internacionales de la leyenda llevan etiquetas que se aferran tenazmente a su forma narrativa. El año 1985, por ejemplo, se convirtió en una especie de *annus horribilis* para la cadena de supermercados británicos Marks & Spencer. Por todo Londres cundió una variante aumentada y corregida de la leyenda, que acusaba a dichos establecimientos de vender yucas que «siseaban, gemían, temblaban, se estremecían e incluso aullaban cuando uno las regaba». Se decía incluso que un equipo de especialistas de Marks & Spencer, vestidos con trajes protectores, habría tenido que llevarse las plantas infectadas mediante brazos metálicos extensibles.

Jan Brunvand ofrece algunos ejemplos en que los cactus reemplazan a la yuca como refugio de mortíferos artrópodos (tarántulas o escorpiones). En tales variantes, fechadas en los años noventa, la «víctima» suele adquirir las plantas en sucursales norteamericanas de los almacenes Ikea.

Resueltos a poner las arañas en su sitio de una vez para siempre, los directivos de Ikea y Marks & Spencer terminaron recordando al consumidor que sus plantas no eran ni mucho menos silvestres; antes bien, se cultivaban en invernaderos, se regaban como Dios manda y no se enviaban a la tienda sin cambiarlas previamente de tiesto.

A pesar de las ampollas que levanta, la referencia a establecimientos concretos no es una constante del relato; más bien parece un añadido (malintencionado o no) que se incorpora a la trama según las circunstancias en que resurge la leyenda.

Las versiones más «fieles», como las que circularon por Finlandia, Suecia y Alemania a partir de 1970, coinciden a grandes rasgos con la de nuestro informador. Una de ellas, sin embargo, constituye una rareza que no podemos pasar por alto. La recoge en 1985 el folklorista sueco Bengt af Klintberg y se puede condensar en una frase desgarradora: «¡Mamá, el plátano me ha mordido!». La víctima que la profiere, antes de morir, es un chiquillo que se disponía a comerse un plátano «en el que una serpiente venenosa había puesto huevos».

Como argumenta Gary Alan Fine, el tema central de estos relatos es el conflicto entre la peligrosa «jungla» y el ambiente urbano domesticado. Los troncos del Brasil, yucas, plátanos y cactus provienen de América Central, África y Méjico, es decir, del inhóspito Tercer Mundo. Al igual que en la leyenda de *El perro extranjero*, su objetivo primordial no es otro que advertirnos de la amenaza que supone para nuestra aséptica cultura la importación de ciertos productos escasamente homologados.

JOSEP SAMPERE

EL OTRO LADO

Aparecidos itinerantes

En 1986, la agencia Europa Press difundió la noticia de que entre Bilbao y San Sebastián los fantasmas de jóvenes fallecidas en accidentes de tráfico aterrorizaban con sus apariciones a los automovilistas que circulaban por aquella zona.

Unos diez años antes, un hombre llamaba a la redacción del diario *Tele Exprés* para contar una experiencia escalofriante: mientras circulaba de noche por una carretera desierta, había recogido a una joven que hacía autoestop bajo la lluvia. Al cabo de pocos kilómetros, la muchacha desapareció del vehículo en plena marcha y haciendo caso omiso de las puertas cerradas. Aurora Segura, periodista de dicho rotativo, se citó con él para entrevistarle. «Tuve la impresión de que decía la verdad», recuerda. «Sin embargo, no sé por qué motivo, se echó atrás y prefirió no darme más detalles.»

Xavier Fábregas, en su libro *Les arrels llegendàries de Catalunya* describe otro caso parecido, situado en las inmediaciones de Manresa (Barcelona). Un conductor invita a subir a una joven que hace autoestop. Cuando se acercan a una curva, la muchacha murmura con voz angustiada: «Vaya con cuidado. Este tramo es muy peligroso. Hay muchos accidentes». Acto seguido se esfuma silenciosamente. El hombre, muy alterado, acude a un puesto de la Guardia Civil. Allí le muestran una foto de la autoestopista, le dicen que se mató en aquella misma curva cosa de un año atrás, y que tienen archivadas casi una docena de denuncias. «Hará siete u ocho años, esta historia gozó de mucho crédito», termina diciendo Fábregas. «Algún periodista se propuso investigar a fondo. Luego lo dejó correr.»

A pesar de la frecuencia con que la prensa española y extranjera se ha hecho eco de tales apariciones, nadie ha publicado todavía un atestado auténtico, con fotos incluidas, procedente de los archivos de la benemérita. Para encontrar una ficha completa de esos pálidos espectros que embrujan la red viaria, debemos remitirnos a los índices de motivos tradicionales. En ellos figuran desde hace unos cincuenta años bajo la clave E332.3.3.1 y el nombre genérico de *The Vanishing Hitchhiker*: la autoestopista que desaparece.

Ejemplo clásico de «cuento de fantasmas» tradicional adaptado a un marco contemporáneo, la autoestopista del más allá ha visto renacer su fama planetaria al ser utilizada nada menos que de fantasma-anuncio en *spots* de coches y pantalones tejanos.

Como sucede con los santos locales y sus ermitas, cada municipio dispone de una autoestopista particular, cuyas apariciones se vinculan a una «curva de la muerte» de las cercanías. Enumeremos al azar algunos de estos tramos malditos: El puerto del Ragudo (Castellón), las curvas de l'Arrabassada (Barcelona), la «Curva de la Viuda» (Ceuta), la carretera de Ojén (Málaga), la curva de Majadahonda (Madrid), La Laguna (Tenerife), las Siete Revueltas de Navacerrada (Madrid), el puerto de El Bruc (Barcelona), la curva de La Palanca (Álava).

A diferencia de los espectros de la literatura gótica, truculentas sombras ensangrentadas, las autoestopistas del otro mundo poseen una corporeidad capaz de engañar al conductor más pintado. Es más, incluso pueden dejar vestigios de su presencia, como un tenue perfume o un charco de agua si han perecido ahogadas. Aunque suelen ser de pocas palabras, el comportamiento que muestran nunca delata su origen «sobrenatural». Matías Morey, socio de la Fundación Anomalía, nos envía amablemente un retrato hiperrealista de una de ellas, extraído del libro *Mallorca Mágica* (1987) de Carlos Garrido. En esta ocasión, la joven se aparece en la carretera vieja de Sineu (Mallorca):

(...) Era una muchacha con un abrigo de corte militar, muy ancho y desgarbado, que aparentemente le hacía señas para que la recogiera (...) Al arrancar, nuestro hombre la miró de reojo, sólo contando con las leves luces del tablero de mando. Tenía los cabellos en gran desorden. Una de las mangas estaba rota por dos sitios, y la expresión de sus ojos, aunque no tenía nada extraordinariamente anormal, era como de miedo sordo. (...) Tenía unas manos muy delgadas y blancas que dejaba caer sobre el asiento delantero como si estuviese en alerta constante. Entonces, el conductor se percató -y ese detalle no lo olvidaría nunca- de que entre la mata de pelo desgreñado que a ella le caía a ambos lados del rostro, había una hoja seca de pinaza confundida entre sus cabellos (...)

La personalidad y conducta de los aparecidos itinerantes está sujeta a variaciones. La catalogación más temprana de todas ellas la debemos a los folkloristas norteamericanos Richard K. Beardsley y

Rosalie Hankey. En un estudio imprescindible que data de 1942/43, publicado en la revista *California Folklore Quarterly*, ambos estudiosos analizaron a fondo un total de 79 relatos procedentes de diversos puntos de los Estados Unidos. Finalmente llegaron a la conclusión de que las leyendas de autoestopistas fantasmales se presentaban en cuatro formas básicas. A su entender, habría una versión «originaria», de procedencia ignota, de la cual descenderían las demás variantes. Ellos la denominan Versión A y la describen en los siguientes términos: «La autoestopista da una dirección, mediante la cual el conductor descubre que ha recogido a un fantasma».

Este enunciado podría ampliarse ligeramente para dar cabida a las numerosas versiones españolas y europeas que difieren algo de él. Como en el relato de Xavier Fábregas citado más arriba, la mayoría de las veces el conductor toma la iniciativa y descubre la identidad fantasmal de la autoestopista gracias a una foto de los archivos policiales. Otra divergencia respecto a los relatos norteamericanos, es que las autoestopistas del viejo continente suelen avisar, antes de esfumarse, de que se aproxima una curva peligrosa o bien revelar directamente que encontraron allí la muerte. Lo volvemos a ver, en el ejemplo que nos manda la malagueña Rocio Vázquez, situando el encuentro en un fatídico punto negro de la carretera de Ceuta:

Una misteriosa chica con el rostro pálido y los vestidos raídos es recogida por un conductor. Tras una breve conversación, la chica le avisa de que tenga mucho cuidado, momentos antes de llegar a la famosa «Curva de la Viuda», porque ella se habla matado allí mismo. En ese mismo instante, la joven desaparece ante la mirada perpleja del conductor.

Con la reglamentaria visita al cuartelillo culmina también el relato que nos manda Mónica Gracia, de Rentería (Gipuzkoa), basándose en el «testimonio» de un hombre que se dirigía de Zarauz a Orío, por una carretera de la costa guipuzcoana, donde se habían producido numerosos accidentes mortales:

(...) De repente, a dos metros de su coche y bajo la lluvia, apareció una chica joven, con el cabello largo hasta la cintura, empapada de arriba abajo. El hombre paró bruscamente y salió del coche. Extrañado se acercó hasta la chica; ella tenía la mirada perdida y el conductor supuso que estaba en estado de shock. ¿Te puedo ayudar? -le dijo- ¿Puedo acercarte a algún sitio? Ella, sin mediar palabra, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y accedió a montarse en el coche. (...) En una de las rectas de la carretera, un coche se aproximó de frente a gran velocidad (...) y deslumbró fuertemente al conductor. Éste dio un volantazo y frenó justo en el instante antes de caer en un barranco. Cuando se recuperó del susto, miró hacia la derecha para preguntar a la chica cómo se encontraba, pero ella había desaparecido. En su lugar había un pequeño bolso, que ella llevaba en la mano. Al día siguiente se acercó a la comisaria para devolver el bolso y todo lo que contenía. Dentro había un pasaporte a nombre de una chica. Tras buscar su nombre le dijeron que había fallecido años atrás en un accidente de circulación. Posiblemente en la carretera entre Orío y Zarauz (...) Actualmente, el conductor lleva internado desde hace dos años en la clínica mental Santa Águeda, de Mondragón.

Este ejemplo es particularmente minucioso, ya que contiene el detalle del «objeto olvidado en el coche» (referencia 3.3.1 en el *Índice de tipos y motivos de cuentos tradicionales de Inglaterra y Norteamérica*, de Ernest Baughman), e insinúa el carácter ambivalente del personaje de la autoestopista.

En algunas ocasiones, como en la adaptación literaria de la leyenda que incluye el folklorista y escritor Bienve Moya en su libro *Llegendes i contes catalans per ser explicats*, el objetivo primordial del fantasma parece ser el de evitar un accidente. En otras, como en el relato de nuestra informadora, se deja entrever su condición maléfica, puesto que el conductor enloquece a raíz del encuentro. Hay casos en que la malignidad del fantasma se halla en estado latente, como en este ejemplo anónimo de Badajoz:

En una de las curvas más peligrosas que existen en la M-30 madrileña dicen que se aparece el fantasma de una joven vestida de blanco que hace autoestop. Si el conductor no la recoge, será víctima de un accidente mortal a los pocos metros.

Y hay otros casos en que se trata claramente de una dama diabólica. Nos lo confirma el escritor Alfredo Bryce Echenique, en su novela *Reo de nocturnidad*, ubicando el encuentro en el puente de Palavas, de Montpellier (Francia):

(...) me repetía con voz amenazadora la leyenda de aquella mujer de larga túnica blanca, que paraba a los autos en aquel puente y pedía ser transportada a algún determinado lugar. Todos los hombres que la invitaban a subir, seducidos por sus encantos, se estrellaban antes de llegar a Montpellier y morían. De la famosa dama, en cambio, no se volvía a saber hasta su próxima aparición.

Acaso no sea ninguna coincidencia que los espectros más diabólicos de la familia vistan de blanco. Este detalle parece sugerir que ciertas autoestopistas de la leyenda podrían haber sufrido la aciaga influencia de la «Dama de Blanco», figura del folklore universal que merodea por puentes, acantilados y otras elevaciones e invita a los viajeros a bailar con ella. Si se niegan a concederle el favor, el siniestro personaje los arroja al vacío sin contemplaciones.

Sea como sea, lo cierto es que las leyendas de aparecidos itinerantes recogen y modernizan diversos temas y personajes del mundo imaginario tradicional. «Los fantasmas de las autoestopistas», nos indica Victoria Cirlot «son el equivalente contemporáneo de las hadas». En efecto, al igual que las hadas, estas visiones de la carretera se hallan revestidas de facultades mágicas: pueden aparecer y desaparecer a voluntad, evitar accidentes o provocarlos. Ello las convierte en personajes ambiguos, en deidades benéficas o maléficas, según el humor de que se encuentren. Asimismo, desempeñan el papel de intermediarias entre el mundo de los vivos y el de los muertos, poseyendo así el temible poder de anunciar la existencia del «más allá», noticia que puede afectar gravemente la cordura de muchos «testigos». En lugar de aparecerse en bosques lúgubres, como las hadas de cuento, se dejan ver en noches lluviosas, por carreteras oscuras y serpenteantes: espacio de sombras entre luces, paisaje igualmente idóneo para la manifestación de lo fantástico.

La antropóloga italiana Laura Bonato establece una ingeniosa correspondencia entre la lluvia y la mítica «agua de la vida», sugiriendo que el baño en este elemento alquímico parece indispensable para devolver el soplo vital a la difunta. De guiarnos por su razonamiento, advertiremos que las *vanishing hitchhikers* recuerdan también a los espíritus de los cuentos de fantasmas tradicionales: ánimas en pena condenadas a vagar por los parajes donde encontraron la muerte; jóvenes fallecidas el mismo día de su cumpleaños o de su boda, que conmemoran la fecha con un fugaz regreso a este mundo; madres espectrales que piden ayuda para salvar a sus hijos atrapados en el coche donde ellas acaban de morir. O hermosos y becquerianos espectros femeninos que se esfuman tras hacer el amor con el automobilista, dejando una nostalgia incurable en su pobre corazón. Variantes todas ellas clasificadas minuciosamente en el *Índice* de Ernest Baughman.

Volvamos al estudio de Beardsley y Hankey. La Versión B de la leyenda engloba una serie de espectros algo más circunstanciales: ancianas, monjas o santas que se aparecían para vaticinar catástrofes o anunciar el fin de la Segunda Guerra Mundial.

En un artículo de la revista *Communications*, Frédéric Dumerchat cita numerosos ejemplos de esta índole y los compara con sus variantes modernas, donde abundan los profetas viajeros que predicen el fin del mundo. Por su parte, Lydia M. Fish analiza el peregrinaje de un fantasma visionario que recorría Norteamérica a principios de los años setenta: se trataba de un joven vestido de blanco, con indumentaria hippy, que pronosticaba la inminente segunda venida del mismísimo Jesús.

La Versión D comprende casos aún más limitados: la aparición de autoestopistas que resultan ser divinidades locales, como la diosa Pele de la mitología de las Islas Hawai, a la que nadie debe dejar en la cuneta bajo pena de terribles desgracias.

La Versión C, en cambio, coincide punto por punto con una serie de leyendas que han circulado ampliamente por Europa y el mundo entero. Vale la pena reproducir el resumen que hacen de ellas Beardsley y Hankey, puesto que las múltiples versiones que nos han llegado lo siguen al pie de la letra: «Un joven conoce a una chica durante una fiesta, en una discoteca, etc., en lugar de encontrarla en la carretera; ella deja alguna prenda (a menudo la chaqueta que le prestó el joven) sobre la tumba donde está enterrada, para corroborar la experiencia y probar su identidad».

Durante uno de los múltiples guateques que se celebraban en casa de una familia acomodada (que habitaba por aquel entonces en la zona de Carranquer), el hijo menor de la familia se fijó en una joven que iba completamente vestida de blanco...

Así empieza una Versión C que nos manda Sonsoles García, de Málaga. La pareja estuvo bailando sin parar,

pero ella no dijo ni una palabra en toda la velada. Cuando llegó la hora de la despedida, el joven llevó a la chica hasta su casa en la moto, y como tenía frío, le dejó la chaqueta. Al día siguiente el joven acudió a la casa donde la noche anterior dejara a la chica, con la intención de recuperar su chaqueta, pero la madre de la chica le informó de que ésta había fallecido hacía ya diez años. El joven no podía creerlo, así que fue al cementerio de San Miguel para convencerse. Allí encontró su chaqueta, correctamente doblada sobre la tumba de la chica.

En su libro *99 leggende urbane* Maria Teresa Carbone recoge una variante digna de Edgar Allan Poe: el protagonista conoce a la joven en un bar y le salpica de café la ropa. Más adelante, cuando abran su ataúd, descubrirán que el cadáver tiene una mancha en el vestido.

Dos autores españoles harto dispares nos ofrecen aún más pruebas del arraigo de esta versión en nuestro acervo folklórico. El primero es el escritor Max Aub, que la convierte en un relato cuyo título ya suelta prenda del desenlace: *La gabardina*. Lo encabeza una dedicatoria que también habla por sí misma: «A mi novia, que me lo contó».

El segundo es el padre José María Pilón, infatigable parapsicólogo ya citado en otros lugares de esta obra. En su libro *Lo paranormal, ¿existe?* (1996), nuestro detective de lo sobrenatural asegura haber oído el relato, como si fuera verídico, de boca de un «íntimo amigo del protagonista». Finalmente, el misterio se resolverá de un modo prosaico: «Mientras esperaba en la antesala de un dentista», cuenta el padre Pilón, «encontré sobre la mesita de revistas un número atrasado de *El Caso* -aquel periódico que, por entonces, se publicaba con historias truculentas y hechos espeluznantes- y en la página segunda, en un recuadro, aparecía esta misma historia, inventada por un lector que la presentaba al concurso que dicho periódico había convocado, y que en aquella ocasión había resultado premiada (...)

Sin ánimo de pecar de impertinentes, querido padre Pilón, nos parece como mínimo disparatado atribuir la autoría de una Versión C a un lector de *El Caso*...

Tras este repaso de las andanzas españolas de los aparecidos itinerantes, es nuestro deber constatar la abrumadora universalidad de la leyenda. En la lista de países visitados por las autoestopistas evanescentes figuran Estados Unidos, Canadá, Cuba, Méjico, Guatemala, Argentina, Italia, Suiza, Suecia, Finlandia, Francia, Alemania, Austria, Inglaterra, Yugoslavia, Rumania, Argelia, Egipto, Israel, Sudáfrica, Guam, Hawai, India, Malasia, Paquistán, Japón, Corea y Taiwán.

Si la difusión de estos relatos es abrumadora, aún lo es más su antigüedad. En un importante estudio titulado *The Phantom Hitchhiker: Neither Modern, Urban, Nor Legend?* Gillian Bennet aporta datos decisivos que ponen en tela de juicio el carácter «urbano», «moderno» y «legendario» de las historias de fantasmas autoestopistas:

Un repaso a la literatura «de fantasmas» pone en evidencia que el relato del «espectro que hace autoestop» ha venido transmitiéndose sin descanso, -argumenta Bennet- pero despierta la duda de que sea esencialmente urbano, y demuestra que no se cuenta invariablemente como si de una leyenda se tratase. Algunos indicios sugieren asimismo que tampoco es una historia particularmente moderna. La encontramos, por ejemplo, en *Lord Halifax's Ghost Book* antología que contiene otros cuentos (y por razones intrínsecas nos inclinamos a pensar que el que nos ocupa no es otra cosa) que ya se narraban unos cien o ciento cincuenta años antes de la publicación del volumen. Un episodio muy parecido figura en una larga narración incluida en las *Miscellanies* de Aubrey (1969) y en el *Pandemonium: Or the Devil's Cloister* de Bovet (1684).

En otro estudio fundamental, titulado precisamente *The Vanishing Hitchhiker*, el profesor Jan Brunvand redundante en las conclusiones de Bennet, al afirmar que las historias de autoestopistas

espectrales son de las pocas leyendas de género sobrenatural que derivan claramente de antiguos cuentos de fantasmas errantes. Según su tesis, la incorporación del automóvil parece haber sido decisiva para convertir dichos cuentos del pasado en relatos contemporáneos de una movilidad y un atractivo enormes. Tras consignar numerosos ejemplos modernos, Jan Brunvand localiza una leyenda que constituye otro claro antecedente de los relatos de autoestopistas que desaparecen. La recogió Catherine S. Martin en 1943, al oírla contar a su madre, quien de niña vivía en las inmediaciones de Nueva York. El relato, sin embargo, ya circulaba allá por 1890. Los protagonistas no eran conductores, sino jóvenes jinetes que se dirigían a una fiesta. Cuando pasaban por cierto bosque de las proximidades de Delmar (Nueva York), el fantasma de una muchacha se montaba de un salto en la grupa de su caballo y desaparecía al terminar el viaje. La muchacha, en vida, tenía fama de celosa, pero nunca causaba ningún daño, salvo agarrarse fuerte a los jinetes y echarles al cuello su aliento glacial.

En la obra *The Evidence for Phantom Hitch-hikers*, un intento curioso -y convincente- de demostrar que algunos casos contados de autoestopistas fantasmales pudieran ser experiencias auténticas, el escritor británico Michael Goss menciona un precedente aún más antiguo de la leyenda. Se trata de un texto de 1602, que figura en un manuscrito de Joan Petri Klint conservado en la biblioteca de Linköping (Suecia). Los viajeros, en este caso, son un vicario y dos granjeros que se desplazan en trineo y recogen a una joven «encantadora» que viste como una sirvienta. Cuando se detienen a comer en un albergue, la chica pide tan sólo una cerveza. A partir de entonces empiezan los portentos: las bebidas del trío se transforman respectivamente en malta, bellotas y sangre. Acto seguido, la muchacha vaticina un año de prosperidad, pero al mismo tiempo «de guerras y peste». Dicho esto, desaparece.

Como desapareció también el apóstol Felipe unos dos mil años atrás, convirtiéndose posiblemente en el primer aparecido itinerante de la historia. El episodio -lo señala Lydia M. Fish-, se encuentra en Hechos de los Apóstoles, 8 26-39:

El ángel del Señor habló a Felipe diciendo: «Levántate y marcha hacia el mediodía por el camino que baja de Jerusalén a Gaza. Es desierto». Se levantó y partió. Y he aquí que un etíope eunuco, alto funcionario de Candace (...) regresaba sentado en su carro, leyendo al profeta Isaías. El espíritu dijo a Felipe: «Acércate y ponte junto a ese carro». Felipe entonces (...) se puso a anunciarle la buena nueva de Jesús.

Siguiendo el camino llegaron a un sitio donde había agua. El eunuco (...) mandó detener el carro. Bajaron ambos al agua, Felipe y el eunuco; y lo bautizó, y en saliendo del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y ya no le vio más el eunuco, que siguió gozoso su camino.

JOSEP SAMPERE

Teletransportados adonde Vidal

El 3 de junio de 1968, el diario La Razón informaba que un matrimonio de apellido Vidal-Raffo, que viajaba en automóvil desde Chascomús hasta Maipú -en la provincia de Buenos Aires (Argentina)- había perdido la conciencia al entrar en un banco de niebla. Cuando volvió en sí, la pareja se encontraba en Ciudad de México.

Según información facilitada por Matías Morey, miembro de la Fundación Anomalía, pese a que nadie logró entrevistar al matrimonio, La Razón comenzó a publicar noticias cada vez más detalladas sobre el suceso. Así, el caso se relacionó con Martín Rapallini, supuesto familiar de los Vidal, quien declaró desconocer el asunto. Pero el diario tomó la negativa de Rapallini como una confirmación de sus fundadas sospechas, pues «existe una estricta prohibición de difundir lo sucedido».

Al parecer, el único «testigo» indirecto de lo acontecido era un joven -presunto pariente de los Vidal- que fue entrevistado en el *talk show Sábados circulares de Mancera*, uno de los programas de televisión más populares de Argentina.

Durante años, el matrimonio Vidal alcanzó tal notoriedad que su viaje fantástico se hizo célebre, ya no sólo en Buenos Aires, Mendoza o Córdoba, sino también en San Miguel de Tucumán, Puerto San Julián o Santa Rosa. De aquí y de allá surgían personas que decían haber conocido en vida a los Vidal y que culpaban a los ovnis de su viaje relámpago. Estaban en lo cierto.

En 1996 el cineasta Aníbal Uset reconocía haber fabricado la noticia con la ayuda de un periodista y de dos amigos vinculados al mundo del espectáculo con el propósito de promocionar la película *Che, ovni*, una comedia que se estrenaría ese mismo año -1968.

En el filme dirigido por Uset, un cantante de tangos era secuestrado por un platillo volante que lo teletransportaba -con coche y todo- hasta Madrid. El protagonista, papel que recayó en el actor Jorge Sobral, iba acompañado por una deslumbrante autoestopista a la que había recogido con su Peugeot 404 blanco -como en el «caso Vidal»-, mientras que el «testigo» que había dado la cara en el programa *Sábados circulares de Mancera* era en realidad un actor secundario.

Por lo demás, la trama no tenía desperdicio. El interés extraterrestre por el cantante argentino y su bella acompañante no era banal: los alienígenas, programados para trabajar sin descanso, necesitaban de cierta cuota de haraganería para equilibrar su temperamento.

La película fue un fracaso y sólo años después fue encumbrada por algunos cinéfilos por su desmedido surrealismo y su «humor involuntario». Su director, Aníbal Uset, tras ser requerido por Alejandro Agostinelli -el argentino que llevó a cabo la investigación que aquí se relata- para que explicara por qué había ocultado la invención de esta leyenda durante treinta años, manifestó: «Vino tanta gente a contarme que había conocido a los Vidal que empecé a dudar. Es más, la confusión fue tan grande que llegué a pensar que nuestra historia coincidió con algo que realmente había pasado».

Desde entonces, las variantes de esta leyenda urbana se han multiplicado por doquier -sobre todo, en España y Sudamérica-, con lo que modestos utilitarios han superado con creces las expectativas de sus fabricantes y recorrido enormes distancias economizando combustible al máximo.

El alucinante padre José María Pilón, una especie de jesuita que combate con ardor a los replicantes que a veces nos manda el cielo, recogía el siguiente testimonio en su libro *Lo paranormal, ¿existe?:*

Un matrimonio de recién casados decidió hacer su viaje de novios a Granada. Al llegar a Bailén, decidieron repostar gasolina. Al intentar pagar, el empleado de la estación de servicio les rechazó el dinero aduciendo que tenían que hacerlo con la moneda del país. Asombrados por estas palabras, preguntaron en qué lugar se encontraban. «En Santiago de Chile», les respondió el señor. ¡Asombro total! Recordaban cómo, al superar Despeñaperros, se vieron envueltos en una extraña niebla, por otra parte bastante frecuente a esas alturas de Derroñadas (...) A consecuencia tuvieron que ser internados durante una temporada en una clínica aquejados de un fuerte shock nervioso.

Es más -continuaba el infatigable padre Pilón-, en cierta ocasión, en una cena con unos amigos, me aseguraron que en la embajada de España en Santiago de Chile se encontraba, precintado, el automóvil en cuestión. ¡Hubiera sido una prueba absolutamente fehaciente de la autenticidad del hecho! Como, por entonces, un antiguo alumno mío del colegio de Areneros de Madrid se encontraba

de secretario en la embajada de dicha capital, le escribí pidiéndole que me confirmara el «hecho». ¡Absolutamente falso! No había ni noticias del tal automóvil ni de la realidad del suceso en cuestión. Todo pura fabulación... Es decir, un caso más de contagio psíquico.

Pues bien, la lista de «contagiados» es mucho más extensa de lo que podría pensar el padre Pilón. Según hemos constatado a lo largo de la realización de este libro, la historia del automóvil fantástico se conoce en Madrid, Barcelona, Bilbao, Castellón y Málaga. Desde la capital vizcaína, por ejemplo, Joana Artega nos hace llegar el siguiente relato:

Un matrimonio de recién casados comienza su luna de miel. Van en coche en dirección norte desde un pueblo del sur de León. Al llegar a La Bañeza les sorprende una densa niebla que les impide ver más allá de dos metros. Apenas pasan cinco minutos dentro de esta niebla pero, al salir, sorprendentemente, se hallan en la región portuguesa de El Algarve.

Otra versión parecida nos la ofrece José Manuel Vigo Sánchez desde Benamocarra (Málaga):

Un joven matrimonio circula con su coche por una carretera de una zona rural de Sevilla en dirección a la capital hispalense. El coche comienza a tener problemas hasta que se avería. Como es de noche, deciden continuar andando hasta algún lugar donde solicitar ayuda. A los pocos minutos, empieza a soplar un fuerte viento y se ve un gran resplandor en el cielo. La pareja se asusta, pero, al poco tiempo, desaparece tanto el fuerte viento como el resplandor y reanudan la marcha. Poco después ven a lo lejos las luces de una ciudad y una indicación que dice: Santiago de Chile 5 km. La pareja, al carecer de dinero para volver a España y presa de una fuerte conmoción, decide acudir a la embajada española en Chile en busca de ayuda.

Otras versiones, igual de precisas, sitúan al automóvil en la carretera que une Madrid con Toledo o en la que enlaza Onda y Castellón, mientras que el destino oscila entre México y Santiago de Chile. Normalmente los vehículos atraviesan un túnel o son envueltos por una densa niebla. En ocasiones, para tranquilizarse, deciden parar en una gasolinera y descubren que hay que pagar con cruceiros, esto es, que acaban de aterrizar en Brasil.

El hecho de que esta leyenda se muestre muy resistente al paso del tiempo, tal vez pueda relacionarse con el folklore popular y el auge de la ciencia ficción. Joan Guillaumet en *Bruixeria a Catalunya* cuenta en *Un viaje rápido* cómo una bruja llamada Savanna se introdujo en una barca de pescadores que iba de Cadaqués a Rosas a vender fruta, para al poco tiempo desaparecer. Al volver, se encontraron con que Savanna ya había estado en Rosas y había vendido sus peras.

Para averiguar si, brujas al margen, este tipo de viajes tenían precedentes históricos fuimos a hablar con Victoria Cirlot, profesora de Literatura Medieval en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona e hija de Juan Eduardo Cirlot, autor del imprescindible *Diccionario de símbolos*. Victoria, efectivamente, había oído la leyenda del automóvil prodigioso en Perú y su narración coincidía con el resto de relatos recopilados, sólo que en este caso el «aterrizaje» se había producido en Brasil, razón por la que se exhortaba a los ocupantes del vehículo a pagar la gasolina con cruceiros.

Para Victoria Cirlot, esta leyenda informa sobre la necesidad de transgredir las fronteras de lo real. Bajo ese punto de vista y, sin pretender emular a Freud, el insólito destino de la luna de miel, no dejaba de ser el viaje soñado -El Algarve, Brasil, Santiago de Chile, México-, un lugar a la altura de la felicidad que embargaba a los cónyuges y que abría de par en par las puertas de un «nuevo mundo».

Por otra parte, Stith Thompson recoge en su índice de los motivos más recurrentes de la literatura tradicional que «la niebla mágica que provoca invisibilidad», «la niebla mágica que lleva a una persona a perderse» o «el ascenso al cielo en una nube» tienen precedentes en el folklore irlandés e indio.

De hecho, su periódica puesta al día, guarda relación con el auge de un género, la ciencia ficción, que ha sabido sacar partido como nadie de puertas dimensionales, extrañas tormentas, nieblas que envían barcos al pasado y túneles que conectan con el cielo.

Valga recordar al respecto a *Star Trek* y a su famosa campana de vidrio o a una película más reciente como *Julia y Julia* (1987) en la que una mujer ignorada por su marido es transportada a otra dimensión en la que conocerá a un hombre muy fogoso con el que mantendrá un apasionado idilio.

También en *El experimento Filadelfia* (1984) se recoge la historia de un barco que, tras una aparatosa tormenta, es transferido al pasado, mismo caso que *El final de la cuenta atrás* (1980) cuando un moderno portaviones norteamericano es atrapado por una distorsión temporal y aparece en 1941 en vísperas del ataque japonés a Pearl Harbour.

En resumidas cuentas, la idea de proyectarnos mentalmente hacia el pasado o hacia el futuro, de hacer volar nuestros sueños más allá del presente, es casi una necesidad vital a la que sólo muy recientemente se le ha puesto un pero: no tener dinero con que pagar la gasolina.

ANTONIO ORTÍ

OBRAS CITADAS Y BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, FREDERICK. *Secret Formula*. Harper Collins, Nueva York, 1994.
- ALONSO DEL REAL, CARLOS. *Superstición y supersticiones*. Espasa-Calpe, Madrid, 1971.
- ÁLVAREZ-URÍA, FERNANDO. *Miserables y locos: medicina mental y Orden social en la España del siglo XIX*. Tusquets, Barcelona, 1983.
- AMADES, JOAN. *Auca de les faules d'Isop. Auca de les besties*. Selecta, Barcelona, 1981.
- , *Folklore de Catalunya. Rondallística*. Selecta, Barcelona, 1982.
- , «Los ogros infantiles». En *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. CSIC, tomo XIII, 1957.
- Anécdota Americana*. J. Mortimer Hall (ed.) Humphrey Adams, Boston, ca 1920.
- Antología española de literatura fantástica*. Alejo Martínez Martín (ed.) Madrid, Valdemar, 1994.
- ARENS, W. *El mito del canibalismo: antropología y antropofagia*. Siglo XXI, México, 1981.
- ARONA, DANILO. *Tutte storie: immaginario italiano e leggende contemporanee*. Costa & Nolan, Génova, 1994.
- ATXAGA, BERNARDO. *Obabakoak*. Ediciones B, Barcelona, 1995.
- BAROJA, PÍO. *El árbol de la ciencia*. Cátedra, Madrid, 1996.
- BAUGHMAN, ERNEST W. *The Type and Motif Index of the Folktales of England and North America*. The Hague, Mouton, 1966.
- BEARDSLEY, R. K.; HANKEY, Rosalie. «A History of the Vanishing Hitchhiker». En *California Folklore Quarterly*, n. 2, 1943.
- BENNET, GILLIAN. «The legend of the bosom serpent». En *Dear Mr Thoms...*, n. 22, august 1991.
- , «The Phantom Hitchhiker: Neither Modern, Urban, Nor Legend?» En *Perspectives on Contemporary Legend*. Paul Smith (ed.) CECTAL, Sheffield, 1984.
- , *Traditions of Belief: Women and the Supernatural*. Penguin, Londres, 1987.
- BENNET, GILLIAN; SMITH, PAUL. *Monsters with Iron Teeth. Perspectives on Contemporary Legend III*. Sheffield Academic Press, Sheffield, 1988.
- BENET, JUAN. *El aire de un crimen*. Planeta, Barcelona, 1980.
- BERGSON, HENRI. *La risa: ensayo sobre la significación de lo cómico*. Espasa-Calpe, Madrid, 1973.
- BERMANI, CESARE. *Il bambino e servito: leggende metropolitane in Italia*. Dedalo, Bari, 1991
- , *Spegni la luce che passa Pippo: voci, leggende e miti della storia contemporanea*. Odradek, Roma, 1996.
- BERIRAN i BROS, Pau. *El rondallari catalá*. Barcelona, Alta Fulla, 1989.
- BETTELHEIM, BRUNO. *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Crítica, Barcelona, 1986.
- BONAPARTE, MARIA. *Mythes de guerre*. Presses Universitaires de France, París, 1950.
- BONATO, LAURA. *Trapianti sesso angosce: leggende metropolitane in Italia*. Meltemi, Roma, 1998.
- BREDNICH, ROLF WILHELM. *Die Maus im Jumbo Jet: neue Sagenhafte Geschichten von heute*. Beck, München, 1991.
- , *Die Rate am Strohalm: Allerneueste sagenhafte Geschichten von heute*. Beck, München, 1996.
- , *Die Spinne in der Yucca-Palme: Sagenhafte Geschichten von heute*. Beck, München, 1990.
- BRENAN, GERALD. *Al sur de Granada*. Tusquets, Barcelona, 1997.
- BRIGGS, KATHARINE M. *A Dictionary of British Folktales in the English Language*. Routledge and Kegan Paul, Londres, 1971.
- BROWN, FREDRIC. *Pesadillas y Geezenstacks*. Miraguano, Madrid, 1990.
- BRUNVAND, JAN HAROLD. *The Baby Train and Other Lusty Urban Legends*. Norton, Nueva York/Londres, 1993.
- , *The Choking Doberman and Other «New» Urban Legends*. Norton, Nueva York/Londres, 1986.
- , *Curses! Broiled Again!* Norton, Nueva York/Londres, 1989.
- , *The Mexican Pet . More «New» Urban Legends and Some Old Favorites*. Norton, Nueva York/Londres, 1986.

-, *Too Good To Be True: The Colossal Book of Urban Legends*. Norton, Nueva York/Londres, 1999.

-, *The Vanishing Hitchhiker: American Urban Legends & Their Meanings*. Norton Nueva York/Londres, , 1981.

BURGESS, ANTHONY. *Els que toquen el piano*. Edicions 62, Barcelona, 1991.

CAMPION-VINCENT, VÉRONIQUE. *La légende des vols d'organes*. Les Belles Lettres, París, 1997

CAMPION -VINCENT, VERONIQUE; RENARD, JEAN-BRUNO. *Légendes urbaines: Rumeurs d'aujourd'hui*. Payot, París, 1992.

CANCELLIERI, TITA. *E se capitasse a te? Leggende urbane vecchie e nuove*. Theoria, Roma/Nápoles, 1993.

CARANDELL, LUIS. *Celtiberia Show*. Maeva, Madrid, 1994.

CARBONE, Maria Teresa. *99 leggende urbane*. Mondadori, Milán, 1990.

CARDÍN, ALBERTO. *Lo próximo y lo ajeno*. Icaria, Barcelona, 1990

CARO, BAROJA, JULIO. *Ensayos sobre la cultura popular española*. Dosbe, Madrid, 1979.

La casa encantada: estudios sobre cuentos, mitos y leyendas de España y Portugal. Eloy Martos y Vitor Manuel de Sousa (eds.) Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1997.

CATTERMOLE-TALLY, FRANCES. «Male Fantasy or Female Revenge: A Look at Modern Rape Legends». En *A Nest of Vipers: Perspectives on Contemporary Legend V*. Gillian Bennet and Paul Smith, (eds.) Sheffield Academic Press, Sheffield, 1990.

CIRLOT, JUAN-EDUARDO. *Diccionario de símbolos*. 3.^a ed. Siruela, Madrid, 1998.

COCTEAU, JEAN. *Opio*, Bruguera, Barcelona, 1981.

COLL, PEP. *Muntanyes maleïdes*. Empúries, Barcelona, 1994.

Contemporary Legend: The First Five Years. Abstracts and Bibliographies from the Sheffield Conferences on Contemporary Legend. Gillian Bennet y Paul Smith, (ed.) Sheffield Academic Press, Sheffield, 1990.

DALE, RODNEY. *It's True, it Happened to a Friend: A Collection of Urban Legends*. Duckworth, Londres, 1984.

-, *The Tumour in the Whale*. Duckworth, Londres, 1978.

DALEY, ROBERT. *The World Beneath the City*. Lippincott, Filadelfia/Nueva York, 1959.

DANSEL, MICHEL. *Nuestras hermanas las ratas*. Tusquets, Barcelona, 1979.

DAVENPORT-HINES, RICHARD. *Sex, Death and Punishment: Attitudes to sex and sexuality in Britain since the Renaissance*. Collins, Londres, 1990.

DAVIES, CHRISTIE. «Nasty Legends, Sick Humour and Ethnic Jokes about Stupidity». En *A Nest of Vipers: Perspectives on Contemporary Legend V*. Gillian Bennet and Paul Smith (eds.) Sheffield Academic Press, Sheffield, 1990

DÉGH, LINDA. «Legend and Belief». En *Genre*, n. 4,1971.

-, «The Memoriate and the Proto-Memoriate». En *Journal of American Folklore*, n. 87,1974.

-, «The Runaway Grandmother». En *Indiana Folklore*, n. 1, 1968.

Des fauves dans nos campagnes. Legendes, rumeurs et apparitions. Véronique Campion-Vincent (ed.) Imago, París, 1992.

Diccionario temático de antropología. Ángel Aguirre Baztán (ed.) 2^a ed. Boixareu Universitaria, Barcelona, 1993.

DICKSON, PAUL; GOULDEN, JOSEPH. *There Are Alligators in Our Sewers and Other American Credos*. Dell, Nueva York, 1983.

DORSON, RICHARD M. *America in Legend*. Pantheon Books, Nueva York, 1973.

DRACS, OFELIA. *Deu pometes té el pomer*. Tusquets, Barcelona, 1980.

DUMERCHAT, FREDERIC. «Les auto-stoppeurs fantômes». En *Communications*, n. 52, 1990.

DUNDES, ALAN. *Cracking Jokes: Studies of Sick Humor Cycles and Stereotypes*. Ten Speed Press, Berkeley, 1987.

-, «On the Psychology of Legend». En *American Folk Legend: A Symposium*. Wayland D. Hand (ed.) University of California Press, Berkeley, 1971.

DUNDES, ALAN; PAGTER, CARL R. *Sometimes the Dragon Wins: Yet More Urban Folklore from the Paperwork Empire*. Syracuse University Press, Syracuse, 1996.

-, *Sometimes the Dragon Wins: Yet More Urban Folklore from the Paperwork Empire*. Syracuse University Press, Syracuse, 1996.

Work Hard and You Shall Be Rewarded: Urban Folklore from the Paperwork Empire. Indiana University Press, Bloomington, 1978.

ELGART, J. M. *More Over Sixteen*. Grayson Publishing, Nueva York, 1953.

ELIANO, CLAUDIO. *Historia de los animales*. Gredos, Madrid, 1984.

ELLIN, STANLEY. «La especialidad de la casa». En *Dedos verdes y otros relatos de horror*. Christine Bernard (ed.) Molino, Barcelona, 1969.

ELLIS, BILL. «When is a Legend?: An Essay in Legend Morphology». En *The Questing Beast: Perspectives on Contemporary Legend IV*. Gillian Bennet and Paul Smith, (eds.) Sheffield Academic Press, Sheffield, 1989.

ESLAVA GALAN, JUAN. *Tumbaollas y hambrientos*. Plaza y Janés, Barcelona, 1999.

FÁBREGAS, XAVIER. *Les arrels llegendàries de Catalunya*. La Magrana, Barcelona, 1987.

FARMER, PHILIP J. *La imagen de la bestia*. Anagrama, Barcelona, 1981.

FERRÁN, JOSEP; FERRANDO, TRINITAT. *Els remeis de l'àvia*. La Llar del Llibre, Barcelona, 1983.

FEYNMAN, RICHARD P. *¿Está usted de broma, Sr. Feynman?* Alianza, Madrid, 1984.

FINE, GARY ALAN. *Manufacturing Tales: Sex and Money in Contemporary Legends*. University of Tennessee Press, Knoxville, 1992.

FISH, LYDIA M. «Jesus on the Thru'way: The Vanishing Hitchhiker Strikes Again». En *Indiana Folklore*, IX, n. 1, 1976.

Folktales of England. Katharine M. Briggs; Ruth M. Tongue (eds.) University of Chicago Press, Chicago/Londres, 1965.

GARDNER, MARTÍN. *La nueva era: notas de un observador de lo marginal*. Alianza, Madrid, 1990.

GLAZER, MARK. «The Cultural Adaptation of a Rumour Legend: The Boyfriend's Death in South Texas». En *Perspectives on Contemporary Legend II*. Gillian Bennet, Paul Smith and J.D.A. Widdowson (eds.) Sheffield Academic Press, Sheffield, 1987.

GOLDSTUCK, ARTHUR. *The Rabbit in the Thorn Tree: Modern Myths and Urban Legends of South Africa*. Penguin Books, Londres, 1990.

GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN. *Cinelandia*. Valdermar, Madrid, 1995.

GOSS, MICHAEL. *The Evidence for Phantom Hitch-Hikers*. The Aquarian Press, Wellingborough, 1984.

GUILLAMENT, JOAN. *Bruixeria a Catalunya*. Edicions del Cotal, Barcelona, 1983.

HAWTHORNE, NATHANIEL. «Egoísmo, o la serpiente en el pecho». En *Wakefield y otros cuentos*. Alianza, Madrid, 1985.

HOBBS, SANDY. «The Social Psychology of a 'Good' Story En *Perspectives on Contemporary Legend II*. Gillian Bennet, Paul Smith and J.D.A. Widdowson (eds.), Sheffield Academic Press, Sheffield, 1987.

KAPFERER, JEAN-NOËL. *Rumores: el medio de difusión mas antiguo del mundo*. Plaza y Janés, Barcelona, 1989.

KAPPLER, CLAUDE. *Monstruos, demonios y maravillas afines de la edad media*. Akal, Madrid, 1986.

KEY, WILSON BRYAN. *Seducción subliminal*. Vergara, Buenos Aires, 1991.

KLINTBERG, BENGT AF. *Rattan i pizzan. Folksanger i var tid*. Stockholm, Norstedts, 1986.

- , *Die Ratte in der pizza und andere moderne Sagen und Grosstadt Mythen*. Kiel, W. Butt, 1990.
- LABAN, RENE. *Música rock y satanismo*. Obelisco, Barcelona, 1990.
- LASCAULT, GILBERT. *Un monde mine: Mensonges et menaces de l'endessous*. Christian Bourgois, París, 1973.
- LEACH, MARÍA. *The Thing at the Foot of the Bed and Other Scary Tales*. Collins, Ohio, 1959.
- LEGMAN, GERSHON. *No Laughing Matter: Rationale of the Dirty Joke*. Second Series. Breaking Point Inc., Nueva York, 1975.
- , *The Rationale of the Dirty Joke*. Grove Press, Nueva York, 1968.
- LE QUELLEC, JEAN LOÍC. *Alcool de singe e Iliqueur de vipère*. Geste, Vouillé, 1991.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE. *Historia de lince*. Anagrama, Barcelona, 1992.
- MALACHEVARRÍA, IGNACIO. Bestiario medieval*. Siruela, Madrid, 1986.
- MARTÍNEZ BALIANA, JOTA. *Satanismo y brujería en el rock*. La Máscara, Valencia, 1997
- MAUPASSANT, GUY DE. *Mademoiselle Fifi y otros cuentos de guerra*. Alianza, Madrid, 1979.
- MINTON, JR. SHERMAN A.; MINTON RUTHEFORD, MADGE. *Giant Reptiles*. Scribner's, Nueva York, 1973.
- MORGAN, HAL; TUCKER, KERRY. *More Rumor!* Penguin Books, Nueva York, 1987.
- , *More Rumor!* Penguin Books, Nueva York, 1987.
- , *Rumor!* Penguin Books, Nueva York, 1984.
- MORGAN, HAL; RUCKER, KERRY; VOLINE, MARC. *Vraies ou fausses?: les rumeurs*. First, Paris, 1988.
- MORIN, EDGAR. *La Rumeur d'Orléans*. Le Seuil, París, 1970.
- MOYA, BIENVE. *Llegendes i contes catalans per ser explicats*. El Mèdol, Tarragona, 1997.
- MURATORI, L. A. *Li tre governi politico, medico ed ecclesiastico, utilissimi, anzi necessari in tempo di peste...*, Vigoni e Cairolo, Milán, 1721.
- NOÉL, JEAN FRANCOIS MICHEL. *Diccionario de mitología universal*. Edicomunicación, Barcelona, 1991.
- ORTÍ, ANTONIO; SAMPERE, JOSEP. «Mentira, mentira». En *La Vanguardia*, 21/11/99
- OVEJERO, JOSE. *China para hipocondriacos*. Ediciones B, Barcelona, 1998.
- OVIDIO. *Las metamorfosis*. Espasa-Calpe, Madrid, 1963.
- PACKARD, VANCE. *The Hidden Persuaders*. David McKay, Nueva York, 1957
- PEYREFITTE, ROGER. *Las embajadas*. Buenos Aires, Sudamericana, 1953.
- PILÓN, JOSÉ MARÍA. *Lo paranormal ¿existe?*, Temas de Hoy Madrid, 1996.
- POGGIO-BRACCIOLINI, GIOVANNI FRANCESCO. *Facetie traducte de latino in vulgare ornatissimo del seculo XV*, 1450.
- PORTNOY, ETHEL. *Broodje Aap. De folklore van de post-industriële samenleving*. Amsterdam, 1987.
- POTOCKI, JAN. *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. Alianza, Madrid, 1993.
- PYNCHON, THOMAS. *V*. Tusquets, Barcelona, 1987.
- QUEVEDO, FRANCISCO DE. *Los sueños*. Cátedra, Madrid, 1991.
- RANDOLPH, VANCE. *Pissing in the Snow and Other Ozark Folktales*. University of Illinois Press, Urbana/Chicago, 1977.
- RAY, JEAN. *Los veinticinco mejores relatos negros y fantásticos. Los últimos cuentos de Canterbury*. Aguilar, Madrid, 1980.

RENARD, JEAN-BRUNO. «Le tract sur les signes de reconnaissance utilisés par les cambrioleurs: rumeur et réalité». En *Le Reenchantement du monde: la métamorphose contemporaine des systèmes symboliques*. Patrick Tacussel (ed.) L'Harmattan, Paris, 1994.

ROBBE-GRILLET, ALAIN. *La Maison de rendez-vous*. Éditions de Minuit, Paris, 1965.

ROMI. *Histoire des faits divers*. Pont Royal, Paris, 1962.

SALILLAS, RAFAEL. *Hampa: Antropología picaresca*. Librería de Victoriano Suárez, Madrid, 1898.

SÁNCHEZ VIDAL, AGUSTÍN. *Sol y sombra*. Planeta, Barcelona, 1990.

SANDERSON, STEWART F. «The Folklore of The Motor-car». En *Folklore*, n. 80, 1969.

SASTRE, ALONSO. *Necrópolis o los amigos de Bram Stoker* Grupo Libro, Madrid, 1993.

SCHCHTER, HAROLD. *The Bosom Serpent: Folklore and Popular Art*. University of Iowa Press, Iowa, 1988.

SERRA, MÀRIUS. *Manual d'enigmística*. Columna, Barcelona, 1991

SERRANO GARCÍA, PEDRO. *Delincuentes profesionales contra la propiedad*. Imp. de Justo López, Madrid, 1935.

SMITH, ALAN. «The Double Theft: A variant Form». En *Folklore*, n. 84.

SMITH, PAUL. «"AIDS... Don't Die of Ignorance": Exploring the Cultural Complex». En *A Nest of Vipers: Perspectives on Contemporary Legend V*. Gillian Bennet and Paul Smith, (eds.), Sheffield Academic Press, Sheffield, 1990.

-, *The Book of Nastier Legends*. Londres, Routledge and Kegan Paul, 1986.

-, *The Book of Nasty Legends*. Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983.

SONTAG, SUSAN. *El sida y sus metáforas*. Muchnik, Barcelona, 1989.

THIGPEN, KENNET A. «Folklore in contemporary American Literature: Thomas Pynchon's *V* and the alligators in the sewers legend». En *Southern Folklore Quarterly*, n. 43, 1979.

THOMPSON, STITH. *The Motif-Index of Folk Literature*. New enlarged and revised ed. Indiana University Press, Bloomington/Londres, 1955-58.

TOMEIO, JAVIER; ESTADELLA, JUAN M.^a *La brujería y la superstición en Cataluña*. Géminis, Barcelona, 1963.

TOPOR, ROLAND. *La cocina canibal*. Mondadori, Madrid, 1988.

TORQUEMADA, ANTONIO DE. *Jardín de flores curiosas*. Castalia, Madrid, 1982.

TOSELLI, PAOLO. *La famosa invasione delle vipere volanti e altre leggende metropolitane dell'Italia d'oggi*. Sonzogno, Milán, 1994

TRAIN, JOHN. *True Remarkable Occurrences*. Clarkson N. Potter, Nueva York, 1978.

TURNER, PATRICIA A. *I Heard it Through the Grapevine: Rumor in African-American Culture*. University of California Press, J. Berkeley, 1993.

VICTOR, JEFFREY, 5. *Satanic Panic: The Creation of a Contemporary Legend*. Open Court. Illinois,

VICENT, MANUEL. «Fiesta en Nueva York». En *No pongas tus sucias manos sobre Mozart*. Debate, Madrid, 1988.

VILLEMARQUÉ, HERSART DE LA. *El misterio Celta*. José de Olañeta, Palma de Mallorca, 1999.

VIRTANEN, LEEA. *Varastettu isoäiti. Kapungin kansantarinoita*. Tammi, Helsinki, 1987.

WOOLLCOTT, ALEXANDER. *While Rome Burns*. Viking Press, Nueva York, 1934.